



Descubriendo a

SEYTTON

—El secreto de la vida—

Anne Garber

Anne Garber

El reencuentro

(Descubriendo a Seytton — 2)

Autor: Garber, Anne

©2014, Amazon

ISBN: ada3b5cb-2ba8-4c56-b857-9aa2d910f174

Generado con: QualityEbook v0.75

El reencuentro

Descubriendo a Seytton 02

Anne Garber

Índice

Sinopsis Capítulo 1 Capítulo 2 Capítulo 3 Capítulo 4 Capítulo 5 Capítulo 6 Capítulo 7
Capítulo 8 Capítulo 9 Capítulo 10 Capítulo 11 Capítulo 12 Capítulo 13 Capítulo 14 Capítulo 15
Capítulo 16 Capítulo 17 Capítulo 18 En la mente de Jesse Nox

SINOPSIS

Ahogada en la aflicción que le ha causado saber que el hombre del que está enamorada busca obsesivamente a otra mujer, Chloe deja a Seytton; sin embargo ella ignora que a él no lo abandona nadie hasta que él lo decida. Y, por supuesto, Seytton aún no lo ha decidido. Ella es todo lo que él no quiere, pero existe una razón que él mismo se obstina en ignorar, la misma por la que le resulta imposible apartarla de su vida y la misma por la que consigue alejar sus propios demonios para seguir descubriendo junto a ella lo que ha comenzado a decirle su corazón. Lo que ambos

desconocen es que el destino les tiene preparado un hermoso reencuentro, dos corazones que ya se pertenecieron y que se vuelven a unir, pero... ¿Por cuánto tiempo? Seytton es un hombre que cree estar dominado por una maldición: “Todo lo que ames será destruido”. Por desgracia los demonios de Seytton van a empezar a cobrar vida para llevar a cabo su maldición. Pero eso, mis queridos lectores, lo descubriréis en el próximo y último libro de esta apasionante historia.

CAPÍTULO 1

SALGO del ascensor como alma que lleva el diablo, solo dispongo de treinta minutos para cambiarme y llegar a la Agencia. Necesito que Hermes me lleve. Entro en casa y le llamo. —Hola ¿te han dicho alguna vez que eres el tío más guapo y sexy de todo el planeta? —le digo en voz baja y sensual. —¿Qué quieres pedirme, Chloe? —¿Por qué piensas que voy a pedirte algo? —finjo estar molesta. —¿Tal vez por ese tonito de teléfono erótico que me estás poniendo? O quizás... porque cuando me halagas tanto, algo viene detrás. Ya te lo he dicho un millón de veces, no pienso darte una noche loca de sexo salvaje —dice en tono socarrón. Este es el juego favorito de Hermes, seguro que tiene alguien al lado. —¡Idiota, qué bien me conoces! —Me burlo entre risas — y sobre esa noche loca, sigue soñando; hay alguien contigo ¿verdad?-añado mientras saco del armario lo primero que veo: un vestido tubo en color gris claro— necesito estar dentro de veinte minutos en el trabajo, te necesito a ti y a tu fantástica moto. —Admito que todo lo que has dicho es cierto —suelta muerto de risa, nos conocemos demasiado bien— menos lo de idiota. De acuerdo, dentro de diez minutos estoy ahí y por tu seguridad, señorita, no me hagas esperar, tengo mucho trabajo y ya debería haber empezado. Me despido de Hermes, lanzo el móvil encima de la cama y me visto a toda prisa; me hago un recogido ya que no tengo tiempo ni de volver a lavarme el pelo ni a desenredarlo bien; un poco de maquillaje y lista. Recojo mi bolso y salgo disparada. Hermes ya está esperándome apoyado en su fantástica Harley-Davidson, con su inseparable cazadora de cuero y sus vaqueros desgastados. —Hola cielo —me besa —Tienes exactamente veinte minutos para llegar. —Le ordeno mientras intento ponerme el casco que me ofrece, ya que el recogido del pelo no me lo está poniendo nada fácil. —Me encanta lo relajada que te veo —dice bromeando y arranca la moto. Me subo y casi salgo volando. Se ha tomado en serio lo de llegar puntual. Entro en la agencia y Marydol, nada mas verme, coge mi bolso, me da mis informes y salgo corriendo hacia la sala de reuniones. ¡Uf, por poco! Está empezando a llegar todo el mundo. La reunión está resultando tediosa y ya está durando una eternidad. Por lo que he podido comprobar, todo mi trabajo de tres meses no ha servido para nada: ya tienen la elegida para la traducción de esos manuscritos y no soy yo. Así que, aunque mi cuerpo está sentado en una de estas sillas tan fashions sumamente incómodas, mi mente está en otro lugar; no dejo de pensar en todo lo que ha dicho Alec. Era justo lo que me faltaba para que mi día sea una auténtica mierda. Salgo de la reunión con la sonrisa más falsa que el Rembrandt que tiene mi tía Edna colgado en su salón. Me voy hacia mi mesa y Marydol sale a mi encuentro. —Lo acaban de traer para ti —me anuncia entregándome una caja de color negro nacarado; la cojo y me quedo paralizada mirándola. —

¿Quieres abrirlo de una puñetera vez para que me pueda ir? No creo que sea una bomba —me apremia para saciar su curiosidad. Lo desenvuelvo con los dedos temblorosos, mis nervios no se deben al regalo, más bien a que sé perfectamente quién me lo envía. —Es... ¿¡un móvil!? —mi sorpresa es patente. —No, tonta, es un rascador para la espalda; por supuesto que es un móvil ¡Oh, Dios mío! Es el último modelo... —enmudece de repente admirándolo— ¡Joder, son brillantes! —Serías tan amable de devolvérmelo —le pido extendiendo la mano. —¿Tú sabes cuánto vale esta maravilla? —pregunta mientras me lo entrega. —No y no me importa, no pienso quedármelo —respondo; lo vuelvo a guardar en la caja. —¿¡Lo vas a devolver!? — protesta casi gritando y con los ojos que se le salen de las órbitas. —Por supuesto —sentencio. —¿Por qué no me regalarán a mí estas cosas? Yo no lo devolvería ni aunque me mataran; por lo que veo tienes a ese tío loquito. —¿Puedes avisar a uno de los mensajeros para que se lo lleven? —Marydol me sigue mirando con la boca abierta—. Por favor —le ruego y se lo lleva refunfuñando. Me siento y abro el ordenador, lo mejor será que me ponga a trabajar. —Al menos vamos a leer la nota — comenta de vuelta otra vez a mi mesa y abriéndola ella misma. —No me interesa lo que ponga. — De acuerdo, pero a mí sí — me mira pasando la dichosa notita por delante de mi nariz—. Veamos qué pone —sigue mirándome por encima de la nota y veo la guasa en sus ojos— ¡Ah, perdona! Olvidé que no quieres saber nada, la leeré en silencio. —Quieres leerla de una puñetera vez —le insto un poco malhumorada. “Este jamás se quedará sin cobertura, es lo último en tecnología Alec.” Me acaba de dar un vuelco el corazón. —Vaya, en esta no se ha lucido mucho, me gustó más la primera —dice muerta de risa y, por supuesto, volviendo a coger el móvil. —¿Quieres parar ya con tanto toqueteo? Déjalo en la caja y, por favor, que se lo lleven —¿Y si quitamos algún brillantito antes de devolverlo? Igual no se dan ni cuenta, hay muchos, mira en esta parte de aquí —me sugiere señalando la parte inferior— nos hacemos unos pendientes. —No puedo evitar echarme a reír a carcajadas ante su ocurrencia. Dol se marcha no sin antes volver a decirme que soy tonta por no aceptarlo y que los regalos no se devuelven. Lo que ella no sabe es por qué no lo quiero; no entiendo a qué viene mandarme el dichoso teléfono ¿No captó mi mensaje de despedida? De pronto me vuelven a llamar por la línea interna. —Oye guapa, suéltalo ya, tú estás abonada en algún sitio ¿verdad? uno de esos de “cómo conocer a tíos macizos”. Aquí tienes a otro no menos impresionante que el que te ha enviado el regalito. Lo tengo a la espera. —¿A quién te refieres, Dol? —le pregunto aguantando la risa, la socarronería de esta mujer no tiene límite. —A un tenista súper famoso y que está buenísimo. —Me acabo de quedar muda— Chloe, ¿sigues ahí? tienes al otro lado de la línea nada más y nada menos que a Jesse Nox. —Sí —consigo decir— pero... ¿cómo demonios sabe que trabajo aquí? ¿Está de moda averiguar dónde trabaja la gente? No lo entiendo. —¿Te lo paso o me quedo un rato charlando con él? —me insiste con ironía. — Pásamelo. —¿Chloe? —Hola, Jesse, que sorpresa, ¿Cómo sabías dónde trabajo? —Es a la vigésimo segunda que llamo, no tenía ni idea de que hubiera tantas agencias de traducciones en Nueva York —dice un poco asombrado. —Sí, tenemos bastante competencia. —Te debo una invitación para un partido de tenis ¿recuerdas? Y mañana por la tarde participo en uno por motivos benéficos. Así que me acordé de ti y pensé que no podías perdértelo. ¡Mierda! Pues no me acuerdo. Pero... ¿le dije que iría a verle jugar? —¿Chloe, sigues ahí? —Sí, lo siento, es que tengo una llamada por la otra línea —miento descaradamente. No sé qué decirle. —No, discúlpame tú a mí, me imagino que estarás muy ocupada. Si él supiera... aquí estoy, traduciendo folletos sobre cómo montar una batidora. —¿Qué te parece si te invito a comer y charlamos de

todo esto? En ese momento mi jefe se dirige hacia mí y hace un gesto con la mano para que le acompañe. —De acuerdo —contesto sin pensar y me despido de él. ¿Acabo de quedar con Jesse para comer? No me apetece en absoluto, aunque si lo reconsidero mejor, igual es buena idea; así mi cabeza dejará de pensar en Alec, menudo lio. Imagino que con la devolución del regalo le quedará ya claro que no quiero volver a verlo; sin embargo mi corazón se encoge de inmediato ¿en realidad es eso lo que quiero? ¡Dios! ¿Cómo puedo pensar en estar con alguien para el que solo soy un capricho, un pasatiempo hasta que ella aparezca? Busco a mi jefe y lo encuentro en la sala de descanso delante de una humeante taza de café. Me siento frente a él. —Quiero que sepas que te propuse para esa traducción. —Lo sé Arthur —le dedico una sonrisa comprensiva. —Sé que estás perfectamente cualificada para ello, pero no depende de mí. Valoro mucho tu trabajo, Chloe, todo el esfuerzo y empeño que pones en lo que haces. —No te preocupes, soy plenamente consciente de que llevo poco tiempo trabajando aquí y la experiencia es un grado. Algún día tendré mi oportunidad. —Arthur, el señor Richmond ya ha llegado —anuncia Marydol. —Gracias, hazlo pasar a mi despacho; voy enseguida. Mi jefe me da un apretón en la mano cariñosamente y se marcha. Regreso de nuevo a mi mesa y me sumerjo de lleno en mi traducción, al final me haré toda una experta en batidoras. Miro el reloj y son las doce y media, así que recojo mi bolso y me marcho. Llego al vestíbulo y enseguida veo a Jesse. Lleva un estilo informal pero bastante cuidado, unos pantalones vaqueros con una camisa a juego; el contraste lo da el suéter de color púrpura que lleva sobre sus hombros. —Hola, Chloe, me alegro de volver a verte —me saluda dándome un beso en la mejilla— he reservado mesa en un restaurante cercano, así no perderemos tiempo. ¡Caramba con el tenista, está en todo! —Me encanta la comida hindú ¿y a ti? —pregunta indicándome el camino. Voy a acabar de la comida hindú hasta la coronilla. —Si no te gusta lo anulo y vamos dónde tu prefieras. —No es necesario, es perfecto —finjo interés, no voy a hacerle cambiar de restaurante. —Estupendo me apunto un set ¿Lo pillas? —pregunta apuntándome con los dedos. Creo que mi cara de pasmada ya le ha contestado. Llegamos al restaurante y nos conducen hacia nuestra mesa que está situada al fondo, un poco apartada del resto. —Ya me he dado cuenta de que no tienes mucha idea de tenis, todo lo contrario del resto de las personas que hay aquí —comenta bajando la voz— dentro de nada empezarán a molestarme, pero no te preocupes; un par de fotos y unos autógrafos y me dejarán tranquilo. Y hay que puntualizar que mi presencia ya le ha dado caché a este lugar. Contengo un suspiro ¿En serio me acaba de soltar eso? Le dedico una sonrisa por no ponerme a llorar. ¿Por qué no ha aparecido mi intuición advirtiéndome que no aceptara? ¡Joder! ¿Dónde está cuando la necesito? Por lo visto Jesse es otro que no conoce la modestia; recuerdo lo que Alec me contestó referente a lo mismo y no puedo evitar sonreír al pensarlo. En ese mismo momento se acercan unas personas alabando sus triunfos deportivos. Jesse me mira y encoge los hombros como quitándole importancia, pero en el fondo creo que le encanta que lo molesten. Firma unos autógrafos y vuelve a sentarse. Lo miro fijamente, está contándome a qué se debe ese partido benéfico y lo cierto es que no le estoy prestando ninguna atención. Es muy guapo, sin embargo no me impacta como lo hizo Alec. No produce ese efecto en mí. ¡Tengo que quitarme a ese tío de la cabeza! Aparece el camarero a tomarnos nota y le dedica a Jesse una sonrisa de total admiración. Me decido por el pollo tandoori acompañado con arroz aromático y él pide cordero con salsa de pepino. —Tenías razón, todos menos yo —le contesto y me dedica una sonrisa mientras me sirve un poco de vino. —¿Hace mucho que conoces a Seytton? De pronto me viene a la memoria que Jesse me vio con Alec la noche que nos

conocimos. —No mucho —no pienso darle detalles. —¿Estás con él? —pregunta observándome detenidamente. Vaya, va directo al grano. —¿A qué edad empezaste a jugar? —Bien, Chloe, táctica Seytton. Solo espero que capte la indirecta. —A los cinco años mis padres, grandes amantes de este deporte, me regalaron mi primera raqueta; primero fue un juego y más tarde se convirtió en mi pasión ¿Practicabas algún deporte? —Ninguno en especial, de vez en cuando salgo a correr y muy de tarde en tarde voy al gimnasio. Lo admito, no soy nada deportista —me excuso, pero es la verdad. —Creo que eso es porque nadie te ha iniciado en ninguno, si me permites yo te puedo enseñar a jugar y verás qué divertido. El camarero regresa y nos sirve la comida. —Eres muy amable pero te robaría tiempo, imagino que debes entrenar mucho. —Por ti robaría tiempo a mi tiempo y, como ya te he comentado, es mi pasión y si es para compartirla contigo lo haría sin dudar. ¡Dios santo pero a este hombre qué le ha dado! ¿Por qué tiene tanto interés en mí? —Y... retomando mi pregunta que no has contestado ¿estás con Seytton? ¡Mierda! Ya vuelve otra vez con lo mismo. —No —contesto y una tristeza amarga me recorre por dentro. —Perfecto, eres una mujer lista —responde con una sonrisa de satisfacción en su rostro. —¿A qué te refieres? —su comentario ha despertado mi curiosidad. —En que no caigas en su red. Ahora sí que ha conseguido toda mi atención. —Discúlpame, pero... no sé a qué te refieres. —Ese tipo no es de fiar. Es un embaucador. No sabe tratar a las mujeres. Sus palabras me desconciertan. Ahora mismo no sé qué pensar, Alec es demasiado hermético. En realidad no le conozco, sin embargo algo me dice que él no es así. —¿Y de qué le conoces tú? —Inquiero— por lo que recuerdo no tuve la sensación de que fuerais amigos. —¿Amigos? —Suelta una sonrisa forzada— Por supuesto que no, yo no me rodeo de gente como él —su tono es despectivo— pero tengo amigas que sí le han conocido y, créeme, sé muy bien de lo que hablo. A ese tipo cuanto más lejos lo tengas de ti mejor. —Bien, esa es tu opinión pero no la comparto; a mí no me ha parecido que sea ese tipo de persona. No puedo evitar defenderlo ante esas acusaciones; mi intuición, que gracias al cielo ha vuelto, me dice que Alec no es así, solo espero no equivocarme. Cambio radicalmente de tema de conversación preguntándole por sus logros deportivos, no me apetece que siga hablándome de Seytton y continuamos comiendo aunque a mí se me ha quitado totalmente el apetito. Jesse empieza su discurso, creo que he dado en el blanco, le encanta hablar de sí mismo; sin embargo mi capacidad de abstracción me sumerge en todo lo que me ha dicho. Acabo de defender a un tío que me dejó tirada en un avión y al que vi abrazado a una mujer, el mismo que cuando intento saber algo de él me contesta lo primero que se le ocurre y el mismo que está enamorado de otra a la que busca desesperadamente y, mientras ella aparece, yo soy su distracción. ¡Bien, Chloe, no puedes ser más patética! —Chloe, casi no has comido ¿no te ha gustado? —su pregunta interrumpe mis contradictorios pensamientos. —Sí, está delicioso, pero yo no como mucho —miento como una bellaca mientras miro el reloj—. Tengo que volver al trabajo. —Qué pena —hace una mueca de disgusto— el tiempo se ha pasado volando. Antes de marcharnos, dame tu número de teléfono, así te llamare mañana para ir a recogerte. Venga, Chloe, una excusa, por favor piensa, piensa. —Anota —contesto y le doy mi número, ahora mismo no se me ocurre nada, mas tarde buscare un buen pretexto. Salimos y un batallón de fotógrafos se nos echa encima. —Tranquila, yo me encargo —dice rodeándome los hombros en señal de protección. —Jesse ¿Quién es tu acompañante? —pregunta uno de los fotógrafos sin dejar de disparar su cámara. —Se llama Chloe Breyll —anuncia Jesse abriéndose paso entre ellos. —¿Estáis juntos? ¿Es tu nueva pareja? —preguntan varios a la vez. Jesse me coge de la mano y camina decidido sin detenerse y sin

contestar a sus preguntas. —¿Por qué no les has dicho que simplemente soy una amiga? —inquiero molesta intentando seguirle el paso. —No sirve de nada, pondrán lo que ellos quieran. Si dicen algo que pueda molestarte se las tendrán que ver conmigo. —Solo tenías que haber negado la pregunta. —Le recrimino antes de entrar en el edificio. —Créeme, Chloe, no hubiera servido de nada. Si se atreven a poner algo que yo no he afirmado tendrán que retirarlo, no te preocupes —me tranquiliza— Estoy deseando que llegue mañana para volver a verte. Ganaré ese partido para ti. —Se despide con otro beso en la mejilla y, cómo no, creo que nos han hecho una foto. Jesse es un encanto pero tengo que dejar las cosas claras con él. *****

Llego a casa y paso por la habitación de Aby; está tumbada en la cama con la mirada perdida en el techo. —Aby ¿estás bien? ¿Te ocurre algo? —me acerco a ella un poco preocupada. Niega con la cabeza y se sienta frente a mí. —Estaba recordando todas las cosas bonitas que hemos vivido aquí, la ilusión que pusimos al decorarlo, nuestras noches de chicas, nuestras peleas —suelta un enorme suspiro. —¡Dios, pero qué melodramática eres! ¿Te largas a algún sitio? —Ella me mira y niega con la cabeza— ¿A qué viene todo esto, Aby? ¿Momentos nostálgicos? Porque si es así ahora mismo comenzamos una pelea de las nuestras —cojo uno de sus cojines y le doy en la cabeza, ella me lo devuelve como era de esperar y se pone rápidamente en pie encima de la cama. —¿Ves esta divinidad de cuerpo? —Dice señalándose a sí misma— ¿estos rasgos perfectos? —Enmarca su cara con las manos— ¿estas dos columnas de alabastro?-Se acaricia lentamente las piernas. —Claro, Aby, eres la envidia de cualquier mortal —contesto muerta de risa. —Pues hay alguien que no se ha podido resistir a mis encantos. —Y... ¿se puede saber quién es el afortunado que va a disfrutar todo ese cúmulo de belleza empaquetada? —suelto sorprendida, hace tiempo que Aby no sale con nadie. —Dylan. Y, para tu información, ya lo ha disfrutado y bastante bien; mejor dicho, fue sublime —se abraza al cojín y se tira en la cama. —¿Qué?! ¿Te refieres a Dylan, el hermano de Charlotte? ¿El que decías que era un imposible, el mismo sobre el que nos estuviste dando la paliza durante meses? —le grito entusiasmada. Aby afirma con la cabeza y una enorme sonrisa dibujada en su cara. —¡Oh, Aby, es genial! cuéntamelo todo —le ruego. —En otro momento —se levanta de un bote de la cama. —¿Me vas a dejar así, mala pécora? —Lo siento, tendrás que esperar. Tengo que arreglarme, dentro de una hora pasará a recogerme. Y, señorita, te libras de una buena porque no tengo tiempo, pero tienes que contarme todo lo que ocurrió con Seytton. —Me lo pensare —replico— por cierto ya puedes dejar de quejarte, lo has visto materializado. —Sí, pero una prima desconsiderada se largó con ese bombonazo impresionante sin molestarse en presentarlo. Me echa a empujones de su habitación y me cruzo con Tawny, que no saluda y se va directa al cuarto de baño dando un portazo enorme. —Hola a ti también —grito y creo que me ha soltado una palabrota ¿Qué le habrá ocurrido? De repente abre la puerta y viene hacia mí. —Voy a sacarme la licencia de armas y le voy a volar las pelotas a Shawn —me suelta de pronto tremendamente furiosa. —¡Joder, Tawny! ¿Qué te ha hecho? Déjate de armas y dale un rodillazo de los tuyos, créeme hará el mismo efecto —intento bromear pero lo cierto es que está muy cabreada. —Será capullo, cabrón, hijo de p... —De acuerdo, dejemos a la madre en paz —la interrumpo— ¿quieres contármelo? —Ha anulado todos los conciertos que teníamos y ¿sabes por qué? Niego con la cabeza, Tawny está fuera de sí. —Porque se está tirando a esa guarra —espeta con un grito. —Y... ¿qué tiene que ver la guarra en todo esto? —Va a cantar y hay que joderse, un cuervo lo hace mejor que ella. ¿Sabes qué te digo? que antes me corto las piernas que enseñar a

bailar a esa arpía. —¿Eso es lo que te ha propuesto? —Así es, lo ha cambiado todo y la presenta a ella. — Dice apoyando su frente en mi hombro; inmediatamente la abrazo. —¿Por qué no llamas a David? Él siempre ha querido contratarte para que actúes en su local —le recuerdo, no quiero que se derrumbe. —No sé qué hacer ahora mismo; estoy rabiosa y echa un lio. —¿Cole lo sabe? —No, se tuvo que marchar esta mañana a Chicago, vuelve dentro de dos días. Voy a darme un baño; con un poco de suerte espero ahogarme en él. —Que sepas que no pienso hacerte el boca a boca. —Bromeo en un intento por hacerla reír— ¿Qué te parece si nos ponemos una de esas mascarillas asquerosas de Aby? —Le sugiero haciendo una mueca como si fuera a vomitar— según ella son relajantes. —Genial, enseguida salgo y nos embadurnaremos con esa mierda — concluye Tawny sonriendo; al final ha surtido efecto, no me gusta verla tan disgustada, sé perfectamente que todo esto le afecta mucho. Me voy hacia mi dormitorio y oigo mi móvil; regreso al salón y miro quién llama. ¡Es Alec! ¿Por qué me llama? Me da igual, no quiero saberlo y no pienso cogerlo; lo dejo y me voy al otro cuarto de baño. Tomaré una ducha y prepararé la cena, hoy me toca a mí. Acabamos de cenar, nos embadurnamos con esa asquerosa gelatina de color verde y nos tiramos en el sofá. De pronto suena el interfono. —¿Esperas a alguien? —miro a Tawny y ella niega con la cabeza, ¿quién será a estas horas? —¿Quién es? —pregunto extrañada. —Chloe, soy Alec. Enmudezco de repente. —¿Sigues ahí? —Sí, ¿qué quieres, Alec?-consigo decir. —Verte. —¿Para qué? —Pregunto con voz temblorosa. —Abre la puerta, Chloe —me ordena —No, yo bajo —sin pensarlo echo a correr escaleras abajo; oigo a Tawny gritarme y en ese instante me doy cuenta de que voy descalza pero me da igual, lo que tengo que decirle no me llevará mucho tiempo. Abro la puerta de la entrada; mi respiración es agitada por la carrera que me he pegado, sin embargo se me corta de repente al verlo. Ahí está, apoyado en la pared con las manos en los bolsillos, tan increíble y espectacular como siempre. —Bien, ya me estás viendo — le suelto intentando disimular mi nerviosismo. La perplejidad de su rostro me advierte de... ¡Joder llevo la mascarilla puesta! Alec me recorre con su mirada y en su cara se dibuja una sonrisa burlona. —Entra en el coche, Chloe —vuelve a ordenarme. —Tengo la cara verde ¿no? —Él asiente con la cabeza, creo que está aguantando la risa —no pienso ir contigo a ningún lado. —¿Qué demonios te ocurre? —me increpa. —Nada, creo que te lo dejé bien clarito. —Estás descalza, medio desnuda y llevas la cara verde, así que déjate de tonterías o seré yo quien te meta dentro del jodido coche. Verdaderamente tiene razón, menos en lo de desnuda, llevo un short aunque... bueno un poco corto sí que es y una camiseta de tirantes ¿Cómo he podido salir con esta pinta de casa? —Tenemos que hablar y este no es el sitio adecuado —insiste entre risas. —Sí, claro, eso mismo dijiste cuando me sacaste de la discoteca y que yo recuerde no hablamos de nada —refunfuño, lo cierto es que todo esto es un poco cómico. —¿Subimos o nos vamos? ¡Decide! — Está bien. Sube a casa. Me dirijo hacia las escaleras y Alec me sigue; no pienso subir en el ascensor con él, le haré que haga un poco de ejercicio y suba siete pisos andando. Llegamos y ninguno de los dos hemos abierto la boca en todo el trayecto. Alec se inclina a mi oído. —Gracias por la vista tan bonita de tu culo. —Me suelta en ese tono arrogante que le caracteriza. —¿Quién es, Chloe? —pregunta Tawny desde el salón. —Alec, te presento a Tawny, mi mejor amiga. Tawny se queda perpleja ante él. —Encantado, Tawny — la saluda ofreciéndole la mano. —Voy a quitarme la mascarilla. —les digo y me marcho hacia el cuarto de baño. —Ve, yo me ocupo de tu invitado —responde Tawny. Me miro al espejo y casi me muero del susto ¡Dios de mi vida! lo que no entiendo es cómo este hombre no ha echado a correr nada mas verme. Tengo que ser fuerte; mi

debilidad es patente, sin embargo no puedo seguir con esto, él quiere a otra. Salgo del baño y me encuentro a una Tawny encantadora, nada que ver con la de hace un par de horas, charlando animadamente con él ¡Vaya, sí que la ha dejado impactada, se le ha ido hasta el cabreo! — ¿Quieres una copa, Chloe?-me ofrece Tawny. —No, gracias. —Bien, os dejo, tengo que hacer una llamada, ha sido un placer conocerte, Alec —se despide haciéndome un guiño. —Soy toda oídos —le digo mientras tomo asiento en la otra punta del sofá. —En primer lugar no vuelvas a hacerlo, Chloe, no cogerme el teléfono cuando te llamo; en segundo lugar ¿por qué me has devuelto el regalo? y... —¿No te has parado a pensar que igual es que no quiero hablar contigo? —Le interrumpo. —Bien, pues descuelgas y me lo dices ¿tan difícil es? —Prosigue y se acerca a mi lado —¿Me puedes explicar qué es lo que te ocurre? —su tono es dulce; se ha acercado y me ha cogido la mano acariciándola entre las suyas ¡Por favor, que no haga esto! —Sé lo que buscas — respondo casi en un susurro retirando mi mano; una punzada de dolor me atraviesa al oír mis propias palabras y lo que significan y, como si un rayo me despertara, en ese mismo instante me doy perfecta cuenta de que me he enamorado de él. —¿De qué estás hablando? —me mira sorprendido. —Estabas en tu estudio hablando con alguien; pude oírte. —Mis palabras suenan temblorosas, tengo un nudo enorme en la garganta. —¿Tus padres no te enseñaron que es de muy mala educación escuchar detrás de las puertas? —Espeta en un tono duro y gélido. —Si tanto la quieres ¿por qué no estás con ella? —Le pregunto con rabia poniéndome en pie —¿Vas a contestarme o vas hacer lo que haces siempre, responder lo que te dé la gana?. —Alec me lanza una mirada furibunda—. Así que ya sabes lo que me ocurre, lárgate y déjame en paz. No quiero volver a verte. —¡Maldita sea, cállate! —Su grito me deja petrificada. Se levanta y se pone frente a mí. —Ella... —hace una pausa y se pasa las manos por el pelo, nervioso; advierto algo extraño en él, algo que lo está torturando—. Está muerta. ¡Muerta! ¡Ha dicho muerta! Sus palabras me sobrecogen. —Lo que busco es lo que pueda quedar de su cuerpo para poder darle un funeral digno, el que ella se merece —sus palabras suenan desgarradoras. —¡Dios mío, Alec! Yo... yo lo siento mucho —consigo decir y Alec levanta sus manos para que me calle. —Buenas noches, Chloe. —Da media vuelta y se marcha.

CAPÍTULO 2

¡DIOS mío, se ha marchado! Y no he consigo mover ni un músculo para detenerlo. De hecho aún sigo aquí, de pie, incapaz de moverme. Tawny se acerca a mi lado. —He oído algún grito y la puerta ¿Se ha marchado? Asiento con la cabeza. —Pero... ¿qué demonios ha pasado Chloe? —Pregunta mientras me coge la cara entre sus manos para que la mire— ¿Qué te ha hecho ese gilipollas? —Nada, he sido yo, Tawny —consigo decir— ¡Dios de mi vida, ella está muerta! —¿De quién hablas? ¿Quién ha muerto? —pregunta nerviosa. —La chica que busca, creo que era su novia —contesto alzando la voz— ¿y sabes por qué lo sé? porque estuve escuchando detrás de la puerta —añado avergonzada— ¡Oh, Dios! soy deprimente, patética, una estúpida y... —¡Eh cuidadito! —Pone su mano en mi boca para callarme— tú no eres nada de eso —prosigue y limpia una lagrima que resbala por mi cara— ¿y me dices que no me compre un arma? Ahora sí que lo hago; primero le volaré las pelotas al desgraciado de Shawn para más tarde despellejarlo vivo y después se las volaré a Seyton. —Lo de Shawn lo entiendo, pero... ¿Alec? él no me ha hecho nada, he sido yo la que lo he fastidiado todo. —Le aclaro. —¡Y una mierda has fastidiado, joder! Y nunca le digas a nadie que tenga un arma en la mano a quién debe o no volarle las pelotas —exclama en un intento de hacerme reír. —Tawny, tus piernas son más efectivas que un arma, créeme. —Olvídate ya de lo que has hecho mal, ¿quieres que te cuente? Bien, yo he registrado carteras, cotilleado móviles y, bueno, más cosas que ahora no recuerdo bien y ¿sabes qué te digo? no me avergüenzo de ello. Cuando tenía doce años me escondí debajo de la cama de mi hermano Bay. ¿Sabes por qué? porque Jason Nells iba a mi casa, tenían que hacer un trabajo de matemáticas juntos y yo estaba loquita por él; estuve dos malditas horas oyendo solo hablar de videojuegos y mierdas de ese tipo, aparte, cómo no, de tener que tragarme el olor de las apestosas deportivas de mi hermano. Todas hemos hecho alguna tontería por algún tío que nos gustaba —concluye soltando un enorme suspiro. —Nunca me habías dicho que te gustaba Jason —le recuerdo. —¡Bah! Creo que ese día se me pasó el enamoramiento, por eso no te lo conté —dice encogiéndose de hombros. —Es algo muy extraño. Desde el mismo instante que lo vi, este hombre sacudió mi alma. Es un imán para mí, nunca me había sentido así con nadie. No le conozco, Tawny, y me asusta sentir hacia él lo que siento. —¿Sabes lo que creo? Para empezar, este tío es lo más opuesto a lo que tú has conocido. En el fondo es el tipo de persona que a ti te atrae, tienes un sexto sentido para la gente rara —arquea las cejas y comienza a reírse— o si no, que me lo digan a mí, cuando nos conocimos; en varias ocasiones fui muy desagradable contigo, sin embargo no te rendiste y nunca te dejaste guiar por los juicios que se hacían de mí; me diste una

oportunidad y yo te encontré cuando más necesitaba una buena amiga. Tienes un extraño don para saber cuándo alguien necesita que le quieran y sacas lo mejor de las personas. Sigue escuchando a tu corazón y haz lo que él te diga. Siempre has dado lo que te negaron en tu infancia, lo que ha hecho de ti una persona con un corazón enorme y eso te hace grande, Chloe Breyll, por eso te quiero tanto. —¡Eres una idiota! ¿Lo sabías? —Algunas lágrimas comienzan a resbalar por mi cara—. Creo que te encanta hacerme llorar. —Sí, estás monísima con esa naricilla roja —dice limpiándose las lágrimas con la manga de su camiseta. —Me siento fatal, Tawny —confieso—. Lo peor de todo es que creo que él sigue enamorado de ella. —Cariño, los muertos no vuelven. — Sentencia con firmeza. —Según mamá Queen, nunca se van si nos los dejas ir. Tawny pone los ojos en blanco —¡Por favor! Mi abuela habla con los muertos y hasta con el bizcocho del horno. ¡Está como una cabra! Ahora ha conseguido hacerme reír, tiene toda la razón pero adoro a esa ancianita loca. —Lo que quiero decirte es que siempre la tiene presente, su amigo le decía que estaba obsesionado, que tenía que empezar a vivir como un ser humano normal. —Igual cuando la encuentre entierra con ella todo lo demás. Por desgracia, para el que se va todo se acaba, pero la vida continúa. Créeme, algo me dice que tú eres especial para él, sé perfectamente cómo actúa un tío después de echar un polvo y él no se ha comportado así contigo. —Debo hablar con Alec, voy a ir a su casa. Tengo que quitarme esta sensación tan amarga de encima. Necesito disculparme — concluyo con decisión. Me levanto del sofá y me voy corriendo a mi habitación. Quiero creer en las palabras de Tawny, que sea cierto que soy especial para él. —Como ese cabrón te haga el más mínimo daño te juro por lo más sagrado que se las tendrá que ver conmigo —suelta a mi espalda. Me pongo unos vaqueros y una sudadera. Soy bastante friolera y aún no entiendo cómo pude salir a la calle de la forma que lo hice; pensándolo bien fue por la rabia que tenía, ni reparé en que la temperatura había bajado notablemente. Me miro al espejo y tuerzo el gesto. No es que esté mucho mejor que antes pero me da igual; solo voy a pedirle disculpas, no a una cena de gala. —¿No tenías algo más feo que ponerte? —Escupe Tawny señalando con el dedo mi sudadera—. No podías encontrar algo más horrible aunque lo hubieras intentado a conciencia. —No voy a perder tiempo eligiendo un modelito, además no es tan fea —vuelvo a mirarme en el espejo y veo a Tawny desternillándose de risa—. Bueno, es... horrorosa, pero fue un regalo de mi tío Dan y le tengo cariño —admito. ¡Señor! sí que me podía haber puesto otra cosa. Es verde lagarto, como dice Aby, con unos rombos en amarillo fuerte y unos círculos en rojo. Una auténtica monada. — Bueno, si ese tío no salió corriendo cuando te vio con esa asquerosidad en la cara, igual es capaz de soportar esto —dice con una media carcajada—. Haz un favor a la humanidad, métele fuego cuando te la quites. Tawny ha llamado un taxi, así que cojo mi bolso, le doy un beso y me marcho. Durante el trayecto no dejo de dar vueltas a la cabeza sobre lo que le voy a decir; solo espero no quedarme bloqueada cuando le tenga delante. Llego a su edificio y un agente de seguridad me abre la puerta. Saludo al portero y automáticamente me detiene. —Señorita, discúlpeme ¿a dónde se dirige? —Voy a casa del señor Seytton. —Si es tan amable de decirme su nombre... —me mira por encima de sus gafas. Le doy mi nombre y veo cómo revisa en el ordenador. —Lo siento, señorita; su nombre no aparece en la lista de personas autorizadas, así que debo anunciar su visita y preguntar al señor Seytton si desea recibirla. Son las normas de seguridad. —Me informa y a continuación llama por teléfono. El diálogo con el agente me acaba de caer encima como un jarro de agua helada. No lo había pensado: igual no quiere verme. —El señor Seytton ha dicho que espere aquí, enseguida baja. ¡Será cabrón! me hace lo mismo que yo le he hecho a él, debe de

estar muy cabreado conmigo. Me dirijo hacia unos sofás que hay al otro extremo de este lujoso y enorme vestíbulo y me siento. Respiro hondo, necesito tranquilizarme ¿por qué tarda tanto en bajar? Que yo recuerde su ascensor va a la velocidad del rayo. Busco mi móvil en el bolso y no lo encuentro, me lo he tenido que dejar olvidado en casa con las prisas. —¿Qué quieres, Chloe? — inmediatamente levanto la cabeza ante esa voz. —Disculparme, lo que he hecho ha estado muy mal y lo siento —trago saliva, este hombre tiene una capacidad impresionante para ponerme nerviosa; mi intento por tranquilizarme ha sido en vano. —Disculpas aceptadas ¿Y bien? ¿Deseas algo más de mí? —pregunta con una voz tan glacial como su mirada. —Nada —respondo sin apartar la vista de sus imperturbables ojos, ya estoy empezando a arrepentirme de haber venido. Me siento pequeña y estúpida aquí delante de este bloque de hielo. —¿Nada? —Repite escéptico— ¿apareces a estas horas simplemente por ese motivo? —pregunta con chulería. Pero... ¿Qué mierda se piensa este tío? ¿Que iba a venir a tirarme a sus brazos? Por Dios, su egolatría es demasiado para mí. Me recorre de arriba abajo con la mirada, mordiéndose el labio inferior como provocándome. —Por supuesto. Y vuelvo a repetirte. Lo que hice estuvo muy mal y por eso creo que debo disculparme personalmente ¿te queda claro? —Entendido, preciosa; por ese motivo estas arrepentida y vienes a buscarme —su escepticismo consigue que me hierva la sangre ¡Oh Dios! qué bofetada le daría ahora mismo! —¡No alucines, guapo! Ya vivía antes de conocerte; yo de ti dejaría de pensar un poco con lo que tienes entre las piernas —señalo con la mirada— dicen que nubla la mente. Alec me agarra por la muñeca y me atrae hacia su cuerpo, rodea mi cintura y baja la cabeza; tengo su boca a escasos milímetros de la mía, mis labios se entreabren y respiro entrecortadamente. Yo misma me sorprendo de cómo deseo con toda mi alma que me bese. Se lanza a mi boca con rabia y respondo con la misma intensidad. De pronto reacciono, acabo de darme cuenta de lo que pretende: lo ha hecho para demostrarme que sus insinuaciones eran ciertas, así que le empujo con la otra mano y le doy una bofetada. Alec ni se inmuta, sigue mirándome sin decir palabra. —Buenas noches, Alec. —Me despido dando por concluida la escenita en su vestíbulo. Doy media vuelta y me dirijo hacia la salida. Al salir fuerzo una sonrisa al portero y al guardia, creo que ninguno de los dos ha perdido detalle. El guardia me adelanta y abre la puerta. Salgo a la calle y... ¡Bravo! ahora se pone a llover y estoy sin móvil. ¡Vaya, Chloe! la suerte siempre la tienes de tu lado, me digo irónicamente. Y ni un maldito taxi. Echo a correr, lo que empezó como un chaparrón se ha convertido en un auténtico diluvio; cada vez estoy más empapada, a este paso pillaré una pulmonía; debería entrar en algún sitio hasta que deje de llover. —Chloe —oigo gritar mi nombre tras de mí. Me vuelvo y veo a Alec que viene corriendo con un paraguas. Me rodea con un brazo y me resguarda con él. —Lo siento, nena, —apoya su frente en mi cabeza— siento haber sido tan brusco contigo. Tú no tienes ni idea de nada. Ven conmigo, estás empapada. —Eres un capullo ¿lo sabías? —Alec me retira un mechón de pelo mojado de la cara y sonrío. —¿Y tú sabías que estás preciosa mojada? —me aprieta a su cuerpo bajo este torrente de agua. Me abrazo a él ¡joder, sus palabras me desarman! —Lo que hice no estuvo bien —comento mientras caminamos de vuelta a su casa—. Me dijeron que estabas en tu estudio y allí fui. — Prefiero omitir el resto, él ya lo sabe perfectamente y yo aún me siento avergonzada de haberlo hecho. —Olvidalo, Chloe . —Mi curiosidad fue más fuerte que yo. —La curiosidad puede ser peligrosa. —Si tú me respondieras cuando te pregunto, no sentiría tanta curiosidad —le reprocho y pienso en las palabras que me ha dicho, que yo no tengo ni idea de nada. Por supuesto que no la tengo, este hombre es completamente hermético. Llegamos y el guardia de seguridad se apresura a

abrir la puerta. El portero se acerca y recoge el paraguas. Se sonríen y observo una mirada de complicidad entre ellos. A estos dos les hemos divertido la noche —sonríó interiormente—. Entramos en el ascensor; de pronto me llevo las manos a las sienes con un gesto de dolor. Unas punzadas agudas comienzan a martillar mi cabeza. —¿Qué te ocurre? —me pregunta; en su rostro se refleja la preocupación. —Nada importante, un simple dolor de cabeza —miento; el dolor cada vez es más fuerte— debo llevar alguna pastilla en mi bolso. —Rezo mentalmente para que así sea. Lo abro y busco mi medicación; hace más de dos años que las cosas iban bien, solo espero que sea un incidente pasajero y no comience todo de nuevo. —Has debido coger frío; no debí dejarte marchar —se disculpa Alec mientras me abre la puerta y me conduce hacia la cocina. Me sirve un vaso de agua para que pueda tomarme las pastillas. —No hubiera aceptado que me llevaras. — Cuando te vi salir, enseguida me di cuenta de que empezaba a llover; le pedí el paraguas al portero por si aún no habías cogido un taxi y andabas por ahí bajo la lluvia y así fue. —Estoy bien, quiero irme a casa. Alec hace caso omiso de mis palabras, me coge de la mano y me lleva a su habitación. Sé que piensa que es por su culpa. Nada más lejos de la realidad pero no le voy a contar el verdadero motivo... aún no. —Te has puesto pálida, Chloe. Y estás empapada; lo primero es quitar esa ropa. —Me desnuda y me envuelve en una de sus mullidas y suaves toallas, me quita el exceso de humedad del pelo y me enrolla otra en la cabeza. Sus movimientos son delicados como si yo fuese del más fino cristal y con solo mirarme pudiera romperme. Busca en su vestidor y me pone la parte de arriba de un pijama. —Ven, ahora necesitas descansar —me lleva hacia su cama, retira la colcha y me deslizo debajo de ella. Yo no consigo articular palabra, todo este despliegue de atenciones me obnubila; a continuación me arropa. Por supuesto ha hecho lo que le ha dado la gana, no lo que yo le he pedido, pero en este momento me da igual; lo único que quiero es cerrar los ojos y que se me pase este dolor. —Enseguida vuelvo —recoge mi ropa mojada y sale de la habitación. Vuelve al cabo de unos minutos con un secador de pelo. —No debes tener esa humedad en la cabeza —dice retirándome la toalla con sumo cuidado. —Deberías haber dejado que me fuera —contesto mientras intento incorporarme un poco para ayudarle. Alec niega con la cabeza para que no me mueva y pasa una mano por mi cuello para levantarla. Con la ternura y la preocupación que me demuestra consigue que me sienta apreciada, como si verdaderamente significara algo para él. —No digas tonterías —responde poniendo en marcha el secador; el ruido me molesta y la expresión en mi rostro lo revela. Alec me mira e intenta darse prisa en secarlo—. Buena chica, ahora quiero que intentes dormir —me da un beso en la punta de la nariz y cierro los ojos; tengo que relajarme, el dolor se irá. Me despierto y parpadeo ante la tenue luz de una lamparita; Alec me tiene rodeada con su brazo y noto su aliento en mi pelo; no he cambiado de postura, estoy en la misma en la que me dormí; intento moverme despacio, no quiero despertarle. —¿Te encuentras bien? —murmura acariciando mi cabeza con suavidad. —Sí, mi cabeza ya está mejor —le sonrío; ojalá esté en lo cierto y no vuelva a repetirse. —Genial —me besa y se levanta— ahora vuelvo. —Sale de la habitación y vuelvo a acurrucarme en la almohada. Le oigo entrar y me giro, trae una bandeja con dos tazas de chocolate caliente. Me fijo y observo que él lleva la parte de abajo del pijama que me ha puesto a mí. Eso me hace sonreír. Me incorporo y apoyo mi espalda en el cabecero; Alec me acerca una de las tazas. —¿Qué horas es? —pregunto un poco desorientada. —Las dos de la madrugada. —Tómatelo —ordena. Le hago una mueca de disgusto—. Por favor —añade; lo ha captado y le devuelvo una sonrisa. Este hombre es demasiado mandón. Junto a las tazas hay un plato con galletas rellenas. —¿Arádanos? —Ya

empezamos, Chloe, pregunta estúpida, sabes perfectamente la respuesta. Alec afirma con la cabeza y sonrío; al hacerlo surgen sus preciosos hoyuelos. —Cométe las —le frunzo el ceño— ¡por favor! sé que te gustan— añade y vuelvo a sonreírle, al menos aprende rápido. Me llevo una de esas delicias a la boca. —Toma —dice entregándome una caja que llevaba escondida. —Te agradezco el detalle, pero no era necesario que me regalaras nada —contesto tragándome a prisa el trozo de galleta. Pienso que será el famoso móvil. —Cógelo, nena, no muerde —lo pone en mi mano— eso solo lo hago yo —levanta mi pie y me muerde el dedo gordo. —¡Eh! —le grito riéndome; él no me lo suelta y comienza a mordisquearlo provocándome cosquillas—. Por favor, déjalo ya —suplico intentando apartar mi pie de esa despiadada boca. —¿Te lo vas a quedar? —pregunta y me amenaza enseñándome los dientes con mi dedo a un milímetro de ellos. —Si —contesto muerta de risa. —Ábrelo —me mira expectante. Abro la caja y los ojos se me salen de las orbitas pero... ¿Qué es esto? —¿Te gusta? —Me mira y veo cómo está controlando la risa. —¡Es una piedra! —Correcto; una piedra del gran cañón del colorado, un pisapapeles genial, te vendrá bien en tu trabajo ¿Pensabas que era otra cosa? Mira que es cabrón, está jugando conmigo. —¿Un móvil quizás? —Pregunta con cara de no haber roto un plato en su vida. ¡Una mierda, tal vez! Pienso para mis adentros, aunque tengo que reconocer que sus ocurrencias me hacen mucha gracia. —Te regalé toda una joya y lo rechazaste; pensé que igual no te gustan las cosas bonitas. —Y se te ocurre regalarme una piedra ¿no? —Finjo estar molesta e intento aguantar la risa por la cara que me está poniendo de niño compungido. —Toma, tonta —me entrega otra caja— no te enfades, ha sido una broma —se echa a reír. —De verdad, te lo agradezco, pero no tenías que regalarme nada y te advierto que como sea otra piedra, haré que te la comas —Alec simula asustarse ante mi amenaza y me echo a reír a carcajadas. —Bien, ahora quiero que lo tengas y no voy aceptar que lo rechaces; lleva un dispositivo vía satélite, lo que significa que nunca te vas a quedar sin cobertura, ni tan siquiera en mitad del océano o en el lugar más remoto del planeta. Y aparte lleva incorporado otro sistema para el tema de batería. Chloe, has bromeado conmigo en el sentido de la cobertura; pues bien, nunca se sabe cuándo puedes necesitar pedir ayuda —le abrazo y le lleno la cara de besos; mi arranque no es por el regalo que admito que es una auténtica joya sino por lo que significa; esto me demuestra que se preocupa por mí. Le presto toda mi atención mientras me explica todas las increíbles facultades de esta miniatura; lo cierto es que no me extraña, su empresa se dedica a la alta tecnología. Se sienta en mitad de la cama frente a mí y apoya mis piernas sobre las suyas. —¿Qué tal fue tu reunión? —pregunta mordiendo una galleta. Mejor eso que mi pie, pienso. Le miro completamente asombrada, su pregunta no me la esperaba; ni tan siquiera imaginaba que pudiera acordarse. —La reunión un auténtico rollo y como era de esperar, no me dieron la traducción a mí —reconozco con pesar. —¿Por qué? —Porque —resoplo con un gesto de resignación —según ellos aún no tengo la experiencia necesaria. —Si no te dan una oportunidad no podrás adquirirla, con lo cual no podrás demostrar lo que vales. Su razonamiento me conmueve, había trabajado muy duro para poder conseguir ese manuscrito. —Imagino que tú también tendrás una agencia que trabaje para ti. —No, tengo mi propio departamento de traducción. ¿Quieres trabajar para mí? —propone y percibo ese punto de guasa en sus palabras. —No —respondo con firmeza. —¿Seguro? Pago muy bien y tendrías un jefe bastante guapo. Le saco la lengua a modo de burla y él me frunce el ceño, lo que hace que me ponga a reír. —No me interesa, estoy muy contenta donde trabajo —le digo para rechazar su oferta. —Interesante, estás contenta en una empresa donde no te dan una oportunidad —lanza

sarcástico. —Yo te la daría. No quiero ni pensar lo que sería tenerlo como jefe. —Ya llegará; de todos modos tú ya tienes. No necesitas otro. —Despido al que tengo, es bastante feo —suelta una carcajada ante su propia ocurrencia. Ahora es el momento, Chloe, está de un humor excelente. —Tengo que decirte algo; bueno, no sé por dónde empezar. ¡Joder! ¿Por qué me resulta tan difícil? Claro que es difícil —me respondo a mi misma— quiero saber exactamente qué es lo que significa todo esto para él y, sinceramente, lo que me aterra es que su respuesta no sea la que yo espero y despierte de golpe de este sueño. —Por el principio. —Estás muy simpático ¿no? —ironizo. Hace un gesto como si se sellara la boca y me indica con la mano que continúe. —Quiero saber... —venga, suéltalo ya, me animo mentalmente— quiero que me expliques. Alec parpadea sorprendido. —Disculpa, debo tener la mente nublada por culpa de mi entropierna porque no te entiendo ¿Qué te explique qué? Su comentario vuelve a provocarme otra carcajada ¡Oh, dios mío! Este hombre es imposible. Cojo uno de sus almohadones y le doy en la cabeza. —¿Quieres guerra? —Sonríe con el almohadón entre sus manos ¡Oh, no! Consigo quitárselo, no me fio; está juguetón y no voy a sacar en claro nada de lo que quiero saber. —¿Podemos tener una conversación seria, por favor? —Le ruego. —¿Sabes una cosa? Hacía mucho tiempo que nadie me hacía reír de esta forma —de pronto su semblante cambia y percibo una cierta melancolía en su voz. ¡Mierda! Se estará refiriendo a ella. —Vaya, tomaré nota, igual elegí mal mi carrera y lo mío es trabajar en un circo —añado con ironía. Esto no me gusta nada, creo que intenta desviar la conversación, algo que se le da muy bien. —Quiero que me cuentes cosas de ti —le miro con recelo; bueno, ya he conseguido largarle algo ¡Qué asco me doy ahora mismo por lo cobarde que soy! —Por supuesto, te daré el número de mi secretaria para que conciertes una entrevista conmigo —frunce los labios para contener la risa e intenta cogerme los pies, pero soy más rápida que él y los retiro; sé lo que intenta hacer otra vez y no voy a permitirselo, quiero que hable. —¡Idiota, no se puede hablar contigo! —intento aguantar la risa pero no lo consigo; lo cierto es que su desparpajo para contestar me ha hecho gracia. —De acuerdo, Chloe, te diré algo de mí —hace una pausa como si estuviera eligiendo las palabras. Bien, esto se pone interesante—. Yo vivo el presente, jamás olvidare mi pasado y nunca pienso en el futuro. Ahora estoy peor que antes, ¿Qué querrá decirme con ello? —¿Por qué? —Me mira y por un momento creo que va a contarme el verdadero motivo. El que yo ceo, todo debe ser por ella. ¡Joder! su pasado es su propio presente. —El futuro es aleatorio. Míralo de este modo: mañana salgo tranquilamente de mi casa y me cae un piano en la cabeza ¡zas! A la mierda el futuro. Así que disfruta el día a día conmigo y olvídate del resto. —Su comentario le devuelve la sonrisa. Está claro que me ha soltado esta tontería para distraerme y que me olvide de lo que me acaba de decir. Estoy completamente segura de que sabe lo que estoy pensando. Es demasiado listo y creo que le he dado demasiadas pistas. —Qué tonto eres —le doy un golpe en el hombro y Alec se tira hacia atrás en la cama como si le hubiese hecho daño ¡Que teatrero es! —Visto de ese modo, tienes toda la razón —continúo en tono socarrón—, es algo habitual, la gente suele ir tirando pianos por ahí. —No te creas, cosas más extrañas he visto. Se incorpora, tira de mis piernas y me sienta a horcajadas encima de él, está acortando distancias y va a distraerme como mejor sabe hacer. Así que tendré que darme prisa con mi interrogatorio. —¿Cuál es tu plato favorito, Alec? Me mira desconcertado; esto no te lo esperabas ¿eh, cariño? Esta pregunta es solo para despistar, ya que está tan bromista seguiremos el juego; las que me interesan vienen a continuación. —El asado de buey con puré de manzanas —responde con una media sonrisa mientras me retira suavemente un mechón de pelo de la cara. —Era tu novia,

¿verdad? —Le suelto, tampoco es que haya esperado mucho, debería haberle mareado un poco más pero tengo más ganas de saber que de bromear. Me mira entornando los ojos, ya se ha dado cuenta de a dónde quiero llegar. —Ella era... lo más puro y sincero que viví —su sonrisa se desvanece. Ahora sería el momento de preguntarle si sigue enamorado de ella, pero mi cobardía que aún sigue conmigo me lo impide; mi miedo a su respuesta no me deja hacerlo. —¿Qué significa tu tatuaje? —Aún sigo rebuscando en mi memoria, sé que lo he visto antes. Pasea sus manos por mi espalda en delicadas caricias lo que provoca que todo mi cuerpo se estremezca con su delicioso contacto. —Un dragón —le asesino con la mirada, esa es la misma respuesta que me dio la primera vez— está bien, preguntona, me lo hice por ella —responde; sin embargo no es la respuesta que espero, algo tiene que significar. —Y... las cicatrices ¿Cómo te las hiciste? —Me apuñalaron —lo dice como si fuera algo totalmente normal; le miro y rozo con delicadeza la que tiene debajo del hombro— esa fue un disparo —prosigue como si tal cosa. Me apunta con su dedo imitando un arma, burlándose del propio hecho. —¡Dios! ¿Por qué? ¿Qué ocurrió? —Pregunto espantada y se me hace un nudo en el estómago, es la primera persona que conozco a la que hayan apuñalado y pegado un tiro. —La entrevista ha finalizado, señorita, su tiempo se ha agotado. Me levanta del culo y me tumba en la cama ¡Dios, parezco una muñeca de trapo entre sus manos! —¿Qué tiempo? No hemos dicho nada de eso —protesto irritada. —Yo sí. Solo concedo entrevistas de cinco minutos. —¡Mentiroso! —Refunfuño. —Cierto, porque la verdad es que no se las concedo a nadie, así que date por satisfecha —se tumba a mi lado y me rodea con su brazo. —En ese caso, señor, la próxima vez seré más rápida haciendo las preguntas —le advierto apoyando mi cabeza en su pecho. —Y yo más lento en contestarlas —me acaricia el pelo. —¡Malvado! —Le increpo. —¡Bruja! Aunque tengo que admitir que eres una bruja preciosa. Ahora ¡A dormir! —Levanto la cabeza y le frunzo el ceño— No me pongas esa cara, es una orden —me guiña un ojo y me besa en los labios dulcemente. Me acurruco a su cuerpo, protegida entre los brazos del hombre más impresionante del planeta. ¡Sí señor, para mí lo es! Una parte de mí está radiante de felicidad y la otra totalmente confusa. Sus actos y sus palabras son tan contradictorios. Su extremada consideración al comprobar que no me encuentro bien, ocupándose de mí como si verdaderamente le importara, colma de ternura mi corazón. Sin embargo sigo pensando que lo único que significa para él es sexo, una aventura pasajera. Y lo peor de todo es... que estoy irremediabilmente enamorada de esta criatura tan extraña como maravillosa.

CAPÍTULO 3

ALEC me despierta con un beso y dedico una sonrisa a ese perfecto rostro, es la mejor forma de despertar a alguien. —Gracias por esa sonrisa tan maravillosa —susurra en mi oído y me retira el pelo de la cara—. Ya sé que el zumo de pomelo no te gusta así que probaremos con la naranja —me acerca el vaso de zumo y me incorporo para cogerlo. Ahora mismo adoro a este hombre. No puedo apartar mis ojos de él, es la tentación personificada. Su espectacular torso desnudo, esa mata de pelo alborotado negro como el azabache, esa barba incipiente y esos ojos ¡Dios mío! Son capaces de hacer que el cerebro se me derrita, este hombre es guapo a rabiar y a cualquier hora que se le mire —ahogo un suspiro—. En cuanto a mí, mejor ni pienso qué aspecto puedo tener; se sienta a los pies de la cama, mirándome, con su zumo de pomelo ¿Cómo le puede gustar eso tan amargo? Me río por dentro al recordar la frase “eres lo que comes” y pienso que es totalmente cierta con Alec, el sabor ácido y amargo del pomelo en contraste con la dulzura de la mermelada de arándanos. Es fuego y hielo en una misma persona. Me mira y sus labios dibujan esa sonrisita socarrona advirtiéndome que sabe perfectamente el efecto que él causa en mí. —Me gusta tu pijama —le digo señalando con la mirada sus pantalones. —A mí me gusta lo que hay debajo del tuyo. —Tan claro y directo como siempre, me quita el vaso de zumo, me arrastra de los pies para dejarme tumbada y en menos de un nanosegundo le tengo encima de mí haciéndome notar su erección entre mis piernas y provocándome con sus expertos movimientos de cadera; es extraordinariamente bueno en el sexo y por supuesto es consciente de ello. Sonríe y distingo ese brillo de lujuria en sus preciosos ojos. Definitivamente mi día va a ser espectacular. Se levanta y se deshace de mis bragas y su pantalón a una velocidad de vértigo, se sienta a horcajadas sobre mí aguantando su peso sobre sus rodillas. —¿Sabes? —dice mientras va desabrochando los botones de mi pijama— me gustaría arrancártelo con los dientes pero disponemos de poco tiempo, lo anotaré para la próxima. —¿Crees que debo empezar a preocuparme? —Alec arquea sus preciosas cejas y me sonrío—. Me refiero a que no serás ningún tipo de antropófago o nada parecido ¿no? —agunto la risa por la cara que me está poniendo. —Señorita, yo de ti sí que empezaría a preocuparme, aún no he desayunado —se lanza en picado y comienza a morderme las tetas, me retuerzo debajo de él muerta de risa; más que morderme, me está haciendo cosquillas con su barba. Le agarro del pelo en un intento de quitarme esa demoniaca boca de encima, pero no hay forma; es como mover un muro de acero. De pronto sus cosquillas se detienen y comienza su experta lengua a acariciar mis pezones, trazando círculos alrededor de ellos. El pulso se me acelera, dejo escapar un leve gemido; la sensación es increíble, como si pequeñas descargas

atravesaran mi cuerpo. Comienza a besarme hasta llegar a mis labios y comienza a rozarlos suavemente con los suyos. Me da un tierno y profundo beso y me mira. —Eres un bocado muy apetecible, acabaré comiéndote entera. —Me muerde el lóbulo de la oreja y suelto un grito. De pronto me gira y me encuentro a horcajadas encima de él.— Todo tuyo nena —mueve sus caderas incitándome. Coloco su erección en mi entrada y Alec empuja despacio, con dulzura, dejando que mi sexo acoja todo el grosor de su pene. Muevo las caderas en círculos lentos hundiéndome cada vez más en él y un suave gruñido sale de su boca; agarra mi cintura con firmeza pero dejando que yo dirija el movimiento; me levanto despacio y vuelvo a enterrarme más profundamente, marco un ritmo lento disfrutando cada milímetro que entra en mi cuerpo. Alec se muerde el labio inferior cada vez que entra en mí, su expresión me enloquece. —Me estas matando preciosa —dice con la mandíbula apretada. Abandona mis caderas y agarra mis pechos acariciando mis pezones con los pulgares. Sus gemidos me enardecen y fricciono mi sexo contra el suyo cada vez más fuerte, sube sus manos por mi cuello y coge mi cara entre sus manos lanzándose a mi boca con una pasión descontrolada; nuestras lenguas se enredan saboreándonos el uno al otro, su frente está perlada de una fina capa de sudor; sé que está cerca, sus gemidos, junto con la expresión de su rostro, me lo confirman. Sonrió interiormente, orgullosa de saber que lo estoy volviendo loco. —¡Oh, sí! Me encanta cómo me follas, cabálgame duro, nena —exclama con la voz ronca por el deseo. Acelero mis movimientos cada vez más intensos y siento cómo entra en lo más profundo de mi cuerpo; en respuesta aprieta mis pechos con fuerza y su boca atrapa uno de mis pezones, lo acaricia con su lengua, lo succiona y le da pequeños mordisquitos. Jadeo y me abandono por completo al inmenso placer que este hombre me provoca, todo mi ser vibra excitado, al igual que el suyo acercándonos más y más a ese clímax inminente. —¡Joder, joder, córrete conmigo! —masculla arremetiendo con fuerza. Sus ojos no se han separado de los míos en ningún momento y percibo esa conexión mágica entre nosotros. Mi garganta emite gemidos incesantes ante la inminencia de mi orgasmo, mi cuerpo convulsiona y estalla como un castillo de fuegos artificiales, siento cómo su erección se expande, cómo se agita dentro de mí y Alec se corre soltando un fuerte gruñido, inundándome con su semen; sigue empujando con fuerza, vaciándose por completo, invadiéndome con su delicioso calor líquido. Me desplomo sobre su pecho exhausta y me abraza acariciando suavemente mi espalda mientras recobramos el aliento. —Has estado soberbia, todo un polvazo —musita contra mi pelo. No puedo creerme que me dé todo el merito a mí; me rio contra su pecho y en agradecimiento le muerdo el pezón; su respuesta llega en forma de un azote en el culo. Vuelve a girarme y sale de mi cuerpo con la misma delicadeza con la que entró. Me doy media vuelta y me acurruco abrazada a la almohada; cierro los ojos e inspiro profundamente embriagándome con su olor, todo huele a él. —Dormilona, hora de levantarse —me despierto ante esa voz grave y sexy y unos labios a escasos milímetros de los míos ¿me he quedado dormida? Le rodeo el cuello con mis brazos y beso esa boca tan tentadora. Interrumpe el beso y me levanta de la cama. De pronto mi cuerpo se tambalea y Alec me sujeta firmemente para que no me caiga. —¡Eh! ¿Estás bien? —frunce el ceño, creo que está un poco extrañado; lo cierto es que si no me hubiese sujetado ahora mismo estaría desparramada en el suelo de su habitación. —¡Eh! —Repito riéndome e intentando disimular— La visión de tu perfecta anatomía, hace que pierda hasta el equilibrio —prefiero alimentar un poco más su ego, aunque dudo que eso pueda ser posible, antes de que empiece a preguntarme. —Tú eres perfecta —besa cariñosamente mi frente y sonrío halagado, he dado en el clavo. Sus palabras se me atragantan; no... no soy perfecta. —¿Mi ropa? —pregunto mirando a mi alrededor. —

¿Preguntas por esta abominación? —coge mi camiseta con dos dedos como si apestara ¡Dios de mi vida! a la luz del día, aún es más fea. —No es tan horrible —protesto quitándosela de las manos— a mí me encanta. ¡Joder! acabaré aborreciéndola. Alec se echa a reír. —Por cierto —me coge la nariz entre sus dedos— mientes fatal, te espero abajo —la pellizca y se marcha. Mejor que me pilles estas mentirijillas a que me pilles la que realmente me importa. Necesito mi bolso, está sobre una mesa auxiliar. Cojo mi medicación y me la tomo. ¡Dios, por favor! ¡No permitas que comience esto de nuevo! Salgo de la habitación y bajo a buscarle, está en un extremo del salón delante de una inmensa pantalla de plasma, viendo las noticias con una taza de café en la mano. Suspiro de admiración ante su impecable elegancia, está impresionante con el pantalón y el chaleco de un traje sastre en color gris, la americana reposa sobre el respaldo de una silla. Me acerco y me rodea los hombros con un brazo besándome cariñosamente en la sien; me está ofreciendo su café cuando de pronto, al acabar las noticias, aparecen unas imágenes mías y de Jesse a la salida del restaurante. Alec se queda muy atento observándolas y a mí se me encoge el estómago. ¿Había una cámara de televisión? —¿Y bien? —pregunta cruzando los brazos sobre su pecho. ¡Oh, oh! su mirada no me gusta nada. —Me invitó a comer —confieso encogiéndome de hombros quitándole importancia y le doy un sorbo al café. ¡Demonios qué amargo está esto! —No quiero que vuelvas a acercarte a él —le miro perpleja. No entiendo a qué viene esto. —¿Perdón? —Ya me has oído, te quiero lejos de ese tipo. Pues lo que le voy a decir a continuación, creo que le va a gustar menos. —También me invitó a un partido de tenis —le suelto con descaro devolviéndole su café—. ¿Lo tomas sin azúcar? —Pregunto en un intento de que no siga por donde va. —No irás —ordena en tono que no admite réplica; abro la boca pasmada, por supuesto mi intento se ha ido a la mierda. —Según tú ¿por qué no debería ir? —intento que mi voz suene tranquila; nada más lejos de la realidad porque me está empezando a poner de los nervios. —No es de fiar y tampoco es lo que aparenta; te lo vuelvo a repetir, te quiero lejos de él —veo en sus ojos que se está enfadando por momentos ¡Oh, oh! esto no tiene buena pinta. La tensión de su cuerpo me dice que está haciendo un esfuerzo por contenerse. —¿Le conoces? —Debería decirle que puede esperar sentado si piensa que voy hacer lo que me está exigiendo, sin embargo mi curiosidad quiere saber qué le sucede con él. —Lo suficiente para saber de qué calaña es —escupe las palabras con rabia. Vaya, lo mismo me advirtió Jesse sobre él, pero no se lo voy a contar. Algo me dice que entre estos dos ocurre algo y pensándolo mejor no sé si quiero saberlo. —No puedes decirme lo que debo hacer o no. Por supuesto que pienso ir —afirmo levantando la voz. —Chloe, no me cabrees más de lo que ya estoy; llama ahora mismo a ese capullo y dile que no vas a ir —me exige furioso como si le costara contener la ira. —¿Qué estás diciendo? —pregunto irritada. Cuantas más perlas suelta por su boca menos le entiendo ¿a este tío qué le ocurre? —Quiero oírlo yo. ¡Llámallo! —Me penetra con esa mirada azul, no parece dispuesto a dar su brazo a torcer. —¿Cómo sabes que tengo su teléfono? —pregunto expectante —En las imágenes que vi por televisión antes de poner su apestosa boca en tu cara estaba con el móvil en la mano y anotando algo, tú número de teléfono ¿me equivoco? —se responde así mismo negando con la cabeza, se acerca y me levanta la barbilla para que le mire. —¡Dios! las imágenes han durado apenas unos minutos —exclamo apartando su mano de mi cara. —Te lo dije, soy muy observador. Quiero que le digas delante de mí que no vuelva a acercarse a ti —retrocedo y lo miro con desagrado. —Alec, él no me ha hecho nada, por lo tanto no voy a llamarle; ahora te voy a decir algo de mí, no me fio del juicio de nadie sobre una persona sino del mío propio, así que

cuando yo compruebe que es lo que tú me dices me alejare de él, no porque tú me lo digas. ¿Ha quedado claro? Alec me mira completamente perplejo y de repente aparece en su cara una expresión impasible. —¿Quién te enseñó a razonar de ese modo? —pregunta y sus ojos me observan atentos, como si estudiaran mi rostro. Su pregunta acaba de azotar mi mente devolviéndome esos recuerdos que tanto luché por olvidar; sacudo la cabeza en un intento por sacarlos de ella. —No... no lo recuerdo —miento; no pienso abrirle mi alma. —De acuerdo, tienes toda la razón; si quieres ir, ve —dice encogiéndose de hombros—. Vamos a desayunar. Ahora soy yo la que alucino con su reacción; siento cierto recelo después de su intransigente oposición, esto no es muy normal, aunque creo que estoy empezando a acostumbrarme a sus cambios repentinos de actitud. Le sigo hasta la cocina, donde nos espera demasiada comida por lo que estoy viendo. Me siento en una de las sillas altas. Alec se aleja un poco y hace una llamada de teléfono. Me llevo una tostada a la boca, lo cierto es que este hombre me quita hasta el apetito, no consigo entenderle. La escenita que me acaba de montar ¿Cómo debo interpretarla? Para una persona que solo comparte sexo, esto no es muy normal. No quiero ir a ese jodido partido, sin embargo ahora más que nunca iré; no voy hacer lo que él quiera, eso debe tenerlo claro y menos aún con la forma en que me lo exige. Vuelve y se sienta frente a mí, solo abriendo la boca para engullir su desayuno; vaya, el sí que tiene hambre. Nos marchamos y se detiene justo antes de entrar en el ascensor. —Mejor bajamos por las escaleras —suelta con una media sonrisa tan perversa como su mirada. ¿Qué coño dice? —¿Le ocurre algo al ascensor? —pregunto con una fingida inocencia, aunque sé perfectamente lo que pretende. —Lo mismo que ayer le ocurría al tuyo. Y, por lo que comprobé, te gusta hacer ejercicio, así que andando, señorita —la expresión pícaro de sus ojos me está empezando a poner furiosa. ¡Será cabrón! No puede los comparar los siete pisos que le hice subir a él con... ¡mierda! ¿Cuántos habrá aquí? Será mejor que no lo piense ¡Dios! ahora mismo le estrangularía. Este hombre saca lo peor de mí. Hace un momento le adoraba y ahora mismo le odio. —Eres muy vengativo —afirmo con frialdad. —¿Pensas que esto es una venganza? —Se echa a reír a carcajadas—. Eres una mal pensada, lo hago simplemente porque creo que te gusta ¿me equivoco de nuevo? ¡Sera cínico! No pienso darle la satisfacción de saber que me está jodiendo. —En absoluto —respondo con el mismo cinismo que él— me encanta hacer deporte, así que es una buena forma de empezar el día —las mentiras se me dan fatal pero me sorprende a mi misma con la facilidad que salen de mi boca— unas cuantas escaleras para mí no son nada —le lanzo una mirada altanera y paso delante de él. —Me alegro, porque aquí vas a bajar lo tuyo —le oigo mascullar entre risas. —Capullo —murmuro mientras comienzo mi descenso. —Te he oído, Chloe —suelta a mi espalda y sigue riéndose; eso aún me exaspera más. Le ha jodido que le lleve la contraria respecto a mi intención de ir a ver el partido ¿Y por eso monta todo este numerito? Pues lo llevas claro conmigo, señor Seytton. Vaya con la madurez de este tío súper poderoso. Seguimos bajando en silencio ¡maldita sea! ¿Cuántos pisos quedan? Como si hubiese leído mi pensamiento, Alec pasa delante de mí y me levanta del culo; en un acto reflejo mis piernas le rodean la cintura. Se ríe y me revuelvo para que me baje pero no me suelta. —Si no te estás quieta, sí que las bajaremos a toda pastilla —obedezco, no quiero salir rodando y ya me estaba empezando a cansar tanta escalerita. La versatilidad de este hombre me tiene totalmente confundida, por lo visto su cabreo se ha esfumado. —Mi preciosa gatita de ojos verdes, no intentes volver a mentirme y tampoco intentes jugar conmigo. —¿Es una amenaza? —le frunzo el ceño. —Solo te prevengo, dicen que no tengo corazón. —No lo creo —discrepo aunque

no lo tengo del todo claro. —¿Ah, no? —pregunta con una media sonrisa. —Me acabas de demostrar que estás arrepentido. Lo que creo es que te encanta que lo piensen ¿me equivoco? Alec me mira en silencio y la sonrisa desaparece de su cara. —No pesas nada, tienes que engordar un poco —acaba de aparecer uno de sus famosos cambios de conversación. —¿Vas a comerme en Navidad? —le sigo la corriente ya que creo que no va a servir de nada tratar de profundizar más en su compleja personalidad, lo dejaré para otro momento. —Te dije que no pienso en el futuro, aún falta para Navidad; mejor te como ahora. Se lanza a mi cuello y comienza a darme pequeños mordiscos, provocándome cosquillas; me remuevo sin poder parar de reír y le agarro del pelo, a este paso acabaré arrancándole la cabellera. De pronto suelta un grito angustiado y le pego en la cabeza para que no siga. Delante de nosotros se ha materializado un hombre con un aspecto muy siniestro. —Has asustado a la señorita —gruñe Alec al tipo sin molestarse en girarse. —¿Quién es? —pregunto intentando controlar mi agitada respiración. Su aspecto me provoca escalofríos; es de origen asiático, una espeluznante cicatriz le cruza la mejilla izquierda y su mirada es espantosamente fría, capaz de helar hasta el mismísimo infierno. Una mala sensación me recorre de pies a cabeza. —Por el grito que has pegado yo diría que es un fantasma —en ese momento aparece Sachs y la mirada que cruza con el susodicho no me gusta en absoluto. Nos abre la puerta de acceso al garaje. Debe ser otro de sus miembros de seguridad, sin embargo algo me dice que este es diferente. —Sachs te llevará a casa, tengo una reunión y por tu culpa llego tarde —me desliza por su cuerpo y me planta un beso rápido en los labios. Miro por el rabillo del ojo, reconozco enseguida al hombre que espera junto a otro coche, es el mismo que me recogió del aeropuerto. ¿Dónde se ha metido el tipo raro? Es imposible que haya desaparecido de repente. — Por lo que veo siempre tengo la culpa —replico. —Siempre, eres mi más maravillosa y preciosa distracción —me dedica su fantástica sonrisa, abriendo él mismo la puerta de atrás para que entre —. Por cierto, te diré otra cosa de mí; siempre consigo lo que quiero. Que te diviertas en el partido —no espera mi respuesta, entra decidido en el coche que le está esperando y se marcha. En mi boca ha quedado un sabor amargo y en mi cabeza un mar de dudas.

CAPÍTULO 4

ENTRO en casa y me encuentro con mi propio comité de bienvenida, Tawny y Aby sentadas en el sofá. —Y esa cara que llevas ¿a qué se debe? —pregunta Aby nada más verme. —Por favor, aquí tengo a Mildred y Gladys —suelto torciendo el gesto, no estoy de humor esta mañana para aguantar a estas dos. Tawny me lanza uno de los cojines del sofá, lo cojo y me tiro en el sillón frente a ellas. —Yo no soy ningún cuervo de esos feos —protesta Aby. —No eran cuervos sino urracas —le corrijo. —Qué más da, igual de feas eran las dos, venga desembucha ¿Qué ha ocurrido? —me apremia Tawny. —¿Por dónde empiezo? ¡Ah, sí! Como ya sabemos, soy su gran objeto de deseo ¿no? pues bien, también me he convertido en su distracción preferida —veo sonrisitas burlonas en sus caras— vive el día a día. —Qué práctico —comenta Aby. —Nunca piensa en el futuro. —añado. —Qué profundo —larga Tawny aguantando la risa. Prosigo y les cuento la escenita en el vestíbulo —omito mi dolor de cabeza y mi vahído—, continúo con la breve entrevista que le hice, destaco el impresionante polvo matutino y finalizo con la discusión. Espero que con todo esto quede satisfecha su curiosidad. —Ese tío está loco por ti —afirma Tawny y levanto las cejas incrédula. —Lo que creo es que está loco, pero loco a secas, y lo peor de todo es que me va a volver loca a mí —me echo a reír. —Cariño, a ti ya te tiene loquita —añade Aby— de lo que no tenía ni idea es de que había tenido novia, aunque no me extraña; su vida privada es un autentico misterio y tampoco me extraña todo lo que te ha dicho. Te lo advertí. —Oye ¿tú no tienes que ir a trabajar o te han dado el día libre por ser la prima del deseo del gran jefezo? —la interrumpe de pronto Tawny. La miro agradecida a pesar de su comentario sarcástico. —¡Joder! No lo había pensado, ahora mismo llamo y que me lo den; alguna ventaja debo tener ¿no? —anuncia irónicamente. —Qué dos gilipollas más simpáticas —les suelto y me marcho hacia la cocina, necesito un café. —Esta conversación se estaba poniendo interesante —grita Aby a mi espalda— pero no tengo tiempo o tú... lo que diablos sea, podría despedirme. No me molesto en contestarle y suspiro aliviada, al menos ya solo queda una y no creo que tarde mucho en marcharse. Lo mejor de mi empleo es que solo tengo que ir tres días a la oficina, los otros dos, trabajo desde casa. Lllaman a la puerta y abro; es Hermes ¡Dios, no! ¡El que me faltaba! lleva una revista delante de su cara ¡qué payaso es! —¡Joder, Chloe! ¿No es un poco pronto para Halloween? —me suelta, mirándome por encima de la revista. Mi respuesta no se hace esperar y no precisamente con palabras: me limito a enseñarle mi dedo corazón obscenamente erguido. Me largo a mi habitación y me quito la dichosa sudadera, al final tendré que hacer lo que me propuso Tawny, prenderle fuego. —Chloe, por lo que veo ahora solo te codeas con la élite —me dice

Hermes al volver. —¡Joder! —mascullo, seguro que él también lo ha visto. —¿De qué hablas? ¡Dame eso! —Tawny pega un bote en el sofá y le quita la revista— ¡Jesse Nox! —Grita— ¿has salido con él? y... ¿cuándo pensabas contarnos? —Me invitó a comer y toda esa gente apareció después. —¿Sabes lo que esto significa? ¿Tienes algo con ese tipo? —Hermes me mira muy atento. —No —respondo rápidamente. —¿No qué? —pregunta Tawny —Que no tengo nada con él —me pongo a la defensiva. Todo esto me está empezando a molestar. —Es una táctica. —¿A qué te refieres? —Amore, a que lo deja en el aire, la gente especulará sobre ello. Y hay algo más: fue su agente quien llamo a los medios de comunicación —declara Hermes con el semblante serio. —No entiendo por qué lo ha hecho. —Este tío te ha echado el ojo, Chloe. Siempre intentan ser discretos, sin embargo cuando ellos mismos avisan es por algún motivo. Quiere que te relacionen con él y también me han comentado que a este le gusta bastante ser pillado con una chica bonita. —Me preguntó si estaba con Alec. Y me habló fatal de él, creo que algo ocurre entre estos dos. —Por supuesto, son dos tipos codiciados por las mujeres. Arrebatarle la chica a Seytton es darle una patada en las pelotas. Toda una lucha entre machos alfa compitiendo por la hembra. —Me invitó a un partido de tenis. Es hoy, por lo visto es un torneo benéfico —comento y mi cabeza no deja de pensar en lo que Hermes me ha dicho. —¿Piensas ir después de saber todo esto? —pregunta Tawny. —Iré para dejarle las cosas claras a Jesse y también por Alec —los dos se miran entre sí —. Me lo prohibió —aclaro— así que, Hermes, ¿vendrás conmigo? —Dalo por hecho ¿a qué hora te recojo? —Bill Gates ¿cómo piensas entrar? Deben valer una fortuna las entradas —le suelta Tawny con su peculiar sorna. —Es cierto —coincido-no lo había pensado. —Tranquilas, bombones, tengo contactos. Tawny se marcha y me tiro de nuevo en el sofá junto a Hermes. —Estás pillada por Seytton ¿verdad? Admito afirmando con la cabeza y doy un sorbo a mi café. —Por cierto ¿no trabajas hoy? —apoyo mi cabeza sobre su hombro, necesito cambiar de tema. —Chloe, se acabó. —¿A qué te refieres? —levanto la cabeza y le giro para que me mire. —Tienes delante de ti al nuevo Hermes Santini —anuncia con una gran sonrisa. —No puede ser cierto ¿lo has hecho? —le abrazo y le doy un montón de besos en la mejilla. —Sí, ya no tienes un amigo fotógrafo, ahora tienes un abogado, así que haz el favor de matar a alguien, roba un banco, haz lo que quieras, pero dame un juicio interesante. —¿Te sirve un atraco a una licorería?-bromeo apuntándole con el dedo. —No, quiero algo a lo grande —gesticula abriendo los brazos. —Me alegro, es tu pasión, Hermes, aunque lo negaras. —Lo sé, pero la sombra de Nick era demasiado grande... era lo que me retenía ya sabes. —Tú no eres él —le acaricio el rostro con ternura. —Pero pensaba que quería serlo, siempre fue mi héroe, un ejemplo a seguir y tuve miedo de no estar a la altura —reconoce con tristeza. —Tus padres nunca lo creyeron y ninguno de nosotros. —Lo sé, todo fue una paranoia mía; la muerte de Nick nos sobrepasó, ninguno de mi familia supimos aceptarla —confiesa con ese punto de melancolía en su voz. —Es normal, Hermes —agarro sus manos entre las mías— cuesta mucho admitir que nunca más volverás a ver a esa persona. —Exacto. Y después de dar muchas vueltas a la idea, por fin me decidí. Me puse en contacto con un par de amigos de la universidad y uno de ellos me ofreció irme a su bufete; bueno, es de su padre. Allí empezaré mis prácticas; ya sabes, necesito adquirir experiencia y es uno de los buenos. Vuelvo a abrazarlo, adoro con toda mi alma a este rubio travieso y sé todo lo que sufrió con la muerte de su hermano mayor. —Amore, deja ya de darme tantos achuchones o te vas a poner cachonda —le suelta un tortazo ante su impertinencia, no cambia y deseo de todo corazón que nunca lo haga. Hermes se marcha y me pongo a trabajar. *****

Alguien me quita los auriculares. —¿No tienes que ir a ese partido? —Es Tawny, que ya ha vuelto ¡Joder! Tiene razón, me había olvidado por completo. Miro la hora y salgo disparada a la ducha. Hermes pasará en menos de media hora. —¿Qué vas a ponerte? —pregunta Tawny metiendo la cabeza en mi armario. —¿Qué suele ponerse la gente para ir a esos sitios? —Brillos y lentejuelas —la empujo con el culo al pasar por su lado, ya está con sus bromas—. Veamos: arreglada, con clase, pero informal —levanto una ceja sorprendida y me tira a la cara una blusa de seda. —¿Esto? ¿Quieres que me congele? —¡Dios de mi vida, Chloe! pues te pones una bufanda. —Doña calurosa. —Querida, soy ardiente, mi cuerpo es un volcán a punto de estallar. —De acuerdo, pues quítate de en medio, no vaya a ser que explotes y tenga trocitos de Tawny desperdigados por mi cuarto. —Desagradecida, ya no te arreglaré ese pelo de rata que tienes. —No hace falta, el casco de Hermes me dejaré un look de lo más sofisticado. —No entiendo cómo puedes subirte a esa máquina asesina con ese loco —dice saliendo de mi habitación. —Te recuerdo que es su único medio de transporte —le grito. Me quedo pensando, igual sería mejor que fuéramos en mi coche. Le diré que deje su moto aquí. Tawny aparece de nuevo. Se ha puesto un jersey de hilo en tonos marrón y beis con un hombro caído, es precioso. —¿De dónde has sacado eso? —grito entusiasmada, se perfectamente que lo trae para mí. —Lo compré hace dos días —responde mientras se lo quita y me lo tira para que me lo ponga. —Con el pantalón marrón te quedará genial —le doy un beso y me visto deprisa. Cojo mi bolso y busco las llaves de mi coche; de pronto veo la piedra que me dio Alec y sonrió. También está el impresionante móvil, saco ambas cosas y me marchó. Hermes ya me espera, le lanzo mis llaves y sonrío. Bajamos al garaje y deja su moto en la plaza de mi coche. —Conduce con cuidado, un solo arañazo y te daré un juicio por intento de asesinato —le advierto. Suelta una gran carcajada, se sienta al volante y nos marchamos. Por fin, después de atravesar el infernal tráfico de Nueva York, llegamos al dichoso club de tenis. Hermes muestra unas credenciales y yo doy mi nombre, el portero revisa en una lista y enseguida nos conducen a un palco. El corazón se me detiene en el acto al ver quién está sentado y, por supuesto, acompañado. Nada más verme se pone de pie. Es la perfección hecha hombre. —Chloe, qué sorpresa —dice acercándose con aire tranquilo y esa expresión imperturbable tan suya. ¡Dios! ¿Se puede ser más cínico? Bien, Seytton, si crees que voy a darte motivos para que pienses que me estás fastidiando, vas listo. —Hermes, te presento a Alec —le ofrezco mi mejor sonrisa mientras estrechan sus manos. Alec se gira hacia sus acompañantes. —Chicas, él es Hermes —las dos rubias automáticamente se levantan y le saludan ¿no piensa presentarme a mí? Me dispongo a tomar asiento, pero Alec se interpone en mi camino dejando que mi amigo se sitúe al lado de las rubias y se sienta conmigo en el otro extremo. —¿Quién es éste? —susurra en mi oído y se me eriza toda la piel del cuerpo. Me enfado conmigo misma al comprobar el poder que tiene sobre mí. —Eres un maleducado ¿Y ellas? —le suelto con desdén. —Ellas no son nada, no importan. —Lo dice sin la más mínima consideración ¿cómo puede ser tan despectivo? Sin embargo me alegro de que no le importen en absoluto. —¿Qué haces aquí, Alec? —pregunto mirando distraídamente a las personas que van tomando asiento a nuestro alrededor. —Responde a mi pregunta —me ordena. No voy a contestar, que piense lo que le dé la gana. —Responde tú a la mía —replico. —¿No te dije que estaba invitado? Vaya, se me pasó —sus ojos chispean con picardía. —¿Cómo tienes la cara tan dura? Me montas una escenita en plan rollo celoso, te atreves a prohibirme que venga y ¿tú qué? Ya tenías tus propios planes —le

espeto. Alec frunce el ceño. —Te advierto que mi paciencia es muy... muy limitada, no la agotes —me lo está dejando muy claro para que no haya posibilidad de confusión—. Espero que disfrutes del partido. Esto último lo dice en un tono que no me gusta nada. De pronto el encargado de abrir el torneo pronuncia unas palabras. Anuncia que, desgraciadamente, Jesse Nox no puede participar y ha sido sustituido por otro jugador. Miro a Alec y tiene dibujada una sonrisita de satisfacción en su cara. Está de más decir que la noticia le ha alegrado la velada, pero... ¿Qué le habrá ocurrido a Jesse? Alec se levanta y le veo dirigirse hacia Hermes ¿Qué le estará diciendo? ¿Se atreverá a preguntarle directamente si tiene algo conmigo? Mi amigo me sonrío divertido y me guiña un ojo. —Nos vamos —tira de mi mano levantándose de la silla. —¿A dónde? —intento soltarme pero no me deja. —Tengo que hablar contigo —esta frase se está convirtiendo en algo habitual, es la típica que usa para sacarme de donde le dé la gana. —No voy a dejarlo solo —protesto mirando a Hermes aunque creo que no le importará lo más mínimo. Está entre dos rubias llamativas que lo están colmando de atenciones. —Ya he hablado con tu mejor amigo —arrastra las palabras— y, cómo puedes ver, se queda en buena compañía. ¿Será posible? Lo ha hecho. Vuelvo a mirar hacia donde está Hermes y levanta la mano despidiéndome; lo maldigo mentalmente, ya hablaré más tarde con ese traidor. Suspiro y cedo, me voy con él. Me saca casi a rastras del club de tenis, como si estuviera en llamas. Llegamos a su coche, me abre la puerta y la vuelvo a cerrar de un portazo. Me mira sorprendido. —Bien, ya estamos fuera de ese sitio ¿Qué coño quieres Alec? —le suelto con rabia. —No seas malhablada —me recrimina-¿Qué tipo de sexo te gusta, Chloe? —pregunta tranquilamente apoyándose en la parte trasera de su espectacular Aston Martin. ¿A qué viene esa pregunta? Me observa y da un paso hacia mí. —¿Te gusta ser compartida? —Me coge de la barbilla y me acerca la cara— ¿Ser observada mientras tienes tres tíos encima de ti follándote? ¿O quizás follar con alguna tía? —Su mirada es tan glacial como el tono de su voz. —¡No! —Aparto su mano de mi cara, del modo que lo dice, si en algún momento hubiera tenido ese tipo de fantasías, me las acaba de ahuyentar de mi imaginación. —Lo imaginaba; por lo tanto quiero dejarte una cosa muy clara —añade sin dejar de mirarme— mientras folles conmigo no lo harás con nadie más. ¿Lo has entendido? —Perfectamente. Y lo mismo te digo a ti, Seytton. —Me coge de la nuca y me aplasta contra su boca con autoridad, poseyéndome; nos besamos intensamente, con una pasión brutal, como para dejar claro que nuestro pacto ha quedado sellado. No puedo evitar que su comentario dé vueltas en mi cabeza. Me separo de él y le miro fijamente. —¿Y a ti? ¿Te gusta? —pregunto conteniendo la respiración. Frunce el ceño. —No —niega secamente. Suelto el aire lentamente entre mis labios. Sin embargo mi curiosidad me obliga a preguntarle: —¿Lo has hecho alguna vez? —Preciosa, he hecho demasiadas cosas en mi vida y siempre olvido las que no me importan —contesta con una media sonrisa. No le gusta; sin embargo esto me aclara que sí lo ha hecho. ¿Por qué le interesa saber si a mí me gusta o no? Con todo esto lo único que consigo es confundirme más de lo que ya estoy. Sacudo la cabeza alejando esos pensamientos; ahora mismo quiero olvidarme de este tema. —Al final te has salido con la tuya, no he visto el partido —le reprendo. Me coge por la cintura y me pega a su cuerpo. —Te llevaré al campeonato de Wimbledon ¿Contenta? —Susurra en mi boca, no puedo evitar echarme a reír. —Eres un capullo y te recuerdo que eso es futuro. Alec sonrío regalándome sus deliciosos hoyuelos, atrapa mi labio entre los dientes y tira ligeramente de él dejando que se deslice entre ellos; consigo apoderarme de su lengua, la succiono y se la muerdo; a este paso acabaremos devorándonos el uno al otro. Me da un azote en el culo para que deje en paz

su lengua. —¿Nos podemos ir ya? O te juro que me importará una mierda dónde estamos o si nos están mirando, te follaré aquí mismo —abre la puerta del coche para que entre. Sus palabras me enardecen hasta el punto de que ahora mismo me daría igual que lo hiciera. Pierdo completamente el raciocinio cuando estoy con él. —¿Puedo saber a dónde vamos o es un secreto de estado? —pregunto burlona. Tira de mí y me aprisiona entre sus brazos. —No pienso decírtelo, lo sabrás cuando llegemos. Enreda sus dedos en mi pelo dando un leve tirón hacia atrás; lame mi garganta con su lengua, mordisquea mi barbilla y ataca mi boca sin piedad. Es un placer tan embriagador del que soy incapaz de resistirme. Su ferocidad me engulle y un fuego candente comienza a recorrerme, me agarra del trasero y me empuja con fuerza hacia su erección, presionándola y rozándola contra mí, suelto un gemido y aparta su boca de la mía, jadeando. —Sube al coche, o te juro que te follare aquí mismo. — me advierte al oído. Me echo a reír y hago lo que me pide. Me tiene tan absorbida que si lo hubiera hecho no lo hubiera detenido.

CAPÍTULO 5

LLEGAMOS a nuestro destino; no puedo disimular mi sorpresa cuando compruebo dónde estamos: en pleno corazón del Bronx. —Las hamburguesas de este lugar me encantan —me dedica una sonrisa infantil señalando un pequeño restaurante— ¿Sorprendida? —Sí, jamás te hubiera imaginado aquí —contesto con sinceridad. Puede ser una excentricidad de rico o es que verdaderamente es mucho más sencillo de lo que yo creía. Apoya sus manos en mi cintura y me acerca a él, inclina la cabeza hasta que nuestras narices se rozan. —Voy a omitir decirte dónde yo te imagino a ti, si lo hago no cenaremos —me da un beso diminuto que apenas me roza los labios. Entramos, es un lugar modesto pero muy acogedor. No hay mucha gente y nos sentamos uno frente al otro en una mesa junto a la ventana. Enseguida se acerca el camarero a tomar nota de nuestro pedido. —¿Qué te apetece cenar? —Probaré esa famosa hamburguesa. Alec me sonrío complacido. —¿Te gusta la cerveza? Afirmo con la cabeza y el camarero se retira. —Dónde dejamos aquello de... solo para mis ojos; por lo que estoy viendo aquí hay unos cuantos más —le recuerdo riendo, ya que he observado que todos los clientes nos están mirando atentamente. Alec sonrío. —Esta gente no me molesta ¿y sabes por qué? porque en el fondo les importa una mierda quiénes seamos. Vuelve el camarero con nuestras cervezas y un plato de patatas fritas. —Espero que puedan competir con las de mi padre, es conocido por sus fantásticas hamburguesas a la barbacoa —proclamo mientras empiezo a poner un montón de ketchup sobre las patatas—. La inaugura el primer domingo de primavera y es todo un acontecimiento; viene toda la familia. —¿Has terminado ya de ahogaras? —dice señalando el plato Su pregunta me provoca una carcajada. —¡Oh, lo siento! —me disculpo— no te he preguntado si te gustaba. —Me encanta —dice guiñándome el ojo y llevándose una a la boca. En ese momento veo que tiene los nudillos hinchados y raspados. —¿Qué te ha pasado? —acaricio suavemente el dorso de su mano. —No es nada, un poco de boxeo —se encoge de hombros quitándole importancia; ahora es en mi boca donde introduce una patata. —Me dijiste que eras de Denver ¿sueles ir por allí a visitar a tu familia? —No tengo familia, Chloe, todos están muertos —responde impassible. ¡Dios santo, yo pensaba que solo habían muerto sus padres! —¿Todos? Confirma asintiendo con la cabeza. —Fue hace mucho tiempo. Yo era un niño, toda mi familia estaba reunida en el granero celebrando un acontecimiento familiar; hubo una explosión y se incendio —habla como si estuviera leyendo una crónica periodística—. Quedaron atrapados, ninguno se salvó; yo fui el único superviviente porque en ese momento me encontraba en la casa. Algo me dice que su impassibilidad es solo una fachada para ocultar su dolor. Tengo un nudo enorme en la garganta, por nada del mundo me

esperaba esto. Cojo sus manos entre las mías, pero él las retira. Su gesto me confirma que no quiere mi compasión, sin embargo es lo que siento, este hombre perdió todo lo que amaba en un día. —¿Qué edad tenías? —Diez años —responde y toma un largo trago de cerveza. Si no recuerdo mal creo que esa era la edad que tenía mi gran amor cuando llegó al orfanato, aunque no estoy muy segura. Sus ojos son exactos, igual que sus hoyuelos, los arándanos, la insólita temperatura del agua y, sobre todo, su dragón tatuado. Mi cabeza comienza a procesar todo rápidamente. —¿Cuántos años tienes? —Veintiocho y ¿tú? ¡Dios, las fechas coinciden! Se marchó hace quince años. —Veinticuatro ¿Quién se ocupa de ti? —mi corazón se acelera ¿Y si fuera él? —En principio me llevaron con una familia y me escapé; después me dejaron con otra y les incendié el granero. Entonces... El camarero nos interrumpe, dejando los platos delante de nosotros. —Entonces... ¿Dónde acabaste? —insisto impaciente. —Bien, para concluir me dejaron con un primo de una tía mía; jamás en mi vida le había visto pero el Gobierno no sabía cómo deshacerse de mí —se encoge de hombros— ¿comemos? —se lanza de lleno a su hamburguesa. Dejo escapar el aire que retenía en mis pulmones, mi breve esperanza se acaba de desvanecer. Por un momento llegué a creer que lo había encontrado. —Bueno, al menos te queda alguien —le comento. Alec me mira; la expresión que veo en su rostro casi me detiene el corazón, jamás he visto tanto odio reflejado en una persona. —Por fortuna está muerto —sus labios esbozan una sonrisa de satisfacción— la muerte siempre me rodea, nena. Ya sabes lo que ocurrió, así que esta será la última vez que hablemos de ello. Ha dado por concluido el tema; una extraña sensación me recorre por dentro, presiento que me oculta algo ¿Qué tipo de vida habrá tenido? Cambiamos el tema y charlamos sobre cine; es sorprendente que tengamos casi los mismos gustos, aunque como era de suponer deja bastante claro que las películas de amor no le gustan. —La hamburguesa está buenísima, pero es igual de grande que el estadio de los yankees, no puedo acabármela. Suelta una carcajada y termina de comérsela ¡Dios de mi vida, qué buen apetito tiene! Salimos del restaurante y oímos el grito de alegría del camarero; miro a Alec y sé perfectamente a qué se debe: acaba de ver la fantástica propina que ha dejado sobre la mesa. Se detiene delante del coche y me mira. —No sé por cuánto tiempo voy a poder resistir las ganas que tengo de follarte, eres la tentación más peligrosa que he conocido. Bien, sigo acumulando títulos. Me pongo de puntillas y le beso en la nariz. Por un lado me siento satisfecha; teniendo en cuenta que es una persona sumamente introvertida en lo referente a su vida, hemos dado un pequeño paso; ahora voy entendiendo algunas pautas de su comportamiento, este hombre está solo en el mundo y eso me entristece. Oigo el sonido de mi móvil que proviene del interior de mi bolso, lo cojo y leo el nombre que aparece en la pantalla, es Tawny. —Necesito una compañera de borrachera o acabaré matando a alguien. —¿Qué ha ocurrido? —pregunto con calma a ver si logro transmitirle un poco, estoy acostumbrada a sus ataques de furia. Está despotricando a gusto y por sus palabrotas, sus insultos y sus ocurrencias sobre la manera en que desea que maten a Shawn, no necesito que me diga lo que le ocurre: no han debido pagarle los tres meses que le deben por actuar en ese local. Sé que me ha llamado porque piensa que estoy con Hermes, si supiera que es con Alec no lo hubiera hecho; aunque es demasiada tentadora la oferta de él, es mi mejor amiga y sé que ahora mismo me necesita. —Tawny está mal —informo a Alec que me mira con curiosidad, separándome el teléfono—. Tengo que ir casa. —Bien, la llevaremos al sitio perfecto. Dile que pasaremos a buscarla. Me quedo pasmada al oírlo y me da un leve empujoncito para que entre en el coche. Quedo con Tawny en que pasamos a recogerla y cuelgo. Me acerco a Alec. —Gracias —

le susurro al oído y le doy un beso en la mejilla. —No me las des, lo he hecho por puro egoísmo; sigo queriendo lo mismo que hace cinco minutos y no voy a permitir que te largues con tu amiga. —Me encanta como destrozas un gesto tan noble hacia mi amiga en un nanosegundo —le digo entre risas. Llegamos en un tiempo record, me ha quedado claro que le encanta la velocidad, todo lo contrario que a mí, aunque admito que conduce realmente bien. Tawny está fuera esperando, sube al coche no sin antes soltar un silbido descarado al verlo; sé que le encantan, aunque me queda la duda de si ha sido por el vehículo o por Alec, que ha salido a saludarla y abrirle él mismo la puerta, todo un gesto de galantería. Alec nos comenta que vamos a un local que tiene un amigo suyo entre Broadway y la cuarta avenida, llamado *Black hell*. Nos empieza a contar lo que ha sucedido y, efectivamente, no piensan pagarle lo que le deben. Alec suelta una carcajada cuando Tawny comenta que piensa vengarse, aún no sabe cómo pero lo hará y yo me estremezco; la conozco perfectamente y sé que habla completamente en serio. Alec detiene el coche justo en la entrada del local. Hay dos hombres enormes afroamericanos con sendos trajes negros y el típico auricular en la oreja; uno de ellos se acerca de inmediato hacia nosotros y nos abre la puerta, aparece otro por el extremo opuesto y Alec le lanza las llaves para que se lo lleve. El que se había quedado, desengancha el cordón rojo que impide el paso y nos abre la puerta interior. Bajamos por unas escaleras bastante empinadas y lo asombroso es la decoración; parece que descendiéramos por una gruta, las paredes están revestidas en piedra artificial, de donde provienen unas tenues luces estratégicamente camufladas. —Tía, menudo antro, desde luego que el nombrecito le va al pelo, vamos directas al infierno —me cuchichea Tawny. Se acaban las escaleras y de pronto gritamos al unísono al ver cómo nos atrapan dos llamaradas. Enseguida Alec nos coge y nos cruza, la sensación es como si nos viéramos envueltas en llamas. —Es solo un efecto visual —dice muerto de risa. De pronto nos quedamos boquiabiertas. El local es bastante amplio con una decoración alucinante donde destacan los rojos, mezclados con negro y en contraste el dorado. Hay una gran pista central bastante ambientada, columnas con antorchas iguales que la de la entrada; el fuego que desprenden es otro magnífico efecto visual; sofisticados sillones rodean la estancia. Cambia el ritmo de la música y se ilumina espectacularmente un escenario. Sale un chico negro... ¡guapísimo! Es alto y musculado, el pelo le cae por encima de los hombros en unas finas y originales rastas; lleva unos vaqueros negros caídos en las caderas y una camisa del mismo tono ajustada a su escultural torso; me llama la atención el colgante que lleva alrededor de su cuello: es una serpiente de oro. Dedicamos un breve saludo y comienza a cantar. Miro a Tawny que al verlo se ha quedado igual de impactada que yo. Alec nos comenta que nació en Kingston, Jamaica, y a los doce años se trasladó aquí con su familia. De pronto se materializa una chica a su lado y comienza a cantar y a bailar con él. No conozco la canción pero Tawny, toda una experta, enseguida me saca de mi ignorancia musical: es *reggae* y se llama *Nah Let Go*. Alec nos coge de la mano y nos arrastra a bailar con él. Le veo feliz, sus ojos brillan y su sonrisa es franca y natural, parece cómodo en este ambiente. No paramos de reír sobre todo por las caras que Alec nos pone, es un especialista en hacer que te lo pases realmente bien, su faceta divertida me fascina. Y qué decir de cómo se mueve, es para volverse loca; el chico que canta, al percatarse de la presencia de él, baja del escenario y se pone a bailar con nosotros; de vez en cuando le pasa el micrófono a Alec que, sorprendentemente para mí, sigue la canción; estoy alucinando. Me encanta esta faceta suya tan desenfadada, divertida y descarada; ha dejado a un lado su actitud del todopoderoso hombre de negocios para adoptar la de un chico de su edad divirtiéndose con su

amigo. Acaba la canción y la sala se inunda de aplausos y vítores para ambos. Han dado lo que se dice todo un espectáculo. —Chicas, os presento al tío más loco y peligroso de la costa este, al señor Lebron Jackson —nos lo presenta Alec con mucha ceremonia. —Señoritas, bienvenidas a mi infierno —nos besa a las dos en la mejilla. —Vaya, nos acaba de dejar claro que el garito es suyo. Menudo pretencioso —suelta Tawny por lo bajo y le pego un codazo. Lebrón señala unos sofás dorados y nos cede el paso dedicándole a Tawny todo un recorrido visual mientras sus labios dibujan una sonrisita licenciosa. —¡Guau! ¿De dónde ha salido mi reina del cacao? —suelta de pronto sentándose al lado de Tawny. —Le voy a arrear un puñetazo si vuelve a llamarme así —me susurra al oído. —Leboy, estabas buscando una cantante ¿no? —Sí ¿conoces a alguna? —Aquí la tienes —Alec sonríe señalando a Tawny. —¿Yo? Venga tío, corta el rollo, antes me corto las cuerdas vocales que cantar aquí. Lebrón y Alec se parten de risa al oírla. —Qué pasa, pastelito de chocolate ¿no es lo bastante bueno para ti o qué? —gesticula Lebrón con los brazos. —Para empezar me llamo Tawny, capullo y si vuelves a llamarme de alguna otra forma tendrás que ir a Alaska a buscar tus pelotas ¿entendido? —¡Uhhh, qué miedo! —se cubre con las manos su entrepierna— ¿De dónde has sacado a Wonder Woman? —se dirige a Alec que sigue desternillándose de risa. —Chloe, yo le meto —amenaza Tawny. —Es bastante gracioso —comento escondiendo mi risa; se está empezando a cabrear. —Me importa una mierda. —¿Seguro? —La provoqué, conozco perfectamente esta reacción de ella y sé que le ha gustado— No me dirás que no es un pedazo de tío impresionante. —¡Bah! los he visto mejores —replica torciendo el gesto. —Sí, claro y por eso no le quitas los ojos de encima. Te he pillado, Tawny, es una monada. Lebrón nos propone que probemos su maravilloso cocktail llamado *muerte súbita*, el nombrecito no es muy tranquilizador, pero aceptamos encantadas y se acerca una de las camareras vestida muy acorde con el lugar: lleva un minivestido rojo brillante y una diadema con unos graciosos cuernecitos. Deja las copas sobre la mesa y se retira. Lebrón coge la suya y la alza en un brindis. —Por estos dos preciosos ángeles, para que pronto se conviertan en dos diablasas. Chocamos las copas entre risas. La música vuelve a cambiar el Dj ha puesto una versión *zouk* de la canción *Love* de Keyshia Cole. La pista de baile se llena enseguida y comienzan a bailar *Kizomba*; es un baile que me gusta sobre todo por su sensualidad, pero no tengo ni idea de cómo se baila. —¿Sabes bailar? —me dice Alec al oído y su cálido aliento me eriza el vello de la nuca. —No ¿y tú? —Por supuesto —confirma rotundo y resoplo ante su arrogancia. —¿Hay algo que no sepas hacer? —pregunto burlona. Se rasca la barbilla pensativo. —Portarme bien —dice arqueando las cejas sugerentemente y le empuja con mi hombro echándome a reír —ya te enseñaré en otro momento, porque si no, señorita, acabaré follándote aquí, en el infierno —aproxima sus labios a mi boca y espero ansiosa a que me bese pero se retira con una sonrisa malévola en su rostro. Ya está con sus juegucitos. Se levanta, coge mi mano y tira de mí. —Nos vamos. —Pero... ¿y Tawny? —me quedo mirándola; su actitud ha cambiado por completo, ahora está coqueteando con Lebrón y, por lo que veo, se lo están pasando divinamente juntos. —Se queda en buenas manos. Nos despedimos de ellos y, bueno, no me sorprende en absoluto que Tawny no haya protestado, se queda encantada con la compañía de Lebrón. Con todo esto lo que me ha quedado claro han sido las intenciones de Alec: nos ha traído aquí para deshacerse de ella. Llegamos enseguida a su casa, no me extraña, porque ha serpenteado vehículos, se ha pasado varios semáforos en ámbar y su velocidad no ha disminuido en ningún momento. Lo que no entiendo es como no me ha dado un ataque al corazón durante el trayecto. Sería un excelente piloto de fórmula uno. Salgo del coche y

rodea mi cintura con su brazo mientras me conduce hacia los ascensores. —¿Escaleras o ascensor? —pregunta divertido. Me echo a reír y le empujo hacia el ascensor. Pega mi espalda en la pared y me aprisiona con su cuerpo; mueve la cadera y me clava su erección dura como el acero, gimo y me agarro a sus hombros. —Pienso tenerla dentro de ti toda la noche —su mirada es igual de lasciva que sus palabras y mi cuerpo enardece solo de pensarlo. Desliza la mano entre mis muslos y acaricia mi sexo por encima del pantalón. Llegamos al ático y Alec teclea un código en el panel; las dobles puertas se abren. —Eres demasiado bonita —dice rotundo; me rodea la cintura con un brazo y me levanta en el aire llevándome hacia su dormitorio. Me tumba en la cama y desabrocha mi pantalón arrastrándolo por mis piernas junto con mis bragas; a continuación se deshace de mi suéter y el sujetador lanzándolos de cualquier forma ¡Ay, Dios, si Tawny lo viera! De pronto, como por arte de magia, comienza a sonar una canción. —Voy a follarte hasta que pierdas el sentido —sus labios se curvan en una provocadora sonrisa. Se desviste lentamente delante de mí y me deleito cada vez que sus músculos se tensan y relajan; estoy completamente hipnotizada con la visión de su perfecto cuerpo. —Abre las piernas para mí —obedezco, sin el más leve rastro de vergüenza. —Realmente precioso —pasa la mano por mi sexo y todo mi cuerpo se estremece; sus dedos comienzan a jugar con mi clítoris y suelto un profundo gemido de placer; sus labios rozan mi cuello lentamente ¡Oh, Dios! Mi excitación roza lo doloroso, necesito que acelere sus movimientos; muevo mis caderas como dándolo a entender, sin embargo él se detiene. ¡Dios, juegucitos ahora no! —¿Qué haces? —le miro frustrada. Alec me observa con una sonrisita malvada. Algo me dice que quiere que yo siga; con todo el descaro del mundo poso mi mano sobre la suya y comienzo a acariciarme, un intenso placer se extiende por todo mi cuerpo; acelero e intensifico los movimientos, Alec me mira embelesado, excitado, el brillo lujurioso de sus ojos me indican que disfruta con lo que está viendo. Suelta un suspiro y se lanza a mi boca hundiendo su lengua profunda y ansiosamente robándome por completo el aliento. —Ahora te quiero a ti —susurro con la voz entrecortada y libero su mano. Alec se coloca entre mis piernas y presiona la punta de su miembro en mi entrada, dando pequeños empujoncitos sin llegar a meterla; los espasmos que me está provocando me mortifican, levanto mis caderas en un intento de que entre de una maldita vez. —Así me gusta tenerte, ansiosa, enloquecida, ávida de mí. —me dice con voz grave al oído y se hunde en mí con un envite perfecto. Mi corazón se acelera y el placer me abrasa. Comienza a entrar y salir pausadamente. Ataca mi cuello mordiéndolo y aumenta el ritmo con cada nueva penetración; mi cuerpo tiembla debajo del suyo y mis gemidos se intensifican con cada experto movimiento de sus caderas; abandona mi cuello y se apodera de mi boca, que absorbe de inmediato sus eróticos gemidos. Estoy totalmente poseída en la lujuria de este hombre. Rodeo su cintura con mis piernas y levanto las caderas, las oleadas de placer que me provocan sus embestidas me acercan cada vez más a ese maravilloso clímax. —Nena, aún no, aguanta un poco —dice entre jadeos y percute con más fuerza; echo la cabeza hacia atrás completamente extasiada, a este pasó conseguirá hacer conmigo lo que ha dicho, creo que voy a perder el sentido. Es puro fuego y estoy ardiendo en él. Mi cuerpo se tensa, está a punto de explotar. Enderezo la cabeza y me agarro a su cuello. —Alec, no puedo —jadeo contra su boca, gruñe con los dientes apretados arremetiendo con dureza unas cuantas veces más; mi sexo palpita y se aprieta descontroladamente alrededor de su miembro y grito mi orgasmo con un estruendoso alarido. —¡Joder! —grita mientras empuja con un fuerza una última vez antes de derrumbarse, exprimiendo hasta los últimos espasmos de nuestro clímax. Se gira arrastrándome con él y me

rodea con sus fuertes brazos apretándome a su cuerpo, acunada en su maravilloso pecho con el vaivén de su respiración. —No sé que voy hacer contigo ¿Qué coño me estás haciendo? —levanto la cabeza y le miro; sinceramente no se qué contestar, podría preguntarle lo mismo a él, sin embargo le sonrió, le doy un casto beso en los labios y vuelvo apoyarme en su cuerpo. La música no ha dejado de sonar. —¿Quién canta? No lo había oído antes —pregunto mientras acaricio con mi dedo sus magníficos pectorales. —Es Robin Thicken, se llama *Lost Without you*, es una versión *zouk*, no sé por qué cuando la oí me viniste tú a la cabeza —lleva sus manos a mis nalgas y me aprieta a él; por lo visto aún no se ha terminado ¡Dios de mi vida, esto no se le baja! Me incorporo y me muevo lentamente encima de él. —¡Oh, sí! Hazlo como si bailaras encima de mi polla —le hago un mohín con la boca y él se ríe; me encantan las palabras tan románticas que me dedica. Se inclina hacia delante y hunde la cara en mis tetas inspirando profundamente; le acaricio el pelo y me dejo arrastrar de nuevo en este torbellino de placer que de nuevo comienza a inundarme. Coloca sus manos en mis caderas y acompasa sus movimientos a los míos. Acerca su boca a la mía y lame mi lengua con la suya, despacio, con dulzura, hasta enterrarla dentro explorándola por completo. Trazo círculos con mis caderas y ambos gemimos en la boca del otro. Cierro los ojos absorbiendo esta extraordinaria sensación. —Nena, mírame, me encantan tus ojos —obedezco y me encuentro con el fuego que desprenden los suyos. Aprieta mis caderas y se hunde salvajemente dentro de mí, me muevo deprisa arriba y abajo recibiendo sus penetraciones cada vez más intensas. Mi corazón está a punto de salirse de mi pecho y jadeo de un modo descontrolado, el placer que invade mi cuerpo me hace enloquecer. —¡Oh, Dios! Eres increíble, no pares —le agarro del pelo y me estrello contra su boca. —Sí, joder, —gruñe— me vuelve loco tu lado salvaje —me muerde el cuello, embistiendo a un ritmo demencial que nos arroja de lleno a un orgasmo sublime. Me desmorono encima de él sin aliento, su erección aún se sacude dentro de mí expulsando hasta la última gota. Intento incorporarme pero no me deja. —Dije que iba a estar toda la noche dentro de ti —me recuerda con esa voz tan seductora— te permitiré que descanses un rato antes de comenzar de nuevo. ¡Dios de mi vida! ni me molesto en contestarle, su arrogancia junto con sus impertinencias me hacen reír. No creo que aguante mucho teniendo todo mi peso encima de él. Estoy exhausta, los párpados me pesan y el cansancio me vence. Me despierto entre los brazos de Alec que me levanta de la cama y me lleva hacia los enormes ventanales. Aún no ha amanecido, se sienta en un diván y me acopla entre su cuerpo. —Un día de estos te llevare a ver el mejor amanecer que hayas contemplado en tu vida —dice retirándome el pelo de la cara y besándome en la mejilla. Sus detalles románticos me fascinan y a la vez me confunden, si tenemos en cuenta que solo le interesa divertirse conmigo. El sol comienza a asomarse perezosamente disipando las sombras de la noche con sus reflejos. —Es hermoso —suspiro extasiada entre sus brazos y Alec me aprieta contra su cuerpo. Es impresionante su habilidad para elevarme y hacerme sentir en un autentico paraíso y también para hundirme en el mismísimo infierno. —Ahora vuelvo —me envuelve con la sabana, otro detalle que me conmueve, se ha dado cuenta de que soy bastante friolera. Se marcha y me quedo allí, embobada, admirando el amanecer de Nueva York, la ciudad que nunca duerme. Noto una mano en mi hombro y me giro. —Chloe, ¿estás bien? —Sí, claro —respondo extrañada. Su mirada no me gusta nada, denota preocupación. —Tu teléfono ha estado sonando un buen rato, te he avisado ¿no me has oído? ¡Mierda! Otra vez no. —Por supuesto —miento y pido a Dios que no me pille— pero no quería que nada interrumpiera este maravilloso relax —suelto un suspiro—. Tengo hambre, ¿me das de desayunar? Acaricia mi cara con dulzura.

Su ternura junto con su preocupación por mí, está haciendo estragos en mi mente y en mi corazón.
—Deseo concedido —susurra en mi boca y beso esos labios suaves y exuberantes.

CAPÍTULO 6

ALEC me deja en casa y me voy directa a mi habitación a cambiarme de ropa. Me pongo ropa cómoda, unos pantalones negros de yoga y una de mis viejas y comodísimas camisetas, otra de mis prendas que Tawny está loca por incendiar. Me preparo un café y tomo mi medicación; creo que debería llamar al doctor Silver, aunque... si lo llamo lo más probable es que mi madre se entere y enseguida la tenga aquí muerta de preocupación. Desecho la idea rápidamente, seguiré un par de días más con mi tratamiento y seguro que todo volverá a la normalidad. Lllaman al interfono, es un mensajero; espero impaciente detrás de la puerta con una sonrisita de idiota instalada en mi cara, sé perfectamente quién me envía lo que sea. Tocan el timbre y veo ante mí una autentica maravilla: un inmenso y precioso centro de orquídeas rojas. Las dejo sobre la mesa y leo la nota: *Un gran guerrero moraba en la cima sumido en sus pensamientos. Los aldeanos del lugar se preguntaban ¿Qué será lo que perturba al valeroso guerrero? A lo que él les contesto. He caído bajo el hechizo de una maldita bruja de ojos verdes como las esmeraldas, jugosos labios de cereza y un cuerpo para pecar sin cesar hasta que vaya directo al infierno. Alec.* No puedo parar de reírme, pasará por alto que me ha llamado “maldita bruja”. Es vengativo, posesivo, celoso, dominante, rencoroso, arrogante. Pero también es encantador, inteligente, sexy, divertido, detallista, insaciable y estoy enamorada de él como nunca me he enamorado de nadie. Cuando voy a por mí móvil para enviarle un mensaje, de pronto se me ocurre una idea. Le mandaré unos bizcochitos de arándanos que preparan en la pastelería que hay a dos manzanas de aquí. Salgo de casa a toda prisa. Entro en la pastelería y enseguida me viene a la cabeza mi prima, ella dice que este sitio es el autentico infierno —me rio interiormente al recordarlo—. No he tenido mucha suerte, solo les quedaban cuatro, pero creo que serán suficientes. Pregunto a la dependienta si tienen servicio de entrega y me lo confirma; así pues le doy todos los datos y escribo una nota. *Para un apuesto y valiente guerrero: Te obsequio con este delicioso manjar. No olvides quién te lo envía y... si recuerdas el cuento, puede que caigas en un dulce sueño del que solo un polvo te podrá despertar. Chloe.* Meto la notita en un sobre que amablemente me ofrece la chica y se la entrego. Regreso a casa, no sin antes detenerme un buen rato en una de mis tiendas favoritas. El paraíso del chocolate. Quien le puso el nombre lo hizo a conciencia, se pueden encontrar todas las marcas de chocolates del mundo, sabores, texturas y formas. Dejo todo mi cargamento en la cocina, vuelven a llamar al interfono. ¿Quién será ahora? —¿Quién es? —Un jodido guerrero — responde Alec. ¡No me lo puedo creer! Abro enseguida, el corazón se me acelera, le espero delante del ascensor; nada más abrirse las puertas me tiro a sus brazos. —¡Eh! si lo que quieres

comprobar es que no me has envenado, puedes quedarte tranquila —bromea aguantando la risa. — Idiota —le muerdo la oreja. —He venido a que me despiertes —mueve sus cejas insinuantes— aunque en mi estado no entiendo cómo he podido llegar hasta aquí. Verdaderamente eres una bruja. Desciende lentamente sus manos hacia mi trasero, lo aprieta contra su cuerpo haciéndome sentir su potente erección y acto seguido me levanta en el aire obligándome a enrollar mis piernas en su cintura. Entra en casa y cierra la puerta con el pie. —¿Aún no tienes suficiente con todo lo de anoche? —Me dedica su seductora sonrisa al mismo tiempo que niega con la cabeza. —Nunca tengo suficiente contigo —contesta rozando suavemente mi boca con sus labios, ya está comenzando a provocarme y yo encantada de que lo haga. —¿Estaban buenos los bizcochos? —Tú estás más buena, un día de estos pienso untar todo tu cuerpo con arándanos —le miro arrugando la nariz y él me la muerde. —Yo untaré el tuyo con chocolate ¡Umm, qué rico! Un bombón gigante —suelta una carcajada y me besa. Nos interrumpe el sonido del interfono. ¡Joder! ¿Qué ocurre hoy? Alec pone un gesto de desagrado y me baja a regañadientes de su cuerpo. —¿Esperas a alguien? —Su tono es seco. Le miro y niego con la cabeza. Por lo que veo la interrupción no le ha gustado nada, su sonrisa ha desaparecido por completo dando paso a un ceño fruncido. ¡Es otro mensajero! —¿Más regalitos? —canturreo con una sonrisita. —Lo que coño sea no es mío —responde cortante. Ya estamos con sus cambios de humor, del calor al frío en un nanosegundo. Abro la puerta y me encuentro al mensajero portando un enorme ramo de rosas blancas. Miro con el rabillo del ojo a Alec y veo el brillo cortante de sus ojos como están fijos en el ramo de flores. —¿Quién te las envía? —levanta la voz acercándose a mí. Firmo el recibo y despido al chico, todo esto me huele a otra escenita de las suyas. —No... no lo sé —balbuceo, me está poniendo nerviosa. Cojo la nota que viene prendida y la leo en silencio. Son de Jesse, me pide que responda a sus mensajes. —Chloe ¿quién coño es? —interroga con insistencia. Mi cuerpo se tensa por completo, algo me dice que Alec tuvo algo que ver con lo que le haya sucedido a Jesse. —Jesse Nox-respondo recelosa. —Maldito hijo de puta ¿Aún no le ha quedado claro? —Grita y me las quita lanzándolas con rabia al suelo. Su actitud junto con sus palabras están confirmando mis sospechas, cojo rápidamente mi móvil, necesito saber qué es lo que ocurre con Jesse. Leo los mensajes y me quedo petrificada. —¡Por el amor de Dios, explícame esto! —Le grito con furia mostrándole los mensajes. *Chloe! me tienes preocupado ¿estás bien? te he llamado varias veces pero no consigo hablar contigo. Llámame. A Seyton por lo visto no le ha gustado que te vieras conmigo. Llámame. Me ha jodido el hombro y por eso no he podido jugar. Pero le he dado su merecido. Me he llevado una enorme alegría al saber que has ido al partido, estoy seguro de que él habrá intentado impedírtelo.* Le arrebato el móvil y le lanzo una mirada inquisitiva. — Créeme, se lo merecía —suelta con descaro encogiéndose de hombros—. Y encima es una rata mentirosa. —¡Le has lesionado para que no pudiera jugar! —le acuso. ¡Joder! Por eso tenía los nudillos hinchados, ya sé con quién estuvo practicando boxeo. —Es un blandengue, le dí lo mínimo —confiesa sin pudor y sin ápice de arrepentimiento. —¿Por qué le tienes esa inquina? —Escruto su mirada en busca de la respuesta que necesito. —Se lo advertí; y nunca lo hago en vano —gruñe— solo intento protegerte. —¿Dónde está el peligro? —mi cara es de puro escepticismo. —Ese cabrón es el peligro. No es buena persona y con las mujeres menos aún. —¿Y tú lo eres? —pregunto; pero enseguida me arrepiento al ver su expresión; no he podido evitar que la pregunta saliera disparada de mi garganta. —Yo tampoco soy un santo, Chloe, he hecho cosas muy malas, pero jamás en mi vida he obligado a una mujer a hacer cosas que ella no quería. ¿A qué cosas

malas se referirá? ¿A ir dando palizas por ahí? —Sé cuidar de mí misma, no necesito que me protejas —le digo con calma en un intento de que él también se calme. Me da la espalda y camina de un lado a otro nervioso, pasándose las manos por el pelo una y otra vez. Estoy totalmente desconcertada con la acusación de Alec; ahora mismo no sé qué pensar, no me gusta nada su impulso agresivo. Se sienta en el sofá y agacha la cabeza, como si mi incredulidad le abatiera. —Esto no puede estar pasando, no quiero que esto suceda —murmura para sí mismo, como si estuviera librando una batalla interior. —¿A qué te refieres, Alec? —Pregunto y el corazón me martillea en el pecho; el miedo a oír lo que no quiero me deja sin aliento. —¡Maldita sea! ¡A ti! —responde furioso y sus palabras impactan de lleno en mi corazón, pero lo que veo en su mirada contradice la rabia de sus palabras. Se levanta y se dirige hacia la puerta. —No te atrevas a marcharte —le advierto y por fin suelto el aire que acumulaba en mis pulmones—. No sin antes aclararme todo esto. Se gira y me detiene el pulso con una simple mirada. —¿Qué quieres saber? —pregunta con acritud. —Todo —le respondo en el mismo tono. Suelta un enorme suspiro y vuelve a sentarse; tira de mi mano y me sienta junto a él. —Cuando me establecí aquí tenía diecinueve años. Lo primero era mi trabajo, todas las horas del día giraban en torno a ello. Enseguida se empezó a hablar de mí, un chico demasiado joven, poniendo en jaque a los grandes —su tono se ha suavizado—. Comenzaron a invitarme a eventos a los que, por supuesto, tenía que asistir ya que debía relacionarme, empezar a conocer gente, hacer contactos y toda esa mierda. Fue a los veintidós años cuando le conocí, me invitó personalmente a una de sus fiestas; ya había oído hablar del tipo de saraos que solía organizar. Todo eso era nuevo para mí, así que acepté y fui. —Y bien, ¿Qué problema tuviste con él? —Le animo a que continúe. —Aquel lugar estaba repleto de chicas guapas, mucho alcohol y drogas de todas clases —prosigue como si no hubiera oído mi pregunta—. Ahora viene por qué te pregunté el tipo de sexo que te gustaba. En las fiestas que él organiza va todo en torno al sexo, en toda su extensión. Ya podrás adivinar a lo que me refiero. Todo el mundo follaba con todo el mundo. —¿Tú también lo hacías? —Sí. —Entonces ¿Por qué me dijiste que a ti no te gustaba? —le reprocho. —Porque después de un par de fiestas comprobé que no me va lo de follar en grupo. En ningún momento me preguntaste si lo había hecho, no te he mentado —suena completamente sincero. —Lo que se dice un picadero comunitario —confirmo. —Ahora dime ¿Dónde ves el peligro en que a Jesse le guste montárselo en plan orgia? —A mí me importa una auténtica mierda cómo se lo monte la gente o cómo disfrute del sexo, siempre y cuando sea consentido. A este cabrón lo que realmente le gusta y con lo que disfruta es con las chicas ingenuas a las que no les va ese tipo de rollo; las obliga e incita hasta que consigue realmente lo que quiere. —¿Tan ingenua me ves? La incredulidad que refleja su rostro me responde. Sin embargo sigo pensando que no me cuenta todo lo que realmente sabe. —Contigo no voy a permitirle ni la más mínima probabilidad de comprobarlo —adopta un tono serio, casi enfadado— porque si ese maldito cabrón toca un solo pelo de tu preciosa cabeza o un milímetro de tu piel, te juro que lo mataré. Me estremezco de pies a cabeza, después de lo que le ha hecho tengo la certeza de que cumpliría su promesa. Su amenaza me confirma que hay algo más y por descontado que pienso descubrirlo. Me observa en silencio, creo que intuye la pregunta que quiero hacerle y solo Dios sabe las ganas que tengo de obtener la confirmación que espero. —Tú eres... especial para mí —dice al fin rodeándome la cintura con sus brazos y pegándose a su cuerpo; en este momento es todo lo que necesito escuchar, lo que mi corazón desea. De repente su boca impacta contra la mía al igual que su lengua. Sus manos recorren ambos lados de mi cuerpo

hasta detenerse en mis pechos, acariciándolos hasta hacerme perder el sentido. Me sumerjo por completo en este momento intenso y apasionado. Noto cómo me levanta del suelo sin dejar de besarme y me sienta en la mesa del comedor. —Bruja, ahora tienes que quitarme este demoníaco hechizo —su tono de voz grave y sexy me hace perder la noción del tiempo y del espacio; me quita la camiseta y los pantalones y, como es habitual en él, los lanza al aire de cualquier manera. Comienza a besarme y acariciarme el vientre, obligándome a pegar mi espalda a la mesa; levanta mis piernas y las flexiona. Mi pulso se acelera con violencia. —Umm... preciosas braguitas —baja la cabeza hasta mi sexo y comienza a mordisqueármelo. No puedo evitar reírme, me está haciendo cosquillas; de pronto, con un diestro movimiento, me las rompe. —Te compraré un cargamento, pienso romperte las bragas cada vez que me apetezca —su chulería me deja con la boca abierta, al igual que la primera caricia de su lengua que siento en mi sexo. —¿Siempre haces lo que te da la gana? —Qué pregunta más idiota, por supuesto que lo hace. Responde dedicándome una sonrisita perversa. Apoya mis piernas en sus hombros y vuelve de lleno a su tórrido ataque. Apenas puedo respirar, su destreza es abrumadora; me agarro fuertemente a los bordes de la mesa y cierro los ojos absorbiendo este torrente de placer que me está nublando la mente. Su castigadora lengua danza por todos los pliegues de mi sexo, jadeo cuando atrapa mi clítoris entre sus labios y lo succiona sin tregua. Mi cuerpo entero arde de deseo por las ganas que tengo de este hombre. Me está llevando al límite a una velocidad de vértigo. Se detiene y asciende su gloriosa boca por mi cuerpo, lamiéndolo y besándolo hasta llegar a mis labios que se abren ansiosos para recibirlo, puedo notar mi propio sabor y es algo sumamente erótico. Enrolla mis piernas a su cintura y coloca la punta de su miembro en mi entrada, acariciándome con ella e impregnándola con mi humedad, lo que desata aún más mi imperiosa necesidad de sentirlo por completo. Entra en mí lentamente, exhalando con la boca entreabierta y gimo de puro placer cuando me llena del todo. Abarca mi cintura con las manos, mis piernas se aferran fuertemente a la suya y comienza a mover sus caderas en círculos lentos y profundos. —Nena, me encanta follarte —gime y la saca por completo para volver a meterla de un empellón. ¡Dios, y a mí que lo haga! Esa afirmación se cuele en mi mente recordándome que es lo único que hacemos. Su rostro ardiente de pasión me tiene totalmente cautivada, yo sí que he caído bajo su hechizo. Aumenta el ritmo y me penetra profundamente, exhalo mientras absorbo su arrebatadora penetración. Estoy inmersa en esta sobrecarga de placer que recorre cada milímetro de mi cuerpo. No puedo más, mi orgasmo crece dentro de mí como un torbellino y mi cuerpo se niega a controlarlo. Él lo advierte y sus embestidas se intensifican. —Alec, voy a correrme —suelto casi en un grito. —Hazlo, preciosa —gruñe con la mandíbula apretada y noto cómo se tensa su cuerpo. Está a punto, igual que yo. Mis músculos se ciñen alrededor de su miembro y estallamos juntos con un grito ensordecedor. Sigue moviéndose lentamente derramándose dentro de mí. Coge mi cara entre sus manos y me besa. —Esto es lo que se dice todo un polvazo del guerrero —suelta con su típica sonrisita socarrona. —Eres un peligro para mí; delicioso, pero no deja de ser un peligro —me acusa apartándose de mí. Hago un mohín con los labios y apoyo mi espalda en la mesa, estoy felizmente satisfecha pero completamente exhausta. Me coge en brazos y me lleva hacia mi dormitorio. Me tumba en la cama y me arropa. —Cuando quieras otro polvo, te lo daré encantado. —Por supuesto no me molesto en replicar su impertinente comentario, simplemente me acurruco en la almohada y le doy la espalda. Se inclina, me besa en el pelo y se marcha. Tengo un enorme nudo en la garganta, ahora sí que me ha hecho sentir que lo único que significa para él es un buen

polvo. Lo más increíble de todo es la cantidad de reacciones extremas que provoca en mí este dios del sexo en cuestión de unas pocas horas. Embárgame de una felicidad sin límites con su inesperada visita para después excitarme hasta niveles impensables. Y luego acabar frustrándome como acaba de hacer.

CAPÍTULO 7

-CHLOE —la voz de Aby me despierta ¿Me he quedado dormida? —¿Qué hora es? — Pregunto desperezándome. —Son las cinco y media ¿Te encuentras bien? —me lanza su típica miradita de preocupación. —Perfectamente —respondo y vuelvo a acurrucarme en la cama. No pienso salir de ella hasta mañana y solo porque tengo que ir a la oficina. —Esta noche tenemos un evento de élite, así que saca ese culo de la cama, tenemos que elegir lo que nos vamos a poner. — Que yo recuerde no tengo ningún evento de esos —refunfuño. —Tú lo has dicho, cariño; no lo tenías pero ahora ya lo tienes ¡Arriba perezosa! —Pega un tirón de mi colcha. —Déjame tranquila, Aby, no voy a ir —la cojo y me vuelvo a arropar con ella. —De eso nada, guapa, tienes que conocer a mi guapísimo y sublime novio. —¿Novio? —Grito asombrada. —Sí, cariño, novio ¿te lo deletreo? —se jacta Aby. —¿Desde cuándo? —me siento en la cama apoyando la espalda en el cabecero; ahora sí que ha conseguido que le preste toda mi atención. —Fue ayer cuando me abrió su corazón y me lo entregó —suelta un enorme suspiro—, me hizo una de las declaraciones más románticas que me hayan hecho nunca —vuelve a suspirar y se abraza a uno de mis cojines. —Vaya —¿Pero te han hecho más de una?-interrumpe Tawny entrando en la habitación y se tumba junto a mí en la cama. —Miss simpatía llegó a casa —le suelta Aby lanzándole el cojín. —Me alegro mucho, Aby, al final has conseguido lo que querías —la felicito y le doy un abrazo. Sé lo importante que es para ella. Siempre le vio como su chico perfecto. —Sí, veremos cuanto le dura —apostilla maliciosamente Tawny y le doy un codazo para que se calle. —Tawny, eres una garrapata en el culo ¿Lo sabías? —¡Oh Dios! dejadlo ya, chicas —protesto intentando cortar el intercambio de dardos. Sé perfectamente cómo puede acabar esto. —La impresentable también está invitada —añade Aby de mala gana— o quizás el acto no esté a la altura de su *glamour* y no quiera que su halo de estrella se empañe —la ataca sarcásticamente. —Ya sabes dónde puedes meterte tus glamourosos eventos —le replica Tawny acompañando sus palabras con un gesto obsceno. —¿Podéis parar ya de comportaros como dos gilipollas? —les increpo alzando la voz —. Aby, cuéntanos cómo fue esa declaración. —Me llevó a dar un paseo en coche de caballos por Central Park, lo tenía todo estudiado; justo cuando llegamos a la altura del Bow Bridge, el puente más bonito y romántico de Nueva York, nos sorprendió el crepúsculo, cogió mi mano, me miro a los ojos y me dijo: Aby, desde el primer día que te vi supe que tú serías la chica que yo quería, la que mi corazón buscaba. Cuando te miro a los ojos quiero perderme en ellos y que nadie me encuentre y cuando por fin me he fundido en tu cuerpo no quiero que nada me desprenda de él. — ¡Guau, sí que es bonito! ¡Se me ha erizado hasta la piel —Exclamo estremecida de alegría

tirándome encima de ella. —¿Puedes querer a alguien que no soportas? Porque te juro por mis antepasados que no te soporto —le suelta Tawny dándole un enorme abrazo. No consigo evitar la sonrisa de satisfacción que se cuele en mis labios al mirarlas; como dice el refrán después de la tempestad siempre llega la calma; por ahora ha llegado, sin embargo no sé por cuánto tiempo, ya que no serían ellas mismas si no estuvieran discutiendo constantemente por cualquier tontería. Son muy diferentes; Aby es dulce y tranquila mientras Tawny es un volcán en constante peligro de erupción, pero adoro a las dos, las quiero con locura. —Ahora explícanos ¿A dónde hay que ir? —pregunto. —Hay una inauguración en la galería de arte del novio de Charlotte, es una exposición de un famoso escultor —anuncia Aby con grandilocuencia. —¡Joder, menuda mierda! —escupe Tawny pegando un bote de la cama. —Mira la parte positiva, podremos emborracharnos con champagne del caro —le contesto guiñándole un ojo. —Buena idea, pero podemos ir calentando motores ¿Qué os parece una copa de vino blanco bien frío? —propone Tawny. —Excelente —aplaude Aby— solo falta que lleguéis las dos borrachas. Me voy a la ducha. Cogemos el vino y las copas de la cocina y nos sentamos en el salón. —Por cierto, pregúntale a ese tío si piensa convertir nuestro apartamento en un jardín botánico —dice mirando el centro de orquídeas De pronto algo llama mi atención ¿Dónde están las rosas? Alec las tiró al suelo pero ya no están. Voy a la cocina y miro en el basurero, tampoco están ahí. ¿Se las habrá llevado? Regreso al salón y vuelven a mí las imágenes de lo que ha ocurrido sobre la mesa, a Tawny le va a encantar saberlo. —¿Ves esa mesa de ahí? —Señalo con la copa— he follado encima de ella esta mañana —me derrumbo a su lado en el sofá. Abre la boca completamente asombrada. —¡Bravo, brindemos por ello! —suelta una carcajada y choca su copa contra la mía. —No sé porque escabroso motivo, creo que a ti te cae bien ¿Me equivoco? —la miro con los ojos entornados. Ella se encoge de hombros y sonríe con malicia. —Tienes razón, tiene algo que me gusta. Resoplo y levanto la copa de vino para darle un buen trago. —Me ha explicado por qué me quiere lejos de Jesse Nox. Tawny me mira con atención. —Y, sinceramente, no sé qué pensar —prosigo— se acusan mutuamente y, curiosamente, los dos de lo mismo. —¿De? —pregunta llenando de nuevo nuestras copas. —Ninguno de los dos sabe tratar a las mujeres —le aclaro y tomo un sorbo de vino. Le muestro los mensajes y después le cuento todo lo que Alec me ha dicho sobre Jesse. Tiene los ojos como platos. —¿Sabes qué te digo? No solo me gusta Alec, me encanta —me comunica desternillándose de risa. —¿Te parece bien que vaya dando palizas por ahí? —el tono de mi voz denota desaprobación —sus brazos son su instrumento de trabajo, Tawny. —¿Y qué? Si es la clase de tío que me has contado, yo se los hubiera arrancado —sentencia. No me extraña en absoluto su respuesta, ella seguro que lo hubiera hecho. —Chloe ¿Te acuerdas cuando te conté el día que me lo monté con dos tíos en los Ángeles? —asiento con la cabeza— Pues fue en una fiesta de ese tipo. —Imagino que sabrías dónde te estabas metiendo ¿no? —Eso lo supe después de andar por allí un buen rato y empezar a ver cómo comenzaba la gente a montárselo. Ya me entiendes ¿no? —Me mira picarona— van apareciendo juguetitos y tienen la enorme gentileza de velar por tu seguridad con bandejas repletas de preservativos de todas las variedades, colores, sabores —comienza a reírse— creo que me llevé unos cuantos de regalo. ¿Pero sabes con lo que aluciné? —Me mira abriendo exageradamente sus preciosos ojos— con la cantidad de habitaciones que hay preparadas ¡Joder, las había para todos los gustos, según tu inclinación sexual! —exclama con entusiasmo, aunque la que estoy empezando a alucinar soy yo, recuerdo que no me dio tanto detalle—. Y no me extraña en absoluto si él vio lo que dice sobre Jesse; no

puedes imaginarte las cosas tan raras y el tipo de depravaciones que les van a la gente. —Siento interrumpir, en menos de una hora Dylan pasará a recogerlos. Así que, andando, que hay que darse prisa —nos apremia Aby. Me bebo de un trago el vino que queda en mi copa y me voy a la ducha. Mi cabeza sigue obstinada en que hay algo más que Alec no me ha contado. Me he puesto un vestido corto y ajustado en color negro con escote palabra de honor y lo complemento con una chaqueta de piel roja, al igual que los zapatos; el pelo lo llevo completamente liso aunque Tawny le ha dado su toque maestro peinándolo con un poco de volumen en la parte superior. Me echo una última miradita en el espejo antes de salir para ver el efecto del carmín rojo que Aby me ha obligado a ponerme. La imagen que me devuelve me gusta. Salimos al encuentro del famoso nuevo novio de Aby; en menos de una semana sabremos cómo tiene cada parte de su anatomía, me río para mis adentros. Nada más vernos sale de su flamante BMW de color ceniza. Se acerca a Aby y le da un tierno beso en los labios, tengo que aguantar la risa al ver la mueca que me hace Tawny. —Chicas, os presento a Dylan; ellas son mi prima Chloe y mi amiga Tawny —le saludamos con un beso en la mejilla. —Tenía muchas ganas de conoceros, Aby me ha hablado mucho de vosotras —nos dice con una sonrisa mientras nos abre la puerta trasera del coche. —Miedo me da pensar lo que está loca le habrá contado —me suelta Tawny por lo bajo y le doy un empujoncito con el culo para que entre y calle esa boca. Ahora que le conozco tengo que admitir que es el tipo de Aby. Tiene un estilo clásico y formal. Es alto aunque no tanto como Alec. Su pelo es oscuro y bastante corto, una mandíbula firme con sombra de barba; pero lo que más me llama la atención son esos conmovedores ojos color ámbar como su hermana. Llegamos y enseguida se acerca un aparcacoches que nos abre la puerta. El trayecto se ha hecho bastante corto, hemos comprobado que es un buen conversador y bastante simpático. Me gusta. Me quedo observando la entrada, es muy elegante y decorada con un gusto exquisito para la ocasión; sobre la puerta, en unas letras enormes con un precioso estilo artístico en color oro, se lee el nombre *Legere Gallery*. Dos chicas rubias muy guapas con unos vestidos muy bonitos en dorado y unas perfectas sonrisas, nos abren la puerta dándonos la bienvenida. Me quedo impresionada; no es la primera vez que visito una galería pero la grandiosidad de esta me ha dejado maravillada. La sala principal es de un blanco inmaculado. Los tabiques divisorios se curvan creando unas originales formas abstractas engalanadas con obras de arte de vivos colores que contrastan y destacan aún más su belleza. Los acordes de una ópera de Puccini se filtran por el aire. Un camarero de esmoquin se acerca a ofrecernos una copa de champagne. —Por fin habéis llegado —es la voz de Charlotte a nuestra espalda. Lleva un vestido en blanco y dorado con un magnífico diseño que, por supuesto, debe valer más que todo lo que nosotras tres llevamos puesto. Va acompañada de un chico muy apuesto que estrecha la mano de Dylan, debe ser Jake. —Jake, te presento a Chloe. —Es un placer conocerte, Chloe —me dedica una amplia sonrisa y me besa en la mejilla. Lo cierto es que es muy guapo. Tiene el pelo rubio oscuro con un perfecto corte, unos extraordinarios ojos azules que centellean al igual que todo lo que nos rodea y, debajo del carísimo traje que luce con natural elegancia, se adivina una complexión atlética. Se acerca una de las chicas del vestido dorado, reclamando su presencia. Creo que va a comenzar la inauguración del acto, han bajado la iluminación envolviendo toda la estancia en una sutil penumbra. De pronto un estruendo nos obliga a levantar la vista; como si el cielo se abriera descienden dos ángeles, también dorados, y comienza a caer sobre nosotros una lluvia de estrellitas, por supuesto, doradas. Me quedo con la boca abierta ¡Es impresionante! Jake se sube a un estrado con toda solemnidad y enseguida queda

ahogado el general murmullo de admiración dando paso a un silencio sepulcral. Comienza dando las gracias y la bienvenida a todos los invitados, da un breve discurso sobre las últimas tendencias artísticas de la escultura y presenta al creador de la obra maestra. Una enorme ovación llena la sala cuando el susodicho sube al estrado. En ese momento levanta la tela que cubre una de las piezas mostrando lo que todo el mundo ha venido a admirar y, automáticamente, todas las demás telas que tapan el resto de las esculturas se van deslizando suavemente por ellas. —Ha quedado inaugurada la exposición —con esas palabras finaliza Jake su discurso. La iluminación vuelve a su estado normal al igual que la música. Me giro hacia Tawny y no puedo evitar soltar una enorme carcajada, lleva el pelo repleto de estrellitas doradas. —¿Se puede saber qué te hace tanta gracia? —me frunce el ceño. —¡Dios, Tawny! tu cabeza parece un adorno navideño, concretamente una enorme bola de navidad —intento quitarle unas pocas estrellitas de su pelo. —Vamos mejor al baño —sugiere. Preguntamos dónde se encuentra a uno de los camareros. Nos abrimos paso a través de la gente que se va arremolinando alrededor de las esculturas. De pronto creo que mi corazón se ha saltado al menos tres latidos al ver lo que me encuentro delante de mí, y no me refiero a las esculturas que son bastante raras, sino a otro tipo de escultura viviente. La más perfecta e impresionante visión apoyada en la barra de un improvisado bar. Lleva unos vaqueros en color gris envejecido con una camisa negra, al igual que la americana. Su cabello lo ha peinado todo hacia atrás con gel fijador dándole un aspecto de lo más seductor. —¿Lo has visto? —pregunto con un hilo de voz. Tawny asiente con la cabeza. —¿Sabía que tú venías? Niego con la cabeza. —No hablamos de nada de esto —de pronto me embarga la alegría ¿Habría venido a buscarme? —Vamos primero al baño a quitar todo esto de mi pelo y después le saludas —me empuja Tawny en dirección contraria. Entramos y nos quedamos alucinadas con la decoración del aseo. Todo es de estilo victoriano, desde el enorme tocador que lo preside con espacio para cuatro personas con sus correspondientes sillones, las dos hermosas lámparas que descienden del techo, hasta el diván situado en uno de los laterales. Podría quedarme a vivir aquí. Nos sentamos en los tocadores y comienzo a quitar estrellitas del pelo de Tawny. La puerta se abre y entran dos chicas que se sientan en los tocadores contiguos. —Cuéntame, casi desfallezco cuando te he visto entrar con él —le pregunta la chica rubia a la pelirroja. Tengo que aguantar la risa ante la mueca que me hace Tawny al oír el comentario. —Me llamó por teléfono para invitarme y ¿sabes qué? Ya puedes adivinar con quién va a pasar la noche —proclama la pelirroja. —Qué suerte tienes, a mí ni me mira; siempre es muy educado y simpático conmigo pero nada más —se queja la rubia. —Alec será mío —afirma la pelirroja. ¿Ha dicho lo que acabo de oír? De pronto creo que el corazón se me va a salir por la boca. Tawny se acerca a mi oído. —No creo que sea el único en el mundo que se llame así, aquí hay mucha gente —intenta tranquilizarme, pero tengo una rara sensación que me dice que se refiere a él. —Me encanta todo de él, siempre va perfecto, cualquier estilo le queda bien ¿te has fijado el que lleva hoy con todo el pelo hacia atrás? Mi presentimiento es cada vez peor. —A ti lo que te encantaría es convertirte en la futura señora Seytton —se echan a reír las dos. Y a mí se me acaba de parar el corazón. Las chicas se marchan del baño y Tawny me coge las manos, veo perfectamente la consternación que refleja su rostro. —Cariño, es un tío muy guapo y es normal que las tías quieran cazarlo y una simple invitación no demuestra nada. Déjala que siga soñando, es gratis —sus palabras de consuelo no surgen efecto. —¿Que una simple invitación no demuestra nada? —repito completamente escéptica respecto a sus palabras —. Soy plenamente consciente de lo que este hombre provoca entre las mujeres y me molesta, no

lo puedo evitar, pero lo que de verdad me duele es que acabo de aterrizar de culo, Tawny. Es un cínico, un maldito cabrón. Su falsa ternura junto con su falsa preocupación hacia mí. ¿Sabes lo que creo que le jode? Que otro se interponga en su camino. Una vez que se cansa de mí le importará una autentica mierda si me obligan a algo o no. No le importo en absoluto —las lagrimas resbalan por mi cara sin poder contenerlas—. A mí me folla esta mañana y a ella la invita por la tarde ¿Te das cuenta? Pues bien, no vuelvas nunca más a decirme que yo no soy un simple polvo para él. Le odio, Tawny —me abraza acunándome con su cuerpo mientras rompo en un amargo llanto. — Aunque admita que me cae bien este tío, acabaré retorciéndole las pelotas —amenaza— deja ya de llorar, sabes que no soporto verte así —me ruega cogiéndome de los hombros para que la mire. —Quiero irme de aquí —le digo entre sollozos. —Escúchame, osito panda —dice entre risas refiriéndose a mi rimmel corrido— ¿Vas a permitir que una pija de estas pavas te pase por encima? Utiliza tus armas y demuéstrale quién eres y, sobre todo, dile de una maldita vez lo que quieres. Sigo pensando lo que desde el primer momento te dije; puedes decir o pensar lo que te dé la gana pero te recuerdo que él le metió una paliza a un tío para que no se acercara a ti. —Tawny, por Dios, no estarás sugiriendo que salga ahí y me enganche de los pelos con la pelirroja ¿no? — No estaría mal, pero no es eso lo que te digo. Sé que tienes cogido por las pelotas a ese tío aunque tú no me creas y él no lo demuestre. ¡Joder, Chloe, levanta tu seguridad en ti misma! ¿Me oyes? Lo más probable es que ya sepa que estás aquí, Charlotte o cualquiera de ellos ya se lo podrían haber dicho. No actúes como una gallinita asustada y enfréntate a él. Me arreglo el desastre que me ha provocado el rimmel y salimos del baño; Tawny asalta de lleno al pobre camarero que pasa a nuestro lado que, gracias a un giro maestro, evita que acaben todas las copas en el suelo y coge dos de champagne; a este paso acabaremos como dijo Aby, aunque no me importa lo mas mínimo ahogar mis penas con alcohol y, si es del bueno, mucho mejor. Lanzo una mirada hacia donde le había visto antes y ya no está ¿Se habrá marchado? Una imperiosa necesidad me obliga a buscar a la dichosa pelirroja para confirmar mi respuesta. —Nada de lo que hay aquí podría igualar tu belleza —me giro inmediatamente ante esa voz. Y puedo sentir cómo la rabia circula por mi cuerpo con la misma intensidad que mi sangre. Le dedico una sonrisa y creo que es la más falsa de toda mi vida. —Qué sorpresa, Alec, es la segunda vez que coincidimos —suelto sin prestarle la mas mínima atención, mientras miro una de las esculturas; jamás en mi vida había visto cosas más raras—. Por cierto, te rogaría que no le dieras una paliza a quién me ha invitado —le ataco con malicia y sigo caminando. Él me sigue, puedo sentir su mirada penetrante en mi nuca. —Eso ha sido un golpe bajo para una chica tan dulce como tú —sisea y me rodea la cintura con un brazo pegándome a su cuerpo. Tengo ganas de estrellarle la copa en la cabeza, sin embargo reprimo mi impulso y le brindo otra sonrisita igual de falsa que la anterior. —Esos labios rojos me ponen muy caliente —susurra a escasos milímetros de mi boca— y más cuando los vea alrededor de mi polla. —Y yo te la arrancaré de un mordisco. Sin embargo me enfurezco aún más al comprobar cómo sus lascivas palabras consiguen el efecto que quiere provocar; repercuten directamente en mi sexo y encienden mi sangre. —Eres un vicioso —le acuso e intento zafarme —Y tú adictiva. Sé que te mueres por que te bese, pero antes dime ¿llevas la barra de labios en el bolso? —dice con voz socarrona. —Eres un gilipollas engreído —le suelto intentando que mi voz suene lo más natural posible y luchó por reprimir las ganas que tengo de ponerme a gritarle como una loca. — Mi bella bruja ofendida, soy yo el que me muero si no lo hago ahora mismo— aplasta su boca contra la mía, atacándola con vehemencia, yo me rindo agarrándome a su cuello y correspondo por

igual. Soy plenamente consciente de que pasa gente a nuestro lado pero me tiene tan absorbida que me olvido por completo de dónde estoy. —¡Umm, me encanta como hueles! ¿no te lo había dicho? —dice apartándose y pasa sus dedos por sus labios por si hay restos de carmín. Y yo me maldigo por haber aceptado ese beso. —No lo sé, dices tantas cosas que la mitad ni las recuerdo —ataco en un intento de demostrarle mi indiferencia —tranquilo, no deja huella —le confirmo —¿Qué perfume es? —Pregunta con interés. ¿Esto a qué viene ahora? ¿Qué coño le importará? —Tentación —respondo Se echa a reír —No podría tener un nombre mejor. Le estoy frunciendo el ceño y él respondiéndome con una mueca infantil, cuando aparece Jake mirándonos a ambos. —Siento interrumpir —se disculpa, pero la sonrisita irónica que aparece en sus labios me indica que nos ha visto besarnos—. Necesito que me acompañes, Alec. —Después seguiremos donde lo hemos dejado —susurra a mi oído y se marcha. Una mierda, contesto para mis adentros, si piensa que voy a estar con él después de que deje a la pelirroja. Él mismo ha roto el trato. Salgo de ese laberinto y me encuentro con Charlotte que me pide que la acompañe, pero las dos nos detenemos en seco ante lo que ven nuestros ojos. Como si del mismísimo mar Rojo se tratara, la gente se aparta para dejarla pasar ¡Es ella! En persona es aún más impresionante, lleva un vestido rojo ajustado a su cuerpo como una segunda piel. Una melena castaña por debajo de los hombros completamente lisa y peinada con la raya a un lado. El broche que termina de dejar a todos sin aliento lo ponen unos enormes e impactantes ojos verdes. Se pueden oír perfectamente suspiros de admiración a su paso. —¡Mamá! —La llama Charlotte abriéndose paso entre la gente y arrastrándome con ella— Estás, bueno, qué quieres que te diga, nunca en tu vida pasarás desapercibida. —Eres adorable, mi pequeño tesoro —contesta y la besa en la mejilla. —Mamá, te presento a mi amiga Chloe, es la prima de Aby. Mi famosa mami, Bianca Wellintong. —Es un placer conocerla, señora Wellintong —le tiendo la mano y ella me la estrecha. —Bianca —me pide con una sonrisa. —Necesito un descanso —dice Charlotte con aire cansado— estos zapatos son preciosos aunque una autentica tortura cuando llevas más de cinco horas con ellos puestos. Quiero mostrarte la escultura que te dije. Intento escabullirme, pero Charlotte casi me ruega para que las acompañe, aunque nada más acercarnos ante la supuesta escultura, se esfuma y me quedo a solas con Bianca. —¿Qué te parece? —pregunta caminando alrededor de ella y observándola detenidamente. No, por favor. Qué voy a decirle si son cinco cilindros engarzados entre sí con un alambre, a mí me parece horrible ¿Qué tipo de arte es este? —Es diferente —Bianca arquea sus perfectas cejas— ¿original? —prosigo, no sé qué decirle—, nunca he visto nada parecido. —Ahí sí que no miento —¿Te gusta? ¿La comprarías? Dios de mi vida, por qué me metes en estos atolladeros, ahora qué le digo —No —declaro sinceramente. Bien, Chloe, ya lo has largado; ahora igual piensa de ti que eres una inepta en arte, aunque es lo cierto, no tengo la menor idea. Bianca me mira fijamente a los ojos y de pronto me da un abrazo y comienza a reír, tiene una risa preciosa. —Gracias, querida, pensé que era la única que pensaba que era una autentica atrocidad —confirma. —Yo también quiero reírme ¿Me cuenta alguien el chiste? —Se acerca una mujer muy sofisticada y elegante. Su cara me resulta familiar ¿Dónde la he visto? —Amanda, te presento a Chloe; me acaba de ayudar a tomar una decisión. —Me alegro de conocerte y de que la hayas ayudado a no seguir acumulando excentricidades —responde y me observa con demasiado interés y detenimiento, un poco descarada para mi gusto. Enseguida se acercan unas personas que intentan acaparar la atención de Bianca; me despido de ella y me voy a la búsqueda de Tawny ¿Dónde se habrá metido? Este sitio es enorme, paso por otro de los pasillos de la galería y me voy fijando en

los cuadros que hay expuestos. —¡Hola, señorita Breyll! —giro la cara ante el saludo. —Señor Farrow —contesto y estrecho la mano que me ofrece. —Es un pintor ucraniano —se refiere al cuadro que estaba mirando— venga, le mostraré mi favorito, a ver qué le parece. La última vez que vengo a un sitio de estos, qué manía con pedir la opinión, pues si te gusta te lo compras y listo; desde luego cuanto más caros, más raros son. —Aquí lo tenemos —señala delante de mí un lienzo que me deja con la boca abierta. Es el torso de una mujer medio desnuda con un bebé desprendiéndose de sus brazos y lo que más me impacta es el dolor que se refleja en su rostro— ¿Qué cree que quiso plasmar el artista? —¿La pérdida del bebé? —La pérdida de la inocencia —contestan detrás de mí. Para qué coño abro la boca que tengo. Como dice mi tío Harry, que un rayo me parta si tengo que volver a opinar sobre algo de aquí. Me vuelvo y me encuentro con un hombre de cabello castaño y rebelde que me observa con los brazos cruzados sobre su pecho y el hombro apoyado contra la pared. —Derek, ella es la señorita Chloe Breyll, trabaja para la agencia de traducciones que te comenté, él es mi hermano. Se acerca y con un gesto de ceremoniosa galantería toma mi mano y la besa. —Un enorme placer conocerte —dice con mi mano aún prendida y haciendo un autentico escrutinio de mi rostro, con lo cual está comenzando a ponerme un poco nerviosa. —Igualmente, señor Farrow —respondo recuperando mi mano. —Llámame Derek, detesto las formalidades. Observo cómo Dante lanza una miradita reprobatoria a su hermano. Me vuelve a ocurrir lo mismo, no sabría decir su edad, pero por su aspecto pienso que es más joven. Se parecen mucho, aunque diría que es más guapo que Dante. Su altura es similar al igual que sus ojos oscuros. Sin embargo, la mirada de Dante desprende misterio y la de Derek irradia un brillo magnánimo que me ha impactado. Unas facciones muy masculinas y tremendamente seductoras; a diferencia de su hermano, él no lleva perilla. Me da la sensación de que sus personalidades son totalmente opuestas; Dante me parece estirado y formal, en cambio en Derek advierto una personalidad bastante contestataria. —¿Te apetece una copa, Chloe? —pregunta Derek quitándome la que aún llevaba vacía en la mano. Afirmo con la cabeza y me conduce hacia la barra del improvisado bar. Retira uno de los taburetes altos para que me siente y toma asiento a mi lado. Me pregunta qué quiero beber y me decido por vino blanco, él pide vodka. —¿Has visto toda la exposición? ¡Joder! ya me estoy arrepintiéndome de haber aceptado. No pienso volver a opinar. —Solo algunas piezas y debo decirte que no soy ninguna experta en arte —constato antes de que me pregunte por alguna de ellas. —Yo tampoco lo soy —choca su copa contra la mía— pero sé reconocer la belleza cuando es belleza —dice en tono seductor clavándome sus brillantes ojos negros. ¿Está flirteando conmigo? De pronto, como si algo me alertara, miro por encima de su hombro y choco con unos ojos azules que destellan furia. ¡Perfecto! Que te den, Seytton. Y... si hay que coquetear con este hombre tan guapísimo y encantador para fastidiarte, lo pienso hacer. —Bueno, si se trata de eso, yo también sé apreciar cuándo tengo delante de mí una imagen impresionante, digna de admirar —devuelvo su gesto chocando mi copa contra la suya. Me dedica una sonrisa y da un trago de vodka. Se acerca un camarero a ofrecernos unos pequeños cuencos en forma de flor repletos de caviar. Enseguida lo rehúso educadamente, por nada del mundo pienso volver a comerlo. Sin embargo me sorprende que él lo rechace también. —Detesto el caviar —comenta como si hubiese advertido mi sorpresa y hace una mueca graciosa que me saca una sonrisa. —Es muy típico de Rusia —comento. —Ese país tiene muchas cosas típicas, pero a mí solo me gustan su vodka —levanta su copa— y sus diamantes. Sin poder evitarlo mis ojos van directamente hacia donde se encuentra Alec; sigue

charlando con varias personas pero ahora está sentada a su lado la dichosa pelirroja con la mano apoyada en su hombro, me dan ganas de arrancársela. Miro hacia el otro lado en busca de alguna señal de Tawny o de Aby, pero el rostro que me encuentro es el de Bianca totalmente absorta; la expresión que refleja no me gusta nada. Es... como si algo la inquietara. Sigo la dirección de su mirada y doy con el motivo que ha provocado esa incertidumbre en ella. Dante Farrow. —¿Dónde te habías metido? —oigo una voz conocida delante de mí. —¡Tawny, por fin! Llevo un buen rato buscándote —y como es habitual en ella se desinteresa al instante de mi comentario, dedicando toda su atención a darle un buen repaso a Derek. Los presento y aprovecho la ocasión para ir al baño. Me doy prisa ya que la llamada de la naturaleza es imperiosa y llevo aguantando las ganas un buen rato. Al girar veo que Alec viene tras de mí y justo cuando voy a entrar tira de mi cintura hacia atrás hasta que mi espalda choca contra su cuerpo. —Quítame las manos de encima —protesto revolviéndome para que me suelte. —¿Qué coño estás haciendo, nena? Por lo que veo enseguida encuentras compañía, de cualquier edad —pega su boca a mi oído agarrándome aún mas fuerte. ¡Qué bofetada tiene en toda la cara! —Eres un capullo ¿lo sabías? ¿Cómo puedes tener una cara tan dura? Vienes acompañado y te atreves a hacerte el falso celoso conmigo ¿de qué coño vas, Alec? —le increpo alzando la voz y clavo las uñas en sus brazos sin que ni siquiera se inmute. —Que yo venga acompañado no tiene nada que ver —atrapa el lóbulo de mi oreja entre sus dientes y una descarga eléctrica me recorre el cuerpo entero. —Claro, no tiene nada que ver —repito ahogando un gemido; me enfado aún más conmigo misma al ver cómo mi cuerpo responde a lo que mi cabeza se opone— conmigo solo follas, nada más. Desliza una mano por debajo de mi vestido lo que, aparte de provocarme una tremenda sacudida directa a mi sexo, me obliga a aflojar la presión de mis uñas. —Y te recuerdo que no lo harás con nadie que no sea yo. ¿Lo has entendido? —su tono suave de voz es solo una forma de enmascarar su rabia; sigue su incursión por detrás de mi muslo, rozando levemente cada retazo de mi piel a su paso y desatando un tumulto en mi interior. Mi respiración se agita, sé perfectamente que me está debilitando y él también sabe lo que está haciendo; pero debo detener esto, no es lo que quiero, así no. Así que echo mi cabeza hacia atrás apoyándola en su cuerpo y acaricio suavemente su mano, enseguida noto cómo su brazo se relaja y es el momento que aprovecho para separarme de él. —Ahora quiero decirte algo —me mira completamente sorprendido ante mi reacción—. No quiero volver a verte, se acabó todo esto, se acabó tu deseo, tu peligro, tu distracción ¿Lo has entendido? —No espero su respuesta, abro la puerta y me encierro en uno de los baños. Tengo un nudo que casi me estrangula la garganta pero lo he hecho, lo acabo de hacer y ya me estoy arrepintiendo, ni yo misma me entiendo. Hundo el rostro en mis manos para ahogar mi llanto de impotencia. No sé cuánto tiempo llevo aquí encerrada cuando abro la puerta y salgo; me lavo las manos e intento de nuevo arreglar el destrozo de mi maquillaje. Me miro al espejo y veo las señales inequívocas que han dejado mis patéticas lágrimas; esperaré unos minutos más antes de irme. Oigo a alguien sollozar en el extremo opuesto de los tocadores, el panel divisorio me impide verla; para quién quiera que sea la noche no ha resultado ser lo que esperaba, igual que para mí. —Bianca, por favor, ¿Te encuentras bien? —reconozco esa voz de inmediato: es la de Amanda. ¡Mierda! Es ella. —Es él —contesta Bianca— ¿lo has visto? ¡Oh, Dios mío! ¿Cómo puede ser posible? Me ha costado reconocerlo y cuando he oído su nombre casi me desmayo. ¿De quién están hablando? — Bueno, tengo que admitir que es un autentico bombonazo —afirma Amanda. —No pienso salir de aquí hasta que se vaya, no puedo verlo ¿Lo entiendes? —percibo un quiebro en su voz. —Bianca,

no seas cría. ¡Joder! ¿Quién será? mi curiosidad en una mala pécora ¿Qué hago? Enseguida aparece en mi mente la imagen de Bianca mirando a Dante ¡Oh, Dios! Seguro que es él y en cuanto me vean sabrán que lo he oído todo; tengo que marcharme, quiero largarme cuanto antes de este sitio. Respiro hondo y salgo. —Hola —saludo y las dos se miran entre sí y después a mí. Seguro que se lo estarán preguntando. —Disculpa, querida, tienes algo en el pelo —dice Amanda intentando deslizarlo entre sus dedos. —¡Aish! —Me quejo. —Lo siento, es mi pulsera, no te muevas —uno de sus abalorios se ha quedado enganchado al intentar quitarme lo que demonios hubiera en mi cabeza. —Dejadme que os ayude —dice Bianca— te recogeré el pelo, así no te hará daño —me recoge todo el pelo hacia arriba. De pronto lo suelta y se deja caer desplomada en el sillón. —Bianca, por el amor de dios ¿Qué te ocurre? —pregunta Amanda muy preocupada. —No me encuentro bien —responde con un hilo de voz, está pálida como la cera. Me acerco a ella, tiene la respiración agitada y una leve capa de sudor cubre su frente. —Voy a llamar a Charlotte. —¡No! —Grita y me coge de la mano, las tiene heladas— Amanda ¿puedes traerme un poco de agua? Estoy bien, solo ha sido un pequeño mareo, no quiero preocuparla. Amanda se marcha y me quedo allí con ella; no sé qué decirle, aún tiene mi mano entre las suyas y no aparta su mirada de mí. No consigo entender por qué está estudiando tan fijamente mi rostro. Me estoy empezando a poner un poco nerviosa y no sé el motivo. —Me vendría bien un poco de aire fresco —sugiere— ¿Me acompañas fuera? —Claro, un poco de aire te vendrá bien —estoy de acuerdo con su decisión. En ese momento llega Amanda con una botella de agua. —Ya no la necesito, gracias Mandy —sigue con mi mano cogida y me lleva fuera de la galería. No entiendo, ha regresado su amiga ¿Por qué no se va con ella en vez de conmigo? Me acaba de conocer. Salimos fuera y hace un poco de frío, tenía que haber cogido mi chaqueta. —Necesito un cigarrillo —saca de su bolso una cajetilla—. Tu no fumarás ¿verdad? Niego con la cabeza —Perfecto, es un vicio muy malo; no fumo mucho, solo en ocasiones especiales y esta es una de ellas —exhala una bocanada de humo— ¿A qué te dedicas, Chloe? Tienes un nombre precioso —habla con la voz nerviosa dando incesantes caladas a su cigarrillo. —Soy traductora —contesto abraigando mi cuerpo con los brazos, de aquí a un momento estaré tiritando de frío ¡Por favor, que acabe pronto de fumar! —¿Y tus padres? —Son médicos —No entiendo mucho a qué viene preguntarme por mi familia. —¡Genial! —exclama soltando una especie de carcajada histérica. ¡Dios, esta mujer me está empezando a dar miedo! Lo que sea que le haya pasado ahí dentro, creo que la ha trastornado un poco. —¿Eres de Nueva York? —continúa con su entrevista sobre mi persona; no me parece mal aunque preferiría que lo hiciéramos dentro. —No, de Boston. —¡Oh, Boston! Esto es maravilloso, es increíble —tira el cigarrillo y me da un abrazo. ¡Dios de mi vida! Sinceramente, esta mujer me tiene totalmente desconcertada. —Perdona ¿estás bien? —intento averiguar algo sobre su extraño comportamiento. —Jamás en mi vida me he encontrado mejor —afirma con una espectacular sonrisa. ¡Joder! Pues quién lo diría.

CAPÍTULO 8

A mi vuelta a la galería, agradezco enormemente el calorcito del ambiente, me he quedado helada. Dejo a una rara Bianca con Charlotte, que enseguida se ha acercado a nosotras. ¿Será así de excéntrica esta mujer? Lanzo una ojeada con disimulo a mi alrededor buscando a Alec, al que acabo de decir que no le quiero volver a ver más. Al recordar lo que he hecho me ahoga la amargura que me corroe por dentro. Ha hablado mi razón, no mi corazón. Hay mucha gente, pero gracias a su estatura es fácil encontrarle, sin embargo no le veo. Tawny aún sigue charlando con Derek, le hago un gesto para marcharnos y enseguida me obedece; me da un poco de pena estropearle el plan, pero sé perfectamente que ella no permitirá que me marcha a casa sola y mucho menos después de la novecita que llevo. Derek se ofrece de inmediato a llevarnos a casa. Me acomodo en la parte de atrás de un impresionante *Bentley*. El motor se pone en marcha a la vez que los primeros acordes de una melodía. La conozco, es *Littel House*, de Amanda Seyfried. Comienzan a resbalar las lágrimas por mis mejillas al mismo tiempo que suenan las estrofas de la canción. Gracias a Dios estos dos van hablando animadamente, espero que no se percaten del estado tan lamentable y patético en el que estoy inmersa. Haciendo un enorme esfuerzo consigo detener mis lágrimas, estamos llegando. Derek detiene el coche y bajo antes de que me abra la puerta. Reprimo el impulso de salir corriendo y entrar en casa, no puedo ser tan desconsiderada. —Buenas noches, Derek, gracias por traernos —le extiendo mi mano y la coge entre las suyas. —Chloe —se acerca a mí y baja su tono de voz— sea lo que sea lo que te haya provocado esas lágrimas, no las merece. Aprieto su mano en muestra de gratitud. Desde luego este hombre tiene algo especial, la dulzura de sus ojos me lo dice; le dedico una tímida sonrisa y entro en el edificio. Subimos en silencio, Tawny sabe perfectamente cómo me siento y no ha vuelto a abrir la boca. Me voy directa a mi habitación. —Si te apetece hablar, ya sabes donde vivo —dice dándome un culazo al pasar— voy a ver la tele un rato. —Me voy a la cama —contesto— mañana será otro día, solo deseo que este pase pronto. No me apetece seguir dando vueltas a mi cabeza con lo mismo; se ha terminado, se lo he dicho, no quiero esto, así no puedo estar con una persona. Me voy al cuarto de baño a desmaquillarme arrastrándome como un alma en pena, qué deprimente soy. Me quito a conciencia el carmín de los labios y recuerdo las palabras que me dijo; es lo único que le interesa y yo lo acepté; tengo el corazón encogido pero no quiero volver a ponerme a llorar. Lo más seguro es que él se esté divirtiendo con esa asquerosa pelirroja. Me pongo un camisón y me meto en la cama, no sé si podre conciliar el sueño. Doy unas cuantas vueltas y golpeo varias veces mi almohada con la cabeza ¿Conseguiré dormirme de una puñetera vez? —

Chloe ¿estás despierta? —susurra Tawny desde la puerta. —Sí, desgraciadamente sigo despierta —gruño. Me giro en la cama y enciendo la lámpara que hay en la mesita de noche. —Está aquí —dice acercándose a mi lado. —¿Qué? —sé perfectamente a quién se refiere y el corazón casi se me sale por la boca. —Quiere hablar contigo —me anuncia con cautela al ver mi cara de espanto. —Pero... ¿A este tío qué coño le pasa? —suelto levantando la voz— ¿No entiende cuando alguien le dice claramente que no quiere volver a verle más? —Shh, déjalo ya —sisea cerrando la puerta de mi habitación. —¡Oh, claro! Igual con un poco de suerte viene a por el polvo de medianoche; como es todo un semental no ha tenido bastante con la pelirroja —grito. —Chloe, baja la voz, está en el salón —me advierte Tawny cuchicheando. —¿¡Le has dejado subir!?! —Sigo gritando como si estuviera poseída— joder, Tawny, yo no te entiendo. Se encoge de hombros y me dan ganas de matarla. Estoy enfadada conmigo, con ella y, ahora mismo, con el mundo entero; no quiero verlo, estoy demasiado débil para defenderme de él. —Me voy a mi habitación; si me necesitas, ya sabes: sigue gritando así y saldré a arrancarle las pelotas. Salgo de mi habitación no sin antes lanzarle una mirada furibunda a esta traidora y ponerme una bata encima; solo faltaba que pensara que quiero provocarle como la primera vez que estuvo aquí. Voy al salón, está sentado en el sofá. —Nena, ven —da una palmadita a su lado y por el gesto de su cara sé que se está aguantando la risa, lo que me indica que lo ha oído todo. Por supuesto hago caso omiso a su gesto y me siento justo en el sillón que hay al otro extremo. Se acomoda a sus anchas en el sofá como si estuviera en su propia casa y con esa puñetera sonrisita de satisfacción dibujada en su boca; me dan ganas de arrancarle la cabeza. —Bien, hablaremos a distancia ¿Qué es lo que ha ocurrido para que estés así de enfadada? —Pregunta tranquilamente y aún me enardece más. ¿Cómo puede tener la cara tan dura? Bueno, eso ya lo sé, me lo ha demostrado repetidas veces. —Alec ¿A qué has venido? —Por la hora que es, algo me dice que o bien se la ha tirado en el coche o no se ha ido con ella y la ha dejado plantada; los celos me carcomen por dentro solo de pensarlo; desearía con toda mi alma que hubiese ocurrido la segunda opción. Cualquiera sabe, aquella víbora estaba empecinada en llevárselo a la cama. —Vamos por partes; yo he preguntado primero, así que contesta —me mira con detenimiento y yo me enfurezco aún más ante su chulería. —Ya te dije lo que no quiero —respondo. —Chloe, eso ya lo entendí, habla claro —sigue con ese tonito de aparente calma. Su expresión me dice que no ha tomado en serio todo lo que le he soltado en la galería. —Has roto el acuerdo que teníamos. —Si te refieres a mi acompañante de esta noche, no me la he tirado. —No quiero este tipo de relación, si es que se puede llamar así —declaro poniéndome en pie. Masculla algo entre dientes y se levanta. —Maldita sea ¿Por qué tienes que complicarlo todo? —Me pregunta a voz en grito, su calma ya se ha ido a la mierda —¿No te basta con lo que te doy? —Veo perfectamente cómo intenta controlar la exasperación que se está apoderando de él. —No —respondo en su mismo tono. —Te has enamorado de mí ¿verdad? —No es una pregunta, ya que se lo confirma con un gesto de cabeza; su evidente enfado ante mis sentimientos aún me enfurece más; podría mentirle pero no merece la pena. Me observa y veo que tiene la respiración agitada y la mandíbula tensa; sé que está haciendo un enorme esfuerzo por controlar la ira que ahora mismo reflejan sus ojos. —Sí —contesto con un nudo en la garganta. —¿Por qué coño lo has hecho, Chloe? —Vuelve a gritarme y cierra los ojos mientras se lleva las manos a las sienes y las frota con fuerza, como si quisiera arrancar de su mente lo que acaba de oír. No puedo creerme que me esté preguntando esto, como si los sentimientos se pudieran controlar; quizás es que él sí puede, pero yo no soy como él; la expresión de culpabilidad que veo en su rostro no me gusta nada. ¿Se

siente culpable porque me he enamorado de él? —¿Tengo que disculparme por ello? ¡Oh, Dios, tú no estás bien de la cabeza! ¿Cómo puedes preguntar semejante estupidez? ¿Es una disculpa lo que quieres? Pues bien lo siento no he podido evitarlo —esto ha dejado de ser una conversación para convertirse en una pelea a gritos. —¿Sabes la diferencia que hay entre nosotros? —me clava su gélida mirada— que tú tienes corazón y yo no. Así que no puedo darte lo que no tengo. —Es ella ¿verdad? —le espeto— tu corazón aún es de ella. —Te equivocas, no es de nadie —da media vuelta y se dirige hacia la puerta; pero se detiene— y no quiero el tuyo —le oigo decir antes de irse. El mío lo acabas de destrozar. Se marcha y ni se molesta en cerrar la puerta. Sus palabras golpean en mi mente una y otra vez como un sádico martillo. Tawny aparece y veo su semblante totalmente afligido: lo ha oído todo al igual que Charlotte y Jake, que aparecen por la puerta. No me extraña en absoluto, nos hemos gritado de tal forma que aún no sé cómo no ha llamado a la policía ningún vecino. Esto es justo lo que necesito, toda una comitiva compadeciéndose de mí. La situación no puede ser más patética. Saco fuerza de donde no la tengo e intento aparentar una calma que no siento. —¿Estás bien? Hemos oído los gritos —se acerca Charlotte y coge mis manos temblorosas entre las suyas. ¿Cómo puede preguntarme esa tontería? Tengo ganas de soltarle cualquier improperio, pero me muerdo la lengua; no voy a pagar con ella mi rabia y mi dolor. Estoy hecha una autentica mierda, pero, claro, eso no lo voy a decir delante de su mejor amigo; demasiada información ha obtenido ya, así que asiento con la cabeza y fuerzo una sonrisa. —Por lo visto a tu amigo —me dirijo a Jake— le cuesta contener ese carácter tan temperamental que tiene —sé que mi tono de voz no es muy amable pero no puedo evitarlo. Lo único que quiero es que todo el mundo se vaya; tengo un nudo enorme en el pecho y lo que realmente necesito en estos momentos es que me dejen en paz. Se acerca a mi lado negando con la cabeza. —Chloe, es un hombre atormentado. Voy a contarte algo, aunque, si se enterara, me las tendría que ver con él; pero todo esto tiene que acabar de una vez por todas. Alec finge una normalidad que no tiene; es un hombre torturado y atormentado por un pasado del que no consigue desprenderse. —¿A qué te refieres? —pregunta Charlotte obligándome a sentarme a su lado. De pronto se hace un silencio incómodo, como si Jake estuviera pensando mejor si debe continuar o no. —Sé que nos acabamos de conocer —prosigue tomando asiento frente a nosotras— pero le conozco perfectamente. Así que voy a hacerte una pregunta: ¿Es cierto lo que he oído? ¿Estás enamorada de él? —Sí —confieso con desgana, a este paso mañana lo anunciaré en el *New York Times*—. Por si a alguien no le ha quedado claro. —Entonces lucha por él, Chloe; no va a ser fácil pero, créeme, nada que merezca la pena lo es. ¿Pero este tío de qué va? Si le conociera tan bien, sabría perfectamente que él no quiere nada de esto. —Yo no le importo, Jake ¿No os habéis dado cuenta? —Replico a la defensiva. ¿Qué pretende? ¿Que siga arrastrándome? No, por favor, aún me queda un poco de dignidad. —Te equivocas —declara con total rotundidad. —Lo sabía —interrumpe Tawny con un grito acompañado de un pequeño aplauso mientras le dirijo una mirada recriminatoria. —Por favor, cree lo que te digo porque es la pura verdad. Eres la primera chica que he visto que le importe; sé que has estado en su casa, que pasó un fin de semana contigo; vi cómo os besabáis en la galería y ¿sabes qué? Que jamás ha hecho esas cosas con ninguna mujer, solo contigo. Igual que nunca en su vida me ha hablado de ninguna de ellas y en cambio de ti sí lo ha hecho. —Te lo dije —apostilla Tawny con entusiasmo ignorando mi mirada. —Y voy a contarte algo más para que termines de entender su actitud. ¿Qué pensarías tú si hubieras estado oyendo durante muchos años que estás maldito? ¿Que naciste con una maldición? ¿Que todo lo que amaras sería destruido? Y lo

peor de todo es que él mismo pudo confirmarlo con sus propios ojos; vio cómo murieron todos, cómo perdía todo lo que amaba. Tiene miedo a sentir ese dolor de nuevo, por eso te apartará de su lado. Y, precisamente, es amor lo que más necesita. La confesión de Jake me ha impresionado y me deja horrorizada. Pero, al mismo tiempo, un rayo de esperanza ilumina mi maltrecho corazón. Necesito aferrarme a ello, creer que está en lo cierto y Alec también me quiere. —¿Quién puede decir algo tan descabellado a alguien? —interviene Charlotte. —Un maldito hijo de puta que lo único que quería era destruirle y que, por fortuna, ya está muerto —responde con rabia—. Ha tenido una vida muy dura, no siempre ha sido el magnate poderoso que es ahora. Créeme, una vida que no se la deseo a nadie; esas palabras las tiene grabadas a fuego en su mente. Como él mismo dice, si nadie te importa, no te importará perderle. —Tú debes importarle, eres su mejor amigo —le digo y me dedica una bonita pero triste sonrisa, se ve lo mucho que le preocupa Alec. —Le importo, pero jamás me lo dirá —le cojo ambas manos en un intento de reconfortarle, sé que no es fácil para él contarnos todo esto; está desnudando un poco el alma de alguien al que considera su propio hermano. —No sé cómo hacerlo —reconozco— y yo misma me decepciono por ello, pero es la verdad. —Quedándote a su lado —me pide en un tono suplicante. —Se ha ido y creo que esta vez no volverá —admito con pesar. —¿Te ha dicho adiós? —No. —Entonces volverá —responde con total convicción. —Jake ¿Cómo puedes estar tan seguro? —pregunta Tawny con desconfianza; lleva demasiado tiempo con la boca cerrada. —Porque para él esa palabra es el olvido. Hago un rápido repaso mental y me doy cuenta de que es cierto: desde que le conozco nunca ha empleado esa palabra conmigo; siempre me dice hasta pronto, jamás me ha dicho adiós. Jake se acerca y me pone en pie para abrazarme y darme un beso en la mejilla, lo que le agradezco con todo mi corazón; la nobleza y el valor de la amistad que me ha demostrado por su amigo me han llegado al alma; desde luego Alec puede estar bien orgulloso de tener una persona como Jake a su lado. Se marchan y Tawny y yo nos volvemos a tirar en el sofá. —Oye, ha sido muy fuerte todo esto ¿no? Ahora aún me cae mejor. Este hombre ha vivido lo peor que le puede pasar a nadie en esta vida, perder a toda su familia. —Quien le metió esa mierda en la cabeza, tuvo que ser alguien que estaba a su lado. Esa parte no la entiendo, Tawny; Jake habla muy despectivamente de esa persona y, si era tan malo ¿por qué cree en sus palabras? De pronto recuerdo que Alec se alegró de la muerte de la persona que se ocupó de él cuando sus padres murieron y creo que esa persona es a quien se refiere Jake, pero sigo pensando que hay algo que no encaja. —No lo sé, pero como él mismo ha explicado, le machacó con lo mismo durante años y eso se le queda grabado a cualquiera —responde Tawny sacándome de mis cavilaciones— y bueno ¿Ahora qué...? ¿Barajamos opciones? La primera emborracharnos hasta que caigamos redondas con ese tequila que nos regalaron; la segunda sería seguir dándole al tequila mientras nos tiramos toda la noche hablando de lo mismo. También nos caeremos redondas... ¿Tienes tú la tercera? Me mira con sus cejas arqueadas y esa cara traviesa que pone cuando está planeando algo. —Te quiero, negrita gruñona. Mi tercera opción es ir ahora mismo a quitarle esas tonterías de la cabeza. —Esta es mi chica, ir directa a por lo que quiere. Te llamaré un taxi, dame tu móvil, el mío se ha quedado sin batería. —En mi bolso —le digo. Y me voy a mi habitación a cambiarme. —¡Coño! ¿Qué es esto? ¿Son brillantes? —Grita desde el salón. —Me lo regaló Alec y tengo que reconocer que tenía razón: llevo dos días con él y aún tiene batería —respondo también a gritos mientras rebusco en mi armario. Me pongo unos vaqueros negros y el primer suéter que veo, que también es negro; cojo unos botines y me los calzo en el salón. Tawny me lanza una miradita de las suyas y aprueba

mi vestuario; de todos modos no pensaba volver a cambiarme. Le lanzo un beso y me largo. A mi espalda resuena el “todo irá bien” de Tawny. Durante el trayecto hacia su casa voy con los mismos nervios y la misma incertidumbre que la otra vez, aunque ahora creo que peor, ya que conozco más su forma de actuar; no me dejará subir, me atenderá en el vestíbulo. O quizás ni siquiera se moleste en bajar. Llego a su edificio y veo al mismo guardia de seguridad del otro día, que se apresura a abrirme la puerta; le saludo y voy directa a la recepción donde se encuentra también el mismo portero. —Buenas noches ¿Puede avisar al señor Seytton, por favor? Mi nombre es Chloe Breyll —el temblor de mi voz delata perfectamente mi estado. Por la miradita que me ha echado, creo que se acuerda de mí; y también por la que ha dedicado al guarda. Ojea la pantalla del ordenador. —Puede subir, la acompañaré al ascensor —dice en un tono amable y profesional. —¿No le llama? —Pregunto extrañada ya que la otra vez se encargó de que me quedara claro el protocolo para poder entrar aquí. —No hace falta, su nombre aparece entre las personas autorizadas —me informa intentando ocultar una sonrisa; creo que le ha divertido la cara de pasmada que se me ha quedado al oírlo. Bueno, esto es lo que yo llamaría una sorpresa agradable, algo que no me esperaba en absoluto y que afirma aún más mi confianza en las palabras de Jake. Me acompaña, teclea un código en un panel y las puertas se abren al instante. Subo en ese ascensor que parece sacado de la Nasa; por la velocidad que lleva más que en un ascensor parece que voy en un cohete espacial. Se abren las puertas y me encuentro delante de mí a la personificación del dios Apolo; mi corazón comienza a galopar desbocado en mi pecho; en este momento no sabría decir si soy yo la que voy hacia él o es a la inversa. De lo único que soy consciente es de que nuestros cuerpos están pegados y Alec me estrecha entre sus brazos; abro la boca para decirle lo que quiero, pero él me silencia poniendo sus labios sobre los míos y besándome con auténtica adoración. —Lo siento, nena —se disculpa mientras besa cada centímetro de mi cara; creo que el corazón me va a explotar en el pecho. Mi perplejidad ha dado paso a mi asombro, aunque por otro lado ya me voy acostumbrando a la versatilidad de mi dios griego particular. Ante este recibimiento, no puedo ser más feliz acaba de borrar los últimos restos de mi angustia. —No sé que voy hacer contigo —dice cogiéndome del culo y levantándose del suelo, a lo que respondo envolviendo su cintura con mis piernas y rodeando su cuello con mis brazos—. Debería alejarme de ti —hace una pausa y su mirada se torna más dulce—, pero no puedo. Sus palabras devuelven un poco de quietud a mí vapuleado corazón. Ahora mismo confirmo todo lo que Jake me ha dicho. —Quiero decirte algo —le anuncio mientras atravesamos su impresionante salón camino de su dormitorio. —Ahora no, nena, ha sido un día muy largo —me tumba en su cama y me desnuda; su boca reclama la mía, llena de exigencias—. Necesito sentir tu cuerpo, tu calor, tu olor, perderme en ti; eso es lo que necesito, te necesito a ti —susurra llenando mis oídos con esa seductora voz que me vuelve tan loca. Le abrazo apretando su cuerpo contra el mío, haciéndole sentir que lo necesito con la misma intensidad que él a mí. Sé que tendremos que hablar de todo esto, pero tiene razón: ha sido un día largo, demasiadas emociones en cuestión de horas, pero por fin vuelvo a estar donde realmente quiero, entre los brazos de este hombre.

CAPÍTULO 9

ME despierto acurrucada en el cuerpo de Alec. Le acaricio lentamente el contorno de su mandíbula; quién lo diría, ahora mismo parece un angelito caído del cielo. —Te encanta lo que ves ¿eh, gatita? —murmura con la voz ronca de sueño. —No puedo evitarlo, eres demasiado guapo —contesto besando esa boca tan tentadora. Muy bien, Chloe, sigue alimentando un poco más su ego a este creído. Aunque a estas alturas es una idiotez mentirle, él sabe perfectamente el físico que tiene y lo que provoca en mí y en todas las demás, que se quedan embobadas mirándole. Suena su móvil y lo atiende, lo que yo aprovecho para ir al baño; a mi paso voy recogiendo mi ropa que, como de costumbre, está toda desparramada por su habitación. Cuando salgo aún sigue hablando; se ha puesto unos bóxers que le quedan de miedo y lleva una taza de café en la mano. Nada más verme frunce el ceño mirándome de arriba abajo, por lo visto no le ha gustado verme vestida por lo que intuyo que acabo de desbaratarle sus planes, pero tengo que irme y antes quiero hablar con él. Me da su café ¡qué manía! A mí no me gusta cómo lo toma él, está amargo; le doy un sorbo para no ser una desconsiderada y, bueno, mi sorpresa es patente; suelto un gemido de gusto al comprobar que le ha puesto azúcar. —¿Mejor así? —Pregunta regalándome una de sus arrebatadoras sonrisas. —Perfecto —dejo la taza sobre una mesita auxiliar y me acerco a él. Cojo su mano y la pongo en su corazón. —¿Lo oyes? —Lo oigo —me mira fijamente. —Bien, pues te diré algo. Los monstruos son los únicos que no tienen. —¿De qué me hablas? —pregunta un poco desorientado. —De tus miedos, Alec. —No digas tonterías —responde apartando la mano. Su rostro se endurece dando paso a esa máscara impasible, lo que me advierte de que se ha dado cuenta de lo que hablo; siento meter a Jake en todo esto, pero debo ayudarle de alguna forma, hacerle entender que todo lo que metieron en su cabeza es una locura que tiene que olvidar. —Alec, mi vida no ha sido siempre perfecta; yo también tengo mis propios miedos, algunos los he superado con ayuda y otros sigo luchando para apartarlos de mí. —¿Qué te pasó, Chloe? —pregunta y su voz suena tranquila; sin embargo algo ensombrece sus preciosos ojos. —Verás, al contrario de ti, que desgraciadamente perdiste a tu familia, a mí me abandonó la mía. A ti te amaron y a mí sencillamente me quitaron de en medio. —¿Eres adoptada? Asiento con la cabeza —A lo mejor lo que te voy a decir te va a sonar un poco infantil, pero es de la única forma que sé explicarlo, como a mí me lo enseñaron. Se lo debo a alguien que era muy importante para mí y a quien quería muchísimo. Alec me observa muy atento. Respiro hondo y sigo hablando: —Él estaba conmigo en el orfanato y cada vez que tenía miedo llevaba mi mano a su corazón y me decía “¿lo oyes?”. Yo asentía y él continuaba: “Los monstruos no tienen corazón y les dan miedo sus latidos

—mi voz se quiebra al recordarlo—; así que cuando tengas miedo, escucha tu corazón y ellos se marcharán” Eso me consolaba, y empecé a hacerlo siempre que tenía alguna horrible pesadilla o estaba asustada. Cuando me hice adulta comprendí lo que significaba, lo que le quisieron enseñar a él, y era eso: que cada vez que dudara o no supiera qué hacer, escuchara a mi corazón y me guiara por él. Y eso es lo que siempre intento hacer. Está mirándome fijamente, un brillo y una expresión que no había visto antes le ilumina la cara; es de autentica felicidad, me abraza tan fuerte que me cuesta respirar y me revuelvo un poco por pura supervivencia, indicándole que me está ahogando; afloja su presión pero no me suelta, noto los latidos acelerados de su corazón golpeando en su pecho. —Nadie nace maldito, Alec, y tú tienes corazón —prosigo satisfecha; creo que ha entendido lo que quería transmitirle. Pero de pronto deshace el abrazo y esa felicidad y alegría se desvanecen dejándole una expresión que no consigo descifrar. Agarro sus brazos y lo zarandeo, sin embargo parece que es incapaz de reaccionar. Ahora mismo tocar su cuerpo es como tocar un cable de alta tensión. —Márchate, Chloe —dice con la voz temblorosa y se separa de mí. Me preocupo enormemente, no sé qué le ocurre. Coge su móvil y llama a alguien. Le oigo pedirle a su chófer que venga a recogerme. —Tienes que borrar ese pensamiento de tu cabeza, Alec; solo era una forma de torturarte, de hacerte daño ¿No lo entiendes? —Está bien, tu lo has querido —lanza su móvil contra la pared y se rompe en mil pedazos; me quedo paralizada ante su arranque de agresividad—. Déjate de sermones de predicador mediocre, soy uno de los cabrones más egoístas y ególatras de este jodido planeta, no me importa nadie que no sea yo mismo; yo solo follo con las mujeres y después ya no me sirven para nada —suelta todo su discurso sin mirarme a la cara. —Dijiste que yo era especial y... —balbuceo a su espalda; un inmenso dolor me atraviesa por dentro. Me interrumpe su extraña y espeluznante carcajada. —¿Cómo puedes ser tan tonta? Eres una ingenua y deberías ir aprendiendo a no fiarte de nadie —sigue machacándome con su ataque implacable—, así que no intentes redimirme con esas absurdas palabras; esto es lo que soy y lo que quiero ser. Tú solo has sido otra más que he dejado que disfrute de mi polla. Nunca en mi vida me he sentido tan humillada. —Eres un maldito canalla —le digo con la voz ahogada. La crueldad de sus palabras es como un puñal que acaba de clavarme directo en el corazón y a partir de ahí el dolor comienza a expandirse por todo mi cuerpo. —Querías conocerme ¿no? ¡Pues concócame entero! —Responde mesándose los cabellos con gesto de desesperación. Se gira y me mira; lo más sorprendente de todo esto es que lo que veo en sus ojos contradice sus propias palabras; o quizá soy tan idiota que no quiero creer lo que me está diciendo, creo que realmente no lo siente. Veo a un hombre que está librando una batalla y yo soy su enemigo. Lo más triste es que tengo todas las de perder. Despierto de mi propia pesadilla y ahora es a mí a quien inunda la ira. Tengo ganas de estrangularlo, de borrarle a bofetadas esa expresión déspota de su cara. La rabia y la furia que fluyen por mis venas están a punto de explotar. —Te odio, Seytton y ¿sabes? lo que siento ahora mismo es una profunda pena por ti —ya no puedo contener más mis lagrimas que ruedan libremente por mi cara. —No llores —inspira hondo y da un paso hacia mí; yo retrocedo hacia atrás, creo ver una expresión de pesar en su bello rostro. —Nunca más volveré a arrastrarme ante ti —retiro mis lágrimas con las manos y levanto mi cara con el poco orgullo que aún me queda. Doy media vuelta pero Alec se interpone en mi camino. —No tengo miedo a nada de esta puta vida, pero te tengo miedo a ti —confiesa— ¡Maldita sea, a ti, a ti! —repite y su voz suena desolada. El dolor que siento no es comparable con el sufrimiento y la amargura que destilan sus palabras; me demuestra que no siente nada de todo lo que me ha dicho, sin embargo

me doy cuenta perfectamente de que lo que quiere lograr es echarme de su lado. Me aferro a mi rabia porque es lo que me va a dar fuerzas para hacer lo que tengo que hacer, que no es otra cosa que alejarme de él. Lo aparto de mi lado y salgo corriendo. Oigo una voz detrás de mí, es la de su chófer pero no me detengo. Ahora mismo lo único que necesito es estar lo más lejos posible de este lugar y de todo lo que le rodea. Salgo a la calle y respiro profundamente, pero siento como si no se llenaran por completo mis pulmones; las lágrimas se desbordan de mis ojos, soy incapaz de contenerlas; no puedo más, me abrazo a mí misma; no llevo chaqueta y ya hace frío, soy consciente de las miradas compasivas que provoco en la gente que pasa por mi lado. Tengo el dolor clavado en mis entrañas y aún me siento peor por saber que todo mi sufrimiento se debe a haberme enamorado de la persona equivocada. Todavía alucino reviviendo su reacción: esa felicidad radiante en su cara y en sus ojos que después se disipó como el humo. Si lo pienso bien, hasta resulta irónico que yo intente que él luche contra ese trauma que tiene tan incrustado; soy la menos indicada, ya que aún me quedan resquicios de los míos. Llego a casa y me voy directa al cuarto de baño; lleno la bañera y un delicioso vaho comienza a expandirse, estoy congelada de frío. Pongo música, necesito desconectar mi cabeza, pero debo de ser masoquista o algo parecido porque mi estado anímico me conduce a poner la canción que Alec escuchaba en Miami, *When a woman loves*. Me sumerjo en el agua hirviente, creo que poca gente aguanta esta temperatura, en cambio a él le gusta igual que a mí. Las lágrimas vuelven; prefiero llorar aquí sola y espero a que se me agoten. Cierro los ojos y me vienen a la mente los recuerdos de mi niñez, cuando *el dragón* llegó al orfanato. Fui a recibirle como hacía siempre que llegaba un niño nuevo y, como era habitual en todos los que llegaban, me echó de su lado. Estaba acostumbrada y no me extrañó, pero con él fue diferente; yo continué acercándome sin tener en cuenta las advertencias de los otros niños que decían que estaba endemoniado y escupía fuego, por eso le llamaban *dragón*. Siempre estaba o metido en peleas o solo, jamás jugaba con nadie ni tan siquiera con él mismo. Hasta que un buen día que me senté a su lado, él me miró con sus enormes y preciosos ojos azules y no me echó; desde ese momento hasta aquel fatídico día que se marchó, no nos separamos. Él se convirtió para mí en todo lo que yo quería y yo hice lo mismo para él. Ahora que lo pienso, él fue el primero que me rompió el corazón y ahora ha sido este cabrón. El agua ya se ha enfriado y salgo. Me pongo ropa cómoda, hoy no pienso salir de casa. Lllaman al interfono y el corazón me da un vuelco ¿Será él? —¿Quién es? —Pregunto nerviosa. —Cariño, soy yo. —¡Mamá! —Suelto un grito de alegría al oír esa voz; en el fondo es lo que más necesito ahora mismo. De pronto me acuerdo de que debo tener los ojos hinchados de tanto llorar y me voy corriendo al baño a comprobarlo ¡Mierda! Esto era lo que me faltaba, anoche por lo visto este demonio se entretuvo demasiado tiempo en mi cuello y tengo una marca enorme. Ahora agradezco mi mata de pelo, pero lo mejor será ponerme un pañuelo, mi madre es muy dada a estar siempre tirando mi pelo hacia atrás. Llamo a la puerta y abro enseguida. Nada más verme, mi madre me envuelve en uno de esos abrazos que tanto me gustan. —¿Todo bien, Chloe? —pregunta con su habitual dulzura y me abrazo mas fuerte a ella; me coge de los brazos y me mira, creo que ha notado que algo no va bien— ¡Oh Dios! ¿Qué te ocurre cariño? ¿Quién ha hablado contigo? La miro desconcertada ¿De qué me habla? —¿A qué te refieres mamá? ¿Hablar conmigo? ¿Quién? —Cielo, ya sabes, cuando me pongo nerviosa no sé ni lo que digo; tienes los ojos de haber llorado ¿Qué ha ocurrido, Chloe? —No es nada ¿Te acuerdas del manuscrito en el que estuve trabajando tanto? —Mi madre asiente— no me lo dieron y, bueno, he tenido un momento de bajón. Me enmarca la cara con sus manos y me besa, veo la compasión

en sus ojos y aún me siento peor por mentirle de esta forma, pero no voy a contarle el verdadero motivo. —¿Cómo es que has venido? —Pregunto cambiando la conversación —Tenía que hacer unas gestiones. —¿Qué tipo de gestiones? Podías haber avisado y te hubiera ido a recoger al aeropuerto. —Nada importante; ya sabes, cualquier ocasión es buena para venir a visitar a mi pequeña —esto no me pilla de sorpresa, ella es así. —Mamá —le repruebo cariñosamente—, no tienes de qué preocuparte. —Ya sabes que no lo puedo evitar —me estrecha entre sus brazos. —¿Y papá? ¿Por qué no te ha acompañado? —Tenía que dar una conferencia. Recibe una llamada y se retira a atenderla; me quedo como una idiota mirándola, yo también la echo mucho de menos al igual que a mi padre. —¿Dónde te apetece comer? —Cariño, ahora tengo que marcharme, tengo todo el día muy ocupado. Nos vemos a la hora de cenar ¿de acuerdo? —Me inquieta su actitud, se ha puesto muy nerviosa. —Mamá ¿ocurre algo? —No, cielo, todo está bien —sonríe y me da un beso, Despido a mi madre que se marcha a toda prisa, ya le preguntaré más detenidamente; no me ha convencido del todo lo que me ha dicho, la noto un poco rara. Paso el resto del día entre la cama y el sofá y viceversa, y este dolor agudo que no cesa; ahora entiendo cuando dicen que el corazón duele, yo lo estoy sintiendo, con cada latido más se deshace; he vivido situaciones dolorosas en mi vida pero esta es una de las peores. Me siento vacía y perdida y tengo lástima de mí misma ¿Por qué me ha hecho tanto daño? Tawny aún no ha aparecido y Aby ha venido tan sumida en su nube de felicidad que ni tan siquiera ha reparado en mi lamentable estado, algo que en parte agradezco; sé que comenzará a compadecerse y a volver a repetirme que ya me lo advirtió. Se ha marchado a los quince minutos avisándome de que no dormiré en casa. Me hago un ovillo en el sofá mientras veo la reposición de una serie policiaca para enseguida pasar a un programa de cocina y así ir cambiando de canal para no ver nada en concreto. He mirado un millar de veces el teléfono deseando encontrar cualquier indicio de arrepentimiento por parte de Alec, pero no hay nada. Mi madre regresa y me obligo a poner buena cara; me pregunta si cenamos fuera y es lo que menos me apetece; echo de menos sus comidas y a ella le hace muy feliz saberlo; se pone a prepararme la cena, no he comido en todo el día y dudo que me pueda entrar nada, pero tendré que hacer un esfuerzo por ella. Descorcho una botella de vino mientras mi madre trastea por la nevera. Va a preparar pollo con verduras. Me siento en la barra de la cocina y le doy una copa de vino. —¿Has arreglado ya tus gestiones? Me mira y asiente. En ese momento me llaman por teléfono: es Tawny; me voy al salón a hablar con ella, se va a quedar de piedra cuanto le cuente todo lo ocurrido. La muy cabrona después de despotricar y maldecirle a sus anchas, sigue defendiéndole; si no la conociera tan bien como la conozco, pensaría que se ha enamorado de él. Hemos acabado de cenar y nos vamos al salón. Le pregunto si quiere que veamos alguna película y mi madre asiente. Pongo una de mis comedias favoritas, *Zoolander*, al menos con esto me aseguro un rato de risas o al menos eso espero. La película se acaba y mi padre llama por teléfono para charlar un rato con nosotras y darnos las buenas noches. Cuando mi madre cuelga, se gira hacia mí y coge mis manos entre las suyas. —Cielo, sabes que te quiero muchísimo ¿verdad? —Claro, mamá ¿Qué te ocurre? Te he notado rara desde que has llegado. —No, mi vida, solo quiero que no lo olvides nunca; para nosotros tú eres lo más valioso e importante que tenemos en nuestra vida. Nuestro milagro. Jamás olvidaré cuando abriste tus preciosos ojos y nos miraste, primero a uno y después a otro, levantaste tus manitas, cogiste las nuestras y nos llamaste papá y mamá; en ese momento tú nos elegiste, nosotros ya te habíamos elegido mucho antes. —Mamá, por favor, los dos sabéis que vosotros sois lo que yo más quiero en

este mundo. Nadie jamás ¿me entiendes? jamás ocupará el lugar que vosotros tenéis en mi corazón. Os adoro con toda mi alma. —Mi vida, tu corazón es enorme y en él pueden entrar más personas —me dice con la dulzura que la caracteriza. —No te entiendo. —Pronto entenderás lo que quiero decirte —contesta y veo una cierta tristeza en sus ojos— y ahora, señorita, vamos a dormir; estoy agotada, ha sido un día muy intenso. Me voy a la cocina por un vaso de agua. Esto era lo que me faltaba; si no tenía bastante con todo lo de Alec, ahora mi madre con este misterio; sinceramente, no sé qué le ocurre, no es habitual que ella se comporte así. Me vuelvo al notar una mano en mi hombro, la expresión de mi madre no me gusta nada. —Chloe ¿Cuándo ha comenzado? —No es nada mamá —sonríó quitándole importancia, sé perfectamente de qué me habla. — ¿Nada? He tenido que gritar para avisarte de que tenías una llamada y no lo has oído; así que contéstame ¿cuándo ha empezado? —Hace unos días, pero no te preocupes; fue algo pasajero y ahora te oigo perfectamente —intento tranquilizarla aunque creo que no va a servir de nada. — Mañana te vuelves conmigo y no voy a aceptar una negativa. —Mamá, no empieces; te he dicho que estoy bien —protesto, no quiero tener que pasar por lo mismo otra vez. —Chloe, todo en su comienzo se puede detener ¿Llegaste a perder el conocimiento? —No, solo perdí un poco el equilibrio, pero eso es normal —No, mi vida, no es normal y tú lo sabes perfectamente. —Tengo mucho trabajo —me excuso intentando librarme de todo esto. —Tú eres lo más importante y tu trabajo puedes hacerlo desde casa. —El doctor Silver dijo que podría tener algún brote y solo ha durado unos segundos; te oigo perfectamente. —Chloe Eleanore, está decidido: te vuelves conmigo y no hay más que hablar. Cuando mi madre me llama por mi nombre completo no hay vuelta atrás.

CAPÍTULO 10

LLEVO cuatro días en Boston y casi todo el tiempo en el hospital, pasando de una prueba a otra. Hablé con mi jefe y, por supuesto, no puso ninguna objeción; trabajo en casa y voy enviando lo que me pide. Los resultados de mis pruebas están siendo satisfactorios, tengo que admitir que mi madre tenía razón; todo está en el comienzo, pero no me he librado de una buena reprimenda por parte de ambos, tanto de ella como del doctor Silver. Tengo un problema en el oído derecho. Como no existen informes médicos míos anteriores a la adopción, solo lo que yo les he podido contar, no saben exactamente si nací con él o si es consecuencia de las palizas que me daban en el orfanato; allí el maltrato a los niños era algo habitual y los castigos, el pan de cada día; por supuesto que a ellos les daba igual si el infractor habías sido tú o no, si ese maldito día te tocaba, no te librabas. Una de las partes de mi cuerpo que más sufrió fue mi cabeza. Más de una vez tuvieron que llamar a un médico, ya que a causa de los golpes mi oído sangraba, pero nunca me llevaron a un hospital y al doctor siempre le decían lo mismo: que yo me había golpeado o que otro niño me había pegado. Todo se agravó aún más después de mi accidente, pues mi cabeza volvió a dañarse y durante dos años perdí por completo la audición. La recuperé gracias a las operaciones a las que me sometieron, pero ahora padezco una enfermedad sin nombre que me puede volver a dejar sorda, al menos de un oído. Aunque según mis padres eso es muy improbable, yo no las tengo todas conmigo. Por ponerle un nombre, dicen que es el síndrome de Ménière con complicaciones y, por lo visto, el foco del problema está en el oído interno; yo creo que en realidad no tienen ni idea, pues uno de los síntomas de esa enfermedad es el vértigo y yo no lo padezco. Lo que sí me ocurre a veces es que siento un leve mareo de apenas unos segundos o, lo que es peor, que pierdo el conocimiento por completo. De todos modos, es mi opinión, pero debo aceptar que los médicos son ellos y sabrán lo que hacen. Me han cambiado la medicación y tengo que tomarla durante tres meses; por supuesto que me han hecho prometer mil veces que al menor indicio de recaída llamaré inmediatamente, tan solo ha faltado que me hicieran jurarlo sobre la biblia; como era de suponer esto ha sido cosa de mi madre. Mi estado de ánimo sigue por los suelos y lo más difícil es tener que disimularlo con mi propia familia. Tampoco he querido quedar con ninguna de mis amigas, tal como estoy no soportaría la típica preguntita ¿has conocido a alguien interesante en Nueva York? Llevo cuatro días llorando hasta que el sueño me vence, no sé como aún no me he deshidratado. Recuerdo todo lo que Jake me dijo, pero me repito una y otra vez que estaba totalmente equivocado: no significo nada para Alec; quiero aferrarme a esa idea aunque algo me dice que no estoy en lo cierto pues su comportamiento fue sumamente extraño; sus

palabras fueron duras, muy duras, pero creo que no era él el que hablaba sino sus propios demonios, su propio tormento; en ningún momento lo vi en sus ojos. Lo que aún no me explico es cómo en tan poco tiempo me ha podido nacer un sentimiento tan fuerte por este hombre; me siento absolutamente vacía y lo peor es este dolor que me ahoga. He culpado de mi estado de ánimo a las malditas pruebas y menos mal que ha surtido efecto porque mis padres no hacen preguntas, aunque de vez en cuando mi madre me mira buscando otro motivo. Al final han conseguido convencerme de que me quede a pasar el fin de semana. Tengo que empezar a cambiarme, me voy con mi padre a su partida de bolos. —Cariño, tienes visita —anuncia mi madre con una sonrisita muy sospechosa. Espero que no sea ninguna de mis amigas, sinceramente me extrañaría mucho ya que no saben que estoy aquí. —¿Quién es? —le digo mientras echo un vistazo a mi armario a ver qué me pongo aunque me da igual, no me apetece arreglarme. —No irás a ponerte una sudadera ¿no? —se acerca y me la quita de las manos. —Mamá, voy a la partida con papa ¿qué quieres que me ponga? —Tienes ropa preciosa y desde que estás aquí vas muy descuidada, cielo, así que ponte algo bonito y baja enseguida. —¿Pero quién es? —pregunto extrañada. Mi madre sonrío y de pronto siento cómo se me eriza la piel; creo adivinar de quién se trata. —¿Es un chico? Mi madre afirma con la cabeza y a mí me empieza a temblar todo el cuerpo. —Ese chico... ¿Es alto, guapo y tiene los ojos azules? —le digo nerviosa. —Correcto —dice con tanto entusiasmo que parece que hubiese ganado el primer premio de algo. Me siento en la cama con las piernas temblando ¡Dios, está aquí! ¡Ha venido a buscarme! Una extraña mezcla de felicidad y satisfacción me recorre todo el cuerpo, aunque enseguida se esfuma al recordar el daño que me ha hecho, el sufrimiento que me ha provocado; de golpe una asquerosa sed de venganza corrompe mi lado bueno. —Dile que se marche —suelto de pronto. Mi madre me mira boquiabierta. —Cariño, ¿no es amigo tuyo? —No, ya no lo es —respondo fríamente. Mi madre se marcha de mi habitación, creo que está conmocionada con mi actitud; lo peor de todo es que comenzará con su interrogatorio en cuanto se deshaga de Alec. Mi esfuerzo de estos días por esconder todo lo que realmente me ocurría se acaba de ir a la mierda. Respiro hondo y termino de vestirme; estoy dolida, muy dolida con él, sé que mi madre le dará una excusa convincente pero aún no estoy preparada ni con la suficiente fuerza mental para verlo. Gracias al cielo, mi padre comienza a meter prisa, mi tío Dan nos espera en el coche, así que le doy un beso rápido a mi madre y me marcho. *****

Volvemos a casa después de habernos zampado una opípara cena a base de pollo frito, patatas con bacon, nachos con queso y, de postre, unas tortitas con chocolate y pastel de arándanos, lo que ha sorprendido a mi padre pues siempre les he dicho que no me gustaba. Pero le ha hecho muy feliz verme con apetito después de estos días en los que casi no he probado bocado, pero lo que él no sabe es quién me lo ha devuelto; estoy contenta, mi cabeza no ha dejado de dar vueltas al tema y al final me quedo con que ha venido a buscarme y eso debe ser por algún motivo. Lo peor de la noche ha sido que hemos perdido la partida contra el jefe de bomberos, que no es otro que mi tío Billy. —¿Pero qué es todo esto? —grita mi padre asombrado al abrir la puerta; paso a su lado y me quedo petrificada, todo el salón de mi madre está lleno de orquídeas rosas ¿rosas? Ahora ¿qué coño significará esto? —Son para Chloe —responde mi madre con una serenidad pasmosa, como si lo más habitual del mundo fuera encontrarse con su salón desbordado de flores; se acerca y me entrega una nota. La cojo y me marcho a mi habitación con el pretexto de que estoy cansada y tengo sueño. Me tiro en la cama y leo la nota: *Soy el capullo más grande del planeta y siento*

mucho todo lo que ha ocurrido. Tenemos que hablar. Arrugo la nota con rabia ¿ahora quiere hablar? Llevo jodida desde que ocurrió y ahora es cuando él quiere hablar, pues lo lleva claro. Este es mi momento, ahora vas a tener que arrastrarte tú. Miro el móvil y tengo mensajes de voz. Me pongo a escucharlos. “Nena, coge el teléfono, sé que estás enfadada, necesito hablar contigo” Como siempre su egoísmo en primera línea; si señor, yo estoy enfadada pero, claro, me jodo porque tú necesitas hablar conmigo; una mierda, Seytton. “Preciosa, tenemos que arreglar esto” ¿Preciosa? Aquí la acabas de cagar, idiota. “Chloe, siento mucho todo lo que te dije y entiendo tu enfado; llámame” Ya está empezando a dar órdenes, pues espera sentadito, guapo. Veamos cuando se le agota su paciencia. “¡Joder, esto es ridículo!” Ya se fue a la mierda su paciencia “Si no llamas, iré a tu casa y no me moveré de allí hasta que lo consiga. ¿Eso es lo que quieres?” Ahora empiezan sus amenazas ¡será capullo! “Chloe ¿qué coño quieres? me estoy disculpando ¡así que valóralo!” Apareció su ira y su arrogancia; vaya, mi dios Apolo está completito, tiene de todo. Me tiro en la cama y apago el móvil; no sé qué hacer, una parte de mí —la del corazón, por supuesto — me dice que está arrepentido, pero mi cabeza me pide cautela. Estoy hecha un lio; tal como ocurrió todo y repasando lo que Jake me dijo, su actitud fue normal, pero ¿realmente quiero estar con una persona que no va a dejar que entre en su corazón? De pronto me sobresalto al oír algo que ha golpeado en el cristal de la ventana; me levanto de la cama y me asomo. Tengo a Alec debajo de mi ventana. —Baja, ya está bien de tantas tonterías —escupe malhumorado. —Pero... ¿qué haces aquí? ¿estás loco? —respondo en voz baja. —Para que me ingresen, eso seguro; no pienso irme de aquí hasta que hables conmigo —ahora su tono de voz se ha suavizado. —Alec, lárgate —le pido en un susurro ¡Dios, que mis padres no se despierten! —¡Nena, joder! el puñetero árbol ya podía estar aquí —señala justo debajo de donde estoy asomada— así podría subir hasta tu ventana como en las pelis —dice sonriendo dando patadas a algo invisible. Esto es increíble, se está partiendo de risa y lo peor de todo es que me hace gracia; pero intento contenerme, no puedo evitar disfrutar del espectáculo que me está ofreciendo: ahí está, en medio de mi jardín suplicando a su manera. —El que se va a joder eres tú, porque no pienso bajar, así que ya te puedes ir largando —le increpo levantando un poco la voz, pero él se sigue riendo de su comentario; mis palabras no deben sonar muy convincentes a juzgar por lo que me dice a continuación. —Lo siguiente que pienso hacer es llamar hasta que funda el timbre; despertaré a tus padres y tendrás que explicarles todo esto —me advierte en un tono sosegado mientras se pasea de un lado a otro. Algo me dice que es capaz de hacerlo. —Si te atreves, llamaré a la policía —le amenazo. —Pues ve llamando, pero te diré algo ¿Cuánto tiempo crees que me van a retener, muñeca? A los cinco minutos estaré fuera y volveré; te he avisado: no voy a parar hasta que escuches lo que tengo que decirte. Así que déjate de tonterías y baja de una puta vez. ¡Será cabrón! ¡Y lo chulo que es, por Dios! —¿Por qué no entiendes que no quiero verte? —arremeto con seriedad en un último intento de que se largue. —Porque es mentira, nena; sé que estás dolida y muy cabreada —sigue paseándose tan tranquilo—. Yo soy el culpable; insúltame, pégame si quieres, me lo merezco; pero baja, por favor —me ruega juntando sus manos. Ahí está en lo cierto, sobre todo en la parte del cabreo; sin embargo su arrepentimiento me conmueve y todo lo que está liando me hace gracia. —Te daré solo cinco minutos —concedo ante su intransigencia; por supuesto me muero de ganas de saber qué es lo que tiene que decirme, aun temiéndome lo peor. — Me sobran cuatro —masculla. ¡Oh, Dios! le estrangularía ahora mismo por su chulería y por la que está armando. Respiro hondo y salgo de mi habitación, no sin antes pasar por la habitación de

mis padres para cerciorarme de que, a pesar de todo este barullo, siguen durmiendo. Bajo las escaleras y abro la puerta. Está apoyado en una de las columnas del porche con las manos metidas tranquilamente en los bolsillos de su pantalón; contengo el aliento, el corazón comienza a latirme tan fuerte que retumba en mis sienes. —Nena, sé que merezco que estés tan enfadada conmigo y te juro que lo siento, siento mucho todo lo que ha pasado —sus palabras suenan sinceras, sin embargo no me fio de él—. ¿Sigues enamorada de mí? —me pregunta acercándose. —Y qué importa eso ya; me lo dejaste bastante claro —respondo con un nudo en la garganta. Niega con la cabeza —Estás equivocada. Tú eres lo que yo necesito —se acerca a mí extendiendo los brazos y yo retrocedo; pero tira de mi mano me impulsa contra su pecho y me abraza con fuerza—. Me has mostrado tu corazón y yo quiero mostrarte lo que aún queda del mío. Nena, no va a ser fácil y tendrás que ayudarme porque esto no lo puedo hacer solo —dice con franqueza; la pasión y la ternura que destilan sus palabras al igual que la forma en que va besando todo mi rostro, desvanecen toda mi angustia y van disipando el dolor que me provocó con su rechazo. —No vuelvas a echarme de tu lado. —No permitas que lo haga —vuelvo a tener miedo, presiento que esto va a ser un camino difícil. —Me has hecho daño —le acuso. —Te juro que no era mi intención. Jamás te haría daño y quiero que sepas que no has sido la única que ha sufrido. Me aparto un poco y le miro. —Ni te imaginas cómo lo he pasado yo; todo esto... llevo demasiado tiempo —su voz es ahogada, me clava su mirada azul buscando la respuesta que necesita en la mía y ya no hacen falta más palabras. El corazón me da un vuelco, lo que estoy viendo es mucho más que necesidad y anhelo es... amor. Me pego a su cuerpo y le beso con toda la pasión y la ternura que brotan de mi alma; quiero a este hombre, a esta maravillosa criatura que me ha robado el corazón. —Bueno, será mejor que me vaya o no respondo de mí; llevo demasiado tiempo fuera de ti y no lo soporto, a partir de mañana todo eso cambiará. —¿Estás loco! —le digo cariñosamente y sonrío; lo que sí creo es que todo ha cambiado ya —Todo por tu culpa —me besa en los labios— vete a dormir, mañana pasaré a recogeros sobre las doce. —¿Recogernos? —pregunto confundida y... bueno, rectifico: en lo de echarme la culpa a mí no ha cambiado. —Sí, a ti y a tu madre —dice encogiéndose de hombros. Le miro con la boca abierta. —¿Has hablado con mi madre? ¿Qué le has dicho? —mi curiosidad mezclada con un cierto miedo se dispara. —Quién soy. —Y... ¿quién eres? —mi confusión es infinita. —Tu mejor sueño hecho realidad —dice guiñándome un ojo con su fantástica sonrisa dibujada en su cara. —Tú eres un capullo, eso es lo que eres; el capullo más arrogante hecho realidad. ¿Quieres hablar claro, por favor? —¿Por qué preguntas lo que ya sabes? —Alec, deja ya las tonterías; estás empezando a cabrearme otra vez, qué facilidad tienes para cambiar mi estado de ánimo —le recrimino. —Vete a dormir, nena, tengo que marcharme —mira su reloj—. Tengo una videoconferencia muy importante con Tokio —enarco las cejas— nena, allí es por la mañana —me aclara rápidamente al ver mi gesto. Me acompaña hasta la puerta, me da un tierno beso en los labios y se marcha. Le voy conociendo, sus prisas repentinas se deben más que nada a que no quiere contestarme, prefiere dejarme con la duda. Porque, en realidad, no tengo ni idea. Entro en casa; por mi cabeza pasan muchas cosas de las que le puede haber dicho a mi madre; de lo que estoy completamente segura es de que no le habrá dicho que soy el objeto de su deseo. Sacudo la cabeza, ahora no quiero pensar en ello; de todos modos, mañana lo sabré. Me detengo a mirar esas orquídeas tan preciosas y veo algo en lo que no me había fijado: en el centro de cada una hay una nota. Las recojo todas y subo sin hacer ruido a mi habitación. Me meto en la cama y comienzo a leerlas. *Eres la chica más fascinante y maravillosa de mi vida.* —Ha

dibujado una muñequita con los ojos muy grandes en color verde sosteniendo un corazón *Tú eres lo más especial para mí.* —Aquí un regalo con un lazo enorme. *Eres mi brisa de aire fresco, la luz que ilumina lo más oscuro de mi alma.* —En esta hay un relámpago iluminando el cielo oscuro. *Nena, eres mi magia.* —Aquí hay un conejito saliendo de una chistera, estoy realmente perpleja de lo bien que dibuja. *Chloe, necesito todo de ti y voy a darte todo de mí.* —Ha dibujado un corazón y al lado otro con muchas heridas ¡Dios, ese es el suyo! *Eres mi peligro pero también mi musa.* —En esta hay una señal advirtiéndome de un peligro y una chica con una túnica que debo de ser yo. *Contigo nunca es suficiente.* Aquí ha puesto el símbolo del infinito. Acabará volviéndome loca; lo mismo te mira que te para el corazón para, al momento, hacerte reír a carcajadas; estoy a punto de echarme a llorar de emoción; sé que es detallista, me lo ha demostrado, pero esta sensibilidad no me la esperaba en absoluto. Me acurruco en la almohada con una sonrisa idiota y rezumando felicidad por cada poro de mi piel. Por fin esta noche las lágrimas no van a acompañarme. Noto cómo me acarician la cara y abro los ojos; es mi madre. Me incorporo y doy una palmadita a mi lado para que se siente. —Buenos días, cariño ¿Todo arreglado? —Sí, mamá —bueno, comienza el interrogatorio. —¿Por qué no me lo habías contado? ¿Has pasado todo esto sola? —me reprende —Sabía que si te lo decía te ibas a preocupar. —Por supuesto, si algo no le va bien a mi hija, me preocupo, pero eso es normal. Soy tu madre, ese es mi cometido: preocuparme y cuidar de mi hija, consolarla y ayudarla en todo momento. No me apartes, Chloe, no me dejes en segundo lugar. —Mamá, por favor, de qué me hablas; yo no te aparto, sé perfectamente cómo eres, sé que si me ves sufrir, sufres conmigo y yo solo quería evitártelo. ¿Qué es lo que te pasa? Últimamente estás muy rara. —No es nada, cielo, perdóname, me estoy haciendo vieja Cojo a mi madre entre mis brazos y la beso. No entiendo que le ocurre ¿está celosa de compartirme con él? —No digas bobadas y ahora escúchame bien: ya te lo dije, nadie nunca, jamás, va a ocupar tu lugar; lo de Alec es diferente y tú lo sabes. —Lo sé, cielo, por supuesto que lo sé. —¿Qué le ocurre a las mujeres de mi vida? —aparece de pronto mi padre. —Para empezar, que una de ellas es una tonta. ¿Desayunamos? —sugiere mi madre. —¿Por qué tienes que ir hoy al hospital? —le doy un beso a mi padre y bajo con ellos a la cocina. —Por lo visto, el director tiene poca vida social, así que puso el almuerzo para hoy —resopla— y de paso quiero prepararme unas preguntas para hacerle a ese novio tuyo. Al oír esto último casi me atraganto con el café. —¿Novio? —consigo decir intentando parar el ataque de tos que me ha entrado. Eso es a lo que se refería. El muy capullo le dijo que era mi novio y... ¿será engreído? mi mejor sueño hecho realidad; esto último lo paso por alto, en el fondo me hace mucha gracia ese lado suyo con el que le encanta bromear. —El que estuvo debajo de tu ventana —mi padre intenta ocultar su sonrisa llevándose a la boca un trozo de tortita. —¿Lo oísteis todo? —¡Joder, si yo les vi en la cama! Los dos se miran y se echan a reír. —Aún no nos habíamos dormido —confirma mi padre. —Cariño, cuando os marchasteis, regresó con todo el cargamento floral y estuvo hablando conmigo; ese chico te adora, está muy enamorado de ti —asegura mi madre dedicándole a mi padre una miradita de complicidad. —¿Te lo dijo? —Con esas palabras exactamente no, pero todo lo que me dijo y el brillo de sus espectaculares ojos me lo indicaron. —Dayana ¿tengo que empezar a preocuparme? —bromea mi padre. —Bueno, no lo sé; es un chico muy guapo, mejor dicho, demasiado guapo —contesta mi madre riéndose. Mi padre se marcha y veo la típica mirada de mi madre que me dice “quiero saberlo todo”; es cierto, es el primer chico que ellos conocen: Sabían de la existencia tanto de Gabriel como de Ethan, pero nunca los conocieron personalmente.

Así que comienzo toda la historia aunque, como es natural, omito nuestro tórrido sexo. De nuevo empiezo a alucinar porque mi madre toma partido por él. Desde luego es un auténtico seductor, sabe cómo ganarse a una mujer. Ya lo ha hecho con Tawny y ahora con mi madre. —¿Es cierto que te puedes enamorar tan rápidamente de alguien? —Totalmente; a mí me ocurrió con tu padre. ¿Sabes lo que siempre decía la abuela Norah? —se refiere a mi abuela paterna, que desgraciadamente murió hace tres años— Ella creía ciegamente en que existen las almas gemelas, de hecho siempre dijo que tu padre y yo lo éramos, que estábamos destinados a estar juntos, que daría igual si nos separáramos porque siempre nos buscaríamos y nos volveríamos a encontrar, ese era nuestro destino y eso fue lo que sucedió; ya sabes que papa y yo dejamos de vernos durante un tiempo. —¿No conociste a nadie en ese intervalo, mamá? —Sí, algún que otro chico, pero no provocaban en mí lo que tu padre conseguía, esas mariposas en el estomago; y lo más increíble era que mi corazón solo respondía ante él. —Eso es exactamente lo que a mí me ocurre; es como si mi corazón ya le hubiera pertenecido antes ¿no crees que es algo muy extraño? — Quién sabe cariño, igual es tu alma gemela; si estuviera mamá Queen aquí, te diría que ya estabas enamorada de él antes de conocerlo. Nos echamos a reír, las dos sabemos las excentricidades que suelta mamá Queen. Termino de arreglarme. Me he puesto un vestido color verde oscuro con un cinturón en la misma gama pero más claro, a juego con los zapatos. Mi madre ya está en el salón esperándome. Está tan elegante como siempre, con un conjunto de falda y chaqueta en color visón combinado con una blusa de satén en color crema. Alec llega con una puntualidad británica, son las doce en punto; por la ventana le veo bajar del coche; no puedo evitarlo, me encanta mirarlo. Viene con su habitual estilo, ese que me deja pasmada. Lleva un pantalón chino en color beis, al igual que la chaqueta de punto, perfectamente combinada con una camisa en malva claro y unos zapatos *blucher* en marrón tostado. Un *look* de lo más actual pero, a la vez, sin perder ese toque de elegancia. Subimos al coche que por cierto es otro diferente al que trajo ayer, este es un *Bentley*. Nos lleva a un restaurante que han abierto nuevo y se lo han recomendado; mi madre va encantada de la vida charlando animadamente con Alec ¡Joder, menuda conexión! ¡Quién diría que se conocieron ayer! Llegamos y enseguida se nos acerca el aparcacoches para abrirnos la puerta y hacerse cargo del vehículo. Mi madre, que es la discreción en persona, no puede disimular su asombro: es el típico sitio que te deja con la boca abierta, todo lujo y esplendor. Aunque ella no es mucho de dejarse impresionar por estas cosas. Entramos y enseguida nos ofrecen una copa en el bar, accedemos y nos vamos a la barra; nos sirven un vino espumoso que está exquisito. Mi madre va al aseo y la acompaño; cuando volvemos Alec está hablando con una mujer. Mi madre me detiene. —Cariño, vámonos; no me encuentro bien. —Mamá ¿qué te ocurre? ¿Te ha sentado mal el vino? —La miro y lo cierto es que se ha puesto un poco pálida. —No lo sé, necesito tomar aire; últimamente mi estomago se resiente —me explica un poco nerviosa. —Voy a avisar a Alec. — Está bien, te espero fuera. Me acerco y veo que la que está charlando con él es Bianca Wellintong; nada más verme me saluda con un abrazo muy efusivo. —No sabía que os conocíais —comenta Alec. —Yo tampoco sabía que la conocías tú. Es una chica preciosa, inteligente, encantadora — contesta Bianca con una sonrisa exultante. Creo que esta mujer me ha subido los colores con tanto despliegue de piropos hacia mi persona. Y no sé qué le ocurre a Alec, no para de mirar a una y después a la otra como si estuviera en un partido de tenis ¿Qué hace? Yo también podría replicar y decir que no tenía ni idea de que ellos dos se conocieran, pero, bueno, tampoco es que me importe mucho. —Alec, mi madre y yo te esperamos fuera, no se encuentra bien —le informo —¿Qué le

ocurre a tu querida madre? —pregunta Bianca; no sé por qué no me gusta el tono de su voz ni el gesto extraño que aparece en su cara cuando mira hacia donde se encuentra mi madre. —Nada importante, pero al igual que a mí, el ambiente de este lugar le resulta ¿cómo lo diría? ¡ah sí! —la miro fijamente— cargante y demasiado superficial —le digo con la misma frialdad con que la estoy mirando; espero que haya captado el mensaje, en este momento es lo que pienso de ella. Doy media vuelta y me encamino hacia la puerta; ni me he molestado en despedirme, noto que Alec me coge del brazo. —Nena ¿a qué ha venido eso? —me pregunta un poco asombrado con mi reacción. —No me ha gustado su tonito de voz. ¿Te has fijado cómo ha dicho “mi querida madre”? Y la forma de mirarla, sinceramente, me importa una mierda quién es y quién se cree ser —contesto irritada. —No creo que tuviera intención de molestarla. —Me da igual, esa tía está un poco... no sé cómo decirlo ¿tarada? Sí, esa es la palabra. Nos marchamos y milagrosamente mi madre se ha recuperado; le propone a Alec ir a uno de sus restaurantes favoritos. ¿Habría montado todo esto para que viniéramos aquí? Lo dudo mucho; mi preocupación por ella va en aumento, esta rarísima.

CAPÍTULO 11

VOLVEMOS a casa después de este almuerzo tan pintoresco en el Union Oyster House, el restaurante más antiguo de Estados Unidos —Boston es la cuna de muchos personajes y el escenario de relevantes sucesos históricos de este gran país— y uno de los mejores lugares para degustar una exquisita langosta. Mi madre, como no, pidió que nos sentaran en la mesa favorita de John F. Kennedy, situada en la primera planta; por supuesto no tiene nada que ver con el lujo y el glamour del sitio al que nos llevo Alec. La excusa que le dio mi madre, que aún alucino, es que no podía permitir que, habiendo visitado Boston en tantas ocasiones por ser la capital de la tecnología que es su campo profesional, aún no conociera este emblemático lugar. Él le respondió con un alarde de galantería agradeciendo la magnífica elección. La comida ha estado genial aunque he participado bastante poco pues todo el peso de la conversación ha recaído entre mi madre y Alec; si no hubiera sido porque de vez en cuando notaba su mano por debajo de la mesa, ese simple contacto que provoca que todo mi cuerpo entre en ebullición, hubiera pensado que para ellos me había desintegrado. Lo mejor llegó cuando mi madre le preguntó a qué se dedicaba y no pude evitar que se me escapara una risita intentando controlar la carcajada al oír a Alec contestar con una inusitada modestia. Lo que sí hizo enseguida, y admiro su facilidad para conseguirlo, fue conducir la conversación a su terreno, es decir, a ser él que hiciera las preguntas, evitando en todo momento que mi madre retomara las suyas; ese momento fue fantástico, tendré que aprender de él. Para mi madre, como es natural, su trabajo es su vocación y no dudó un instante en hablarle de la fundación para la investigación sobre enfermedades poco comunes en la que ella y mi padre colaboran; como era de esperar, una de esas dolencias es la mía, aunque mi madre este último dato lo omite por completo. En general estoy muy satisfecha con nuestra cita a tres, mi criatura especial y extraña ha derrochado todo su encanto. El chico perfecto que toda madre quiere para su hija. Al despedirnos, Alec no ha tenido el menor reparo en darme un beso en los labios delante de mi madre, aunque, eso sí, absolutamente casto. Pasará más tarde a recogerme y, por supuesto, no me ha sorprendido en absoluto que ella le invitara mañana a disfrutar de una de las famosas barbacoas de mi padre. Me detengo a unos pasos de la entrada y me quedo mirando esta maravilla arquitectónica en la que he pasado los mejores años de mi vida. Vivimos en el barrio de Back Bay, en una casa estilo victoriano de ladrillo rojizo. Consta de tres plantas y está decorada en la misma línea, aunque no tan recargada como el propio estilo requiere y con detalles incorporados de objetos más vanguardistas. El salón es bastante amplio y muy luminoso; los protagonistas indiscutibles son los muebles en maderas nobles y el suelo vestido con una enorme alfombra

persa; lo preside una hermosa chimenea sumamente acogedora, pero lo mejor de todo es que es mi hogar. Detrás tenemos un jardín con un bonito porche cubierto de enredaderas; por cierto, para entrar Alec tuvo que saltar la verja, menudo allanador de moradas esta hecho este. Llamen a la puerta y por la forma de tocar el timbre debe ser mi prima Aby. Abro y efectivamente tengo delante de mí a esta rubia peligrosa cruzada de brazos y golpeteando el suelo con el pie ¡Huy mala señal, está cabreada! Y por lo visto viene armada, lo noto en la miradita recriminatoria que me está lanzando. —Aby ¿Qué haces aquí? —pregunto sorprendida, no tenía ni idea de que fuera a venir. —Pues ya ves, me he subido en mi escoba y aquí estoy —me río, le dije que era una bruja cuando me llamó por teléfono nada más enterarse de lo que me había ocurrido— vamos a tu cuarto y desembucha. Subimos a mi habitación, me siento en la cama y ella lo hace en el sillón de mi escritorio. —Bueno, ya sé que todas las pruebas han salido bien, ya te vale tenernos engañados con todo esto ¿te has vuelto loca? ¿Y si te hubiera ocurrido algo? ¿Qué pasa contigo, Chloe? Tú no eras tan irresponsable ¿Qué te está ocurriendo? Se pone en pie y empieza a caminar por mi habitación con los brazos cruzados; sí, está bastante cabreada. —No le di importancia. —Si tu madre no lo hubiera advertido ¿Cuándo le ibas a dar la importancia que merece? ¿Cuando todo hubiera avanzado? ¡Joder! —Aby, ven aquí —doy una palmadita a mi lado y viene con los hombros caídos y la cabeza agachada; sé todo lo que significa para ella, su preocupación es solo un indicio, pero también sé que es muy dada al chantaje emocional, la conozco perfectamente; se sienta y la abrazo—. Para que te quedes tranquila, te juro que si vuelvo a notar el menor síntoma os lo diré, como he prometido al resto de la familia. Aby resopla y me abraza con fuerza, pero de pronto me suelta y me da un empujón. —Ahora cuéntame ¿qué pasa con tu novio? porque ya ha dejado de ser presunto para convertirse en oficial. —Por lo que veo, las noticias vuelan —ya lo ha largado mi madre. —¡Ayer por la mañana ya estaba en toda la prensa! —Proclama Aby como si fuera la noticia del año. —¿¡Qué!? —le grito— ¡Si llegó ayer por la tarde! Al menos eso creo y yo lo vi por la noche. —Pero... ¿tú con quién piensas que estás? ¿Con el hijo del tendero? Chloe, por favor, despierta; no tienes ni idea de lo poderoso que es tu novio, la prensa se muere por saber algo de su vida privada. También me he enterado de que siempre consigue lo que quiere, siempre se sale con la suya y siempre hace lo que le da la gana. —Eso ya lo sé —confirmo. —Te he traído esto, son fotografías que os habían tomado juntos y que, por supuesto, compré para que no salieran —Aby me muestra las fotografías y veo que comienzan en mi primera cita con él— esta es la que han publicado y aquí viene la declaración oficial de que el señor Seytton mantiene una relación sentimental con la señorita Breyll. —¿Quién te ha dado toda esta información? —Cariño, te olvidas de que trabajo para él; tengo una buena amiga en el departamento de prensa y ella me lo ha filtrado al relacionar los apellidos, ni te imaginas la que se ha liado. Lo que sí tienes que saber es que esas fotos se tomaron sin permiso, él no llamó a la prensa como hizo el tenista. Al decir esto recuerdo que tengo una llamada perdida de Jesse que no atendí porque estaba con Alec y no quería problemas; después de lo que Aby me ha contado, imagino que tiene algo que ver con la noticia de mi recién estrenada relación. —No me has contado el motivo de tu visita —le recuerdo aunque sé que yo soy uno de sus motivos. —Dylan me comentó que tenía una entrevista en uno de los mejores estudios de arquitectura y restauración de aquí, así que no lo pensé, tenía que venir a montarte la bronca, guapa ¿o pensabas que ibas a librarte? —Me echo a reír y la vuelvo a abrazar, la quiero con locura. —¿Por qué ha venido Bianca con vosotros?. —¿Qué dices? ¿Está aquí? —La vi en el restaurante ese nuevo que se llama... —intento hacer memoria— *La mer*, creo que se

llama así. Le cuento el recibimiento tan efusivo que me dedicó. Aby suelta un silbido. —Pues sí que le has caído bien, a mí no me hace esas cosas; aparte de que Bianca es toda una dama de la alta sociedad y su comportamiento siempre es políticamente correcto, me sorprende mucho su efusivo recibimiento ya que es una persona que no suele hacer demostraciones afectivas en público. Pues quién lo diría a mi es el segundo abrazo que me da, pienso para mis adentros. —Menuda chorrada ¿Qué ocurre con sus hijos? ¿Tampoco les demuestra afecto? —Eso es diferente, pero es mucho más cariñosa con ellos en privado; eso lo he visto yo. —Otro cotilleo sobre ella que sé que te va a encantar: creo que tiene algo con Dante Farrow. —¿Qué? ¡Joder, esto es un bombazo! Le cuento lo que sucedió en la galería y Aby está con la boca abierta. —Creo que hubo algo entre ellos —le suelto con convicción. —No me extrañaría, los hermanos Farrow están cañón —se abanica con la mano y me echo a reír, la verdad es que está en lo cierto— ¡Mierda! ¿Será Dante el que la dejó embarazada? ¿Te imaginas? —Puede ser, lo cierto es que estaba como si hubiera sufrido un shock ¿Crees que Charlotte o Dylan saben algo? —No lo creo, ellos le conocieron esa misma noche; Dylan no me hubiera comentado nada, es un poco reservado; en cambio a Charly le hubiera faltado tiempo para largármelo. ¿Y a qué habrá venido? Ella viaja mucho, siempre tiene algún evento al que asistir, pero lo que me extraña era que sabía que Dylan iba a venir y no le ha dicho nada. —Bueno, también te diré que me cae fatal. —¡Joder, Chloe! ¿Hablamos de la misma persona? Bianca es la personificación de la simpatía y el encanto. —Pues a mí no me lo parece; le lanzó a mi madre una miradita que no me gustó nada y el tono con que se dirigió a ella aún me gustó menos. —No se lo tomes a mal, desde que pasó todo lo de su hija desaparecida no está bien —me pide justificando su comportamiento. —¿Estáis aquí? —Nos interrumpe mi madre— cariño, tengo que salir un momento; estoy intentando hablar con tu padre pero no me coge el teléfono, intenta ponerte en contacto con él y que me llame —percibo cierto temblor en su voz. —Mamá ¿ocurre algo malo, qué te pasa? —Nada, cielo, es un tema de la fundación y debo hablarlo con él —se despide de nosotras dándonos un beso y se marcha. —Aby, encuentro a mi madre muy rara ¿Sabes algo? —Bueno, es cierto que yo también la he visto muy nerviosa, pero no tengo ni idea, le preguntaré a mi madre. Llamo a mi padre y tampoco lo atiende, así que le dejo un mensaje de voz. Aby aprovecha para quitarme el móvil de las manos. — ¡Mierda! Tawny me lo dijo ¿sabes? Mi equipo fue el que se encargó de la campaña publicitaria de este modelo, es lo último en avance tecnológico, creo que ni la CIA tiene un móvil así. Este es el mismo que usa Seytton pero este diseño se hizo en líneas más suaves, dándole un toque femenino; vale una pasta. —Lo sé, este tío todo lo hace a lo grande, me tiene apabullada. Por cierto ¿Vendréis mañana a la barbacoa? —Por nada del mundo me la perdería; y, por favor, qué obsesión tiene con las orquídeas, sin embargo estas son rosas ¿Qué pasa? ¿Ya no quedaban rojas? —Nos echamos las dos a reír. —No tengo ni idea, está como una cabra —le cuento a Aby todo el numerito de anoche y se parte de risa. —¿Qué significan estas? —No tengo ni idea; si tuviera a Marydol aquí, nos sacaba de dudas. —Búscalo en internet; las rojas ya lo sabemos, igual te manda un mensaje subliminal y aún no te has enterado. Abro mi portátil y me pongo a buscar lo que significan. —Aluden a la feminidad, la seducción y la sensualidad; por lo visto se utilizan para conquistar a una mujer —leo en voz alta. —Ya lo sabes, ahora te quiere seducir; qué quieres que te diga, esto es muy significativo, como todo lo que ha hecho. —¿No es un poco tarde ya para eso? Primero me folla y ahora me seduce ¿No tenía que haber sido al contrario? —No, porque primero fuiste solo un deseo, lo único que le interesaba era lo que ya sabemos y ahora quiere tu amor; ha

declarado abiertamente a todo el mundo que tú eres la persona que ocupa su corazón y si tenemos en cuenta lo que él piensa sobre esa tontería que le han metido en la cabeza de que perderá todo lo que ame, este ha sido un paso enorme, Chloe. —Compruebo con esto último que Tawny se ha encargado de informar bien a mi prima. —Lo sé —admito— ¿Qué tal con Dylan? Una enorme sonrisa aparece en su cara; sé que le encanta hablar de su fantástico e inteligente novio. Me cuenta cómo va su idílico noviazgo, lo fascinante y maravilloso que es y doy gracias de que Tawny no está presente, porque si no la íbamos a tener, ella es lo más anti romántica del mundo, comenzaría con sus burlas. Llamamos a la puerta y bajo a abrir, Aby viene tras de mí. Es un mensajero y me entrega un paquete. —¿Qué es? —pregunta revoloteando a mi alrededor. —Te recuerdo que la bruja eres tú, no yo; así que o te esperas a que lo habrá o tendrás que adivinarlo. —Eres una asquerosa; sea lo que sea, pone Cartier, así que huele a caro, muy caro. Abro la caja. Aby pega un grito y yo me quedo muda de repente: es un reloj, el brazalete es de oro blanco y brillantes, pero lo más espectacular y majestuoso es el sol que va encastrado; oculto bajo él está el reloj, la forma de la esfera es un sol; Aby lo coge y me lo pone; hay otra caja más pequeña, la abro y contiene un llavero en forma de sol igual que el reloj, con una llave. Leo la nota: *Solo faltan dos horas y diez minutos para volver a ver a la chica más preciosa del mundo. Alec.* —Aby ¿No te lo comerías? —me llevo la nota al pecho con una sonrisa que no me cabe en la cara. —Soy glotona, pero tendrían que fundirlo antes ¿no? —Me refiero a Alec, idiota. La cojo del brazo y nos tiramos en el sofá para volver a admirar estas preciosas joyas. —Bueno, tengo que admitir que tu chico es muy espléndido; y también está para comérselo. —Alec es así, detallista y, por lo que estoy viendo, muy generoso. —¿De dónde será la llave? —Pregunto intrigada. —Del cofre del tesoro; o quizá la llave de su corazón. —Un poco grande, aunque igual es lo que quiere simbolizar ¡Oh Aby, creo que voy a desmayarme! —Ni se te ocurra, tienes que arreglarte y yo tengo que irme, Dylan no tardará en llegar —me dice poniéndose en pie— además reserva ese desmayo y hazlo entre sus brazos ¡Oh, qué romántico! —Hablabas en sentido figurado, estoy bromeando —le aclaro al ver cómo se emociona. —A mí me parece muy romántico, pienso hacerlo la próxima vez que Dylan me dé un regalito. Aunque pensándolo bien, será mejor que no, con lo torpe que soy igual me abro la cabeza —suelta una carcajada. Al marcharse Aby se cruza con mi padre que acaba de llegar. Se acerca y me da un beso. —Papá, te he estado llamando, mamá quería hablar contigo —le explico. —Ya he hablado con ella —me dice y se marcha hacia su despacho. Subo a mi habitación y comienzo a sacar del armario todo lo que quiero probarme, hoy voy a tomarme mi tiempo para elegir un modelito. Creo que me he probado casi todo mi vestuario y aún sigo sin decidirme; en lo único que he acertado es en la ropa interior: me he puesto un sujetador de encaje en color perla a juego con las braguitas y unas medias de liga con encaje; me siento en la cama resoplando al lado de la montaña de ropa que he ido desestimando, me fijo en un vestidito corto que aún no lo había sacado; es en color azul claro metalizado con un escote en V bastante pronunciado; me lo pongo y oigo un silbido a mi espalda y unas manos me ayudan a subir la cremallera. —Cariño, estas preciosa —dice mi padre dándome la vuelta para verme— con cualquiera que hubieras elegido estarías igual de bonita. —¿Dónde está mamá? —Está reunida; ya sabes, asuntos de la fundación; necesita que le lleve unos informes. —¿Va todo bien, papá? La encuentro un poco rara. —No, cielo, ya la conoces; piensa que el mundo se va a detener si ella se relaja —hace una mueca graciosa y nos echamos a reír; tiene razón, se lo toma todo demasiado en serio—. Tengo que marcharme, diviértete, tengo ganas de conocer al afortunado que le ha robado el corazón a mi

pequeña, si es que sigue vivo y no se le ha parado el suyo cuando te vea. Le doy un abrazo, estoy acostumbrada a los piropos de mi padre, algo muy natural, siempre seré la más guapa y la más de todo para ellos. Se marcha no sin antes volver a decirme que me divierta, pero con cuidado; me imagino a qué se refiere con esto último ¡Si él supiera...! Necesito unos zapatos que combinen con el vestido, así que me voy al zapatero de mi madre; recuerdo que ella tenía unos preciosos salón en azul noche con el tacón dorado, lo mejor de todo es tener a una madre adicta a los complementos como es ella y que tengamos el mismo número. Me hago unas ondas en el pelo con la plancha, no tengo la destreza de Tawny así que haré lo que pueda. Me maquillo un poco, un toque de perfume y una última mirada en el espejo; me sonrío, creo que la elección no está nada mal. Me pongo un abrigo azul con detalles en piel que, curiosamente, es del mismo tono de los zapatos y bajo al salón. Miro la hora en la fantástica joya que llevo en mi muñeca: solo faltan cinco minutos; llaman a la puerta y mi corazón comienza a martillar como loco en mi pecho, una señal inequívoca de que es él. Alec me saluda con su arrebatadora sonrisa y me lanzo a sus brazos. —Me has echado de menos ¿eh? —dice dándome una vuelta en el aire y le lleno la cara de besos. —Gracias, gracias, es precioso, impresionante, magnifico —le agradezco entusiasmada; Alec coge mi mano y la besa. —Te encanta el sol al igual que a mí, ya te lo dije, no puedo darte el auténtico pero sí puedo dártelo de otras formas; por cierto ¿llevas el otro? Se refiere al llavero con la llave. Abro el bolso y se lo muestro. —Perfecto —me hace girar para observar mi modelito — estás espectacular pero me muero de ganas de quitarte todo lo que llevas puesto —susurra en mi oído con esa voz tan sexy que me enardece; me besa el cuello y sigue hasta llegar a mis labios que se abren en una clara invitación, se apodera de mi boca de esa forma tan ardiente y apasionado que me deja sin aliento. Se aparta de mala gana y abre la puerta del coche para que suba. —¡Umm, sabes a cereza! —dice mientras pasea esa fascinante lengua por sus labios, es un provocador. Apoyo mi cabeza en su hombro e inhalo su maravilloso perfume, lo que me trae a la cabeza que él preguntó cuál era el mío. —¿Cómo se llama tu perfume? —Yo. —¿Perdón? —no entiendo nada, menudo nombre para un perfume. —Ese es el nombre que le puse, lo hicieron exclusivamente para mí, un capricho —me aclara. —¡Tienes tu propio perfume! —Suelto alucinada. Me río, esta es otra de sus excentricidades. —¿A dónde vamos? —Preguntona, ya lo verás cuando lleguemos.

CAPÍTULO 12

NOS dirigimos hacia el barrio de Beacon Hill y se detiene delante de una casa preciosa. — Abre, tú tienes la llave. —¿Yo? Pero esto... ¿la llave es de aquí? —Alec me mira satisfecho al ver mi expresión estupefacta. Acabo de averiguar que no es nada simbólico. —Si no me he equivocado, creo que sí; de todos modos sería muy divertido que no lo fuera, son todas tan parecidas... Venga nena, con decisión tú puedes, animo —me alienta burlescamente. —¿Quieres callarte de una vez? me estás poniendo nerviosa —le reprendo. —Con un poco de suerte damos con un par de bostonianos amables y nos invitan a cenar y todo —empieza a partirse de risa. Le miro con el ceño fruncido y el tío aún se ríe más. Introduzco la llave en la cerradura; bien, Chloe, al menos entra; las manos me tiemblan, no sé si es por el frío o son mis propios nervios. La giro pero me detengo y me vuelvo hacia Alec que está pegado a mi espalda jugueteando con mi cuello. —Estoy pensando que...-entrecierro los ojos con suspicacia— ¿Por qué no abres tú? —La llave es tuya, así que lo que abra también lo es. —¡Dios de mi vida! ¿Me estás diciendo que esta casa es mía? —Grito totalmente alucinada— Alec todo esto es demasiado, el reloj, todo, no puedo aceptarlo... —pone un dedo sobre mis labios. —Nada de este mundo es demasiado para ti, acéptalo y eso me hará muy feliz. —Eres todo un maestro de la retórica —admito. ¡Dios de mi vida! Ahora tengo ganas de llorar. Le agarro de las solapas de su chaqueta y me lanzo a su boca con vehemencia Alec hunde sus dedos en mi pelo besándome con la misma intensidad. —Pronto sabrás el motivo de este regalo —me susurra al oído y le miro con extrañeza, no sé a qué se refiere y eso me inquieta. Abro y Alec me coge en brazos; traspasamos de esa forma el umbral de la puerta, un detalle muy revelador, aunque no le doy ese significado; lo tomo simplemente como que a este hombre le gusta cargar conmigo en brazos, como me ha dicho muchas veces le encanta tener mi cuerpo pegado al suyo. Pasamos al salón que está completamente vacío a excepción de una cálida y sutil iluminación que proviene de unos hermosos candelabros de cristal que decoran una elegante mesa preparada para dos y presidida por un precioso centro de orquídeas rosas. De pronto la envolvente y preciosa voz de R. Kelly comienza a sonar. Adoro que le guste la música tanto como a mí. Alec me deposita sobre la isla de la cocina y, al ver su mirada, todo lo que me rodea deja de existir para mí. Mi cuerpo entero se estremece, sus ojos se oscurecen ligeramente y una sonrisa se dibuja en su perfecta boca. Se deshace de su chaqueta y de mi abrigo y los deja caer al suelo. Se coloca entre mis muslos y dibuja con su dedo la línea del escote de mi vestido sin dejar de mirarme a los ojos; mi cuerpo comienza a temblar, acerca lentamente sus labios a los míos y los lame sutilmente, su lengua acaricia la mía con la misma parsimonia; me está

encendiendo con cada roce, gimo y profundiza más en mi boca poseyéndola de esa forma tan suya que me hace perder la cabeza. Apoya sus manos en la parte superior de mis piernas y acaricia el borde de mis ligas con los pulgares; suelta un gruñido de satisfacción, me complace comprobar que he acertado con mi ropa interior; a estas alturas mi respiración ya es entrecortada, impaciente y ansiosa; me agarra del culo y me pega más a él, haciéndome notar su impresionante erección justo en mi sexo y mi cuerpo entra en ebullición. —No puedes imaginarte cuánto te deseo, pero antes vamos a cenar porque cuando empiece contigo no dejaré que comas nada que puedas digerir —musita rozándome y apretándome más contra su erección. —No tengo hambre —le digo mientras beso lentamente su cuello hasta atrapar el lóbulo de su oreja para jugar con mis dientes en ella. —Yo tampoco, pero voy a comportarme como un ser civilizado y voy a darte de cenar; no me provoques o te romperé ese precioso vestido que llevas y te follaré donde me parezca —su voz grave y sensual me incita a desear aún con más ganas que lo haga. —Quiero... —insisto y pega su boca a la mía para callarme. —Sé lo que quieres, pero vas a tener que esperar; ese es tu castigo por desobedecerme —sonríe con malicia y le hago un mohín con la boca. Me coge por la cintura y me baja, acaba de dejar mi libido como un cubito de hielo. Esta faceta suya es odiosa, detesto que me lo haga pero a él parece divertirle; tomaré nota, Seytton, la próxima vez seré yo quien te lo haga. —¿Desobedecerte? —Repito con una media sonrisa ocultando mi frustración; me arreglo el vestido con disgusto y reprimo el impulso de darle un manotazo en esa mano que me está ayudando, sé perfectamente que se refiere a que no le cogí el teléfono—. ¡Estás loco! —Exclamo sacudiendo la cabeza. —Exacto; y a los locos hay que hacerles caso —dice besándome en la frente y retira la silla para que me siente. Tengo que admitir que este loco maravilloso me está ofreciendo una velada romántica y no voy a estropearla. Descorcha una botella de un magnífico vino y sirve las copas, levanta la suya y yo le imito. —Para mí encontrarte ha significado volver a creer que los sueños se pueden hacer realidad; eres mi sueño, el que he esperado durante tanto tiempo y del que no quiero despertar. Choco sutilmente mi copa contra la suya y le regalo una sonrisa sincera. Estas son las cosas que me desarman por completo, es tan versátil como guapo, creo que en mi reciente relación nada va a ser predecible. Me sirve la comida y me quedo perpleja: es *fish and chips*, uno de mis platos favoritos, soy una chica de gustos sencillos; enseguida me acerca el ketchup.. —Alguien me ha dicho que es uno de tus platos preferidos y, como es una cena de platos favoritos, he pedido el mío a ver qué tal lo cocinan aquí —se sirve un espléndido asado. —¿Por qué viniste a Boston? —pregunta indicándome con un gesto que abra la boca y me da un trozo de asado. ¡Mierda! ¿Ahora qué le digo? ¿Me rompiste el corazón y vine a llorar a los brazos de mamá? Un poco cursi pero puede colar, no es del todo una mentira, solo la parte relativa a mi madre. O también puedo decirle la verdad. No sé si estoy preparada, pero tengo que contárselo; mejor ahora, que mi corazón ya ha sufrido, y antes de que siga adelante; aún recuerdo lo cruel que fue Gabriel conmigo cuando tuve una recaída y se lo conté, no se lo tomó muy bien, me dijo que cómo podía haberme decantado por una carrera en la que mis oídos eran fundamentales, que no había sido muy coherente por mi parte; en todo momento me demostró que no podría superar mi enfermedad, que él se tendría que ocupar de mí; y más tarde, cuando le dejé, lo utilizó para hacerme daño; aún tengo sus palabras grabadas “Es un alivio no tener que cargar con una lisiada”. Al recordarlo todavía me duele. Sin embargo tampoco quiero que sienta lástima de mí. —Tenía que hacerme un examen médico. —¿Por algún motivo? —Tengo un problema en el oído interno derecho y, si no se controla, puedo llegar a perder la audición —

prosigo y tomo un sorbo de vino, mi garganta se ha secado de golpe—. Aunque no me preocupa —miedo, no quiero que perciba el miedo que me produce— los médicos dicen que es muy improbable que llegue a perderla por completo. Alec deja inmediatamente de comer y me mira con el semblante muy serio, su expresión relajada de hace unos segundos ha desaparecido. Deja los cubiertos sobre el plato y me observa muy atento. Se levanta y se arrodilla a mi lado, me coge la cara entre sus manos y me mira con ternura. —¿Desde cuándo la padeces? —Lo más seguro es que ya naciera con ella, pero como no tienen informes médicos desde mi nacimiento, no lo saben. La recaída más fuerte la tuve después de mi accidente, perdí la audición durante dos años. Me operaron y la recuperé. —Creo que ni imaginas lo importante que eres en mi vida —tanto sus palabras como su mirada expresan una sinceridad rotunda. Me besa por toda la cara y tengo un nudo enorme en la garganta; no esperaba esta reacción por su parte. —Ahora es mi turno, mi ojo izquierdo se jodió —se pone bizco y me echo a reír— tuvieron que operarme, me dijeron que era muy improbable que me volviera a dar problemas o que tuviera una recaída; no sé si me lo dijeron por toda la pasta que me gasté o porque es cierto. Se sienta de nuevo y me sirve más vino. Su incredulidad es parte del miedo, lo sé perfectamente ya que a mí me ocurre igual; esta parte vulnerable de él me conmueve, siendo tan reservado para su vida, esto es un gran paso. Ahora me alegro de habérselo contado. —¿Sabes qué lo provooco? —¿Quieres que te diga algo? Si llegara a suceder, primero le pegaría un tiro al que me dijo que no ocurriría y después me arrancaría el ojo; he visto que hay unos parches fantásticos que te dan un look misterioso y sexy —su forma de bromear sobre ello, un poco macabra pero divertida, me roba una carcajada. Adoro el sentido del humor de este hombre, es una de sus cualidades que más me fascina, siempre me ha gustado que me hicieran reír. Su asombrosa facilidad para responder lo que le da la gana acaba de aparecer, pero no le doy importancia, sé que no quiere hablar del tema; creo que fue algo de su pasado, recuerdo perfectamente cuando Jake se refirió a lo duro que fue. Aunque quiero saber todo de él y esperaré a tener una nueva ocasión. —Hay algo que quiero preguntarte —noto que se pone tenso — ¿podrías aclararme lo de novio? Igual también me falla la memoria, pero no recuerdo que me lo hayas pedido en ningún momento. Se echa a reír y me mira con curiosidad. —Si hubieras hablado conmigo, te lo habría pedido —se excusa. —¿Hablar contigo? No te molestaste en llamarme en cuatro días —le reprocho. —¿Cómo querías que me presentara delante de tu madre? Y te aclaro que fue ella quien lo preguntó, quería saber qué tipo de amigo era para que estuvieras tan enfadada, tu madre es demasiado inteligente. —Por supuesto, te presentaste como debías ya que mi madre no tuvo tiempo de leer la prensa —le dejo claro que ya estoy informada de lo que ha hecho. —Solo he querido demostrarte que estoy preparado, que mis demonios están controlados. Quiero darte todo lo que quieras y, si eso me incluye a mí, soy todo tuyo —coge mi mano y la acaricia y yo me derrito con sus palabras, creo que mi corazón va a explotar en mi pecho. —Acepto encantada tu declaración; aunque me hubiese gustado ser la primera en saberlo, lo has compensado con esta maravillosa velada romántica —le digo con dulzura y me guiña un ojo —Me encantaron tus dibujos. Se te da muy bien. —¿Solo eso? —Levanta las cejas insinuante— te quedas muy corta —se lleva la copa a los labios sin dejar de mirarme y un escalofrío me recorre de los pies a la cabeza; le encanta provocarme y admito que es todo un experto. —Engreído —le tiro una patata y con admirables reflejos consigue cogerla y se la mete en la boca. —Salió sin más, cuando estoy pensando hay veces que dibujo algo, eso me relaja y me hace recordar —me clava sus preciosos ojos como si buscara algún tipo de reacción en mí. Quiero preguntarle qué

desea recordar, pero me trago esas palabras, no quiero que nada que no me guste oír me estropee este momento. —Intentaba dibujarte lo que te escribía —prosigue— sabía que te gustaría, tienes ese lado infantil que me encanta; al igual que tu empatía, es una virtud admirable. No lo pierdas nunca. —Has comenzado con tu plan por lo que veo. —¿Plan? —De seducirme, al menos eso es lo que significan todas estas orquídeas. —¿Creés que me hace falta? —pregunta enarcando las cejas y ocultando una sonrisa. —¡Dios! Tu seguridad en ti mismo es apabullante. Mi abuelo Harry, cuando se refiere a conquistar a una mujer, lo compara con una casa; dice que en su época tenían que comenzar allanando el terreno para poder llegar al tejado, en cambio la juventud de hoy empieza directamente por él. Así que nosotros nos hemos saltado cimientos y todo. Alec suelta una carcajada. —Tu abuelo tiene toda la razón, por eso mismo voy a empezar de cero y seducirte. Te susurraré palabras bonitas al oído mientras tomo tu mano entre las mías y miramos las estrellas ¿Qué te parece? —¿Me estás vacilando? —pregunto intentando contener la risa. —¿Tanto se nota? —Eres un capullo. —¿Así le hablas a tu novio? Estás hiriendo mi sensibilidad —se lleva las manos al corazón. Otro que tendría un futuro brillante en Hollywood. Comienza a sonar una canción, *Happy People* y Alec se pone a bailar; tira de mi mano y me lleva bailando por todo el salón; no puedo parar de reír, este es el hombre que quiero: tan extravagante, tan versátil y tan extraño. Recorremos toda la parte de abajo y me la va mostrando, hay dos habitaciones más y un cuarto de baño; me da la vuelta y me quedo pasmada al ver el precioso jardín que tengo delante, decorado de la forma más suntuosa que he visto en mi vida; una espectacular pérgola sostenida en cuatro columnas cuidadosamente iluminadas, al igual que cada árbol que rodea el jardín; flores silvestres en tono lavanda dan el toque de color. Es el jardín más idílico que haya visto jamás ¿Cuándo ha mandado hacer todo esto? Me giro y lo abrazo, no tengo palabras, todo esto es demasiado perfecto. Alec me coge de la mano y subimos a la primera planta. Se detiene delante de una habitación y me hace un gesto para que abra. Creo que mi corazón no va a soportar más sorpresas. Ahogo un grito al ver el interior. Una inmensa y espectacular cama con dosel completamente cubierta de tul preside la estancia. Un millar de pétalos de color rosa esparcidos por ella resaltan sobre el blanco inmaculado de la ropa de cama y todo iluminado por la luz tenue de preciosas velas estratégicamente colocadas. Hay algo que curiosamente llama mi atención y es que tanto los candelabros como las velas son led, no hay fuego por ningún lado. Alec rodea mi cintura con un brazo y con la otra mano baja lentamente la cremallera de mi vestido mientras sus labios acarician suavemente mi cuello. La deliciosa voz de R. Kelly sigue acompañándonos con *Baby, Baby, Baby*. Desabrocha mi sujetador y me lo quita, se toma su tiempo en acariciar mis pechos y besar mi cuello, echo la cabeza hacia atrás apoyándola en su cuerpo, totalmente embelesada; desliza sus manos por mis caderas y tira de los lacitos que sujetan mis braguitas. —Eres el mejor regalo de mi vida —musita en mi oído. Me gira para verme y veo el deseo reflejado en sus ojos. Me observa detenidamente, como si estuviera pensando por dónde empezar; se humedece los labios sin dejar de recorrerme con la mirada; no entiendo su actitud, es como si fuera la primera vez que me ve desnuda y lo más extraño de todo es que no me siento incómoda sino todo lo contrario, mi excitación se acrecienta al sentirme tan deseada. Retira hacia un lado el tul que cubre la cama y me tumba sobre ella. Me descalza y levanta una de mis piernas; la apoya en su pecho deslizando suavemente la media por ella y después hace idéntico ritual con la otra; besa mi pie y comienza a lamer mis dedos y a succionarlos, una corriente eléctrica llega justo a mi sexo. La sensación es tan increíble que multiplica mi deseo y gimo completamente extasiada. Se

retira regalándome su preciosa sonrisa y comienza a desabrocharse la camisa; me apoyo en los codos para mirarle, esa visión no me la perdería por nada del mundo. Es todo un espectáculo ver cómo se desnuda, la sensualidad que desprende me hipnotiza. Sin poder evitarlo mis ojos se detienen en esa magnífica erección que tensa sus bóxers, de lo que enseguida se percata y con todo el descaro del mundo mete la mano y comienza a acariciarse; el corazón se me dispara, trago saliva, nunca he visto a un hombre masturbarse exceptuando en alguna película porno de Tawny; sin dejar de mirarme sigue con absoluta naturalidad. Me está ofreciendo algo sumamente excitante y erótico, como él dice, solo para mis ojos. Se detiene, se libra de su última prenda y ahí tengo la imagen más perfecta: está gloriosamente desnudo ante mí. —Eres tú —dice con auténtica adoración; ahora mismo no sé a qué se refiere, mi ansiosa necesidad de tenerlo, de que me posea, no me deja pensar en otra cosa. Como intuyendo mi desesperado anhelo, me abre las piernas y su lengua va directa a mi sexo; lo lame y lo chupa saboreándolo con una sutileza que me está trastornando, levanto las caderas para fricciónarme contra esa tortuosa boca, pero Alec las sujeta para que no me mueva, atrapa mi sexo con su boca y comienza a succionar ¡Oh, Dios! Ahora sí creo que voy a desmayarme. Cierro los ojos y hundo los dedos en su pelo abandonándome en este delicioso placer; estoy a un paso de mi culminación, su boca inexorable aumenta la presión, me mete la lengua, la saca y traza círculos sobre mi clítoris antes de volver a meterla una y otra vez sin descanso. Me agarro más fuerte a su pelo, mi cuerpo comienza a agitarse descontrolado y estallo en su fascinante y lujuriosa boca. Ascende por mi cuerpo dejando a su paso un reguero de besos, se detiene en mis pechos deleitándose en ellos y al mismo tiempo deleitándose a mí; hoy lo siento todo diferente, la ternura que desprende cada beso, cada caricia; hoy me está haciendo el amor y la felicidad que siento es igual de intensa que mi deseo, pero no soporto más, le quiero dentro; se coloca encima de mí apoyando los antebrazos a cada lado de mis hombros, gimo con cada roce de su duro miembro en mi entrada hinchada y sensible, levanto las caderas, Alec me mira y una sonrisita burlona aparece en su cara: sabe lo que quiero. —¿Quieres esto, verdad? — Introduce solo la punta de su miembro y la retira, me muerdo el labio para no empezar a soltar una sarta de improperios hacia su persona. Por lo que veo, es algo que le encanta hacerme, impacientarme, hacer que me muera de gusto antes de tomarme, ya me lo ha hecho en otras ocasiones y lo más increíble de todo es que disfruto con ese lado incordiante de él— me vuelves loco cuando te tengo de esta forma, tan ansiosa, tan impaciente, tan desesperada por que te dé lo que quieres. Le agarro del pelo y coloco su cara a un milímetro de la mía. —¿Quieres follarme de una puta vez? —le digo con un gruñido y yo misma me sorprendo. —¡Huy, mi gatita, qué boca más sucia! —Chasquea la lengua— tendré que lavártela con jabón —suelta un grave gemido y con un intenso movimiento me penetra a fondo y comienza a mover sus caderas en círculos, entrando y saliendo a un ritmo perfecto; con cada movimiento friccióna el punto exacto desde donde se expande el placer por todo mi cuerpo. Sale lentamente y vuelve a empujar con un gemido largo y sentido. Recorre mi cuello con su lengua, besándolo y chupándolo, nuestras bocas se buscan desesperadas, lo beso con ansia absorbiendo esa pasión que nos funde en uno solo, enredo mis dedos en su pelo y rodeo su cintura con mis piernas; se me escapa un grito al recibir otra de sus embestidas profundas. —Aquí es donde tengo que estar siempre —ruge mientras me percute con fuerza. —Siempre ¿lo entiendes? —¡Sí! —chillo entre jadeos. Cada vez estoy más cerca. Se sumerge una y otra vez dentro de mí a un ritmo delirante, noto cómo todos mis músculos se tensan empujándome hacia un éxtasis supremo y mi cuerpo comienza a temblar al borde de la liberación.

Sigue embistiéndome con más fuerza hasta que nuestros orgasmos colisionan entre sí y mi cuerpo se desmadeja debajo del suyo. Me dedica su atractiva sonrisa y su preciosa mirada azul. Dibuja su boca con mi dedo y comienzo a recorrer sus pómulos altos y definidos hasta enmarcar ese perfecto rostro entre mis manos. Acercó mis labios y él aprieta los suyos contra los míos; es un beso de total entrega y pasión en el que intento demostrarle todo lo que siento. Sale lentamente de mi cuerpo y me gira apoyándose encima de él. —Te quiero —susurro contra su pecho y contengo unas indiscretas lágrimas de pura dicha que comienzan a acumularse en mis ojos. Alec levanta mi cara, en su rostro aparece una enigmática sonrisa y me da un tierno beso en la nariz. —Te odio —dice contra mis labios. Me separo al oír lo que me acaba de soltar y esboza esa sonrisita burlona a la que ya me estoy acostumbrando. Me he enamorado del tío más desconcertante del planeta. — Pronto sabrás por qué —dice con dulzura y vuelve a apoyar mi cabeza en su pecho— y ahora dime ¿Quién te enseñó aquello de los monstruos? —pregunta con suavidad mientras me acaricia la espalda y va quitándome los pétalos que se han quedado pegados en ella. —Alguien que yo adoraba —suspiro; no entiendo a qué viene esto ahora, ya se lo dije. —Hablas en pasado —dice e intento incorporarme, pero no me deja y me aprieta aún más a su pecho. —Éramos pequeños —le aclaro, no sea que empiece una escenita de celos absurdos— vivía conmigo en el orfanato. — ¿Nunca le buscaste? —pregunta y advierto un tono de reproche en su voz. —Sí le busqué —me defiende porque siento que me está acusando— Mis padres me ayudaron, sabían lo que él significaba para mí, pero no pudimos hacer gran cosa, el orfanato desapareció en un incendio; las personas que vivían cerca de allí nos comentaron que fue algo muy extraño, todos coincidían en que fue provocado y me alegro si así hubiera sido; aquél lugar era horrible, si hubiera podido le hubiera metido fuego yo. Se perdieron casi todos los informes de los niños que estuvimos allí, así que fue imposible encontrarlo. Jamás supe de dónde venía, dónde nació, ni tan siquiera su auténtico nombre. —Y... ¿cómo le llamabas? —su voz vuelve a suavizarse. —Dragón. —¿Aún le quieres? ¿A qué viene esta pregunta? Menudo interrogatorio me está haciendo, solo espero que cuando yo le haga preguntas me responda igual que yo lo estoy haciendo. —Siempre voy a quererlo, ya te he dicho que él fue lo más importante para mí; pero desgraciadamente nunca más volví a verlo, no sé dónde puede estar, si la vida le ha ido bien o... bueno, no quiero pensar que le haya podido pasar algo malo —vuelvo a intentar incorporarme y me sienta a horcajadas encima de él. —Esto quiere decir que significó mucho para ti —Alec prosigue y sé perfectamente que advierte cómo me estoy sintiendo al recordar todo esto, no sé a dónde quiere llegar. —Él era mi todo —respondo con un hilo de voz, no puedo evitar entristecerme al pensar en todo lo que sufrimos juntos, sin embargo con él conocí la felicidad y el amor. —¿Qué significa? —me retira el pelo de la cara y me besa dulcemente en los labios. —Él cuidaba de mí, me protegía, me daba el cariño que nunca tuve; desde que él apareció nunca más volví a pasar hambre ni frío, aguantaba palizas por mí, él se culpaba o hacía cualquier cosa para que a mí me dejaran tranquila y lo pagaran con él —no puedo evitar que mis ojos se llenen de lágrimas al recordar todo esto y lo que advierto en Alec me encoge el corazón: es como si él mismo sintiera lo mismo que le estoy contando—. Me ayudó a aprender a leer, me contaba historias de dragones y me hablaba de caballos. Aún me acuerdo de lo último que le pedí: un padre y una madre y hasta eso lo cumplió; justo el día que se marchó encontré a mis padres, bueno, mejor dicho, ellos me encontraron a mí. —¿Siempre te lo daba? —pregunta pero parece como si lo confirmara. —No —niego con tristeza —hubo algo que no, siempre me decía que nadie jamás nos separaría —inhalo profundamente

para contener el llanto, después de tanto tiempo aún está todo muy vivo dentro de mí—. Recuerdo la promesa que me hizo cuando se marchó, limpió mis lágrimas y me suplicó que dejara de llorar, era algo que no soportaba, y me prometió que volvería a buscarme. Eso fue lo único que no cumplió. —¿Te haría feliz si lo encontraras? —Por supuesto, me gustaría saber que todo está bien para él —reconozco sinceramente y Alec me abraza; me tiene completamente desconcertada con este interrogatorio, aunque entiendo que quiera saber cosas de mi pasado, yo también quiero conocer el suyo. —Igual ya no es él mismo que tú adorabas. La gente cambia. —Siempre será especial para mí. ¿Y qué me dices de ti? ¿Sigues enamorado de ella? —ahora es mi turno y casi se me atragantan estas palabras al pronunciarlas, pero quiero saber lo que ella significó para él. —Ella forma parte mí. —No te entiendo —me deshago de su abrazo para mirarle, cada vez estoy más confundida pero mi corazón me advierte de algo. —Ella es mi todo —enmarca mi cara con sus manos y su calor me envuelve. *Cierra tus preciosos ojos, pequeña, que los duendes del sueño ya llegan a velar el sueño de la hermosa princesa. Buenas noches, Summer.* El corazón se me acaba de parar ¡Dios mío, es él! —¡Eres tú! —Grito. —Sí, pequeña soy yo —su confirmación estalla como una bomba en mis oídos y en mi corazón. Entierro mi cara en su cuello llorando, ya no puedo contenerme. —Te vi morir ese día y yo morí contigo —susurra en mi pelo—. Te quise y te perdí, así que ahora te odiaré para no perderte.

CAPÍTULO 13

ALEC sigue acunándome entre sus brazos y pidiéndome que deje de llorar; pero no lo consigo, ha sido demasiado impactante. —¿Vi... viste el accidente? —pregunto entre sollozos. —Te grité —frunce el ceño con gesto preocupado y veo en su hermoso rostro que lo está reviviendo— por mi culpa te giraste y no viste el coche que iba en dirección a ti —su voz se quiebra. —No, no, tu no tuviste la culpa, yo me escapé corriendo tras de ti, no quería que te fueras —levanto la cara y cojo la suya entre mis manos. —¡Dios, cuando vi tu cuerpo en un charco de sangre...! —cierra los ojos y sacude la cabeza como si quisiera hacer desaparecer esa imagen. —¿Pensabas que estaba muerta? ¿Todo este tiempo has estado buscándome? —Alec asiente y lo estrecho contra mi pecho. ¡Oh, Dios mío! Siguió tratando de cumplir lo que me prometió. Las lágrimas continúan rodando por mi cara. —Regresé al año siguiente, cuando pude reunir dinero para el viaje; nadie sabía nada, tan solo me dieron el nombre de un cementerio —suelta un profundo suspiro y noto amargura en su voz— lo recorrí tumba por tumba y no encontré nada; yo quería encontrar tu cuerpo y llevármelo. —Y suponiendo que lo hubieras encontrado ¿ibas a llevarte un cadáver? —le hago una mueca de horror y sonrío pero la sonrisa no llega a sus ojos, lo que veo en ellos es dolor y el alma se me encoge. —Por supuesto, esa era mi intención. Te pensaba llevar con mi familia —asegura categóricamente. —¿No te das cuenta? tú me salvaste, siempre lo has hecho. ¿Te acuerdas de aquel maldito hijo de puta borracho? —le recuerdo a uno de los que trabajaban allí—. Cuando me puso el revólver en la cabeza, si no hubiera sido por ti que lo empujaste por las escaleras, sí que estaría muerta —Alec me limpia las lágrimas con los pulgares pero su semblante está ensombrecido—. Siempre me has cuidado, cuando robabas comida para mí y cuando me dabas la tuya si no podías conseguirla. Escúchame: yo te debo la vida, gracias a ese accidente encontré a mis padres; si no hubiera sido así, sí que hubiera muerto ¿y sabes por qué? porque todo lo que amaba en mi pequeña vida se marchaba de mi lado. Alec me besa y mi cuerpo se estremece al sentir la ternura y el sentimiento que me demuestra. —No, pequeña; tú me salvaste a mí, yo estaba perdido, solo; lo único que había dentro de mí era odio, ira y miedo. Con solo diez años representaba un autentico conflicto para cualquiera que se me acercara, rechazaba cualquier tipo de ayuda; por eso acabe allí —se pasa las manos por el pelo con un gesto de amargura en su bello rostro— mi vida se había roto por completo pero tú te acercaste a mí, yo no te daba miedo pese a todo lo que te advertían y no te separabas de mi lado. Desde pequeña ya no te dejabas influenciar por lo que te dijeran, eso te lo enseñó el viejo Mel y lo pusiste en práctica conmigo. Sonrío con cariño, ese viejo era el encargado del mantenimiento; él, la cocinera, la señora Curtis, y mi

profesora, la señorita Melbourn, eran las únicas personas buenas de aquel lugar. —Recuerdo tantas cosas —prosigue— aquél día que me habían empujado los niños mayores contra unos cristales rotos que había en el suelo, tú viniste corriendo a defenderme y al final te pegaron también a ti; estuviste quitándome con esos dedos tan pequeñitos cada pedacito de cristal que habían en mis rodillas; yo te gritaba para que te fueras pero tu seguías a mi lado, te cortaste un trozo de tu camiseta, que siempre te venían grandes, y me vendaste las rodillas; me diste un beso y me regalaste una sonrisa; ese día me enamoré de ti y te convertiste en lo más importante de mi vida. —Yo suspiraba por ti, dicen que el amor de los niños es el más especial y hermoso. Me acuerdo de que las niñas me decían que era la novia de un demonio y que iría al infierno. —En el infierno ya vivíamos —tanto él como yo esbozamos una afligida sonrisa. —Hay algo que quiero que sepas: yo incendie aquel maldito lugar —confiesa totalmente impasible. Su declaración me deja helada —Pero Alec ¿y los niños? —pregunto con angustia. —¿Los niños? creo que muchos de ellos preferían estar muertos a seguir allí. Aunque reconozco que soy malo, mi odio no iba dirigido a ellos. ¿Te acuerdas cuando nos llevaban a la iglesia los domingos? —Asiento con la cabeza mirándole con la boca abierta— ¡menudos hipócritas! Pues yo aproveché ese día que todos los niños estaban en la iglesia —suelto aliviada el aire que estaba reteniendo—. Aquel lugar tenía que desaparecer. Vi demasiadas cosas asquerosas, cosas que jamás se las tendrían que hacer a un niño y evité a toda costa que tú las vieras. No le importábamos a nadie, hicieran lo que hicieran con nosotros nadie se enteraba. El horror que me estrangula por dentro no se debe al hecho de que Alec hiciera desaparecer aquél lugar, sino a que sé perfectamente a qué se refiere y no es precisamente al maltrato físico; yo me libré, por lo visto tan pequeña y escuálida como estaba no les gustaba; y es cierto, nunca lo vi pero sí lo sabía ya que algunas veces se llevaban a otras niñas con las que compartía el cuarto. Ellas pagaban su rabia y su dolor conmigo; yo no lo entendía muy bien, pero ellas se encargaron de que me enterara de lo que significaba que un hombre te tocara y me atemorizaban con ello. —A ti te... —contengo el aire no puedo pronunciar esas palabras. —¿Violarme? —acaba él la frase que yo no consigo pronunciar— no, tuve mucha suerte, siempre aprovechaban la noche y el hijo de puta que le tocaba ese turno era un maldito borracho que le gustaba dar palizas; apostaban por nosotros, a ver quién aguantaba más tiempo antes de perder el conocimiento; yo podía resistir bastante, era su favorito porque le hacía ganar dinero. Así que, por suerte, solo he recibido palizas. Por desgracia compruebo que Alec tiene esos recuerdos tan arraigados en su mente como los tengo yo. Vuelvo a sentir en mis ojos el escozor de las lágrimas, siento la inmensa necesidad de llorar por él, por mí, por todo el horror y el sufrimiento que hemos pasado, pero me contengo; tanto él como yo necesitamos borrar de una maldita vez todo aquello de nuestra mente. Quiero cambiar de tema, ya he tenido suficiente por hoy; recordando solo conseguimos que todo siga vivo en nosotros y lo único que deseo con toda mi alma es enterrar ese siniestro pasado. —¿Sabes una cosa? me alegro de que lo hicieras —le beso en los labios— Y bien ¿cómo has conseguido hacerte tan rico? ¿tu familia tenía dinero? ¿te toco la lotería? ¿encontraste al genio de la lámpara? —pregunto burlonamente. —Fui el único superviviente, lo que me convirtió en el único heredero; cuando cumplí los dieciocho años todo pasó a ser mío, todas las tierras de mi familia. Pero la sorpresa llegó cuando supe que debajo de todo aquello había petróleo. Quiero preguntarle qué tipo de vida llevó hasta que llegó ese momento, pero enseguida me arrepiento; me acuerdo perfectamente de cómo se alegró de que estuviera muerto el familiar que lo sacó del orfanato, así que imagino que no debió ser fácil; creo que por esta noche

ya se han abierto demasiadas heridas. —¿Cómo supiste que era yo? —pregunto con interés; quiero saber cómo lo dedujo. —Cuando me dijiste... Solo los monstruos son los que no tienen corazón — se lleva mi mano a los labios y la besa—. Era lo que mi madre me decía, ella fue quien me lo enseñó —comenta con tristeza— y tú eras a la única persona a la que yo se lo había dicho. —¿Por eso has venido a buscarme? —inquiero nerviosa; sé perfectamente que soy parte de su pasado, el que me dijo con una fe ciega que nunca me olvidaría y no quiero que esa promesa sea el motivo por el que está conmigo. —No, fue en el primer momento que te miré a estos preciosos ojos —los besa— y que tu cuerpo chocó con el mío —me abraza—. Ahí comenzó todo, tu coqueteo tan infantil que cada vez que lo recuerdo me hace sonreír, empezaste a convertirte en algo imprescindible. No conseguía entender por qué contigo me comportaba de la forma que lo hacía, pero no lo podía evitar y ahí me di cuenta de lo que sentía por ti; así que ya lo sabes, fuiste especial para mí desde el primer momento. —Entonces ya puedes dejar de odiarme —sentencio. —No señorita —me sonrío y sus preciosos hoyuelos se marcan en su cara. Suspiro con resignación, creo que no va a ser fácil que pronuncie esas palabras que tanto ansío oír de sus labios, pero sé que me quiere, lo ha demostrado; sin embargo un mar de dudas asalta mi cabeza ¿ha dado este paso por ser quien soy? Mi intuición se pone en estado de alerta. ¿Luchará por mí o volverá a apartarme de su lado? Sacudo la cabeza intentando que desaparezca este mal pensamiento. —Qué tonto eres —le suelto sacándole la lengua y Alec me aprieta contra su boca y me la muerde. —¿Eso es lo único que se te ocurre largarme? —pregunta mientras juguetea con mis labios lo que provoca que mi sexo se humedezca de inmediato. —Tienes que contarme —ronroneo moviéndome contra él y con un rápido movimiento me tumba de espalda sobre la cama. —Basta de charla por hoy —arquea una ceja en gesto burlón— y deja de provocarme —se tumba encima de mí y me roza con toda su dura longitud— mi pequeña insaciable ¿quieres más? —sigue su incursión sobre mi sexo; de su rostro ha desaparecido cualquier rastro de humor para dar paso a una mirada ardiente de deseo. —¡Si, sí! —contesto con un gemido cuando siento cómo cierra su boca alrededor de uno de mis pezones y comienza a chuparlo ávidamente y después el otro. Deja enseguida mis torturados y excitadísimos pezones y me mira con el rostro iluminado y una sonrisita perversa en sus labios. De repente me gira tumbándome boca abajo y levanta mis caderas. —Voy a follarte duro —me dice al oído con esa voz grave y sexy que me enloquece y hunde un dedo en mi vagina; automáticamente mis músculos se tensan a su alrededor—. Me vuelves loco de tanto como te deseo. Creo que el corazón se me va a salir por la boca solo con oír sus palabras. Recorre toda mi columna con su boca y la piel se me eriza, desciende hasta mis nalgas, las separa y siento como desliza un dedo por el centro de mi trasero. Mi cuerpo entero se tensa de inmediato ¡Dios! ¿Lo va hacer por ahí? comienza a trazar círculos alrededor de mi abertura con la punta de su lengua; los brazos me tiemblan, así que apoyo los antebrazos y agarro las sábanas con mis puños. De pronto noto su boca en mi sexo y su cálida y húmeda lengua invadiéndolo; mi cuerpo se relaja de inmediato, cada caricia dispara oleadas de placer lo rodea y penetra al mismo tiempo que roza con sus dedos mi inflamado clítoris; gimo temblando de placer —¿Te gusta? Asiento con la cabeza, ya que no consigo emitir otro sonido que no sean gemidos; estoy prácticamente en éxtasis, siento cómo abandona su incursión y se entierra lentamente en mí con movimientos suaves y controlados. —Ahora voy a llevarte al paraíso —dice con un gruñido y entra de nuevo con una embestida enérgica; continúa su exploración, me está dejando sin aliento, la potencia de este hombre es inaudita. Me agarra de las caderas y tira de mí con fuerza, recibo

cada una de sus estocadas hasta el fondo. Me agarro fuertemente a las sabanas con mis puños. Su apetito brutal unido a mi cuerpo ansioso es una mezcla explosiva. Siento cómo mi orgasmo se acerca rápidamente, provocado por el implacable ímpetu de Alec. Nuestros cuerpos sudorosos chocan con violencia y oigo los gruñidos guturales de Alec sobre mí. Es tanto el placer que me provoca la dureza de su posesión que creo que voy a desmayarme. Noto cómo mi sexo se tensa y culmino en un orgasmo inigualable; Alec embiste una vez más y percibo su temblor al liberarse dentro de mí; mis músculos se contraen espasmódicamente alrededor de su miembro, exprimiendo hasta la última gota de su eyaculación. Nos desplomamos en la cama agotados, casi sin aliento; Alec sale de mi cuerpo y me arrastra hacia él, apoyo mi cabeza y siento los frenéticos latidos de su corazón golpeando en su pecho. Compruebo una vez más lo que me dijo de que le encantaba tener mi cuerpo pegado al suyo, estoy completamente atrapada entre sus brazos y piernas y es la sensación más agradable del mundo. —Este ha sido otro polvazo de un auténtico titán —dice riéndose contra mi pelo y le pellizco un pezón. —Eres un creído —farfullo y me muerdo la lengua antes de soltarle que tiene toda la razón, su ego ya es bastante alto para seguir alimentándolo—. Tengo todos tus dibujos —le digo de pronto cambiando de tema y le acaricio suavemente el pecho con mis dedos. Alec me arrulla y me besa en el pelo. —Quería empezar dejándote pistas, por eso te dibujé todo aquello en cada frase. —Hubo una ocasión que pensé que podrías ser tú. Fue cuando me llevaste al Bronx a cenar; empezaste a hablar pero al decir que habías estado con un familiar, deseché esa idea; de hecho tus ojos me recordaban a ti. ¡Dios, ya lo recuerdo! —Grito y me remuevo sentándome encima de él— ¡El dragón, tu dragón, nuestro dragón! —disparo nerviosa. —¡Vaya, qué lista es mi chica! ¡qué bien aprendidos tiene los pronombres personales! —Se ríe, coge mi cara y la besa. —Capullo —le saco la lengua y Alec me hace una mueca—. Yo sabía que lo había visto antes, fue el que me dibujaste antes de irte; me dijiste: “el dragón siempre va a estar contigo” —la voz se me apaga y un nudo me oprime la garganta al recordar mi dolor de aquel día— me dijiste: “estos somos tu y yo, siempre estaré contigo. Te protegerá hasta que vuelva a por ti. Él significa el poder, lo más poderoso, como nuestro amor”. —Menuda cursilería te solté —se echa a reír. —Qué idiota eres, para mí no lo fue; eres insensible —gruño un poco molesta. Para mí significaron mucho aquellas palabras. —Mi chica romántica e inocente; para empezar, mi inocencia me la arrancaron a patadas y si aún quedaba algún ápice de sensibilidad en mí, la vida se ha encargado de quitármelo; ya no soy el mismo niño que tu adorabas —se justifica. Por supuesto que ya no somos aquellos niños, nuestras vidas han cambiado demasiado; yo conocí al auténtico, cómo era él en realidad, no cómo se mostraba ante los demás; me entristecería que hubiera cambiado tanto. —Si cuando te pregunté qué significaba tu tatuaje me lo hubieras dicho, lo hubiera sabido —flexiono mis brazos en su pecho y apoyo la barbilla sobre mis manos. —En ese momento tú eras una desconocida para mí, su significado era de los pocos recuerdos agradables de mi pasado y no quería compartirlo con nadie —me aclara mientras me acaricia la espalda. Esto me confirma que no es tan insensible como quiere aparentar, al menos conmigo ha demostrado que algo aún le queda. —Has dicho que me has dejado pistas y ahora lo entiendo: el reloj en forma de sol. Siempre me ha gustado y era lo único que sabía dibujar bien —me río y Alec me pellizca cariñosamente la nariz—. En cambio la casa no recuerdo. —Un día me preguntaste qué era un hogar y yo te contesté que una casa; entonces me la pediste. En aquel momento lo único que pude darte fue algo parecido hecho con cajas que cogí del almacén —Alec sonríe al recordarlo—. Me acuerdo de que te quedabas allí metida quietecita horas y horas; otras veces me pedías que me

quedara dentro contigo, aquellas cajas se convirtieron en nuestro hogar hasta que nos lo rompieron y ya no pude hacerte otra casa. —Adoraba aquella casita. —Por cierto, no hay muebles porque quiero que la decores a tu gusto; la próxima vez que vengamos nos iremos de compras —me anuncia. —Ya es demasiado, Alec —mi voz es apenas un susurro, estoy tan cansada que mis ojos empiezan a cerrarse. —Ya te lo he dicho, nada es demasiado para ti; pienso comprarte lo que me dé la gana y lo vas a aceptar, no quiero discutir sobre ello. Apareció el señor gruñón dominante pero estoy demasiado agotada para replicarle. Los párpados me pesan, cierro los ojos y me quedo dormida.

CAPÍTULO 14

ME despierto de golpe cuando noto cómo tiran de mis pies arrastrándome de la cama. — ¡Arriba dormilona! —dice con esa sonrisa traviesa en su cara y yo quiero estrangularlo. —¡Eh! ¿No se te ocurre una forma mejor, más dulce y cariñosa para despertarme, que sacarme de este modo de la cama? —protesto gimoteando, tengo mucho sueño. —Eso después, ahora tenemos que irnos, toma —me da como siempre su café. —¿A dónde? —pregunto soñolienta sentándome en el borde de la cama y apuro de dos sorbos el café. Sonríe para mis adentros, desde que está conmigo, él se lo toma también con azúcar. —Ya lo verás, preguntona —dice quitándome la taza de la mano. Echo una ojeada a mi recién estrenado novio. Está tremendo, completamente desnudo y con el pelo alborotado. Se pasea de un lado a otro hablando por teléfono ¿con quién hablará a estas horas? —Aún no ha amanecido, lo que sea, puede esperar, quiero dormir —intento volver a tumbarme pero Alec me levanta en brazos y le rodeo el cuello con los míos, enterrando mi cara en él e inspirando su delicioso olor; mis ojos vuelven a cerrarse, no consigo mantenerme despierta. Oigo el grifo de la ducha y de pronto me encuentro debajo de una cascada ardiente. —¡Joder! —suelto con un grito. —Está como te gusta —responde conteniendo la risa ante la mirada asesina que le estoy lanzando. —Pero aún estoy dormida, menuda manera de espabilarme —le espeto frunciendo los labios y removiéndome para que me baje. —Preguntona y protestona —masculla— por lo que veo te gusta poco madrugar. —¡Solo habré dormido un par de horas! —me quejo. Me deja de pie en el suelo de la ducha y me pone un poco de champú en el pelo; comienza a frotarlo e inmediatamente cierro los ojos. —No pica, tonta —Me dice entre risas y le doy un manotazo en su espectacular y prieto culo— date la vuelta —ordena y me enjabona la espalda, adoro que me haga esto. —¿Sigues odiándome? —ronroneo rozándome contra su miembro y enseguida siento su magnífica erección. —Mucho y deja de provocarme o verás lo que te espera —me advierte separándose de mí y me devuelve el azote. ¡Dios, qué ganas tengo de vengarme de él! Ya verás, guapo, cuando menos te lo esperes cumpliré mi tortuosa y excitante venganza. —¡Ah, joder! deja de frotar tan fuerte, me vas a arrancar la piel —me quejo. —Exagerada. Si lo hago como deseo te juro que no saldremos de esta ducha y tenemos que irnos, así que aguántate. —Ahora me toca a mí —le cojo la esponja. —Ni pensarlo —me la quita— sé lo que pretendes y no vas a salirte con la tuya. Se pone champú en el pelo e inclina la cabeza para que le enjabone. —Eres muy dominante y muy mandón —le digo mientras le froto energicamente. —Exacto; y tu una bruja refunfuñona —apoya sus manos en mi cintura y me zarandea al compás de mis frenéticos movimientos sobre su cabeza, lo que provoca que me entre la risa, este hombre es imposible. Terminamos de aclararnos

y Alec echa hacia atrás los mechones mojados de mi cara y apoya su frente en la mía, le acaricio con la mano la barba incipiente y pego mis labios a los suyos, los chupa y los muerde suavemente a su antojo. Un sentimiento de anticipación se está formando dentro de mí, gimo cuando desliza su lengua entre mis labios y la pasea lentamente por mi boca; me aprieta contra su cuerpo y siento su espléndida erección empujar contra mí. —Voy a tenerte de esta forma todo el día, por mala —masculla y se separa de mí. —¿Otra vez castigándome? —pregunto irritada. Me jode mucho que me haga esto y él lo sabe perfectamente; estoy ardiendo y no tiene nada que ver con la ducha que acabo de darme. —Cuanto más me necesites, más poder tengo sobre ti. —Y, por lo que veo, eso te encanta. —No te puedes hacer idea. —Yo podría decirte lo mismo —respondo torciéndole el gesto. —Será muy divertido comprobar quién tiene el poder. Me saca de la ducha y me envuelve en una toalla, él se coloca otra en la cintura. Intento deshacerme de mis pensamientos calenturientos para dejar paso a mi curiosidad ¿Dónde querrá que vayamos con tanta prisa? Me entrega un cepillo de dientes de color rosa; a pesar de mi cabreo no puedo evitar dedicarle una sonrisa, era mi color favorito de pequeña; en la otra mano lleva un cepillo para el pelo, está en todo. Mientras me lavo los dientes observo el cuarto de baño; es en color crema y muy espacioso; paseo como una idiota por él acariciando a mi paso las baldosas, la mampara de cristal de la ducha y la preciosa bañera con patas que hay al fondo. Alec me observa a través del espejo y le veo sonreír. Cuando salgo del cuarto de baño él ya está vestido ¡joder, qué rapidez! Lleva unos pantalones cargo en color camel que le quedan de infarto, caídos de esa forma tan sexy en sus caderas, y un jersey fino en negro ajustado a su espectacular torso; aparto la mirada, estoy comenzando a babear otra vez y veo que ha dejado sobre la cama unos vaqueros gris claro junto a un precioso jersey asimétrico de cashmere gris combinado con negro; vuelvo a reconocer que tiene un gusto excelente, se vuelve al armario y saca dos chaquetas Henri Lloyd impermeables y un par de botas con sus correspondientes calcetines. Por lo que veo se ha ido de compras por Boston; al ver las chaquetas, deduzco una pequeña pista de dónde vamos, ya que son del tipo que se usan para ir a navegar. —Cierra los ojos, Chloe —me pide y me coloca de espaldas a él; noto como pone algo en mi cuello y me besa suavemente en la sien. Abro los ojos y nuestras miradas convergen en el espejo; me observa con los ojos muy abiertos y dirijo la vista a lo que pende de mi cuello; casi me quedo sin respiración, es una joya impresionante, un rubí en forma de corazón con las iniciales A y C entrelazadas en un fino hilo en oro blanco. —¡Oh, Alec, es precioso! —me doy la vuelta y le beso con dulzura vertiendo todo el amor que siento por él. —Esto también es tuyo —me dice y percibo algo de emoción en su voz; extiende su mano y en la palma hay una cajita. Cojo la caja y la abro vacilante, el corazón me da un vuelco cuando veo lo que contiene. Quiero decir algo, pero no consigo que las palabras salgan de mi boca. Me llevo las manos a la cara y lloro desconsoladamente. —No, por favor, no llores, sabes que no lo soporto —susurra con la voz angustiada; me envuelve con sus brazos y me aprieta contra su pecho. —Lo tenías tú... —consigo decir con un hilo de voz. Es el colgante que él me hizo, un pequeño corazón de madera y en el que grabó nuestras iniciales. Jamás me lo quitaba de mi cuello. —Se rompió cuando te atropellaron y yo me lo llevé —dice y me levanta la barbilla para que le mire—. Era lo único que me quedaba de ti. La dulzura de su voz es una caricia para mis oídos y el sentimiento que expresa en ella es pura adrenalina para mi corazón. ¡Dios, todo esto me demuestra lo mucho que yo significaba para él! —Te quiero, te quiero —suelto repleta de dicha, un inmenso regocijo me invade por dentro; me pongo de puntillas y Alec se inclina tomando mi boca con auténtica codicia.

—Aunque... tú puedes seguir odiándome, lo haces muy bien —le digo mientras acaricio sus pectorales con mi nariz respirando ese delicioso y embriagador olor de su piel. —Vístete —me ordena con suavidad acariciando mi mejilla con los nudillos; se aparta y me acerca una caja donde leo la marca de una prestigiosa firma de lencería. —¿Cómo sabías mi talla? —pregunto mientras la abro y me la pongo; es un impresionante conjunto en color malva claro, con un detalle muy característico de quien me lo ha comprado. Aparte de que es completamente transparente, mis tetas casi se salen del sujetador y el *culotte* muestra más que cubre. Un combinado de lo más sexy. Alec se gira y veo a través del espejo que se queda inmóvil mirándome embobado, sus preciosos ojos azules brillan ardientes y hambrientos. Bien, Seytton, ya veo que te gusta lo que ves, pero ahora te vas a joder tú. Pienso tardar todo lo que me dé la gana en vestirme. —Me fijé el día que estuve en tu casa y te vestí —carraspea y yo aguanto la risa dedicándole una mirada provocadora — para la ropa necesité ayuda, así que llame a tu madre. ¿Podrías darte prisa y dejar de pavonarte delante de mí de esa forma? —me coge las caderas y tira hacia él para que note su erección— pero te lo vuelvo a repetir, no te saldrás con la tuya —me roza provocador y le doy un manotazo liberándome de él. —Veamos cuánto tiempo aguantas —le espeto irónica. —Me ha encantado comprarte ropa interior, pienso tenerte así vestida siempre —añade arqueando una ceja y sonriendo. —Me detendrán por escándalo público —comento burlona contoneándome delante de él. —Te detendrían por asesinato, tienes un cuerpo capaz de matar a un hombre —tira de mi mano estrellándome contra él— pero ya sabes, señorita —me advierte muy serio— solo para mis ojos —subraya cada una de sus palabra con un tono sexual, mientras roza con sus labios mi garganta, con lo que aumenta aún más mis ganas de él; me besa la punta de la nariz y me suelta. Termino de vestirme y salimos. Su chófer ya nos está esperando delante de un flamante todoterreno con los cristales tintados. Ahora sé a quién estaba llamando por teléfono. —¿De dónde ha salido este hombre? —Del coche —contesta con sorna. Le lanzo una mirada furibunda y se echa a reír. —¿Vino contigo? —No, ha llegado esta mañana. En marcha —me da una palmadita en el culo para que entre en el coche. Sachs me saluda con un gesto de cabeza y me acomodo en el asiento; Alec le da unas indicaciones y entra por la otra puerta. —Ahora puedes dormir un rato —me pega a su cuerpo y apoyo mi cabeza en su hombro. —Gracias, amo —contesto cerrando los ojos; lo cierto es que tengo mucho sueño. Por la leve vibración de su hombro noto que Alec se está riendo. —Creo que no sabes lo feliz que me haces —susurra en mi pelo. —Lo sé, y...¿sabes por qué? porque tú provocas esa misma felicidad en mí —me incorporo y enmarco su bello rostro entre mis manos, vuelve la cara hacia mi palma y la besa con cariño; lo acerco hasta mis labios y lo beso con la misma ternura. De nuevo me apoyo en su hombro mientras Alec toquetea con la mano libre su móvil y mis ojos se cierran de nuevo. Alec me despierta ¿Ya hemos llegado? Su chófer nos abre la puerta y salimos. Estamos delante de una cafetería, miro a mi alrededor, no tengo ni idea de dónde nos encontramos. Entramos, nos sentamos en una mesa y enseguida nos atienden. Nos preparan un desayuno especial como Alec les ha pedido y ¡Dios de mi vida! con esto podría comer un regimiento. —Cariño ¿tenemos invitados? —Pregunto irónicamente— no pretenderás que me coma todo esto ¿no? —Cariño — responde imitándome —come lo que te apetezca—. Me sopla un beso y ataca su desayuno. Alec se levanta y se dirige hacia la máquina de discos que es un modelo de los años cincuenta. Tira una moneda y elige una canción. Comienza a sonar *You Send Me* de Sam Cooke; se vuelve hacia mí y viene con su espectacular sonrisa, moviéndose al ritmo de la música sin ningún tipo de pudor a pesar de que todo el mundo le está mirando; yo no puedo evitar

echarme a reír ¿Se le ocurrirá ponerse a bailar aquí? Enseguida tengo respuesta porque me hace un gesto con el dedo para que me acerque y me levanto encantada. Nos ponemos a bailar, todo el mundo sonrío mirándonos muy atentos y Alec les anima con la mano a que salgan a bailar, adoro a este hombre. Le ofrezco mis labios para que me bese y él me complace al instante con una intensidad que me deja sin respiración. Acaba la canción y recibimos una calurosa ovación. Salimos de la cafetería y oigo un grito de alegría, enseguida sé a qué se debe: acaban de ver la generosa propina que Alec ha dejado sobre la mesa. Reanudamos nuestro viaje y veo que nos dirigimos al muelle. Ya lo tengo, me va a llevar a navegar, mi intuición iba por buen camino. Me siento como un niño el día de Navidad, no ha parado de darme regalos. Todo es demasiado intenso, es como un sueño hecho realidad. Estamos a poca distancia de Faneuil Hall. Bajamos del coche, me coge de la mano y camina decidido. —¿Nos vamos de pesca? —pregunto intentando alcanzar su paso, me lleva casi a rastras ¡Joder, qué prisa tiene! —No —contesta y aprieta el paso. —¿Es otra sorpresa lo que me espera? —tiro de su mano y me detengo. Alec se inclina para estar a mi altura y acerca su boca a la mía. —Si no te tiro antes por la borda, si —susurra en mis labios y reanuda la marcha—. Vamos a ver algo que te hace mucha ilusión. Se detiene al pie de un catamarán y enseguida lo reconozco: es uno de los que realiza la excursión para el avistamiento de ballenas.—¡El avistamiento de ballenas! —exclamo casi sin coger aire; Alec me mira y su preciosa sonrisa me contesta— esto también te lo ha dicho mi madre —asiente con la cabeza. Me tiro a su cuello emocionada; de pequeña siempre se lo pedía a mis padres pero debido a mis problemas de salud nunca pude realizarlo. Justo enfrente de Boston se encuentra Stellwagen Bank Marine Sanctuary, una gran área de alimentación para las ballenas. —Ya te lo he dicho, te daré todo lo que quieras. Bueno, eso que dice no es del todo cierto yo quería algo esta mañana y no me lo ha dado; sin embargo ahora que sé el motivo me siento un poco idiota, si me lo hubiera dado se habría jodido la sorpresa. Esta es la mejor hora para asegurar el avistamiento. Y también sé que ha hecho un gran esfuerzo por controlarse, si algo he conocido desde el primer momento es su insaciable apetito sexual, aunque también he comprobado que hasta en eso él tiene la última palabra. *****

Regresamos al puerto, la emoción que siento no se puede explicar; ha sido un espectáculo fascinante ver a las ballenas haciendo piruetas, sumergiéndose y emergiendo con su parsimoniosa elegancia. Las hemos visto tan cerca que hemos podido oír cómo resoplaban y expulsaban el chorro de agua al respirar. Por supuesto alquiló el catamarán solo para nosotros ya que, aparte de la tripulación, éramos los únicos que íbamos a bordo. Entramos en el coche que ya nos está esperando. —¿Te ha gustado? —pregunta y me pasa el brazo por los hombros, atrayéndome hacia su cuerpo. —Mucho, es algo que siempre he deseado hacer —suspiro y recuesto mi cabeza en su hombro. —Ahora a disfrutar de esa fabulosa barbacoa —me besa en la sien y hunde la nariz en mi pelo. —¿Estás preparado para conocer parte de la familia? —pregunto con cierto recelo; no sé si esa misma pregunta me la tendría que haber hecho a mi misma, igual la que no estoy preparada soy yo. Todo ha ido demasiado deprisa. Aún no entiendo la actitud de mi madre, tendría que haberlo consultado antes conmigo. —Qué remedio, no creo que me esperen armados ¿no? Frunzo el ceño cuando sonrío. —Te burlas de todo ¿verdad? —Así la vida es más divertida —contesta mientras juguetea con un mechón de mi pelo. —¿Estas enamorado de mi? —Sé perfectamente la respuesta pero me encanta oírla. —Como un idiota —me clava sus preciosos y penetrantes ojos y suspira.

—¿Nervioso? —Solo tú consigues ponerme en ese estado. —Mentiroso —le acuso entre risas. — A veces —se defiende encogiéndose de hombros. —Eres insoportable —sigo con mi despliegue de piropos a su persona, por lo que veo es algo que le divierte. —La mayoría del tiempo —lo admite y siento como esconde en mi pelo su risa. —También eres petulante, arrogante, pretencioso. —Eso, señorita, lo soy las veinticuatro horas del día. —Te harán preguntas, aunque eres un experto en contestar lo que te da la gana. —Exacto —sentencia y me besa en los labios. El camino de vuelta ha sido todo un derroche de besos y caricias inocentes con lo cual he comprobado que el despliegue de mimos le encanta. Llegamos a mi casa y es mi madre quien nos recibe. —Eres una cómplice muy buena —le digo al oído mientras la abrazo. Mi padre se acerca a saludarnos y le presento a Alec, le ofrece una cerveza y se lo lleva con él hacia el jardín. Veo cómo se alejan y recuerdo las palabras de mi padre referente a las preguntas que quería hacerle, espero que sea una de esas bromas que se le dan tan bien. Subo corriendo a la buhardilla, quiero enseñarle mis dibujos, que los guardo con todo el cariño porque son de él. Los guardo en mi bolso de viaje ya que esta tarde regresamos a Nueva York. Bajo y me encuentro con Dylan y Aby que acaban de llegar acompañados de mis tíos, los padres de Aby; me acerco y les saludo. Enseguida me abrazan por detrás e inhalo ese olor tan entrañable y familiar. —¡Abuelo! —Grito y le doy un abrazo enorme, enseguida mi abuela se une en ese achuchón familiar. Son los padres de mi madre, perdí hace tiempo a los de mi padre, así que son los únicos abuelos que me quedan. Llegaron anoche de California donde estuvieron visitando a unos amigos. Me acerco con ellos a donde Alec y mi padre están charlando animadamente; le veo contento y relajado. Aby y Dylan le saludan y mi prima le presenta a sus padres. Mi tía se queda boquiabierta al conocer personalmente al jefe de su hija ¡que Dios ayude a Alec, mi tía es todavía más curiosa que su hija! Mi madre nos ofrece unas cervezas y algo para picar, es una anfitriona excelente. Aby me coge del brazo y me retira de la reunión. —Chloe ¿por qué coño este hombre es tan guapo? eso es cosa del demonio, no es real —dice bajando la voz. —Oye, Dylan también es guapo —señalo con la mirada. —Por supuesto y estoy loca por el —le mira con cara de tonta— pero admito que el tuyo tiene algo que... no sé cómo explicarlo; bueno, aparte de que rezuma sensualidad por todos los poros de su piel, solo hay que ver cómo tiene a todas las hembras BreyL: a punto de entrar en ebullición. Suelto una carcajada ante su comentario y miro hacia donde señala con un gesto de cabeza: Alec está rodeado por mi madre, mi tía y mi abuela y las tiene totalmente embelesadas. —Por lo visto, suele producir ese efecto entre las féminas —le digo mientras me quedo absorta mirándolo. Aby de pronto se fija en cómo voy vestida. —¿Y este conjunto tan mono? —me pregunta dándome un codazo y sacándome de mi distracción. —Me lo ha comprado él —apura de un trago su cerveza y toquetea buscando la marca es el jersey que llevo, le doy un manotazo para quitármela de encima. —Bueno, cuando te lo quites ya me enteraré de qué firma es lo que llevas puesto —sentencia arrugando la nariz y de eso no me cabe la menor duda. —Para tu información lo que llevo debajo también me lo ha regalado —me subo discretamente un poco el jersey y se lo muestro; Aby se lleva la mano a la boca ahogando un grito, cosa que agradezco. Miro hacia donde está Alec y sigue plácidamente conversando, pero como si intuyera que lo estoy mirando levanta sus ojos y me dedica su espectacular sonrisa. ¡Oh, Dios, cómo le quiero! —Antes vi algo que te brillaba en el cuello —prosigue la pesada de mi prima y señala con el dedo volviendo a meter la mano por el escote de mi jersey. Le enseño el colgante y Aby se queda boquiabierto. Lo ha manoseado a su gusto, lo único que le ha faltado ha sido arrancármelo del cuello. —¡Joder, Aby! Vas a

estrangularme. Mi madre nos avisa y nos sentamos en la mesa que ya está preparada; empezamos a degustar la fantástica barbacoa de mi padre, tengo a Alec a mi lado y lo cierto es que estoy sorprendida y admirada de ver cómo se relaciona con mi familia; lo veo relajado y, por supuesto, como dice mi prima, derrochando su encanto con las féminas y, con los hombres, una elocuencia que les está dejando con la boca abierta; suspiro llena de orgullo. Mi tía comienza a acribillarme a preguntas sobre Alec y, bueno, les cuento la sorpresa que me ha dado al llevarme al avistamiento, pero el plato fuerte ha venido cuando les he contado que me ha regalado una casa; creo que casi se atragantan todas al oírlo. El sonido del timbre de la puerta nos interrumpe y mi madre se marcha a ver quién es. Como era de esperar, mi tía y su adorada hija siguen con su interrogatorio; mi abuela me echa una mano callándolas, ya que están entrando en un terreno un poco mas íntimo y casi me sacan los colores. Mi abuelo reclama a mi madre y mi padre se levanta a ver dónde está. Me voy a la cocina y Aby me acompaña; vamos a servir el café y la fabulosa tarta que ha preparado mi abuela. De pronto nos sobresaltan unos gritos que provienen del despacho de mis padres. Nos acercamos un poco alarmadas. —Por favor, este no es el momento,, le ruego que se marche —es la voz temblorosa de mi madre. —No pienso moverme de aquí hasta que hable con ella —nos quedamos petrificadas: esa voz es la de Bianca ¿Qué coño hace aquí? — Por favor, señora Wellintong, ella aún no sabe nada y creo que nuestra responsabilidad es comunicárselo nosotros. Ya le he dicho que hablaremos con ella —le pide mi padre con serenidad. —¡Es mi hija! —responde Bianca y suena muy nerviosa. Aby y yo nos miramos, sin entender de qué va todo esto. —¡Es la mía! —grita mi madre rompiendo a llorar.

CAPÍTULO 15

DE repente quiero que el suelo se abra bajo mis pies. Se me acaba de congelar el alma. Esto no puede estar pasando, me duele el pecho por la presión, el mundo, mi mundo, se está desplomando encima de mí. Aby me mira y veo que está pálida como la cera. Me apoyo en la pared, las piernas me tiemblan igual que todo mi cuerpo; mi corazón palpita sin control dentro de mi pecho. Si ahora mismo me pegaran un tiro ni siquiera lo sentiría. Sigo escuchando el llanto desgarrado de mi madre y al oírlo siento que algo se desintegra dentro de mí, necesito salir de aquí. De pronto mi cabeza comienza a relacionarlo todo, las visitas de mi madre a Nueva York, las pruebas que me pidió que me hiciera, su comportamiento extraño. Aby me abraza con toda la fuerza que consigue reunir, pero mi cuerpo es un bloque rígido, los brazos me cuelgan a ambos lados incapaces de responder ante ningún estímulo. Estoy completamente en estado de shock. — ¡Ustedes se aprovecharon de mi desgracia! —acusa Bianca a voz en grito; en ese instante logro reaccionar ante la crueldad de sus palabras ¿cómo se atreve a culpar a mis padres de nada? La rabia se apodera de mí, no lo soporto más y entro. —Fuera de mi casa, Bianca —le hablo con voz fría y dura y me voy hacia mi madre, que está apoyada sobre el hombro de mi padre llorando amargamente. ¡Dios! ahora mismo odio a esta mujer por hacerla sufrir de esta forma. —Chloe... yo... tienes que saber —dice Bianca casi sin voz. Su expresión afligida me dice que mis palabras han surtido el efecto que buscaba. Aparece mi instinto protector; tengo que detener todo esto, no quiero oír nada más, ya hemos tenido suficiente. —¡No! —la interrumpo gritando— lo que tiene que saber usted es que la única madre que tengo es esta. Le pido por favor que se marche. —Solo quiero... —titubea en tono de súplica. —He dicho que no —vuelvo a interrumpirla. Mi madre está desarbolada. La envuelvo entre mis brazos y miro fijamente a Bianca; sin embargo no entiendo por qué se quiebra algo dentro de mí al ver cómo sus ojos se inundan de lágrimas. En este momento mi rabia se ha teñido de tristeza; baja la cabeza con una expresión tristísima y sale del despacho. Es la viva imagen de la derrota y yo he sido la que lo ha causado. Mi padre sale tras ella para acompañarla. A su regreso le ruego que vuelva con la familia, solo faltaba que se enteraran de lo que acaba de ocurrir; y, por supuesto, le pido a una estupefacta Aby que aún sigue inmóvil en la puerta, que no diga nada. Yo me quedo con mi madre acunándola entre mis brazos, aún sigue llorando. —Lo siento, cariño, no quería que te enteraras así —consigue decir entre sollozos. — No importa, mamá y, por favor, tranquilízate y deja de llorar —le ruego mientras limpio sus lágrimas con mis pulgares. —Tú eres mi vida, Chloe, y tengo mucho miedo a perderte. —¿Cómo puedes ni tan siquiera pensarlo? Tú eres mi madre, la única que tengo y la única que me importa.

Me levanto y le acerco la caja de kleenex que hay en el escritorio. —No puedo evitarlo. Por eso dejaba pasar el tiempo y no te lo contaba. —No entiendo tu miedo, siempre voy a estar a tu lado. —Siempre has creído que tus padres biológicos no te querían y por eso te abandonaron, pero no fue así. Cuando conocí su historia se me desgarró el corazón, ella no te abandonó sino que le hicieron lo peor que se le puede hacer a una madre. Me siento fatal por este rechazo que siento hacia ella pero es superior a mí. ¡Tú eres mi niña, mía y solo mía! —exclama en un susurro y lo repite entre hipidos como un mantra. —¿Sabes lo único que me ha afectado de todo esto? —cojo su cara entre mis manos—. Ver tu sufrimiento; así que te suplico, mamá, que lo olvides, ya pasó. Ahora bien, Bianca me trajo al mundo ¿y qué? tú también me devolviste al mundo de los vivos, una madre no es tan solo la que da la vida, es mucho más, y tú me lo diste todo; me cuidaste, me colmasteis de amor. Todo lo que soy os lo debo a vosotros. —No voy a perderte ¿verdad? —me mira con sus ojos llorosos. —¿Estas de broma? ¡Oh, no! Creo que esa cerveza irlandesa se te ha subido a la cabeza —me burlo en un intento de restarle importancia a todo este drama—. Nunca vas a conseguir librarte de mí —la abrazo y la beso en el pelo. Consigue esbozar una tímida sonrisa y suspiro con alivio, al menos he conseguido que deje de llorar. —No sabía cómo ibas a reaccionar cuando lo supieras y eso me preocupaba muchísimo. —Bien, pues ya has visto mi reacción; soy la misma, mamá, tu hija; eso nadie lo va a cambiar nunca. —Solo quiero saber que tú estás bien cariño, tú eres lo único que me importa; quiero lo mejor para ti. —Estoy perfectamente y lo mismo te digo, mamá; deja ya de darle vueltas a todo esto, nada va a cambiar entre nosotros. En ese momento entra mi padre. —Cariño, todos preguntan si sucede algo, así que regresemos a seguir disfrutando de la fiesta. —De acuerdo, voy un momento al baño —mi madre me dirige la mirada con los ojos rebosantes de satisfacción. Sé que mi reacción ante Bianca era lo que necesitaba. Mi padre también me mira y adivino lo que me preguntan sus ojos. —Estoy bien —alargo mis manos hacia él para que venga junto a mí— por favor, explícame qué le ocurre jamás la había visto así. —Cariño —coge mis manos entre las suyas y nos sentamos—, siempre te hemos dicho que tú fuiste nuestro milagro. Mamá y yo nos hemos querido mucho toda la vida, pero había algo que nos faltaba; ya te contamos todos los problemas que tuvo mamá con sus embarazos fallidos, sus abortos, hasta el fatídico día que le dijeron que nunca podría ser madre. Para ella fue horrible, eso casi acaba con todo lo que teníamos, pero gracias a Dios nuestro amor era más fuerte que todo eso y lo superamos. El mismo día que decidimos adoptar te encontramos a ti. Ahora siente que le van a arrebatarse lo que más quiere. Mamá es una mujer fuerte y luchadora y ya verás como supera su miedo. Ella fue la doctora que se encargó de ese paciente que no paraba de pedir hablar con esta mujer. Tuvo que estar presente en esa conversación y, según me comentó, no supo cómo pudo soportar oír todo lo que contó ese canalla. —¿Y qué relación tiene todo eso conmigo? —Porque él señaló la marca que tenía ese bebé en la nuca en forma de medialuna. Al principio la señora Wellintong no creía en sus palabras. —Puede haber más bebés que tengan esa marca. —Correcto, pero tú la tienes y tu madre quería saberlo. En el fondo siempre has querido saber de dónde vienes, sobre todo por el tema de tu problemilla de oído, ese trauma tuyo, cariño; hemos hablado mucho del miedo que tienes de ser madre. —No sé qué decir, papá, estoy muy confundida; esto ha sido demasiado fuerte para mí. —Lo entiendo cariño, y es completamente normal que te sientas así; por nada del mundo hubiéramos querido que te enteraras de esta forma. —Ella no significa nada para mí, puedo entender que fue muy cruel lo que le hicieron pero... —Chloe, mamá va a superar esto —me interrumpe mi padre con determinación—. Ahora se siente

muy mal porque tú y yo sabemos, al igual que todos los que la conocen, que una de sus muchas virtudes y lo que la engrandece es la bondad y la ternura que derrocha con todo el mundo. Mi padre ensalza las virtudes de mi madre sin darse cuenta de que él es igual. —Papá, ahora mismo lo que más falta le hace a mamá es que yo le transmita la seguridad que necesita y eso es lo que pienso hacer. Es hora de que os demuestre todo lo que significáis para mí. —Tú no tienes que demostrarnos nada, cariño. lo sabemos perfectamente —me dice con ternura a la vez que me abraza. —El dolor de mi madre es el mío —mi voz se quiebra; me siento tremendamente culpable, todo este tremendo sufrimiento es por mi causa; ya les he dado demasiados por mis dichosos traumas y mi enfermedad. —Chloe, una de tus mayores virtudes es que tienes un corazón enorme, en él caben muchas personas —tengo apoyada mi cabeza en su hombro y mi padre no deja de acariciar mi pelo. —Papá, sé todo lo que ocurrió con Bianca y lo único que puedo sentir hacia ella es compasión. Y estoy segura de que algo ha debido decirle a mamá para que ella tenga ese miedo a perderme. —Algo de razón tienes. Mamá me contó que... bueno, es mejor que la llamemos por su nombre, que Bianca quería recuperarte a toda costa, recuperar todos estos años que no te ha tenido —hace una pausa y respira hondo— y creo que fue en ese momento cuando le dijo que ella era tu autentica madre y que conseguiría que tú la vieras como tal. —¿Y mamá la creyó? —Mi indignación es descomunal— ¡Cómo puede ser tan cruel y desconsiderada! Si no hubiera sido por mamá seguiría pensando que su hija está muerta. Ella no puede hacer nada, no soy un bebé que tenga que luchar por su custodia, que ridículo es todo esto. —En absoluto estoy de acuerdo con lo que le dijo a tu madre, pero tengo que ser justo —puedo ver esa expresión comprensiva en su rostro—, ella no tuvo la culpa, a esa mujer le arrebataron a su hija y la hicieron creer todos estos años que estaba muerta. —Eso no le da derecho a ser tan cruel con mi madre, que me ha criado, cuidado y querido más que a nada. —Lo sé cielo, pero no la conocemos y no sabemos el motivo por el que actuó de esa forma con mamá. —¿Por qué no pidió ver mi cuerpo? —me levanto y me abrazo a mí misma, un escalofrío repentino me recorre de arriba abajo— no sé, papá, podía haber hecho algo —reirimino. Mi padre me mira y se pellizca el puente de la nariz en un gesto de cansancio, pero su silencio me indica que no tiene respuesta a mi pregunta. — Cuando murió la abuela Nhora —prosigo mientras paseo de un lado a otro del despacho tratando de contener las lágrimas que pugnan por salir de mis ojos— ¿te acuerdas de lo que hicimos? —Mi padre me observa muy atento y asiente con la cabeza—. Estuvimos un rato abrazando su cuerpo sin vida, era nuestro último adiós a alguien a quien amábamos con locura —me arrodillo a su lado y apoyo mi cabeza en su regazo; mis lágrimas han vencido y corren libremente por mi rostro. El recuerdo de aquel momento me duele en el alma. —Cariño, no quiero más lágrimas, por favor — me ruega con ternura mientras me acaricia el pelo. No entiendo la actitud de Bianca. Es como cuando alguien pierde algo y no pone ningún interés en buscarlo pero, si se entera de que otro lo tiene, lo quiere recuperar, así es como me siento. —Estos días que he pasado tanto tiempo en el hospital, entre prueba y prueba paseaba y me acordaba de ella, aunque te parezca extraño ¿sabes por qué? Oí el llanto desgarrado y desolador de una mujer. Sin poder evitarlo me dirigí hacia la habitación de donde venía el llanto y lo que vi me impactó. Era una madre cuyo bebe había fallecido y lo estaba acunando entre sus brazos; por eso me vino ella a la mente. Si hubiera hecho lo mismo habría sabido que no estaba muerta. Ni tan siquiera despidió a su bebé ¿y ahora esa persona pretende ocupar el lugar de mi madre? Jamás, papa, eso jamás sucederá. —Nunca sabemos el motivo por el que unas personas actúan de diferente forma que otras ante un mismo

hecho, pero es así. Creo que esta es una de las preguntas que deberías hacerle. Me levanta del suelo y me envuelve entre sus brazos; le rodeo el cuello y me aprieto más a él besando una y otra vez su mejilla. —Por cierto —me dice entre risas sin separarme, le encanta que le besuquee —tu novio me gusta, parece un chico muy inteligente y, bueno, si estuviera tu madre aquí diría lo de que es guapísimo y todas esas tonterías de mujeres. —No le habrás hecho ninguna preguntita de las tuyas, esas tan impertinentes ¿no? —¿Por quién me tomas, jovencita? —finge sentirse ofendido— por supuesto que sí —rompe a reír— y, bueno, es otro amante del béisbol como yo, así que ya me cae genial. —No tenía ni idea de que le gustara, no es la típica conversación que solemos tener las chicas. —Ya, por eso sois tan aburridas. —Jefferson Breyll, me voy a chivar a tu mujer —le reprendo. —También le he dicho que si le hace daño a mi princesa, sacaré mi rifle de caza y le dejaré seco. Esto no me pilla de sorpresa, estoy tan segura que apostarí mi cabeza; y lo peor de todo es que eso mismo se lo habrán dicho mi tío y mi abuelo. —Papá, tú no tienes rifle. —Yo lo sé, pero... él no. Al fin mi padre consigue sacarme una carcajada; le adoro y sé que se llevarán muy bien. Volvemos de nuevo al jardín y veo que Alec me está mirando fijamente. Aby ha tenido la brillante idea de proponer una partida de cartas, así que los cuatro hombres están jugando mientras las mujeres toman café y charlan; mi padre ha explicado el tiempo que hemos tardado en volver diciéndoles que estábamos preparando mi equipaje, lo mejor de todo es que a nadie le han extrañado los ojos llorosos de mi madre, la conocen perfectamente y saben que se pone así cada vez que me marcho. Me acerco y me inclino al lado de Alec. Mi padre se ha unido al grupo. —¿Todo bien? —susurra y me acaricia con ternura la cara con el dorso de la mano. —Sí —afirmo con una sonrisa que no sé cómo consigo esbozar. —¿Ya has recogido todas tus cosas? Afirmo con la cabeza. —Tienes unas cartas malísimas —le susurro al oído. —Ya, y tú tienes la culpa —me recrimina con el ceño fruncido, me imagino que es otra de sus bromas. —Esto era lo que me faltaba —resoplo. —¿No conoces lo que dicen? afortunado en el juego desafortunado en el amor. —¡Ah, sí! —contesto sin saber muy bien a qué viene esto ahora. —Pues deja de quererme durante un rato, que si no me van a ganar tu tío y tu abuelo —dice aguantado la risa. —Gilipollas —le digo al oído riéndome y dándole un sonoro beso en la mejilla. —Preciosa —ataca en ese tono que me saca de quicio, ya se ha aprendido que no me gusta que me llame así; le saco la lengua y me pellizca en la pierna. —Tienes que probar la tarta de mi abuela, te va a encantar —tira de mi mano para que vuelva a inclinarme. —Hay algo que me gusta mucho más —dice en voz baja y excitante a un milímetro de mi boca. Por su culpa en ese instante un calor sube hasta mis mejillas, el resto de los que están en la mesa no han apartado la mirada de nosotros. Me da un pequeño beso en la punta de la nariz y me suelta. ¡Voy a matarlo! Su descaro no tiene límites. Les miro y veo cómo apartan enseguida la mirada intentando disimular y cómo esconde mi padre la risa tras sus cartas. Me voy hacia la mesa y corto un trozo de tarta para Alec; sin poder evitarlo mis ojos van hacia Dylan y el corazón se me encoge: ahí está sonriente y feliz, completamente ajeno a todo lo ocurrido, a la frialdad con que he echado a su madre de mi casa. Una parte de mí me dice que he hecho lo que tenía que hacer, pero no entiendo por qué me siento tan mal; un sentimiento de culpabilidad cae encima de mí como una pesada losa. —Por cierto, Dylan y tu prima regresan con nosotros a Nueva York —me informa mientras saborea el trozo de tarta que he metido en su boca. —¿Por qué? —pregunto con brusquedad; al oírlo mi cuerpo se ha puesto en tensión. —¿No quieres? —responde sorprendido. —Sí, claro, —sonrió y suavizo la voz— pero esperaba que estuviéramos solos —le guiño el ojo insinuante intentando que olvide mi reacción anterior. —

¿Seguro que estás bien? —entorna los ojos muy serio escrutándome con su mirada. —Sí —admito, pero aparto la mirada. Alec me observa muy atento; creo que no se ha tragado que estoy bien, este tío es demasiado listo o mi intento por disimular mi estado ha sido tan malo que le ha puesto en alerta; sin embargo bendigo para mis adentros que no siga preguntando. —Eso puedo solucionarlo —dice al fin; y en su boca se curva una sonrisa. Sé perfectamente a qué se refiere y aunque resulte muy desconsiderado por nuestra parte que nos metamos en el dormitorio del avión teniendo compañía, me da igual; lo que menos necesito en estos momentos es tener que estar disimulando delante de Dylan. Y lo mejor de todo es que cuando este hombre me pone sus manos encima me olvido hasta de mi nombre. Dylan y Aby se marchan acompañados por el chófer de Alec a buscar el equipaje. Recojo mis cosas y me llevo a Alec al salón. —Mira —le entrego emocionada todos los dibujos suyos que guardaba—. Esto era lo único que tenía de ti. Alec los coge y nos sentamos en el sofá. —Creo que ahora he mejorado ¿no? —pregunta observándolos detenidamente. —Algo, sin embargo estos tienen un encanto especial, algo incomparable. Me frunce el ceño y me echo a reír. —Mira que eres romanticona. —Si señor y me encanta serlo —admito con un suspiro— Y... creo que tú, —empujo con mi dedo en su pecho— aunque solo sea un poquito, también lo eres. —Sabes, gatita, sigue creyéndolo; quién sabe, igual algún día ocurre. Por cierto sé que algo te pasa y respeto tu silencio —comenta mientras sigue ojeándolos— pero no puedo evitar preocuparme. Creo que piensa que tiene algo que ver con mi enfermedad. —Alec, no quiero hablar de ello, pero para tu tranquilidad te diré que no tiene nada que ver con mi salud, todo está bien. —No me preocupa solo tu salud, me preocupa todo lo que a ti te suceda —me clava sus preciosos ojos y veo la inquietud en ellos— quiero que te lo metas en tu linda cabecita. —Verás, no quiero volver a hablar de ese tema; créeme, no es nada por lo que te debas intranquilizar. En algún momento voy a contárselo pero no ahora. Mi padre nos avisa de que ya nos están esperando. Nos vamos despidiendo de mi familia. He aprovechado un resquicio para volver a hablar con mi madre, creo que mi reacción ante Bianca la ha tranquilizado a la vez que la ha desconcertado, pero también mi confusión es monumental, estoy en un punto en que no la entiendo; menos mal que mi padre pone cordura en todo esto y conseguirá que mi adorada madre deje de tener ese temor por mí. Aunque aún estoy impresionada con toda esta historia la conversación con mi padre me ha servido de gran ayuda. Lo peor vendrá cuando tenga a Charlotte frente a mí, estaba eufórica con la noticia de que su hermana estaba viva ¡Oh, Dios! yo no quiero hacerle daño. Sobre todo cuando Bianca le cuente la frialdad con que la eché de casa. Quiero que todo esto desaparezca de mi cabeza, ojala no lo hubiera sabido nunca, jamás he querido saber nada de mis padres biológicos; bueno, en alguna ocasión me he hecho las típicas preguntas para saber exactamente de dónde venía; ahora ya lo sé. Mi tía me agarra del brazo; no hay ni que decir lo emocionada que se siente al saber que su hija va a viajar en un avión privado; no entiendo muy bien que haga tanto aspaviento por ello, pero, bueno, ella adora el lujo tanto como Aby; me da pena pensar que no lo va a disfrutar todo lo que desearía después de lo que ha ocurrido.

CAPÍTULO 16

HE pasado la noche en casa de Alec y me ha dejado directamente en la agencia, como tenía mi equipaje no ha hecho falta que pasara por la mía. —¿Se te han pegado las sabanas? —Me saluda Marydol señalando el reloj con su dedo— el jefe te está esperando, date prisa. Tiene toda la razón, he llegado un poco tarde y todo por culpa de este loco insaciable. Anoche mi cuerpo quedó extenuado, sin embargo cuando Alec cayó preso del sueño yo no lo conseguí. Fue una noche interminable, no lograba librarme de la sombra de Bianca; las palabras tan duras que dirigió a mis padres me retumban en la cabeza como un mantra: “Ustedes se aprovecharon de mi desgracia”; no encuentro explicación alguna a su pertinaz reivindicación y, al no haber sido preparada para recibir esta noticia, ha sido un duro golpe. Y los golpes hacen daño, mucho daño. Aún no consigo asimilar todo esto, como tampoco sé cómo aliviar el sufrimiento de mi madre. Ella es la que realmente me preocupa. —Ya sabes, el tráfico a esta hora está imposible —me disculpo pasando por su lado como una exhalación; aunque esa no es la excusa real, resulta creíble, efectivamente el tráfico en Nueva York es demencial. Pero me siento fatal, solo llego tarde cuando estoy con él. — ¡Eh, no te preocupes! está de muy buen humor, le he dicho que habías ido al baño —me tranquiliza mientras dejo todas mis cosas encima de mi mesa. —Dol, te debo una, gracias —le agradezco y entro en el despacho de mi jefe. Está al teléfono, Marydol tenía toda la razón, está de un humor excelente; casi me atrevería a decir que irradia felicidad ¿será que vuelve a ser padre? De inmediato rechaza esa idea, a su edad lo más normal es que le hagan abuelo ¿le habrá tocado la lotería? Me hace un gesto con la cabeza para que me siente. Cuelga y se acomoda en su sillón. — Bien, querida, tengo una fantástica noticia —se frota las manos entusiasmado. —Me muero de ganas de saberla. —Hemos firmado el contrato con Farrow —proclama triunfante. —¡Genial, jefe! ¡Lo has conseguido! —Bueno, querida, gracias; pero no lo he conseguido yo solo —corrige — somos un equipo, no lo olvides, pero... hay algo más. Bien, Chloe, prepárate para que te dejen fuera de esto; aunque no sé por qué me extraño, ya estoy acostumbrada a oír siempre el mismo pretexto. —Arthur, no tienes que decirme nada; lo sé y te lo agradezco, algún día llegará. Me contempla por encima de sus gafas, su falta de respuesta me tiene en vilo ¿lo está haciendo a propósito? —Ya ha llegado —dice al fin. Lo miro extrañada. —Te refieres a que yo... bueno que ellos...-balbuceo sin sentido, aún no me creo lo que acabo de oír. —Lo has conseguido, querida, y tú solita; tu esfuerzo ha sido recompensado, ya te lo dije, estuviste ejemplar en aquella reunión, derrochaste profesionalidad. Así que te has ganado el puesto de intérprete del equipo. Le causaste muy buena impresión. —Arthur, no sé qué decir —admito llevándome las manos al pecho en un

intento de que mi corazón deje de aporrearlo como un loco. Sus ojos se iluminan divertidos. — Tengo una gran confianza ti, sé que harás un magnífico trabajo. Después de una breve pero intensa charla sobre cómo quiere llevar el tema con Farrow, salgo de su despacho como en una nube, rebosante de entusiasmo; mi día no podía haber comenzado mejor. Aún no me creo que vaya a comenzar a trabajar en serio; como él dice, este es un peldaño y tendré que prepararme a fondo; he asistido a alguna reunión de este tipo pero siempre bajo la supervisión de otra persona, ahora todo va a depender de mí. Enciendo el ordenador y me pongo a echar un vistazo a los informes que me ha dado. —Querida ¿ya comenzamos con los regalitos? ¡Chica, qué suerte! —Aparece Marydol con un ramo de rosas blancas—. Tienes que contarme tu relación con ese novio tan guapísimo que tienes, que, por lo visto, ha cambiado de flor. Mi cuerpo se pone en estado de alerta, esto no me lo envía Alec; él me regala orquídeas, el único que me manda rosas es... ¡Jesse Nox! —No son de él —respondo mirando fijamente las flores —¿Los tienes de dos en dos? eres una aprovechada, deja alguno para las demás —deja las flores sobre mi mesa y se marcha partiéndose de risa. Cojo la nota que viene prendida y la leo. Efectivamente no me he equivocado, es Jesse y me pide que baje a la cafetería que hay en el vestíbulo del edificio. Creo que lo mejor será que hable de una vez con él, ha estado muy insistente con sus llamadas; demasiado, diría yo. Cojo mi bolso y las flores y me dirijo a recepción. —¡Dolo! ¿Qué es eso que llevas en las orejas? ¿Calabazas?-mis ojos se quedan clavados en sus pendientes. —¡Ah! ¿Te refieres a esto? —Sacude la cabeza para que se le muevan— mañana es Halloween, así que hay que ir preparándose. Me echo a reír; sinceramente, prefiero esas calabacitas que penden de sus orejas a las que colocó el año pasado encima de su mesa, que se les iluminaban los ojos. —Bajo un momento a la cafetería —le informo— estas rosas quedarán perfectas aquí. Mientras me marchó veo por el rabillo del ojo veo cómo se apresura a ponerlas en un jarrón. Llego a la cafetería y echo un vistazo; enseguida lo localizo está sentado en una mesa ojeando el periódico. —Hola, Jesse. Se levanta al oír mi voz. —¡Chloe, gracias por bajar! y discúlpame por presentarme aquí. Le concedo una sonrisa forzada; eso lo tenias que haber pensado antes de venir, pienso para mis adentros. —No tengo mucho tiempo —le informo, no quiero alargar esto ni un minuto más de lo imprescindible— ¿Qué tal tu brazo? —Mi hombro —me aclara-ya está perfecto. ¿Qué te apetece tomar? —Nada, gracias —declino la invitación. Me hace un gesto para que tome asiento. —Te he llamado varias veces pero no me has devuelto ninguna llamada. ¿Estás molesta conmigo? En realidad, el motivo no es lo que le voy a soltar ahora, pero es el momento de decírselo. —He estado muy liada y, ya que lo preguntas, no me gustó en absoluto que llamas a la prensa ¿Por qué lo hiciste? —Chloe, no sé quién te ha podido decir eso, yo no les llamé; pero no me sorprendió verles por allí —admite molesto— es algo a lo que ya me he acostumbrado, por lo visto mi vida social les interesa mucho. Suena convincente pero no le creo, mi informador me merece más credibilidad que él. Lo mejor será acabar con este asunto, no nos va a llevar a nada. —También he venido a felicitarte. Leí en la prensa que Seytton ha confirmado vuestra relación. Su felicitación me sorprende, no me la esperaba; pero mis antenas siguen en estado de alerta. —Gracias, Jesse —agradezco con recelo; no me creo que se alegre de nada que tenga que ver con Alec y menos después de lo que le hizo. —Ahora entiendo su reacción y no le culpo; yo hubiera hecho lo mismo ¿Sabes por qué? Porque yo también me he enamorado —me comunica con una amplia sonrisa. Esto sí que es una sorpresa, no me lo esperaba en absoluto; pero respiro aliviada, ya que veo que su visita no tiene nada que ver conmigo. —Yo no lo apruebo en absoluto —le digo con sinceridad —Los celos no se pueden

evitar, aunque sí controlar. Y por lo que pude comprobar, Seytton es muy celoso. —Entonces tendrá que aprender a controlarse. —No voy a mentirte, me gustaste desde el primer momento que te vi; pero también advertí que en ti no había ningún tipo de correspondencia. ¡Chico listo! Gracias al cielo, no soy yo el motivo de su interés. —Y ¿quién es la afortunada? —Creo que el afortunado soy yo y en cierto modo se lo debo a Seytton; es la doctora que me ha tratado la lesión del hombro. —Me alegro, Jesse. —Cuando te enamoras parece que ves todo de una forma distinta; por eso entiendo perfectamente a Seytton y quiero que sepas que todo lo que se hace por amor es totalmente admisible para mí: lo reconozco, soy un romántico —curva sus labios y se encoge de hombros. Le dedico una sonrisa sincera, sus palabras me conmueven; ha conseguido que me sienta muy a gusto charlando con él. —Hay algo que quiero pedirte: tu amistad —me mira fijamente buscando mi conformidad— para mí sería un honor, creo que ya te lo comenté en una ocasión, me gusta rodearme de buena gente. —Creo que exageras con lo de que sea un honor —le quito importancia, me hace sentir un poco incómoda esa grandilocuencia— y, por supuesto, Jesse, que tienes mi amistad. ¡Mierda! ¿Qué estoy haciendo? A mi mente viene todo lo que Alec me contó sobre él y desde luego una persona así no la quiero cerca; sin embargo una parte de mí me dice que él no es así ¡Joder! estoy hecha un lío. —Eres una buena chica, Chloe, solo hay que mirarte a los ojos para saberlo y no suelo equivocarme. Por nada del mundo quisiera crearte un problema con ello. —¿Por qué piensas que puede ser un problema? Una de mis preguntas estúpidas, de sobra sé a qué se refiere, mejor dicho, a quién y lo peor de todo es que estoy completamente segura de que será así; y esto también me indica que no será tan terrible, de otra manera no se preocuparía de si su amistad me puede acarrear problemas o no. —Por Seytton. —Yo elijo mis amistades, no él —le aclaro rotunda. —Eso me hace muy feliz. —Tengo que volver al trabajo — intento levantarme pero Jesse me agarra las manos. —Tenemos un partido pendiente ¿recuerdas? —Por supuesto, la próxima vez que juegues iré a verlo. —Genial, así podré presentarte a mi chica y quiero que sepas que siempre voy a estar cuando me necesites, para eso están los amigos ¿no? —Gracias, Jesse ¡Ah! Y gracias por las flores; no tenías que haberte molestado. —Ha sido un placer. Me besa en la mejilla y se marcha. No dejo de pensar en lo que Alec me dijo sobre Jesse, después de esta charla me cuesta creerlo; pienso que es otro el motivo por el que me quiere lejos de él. Regreso al trabajo, ya es hora de que me ponga a hacer algo; sin embargo estoy un poco abstraída, creo que aún sigo en las nubes y no es de extrañar; me han dado una maravillosa noticia y he recibido una visita inesperada que me ha dejado en un mar de dudas. Al ver la cantidad ingente de carpetas con toda la información que tengo que leer, mi estado de ánimo ha pasado del vigor al agotamiento en un instante. Será mejor que empiece cuanto antes; reorganizo esa montaña de trabajo y comienzo con ello. La melodía de mi móvil me interrumpe. —Comemos juntos, Carter pasara a recogerte —suelta Alec nada más descolgar. Ya está dándome órdenes. Y el saludo se lo ha dejado por el camino. —Hola, cariño —subrayo las palabras— ¿sabes? me fascina esa forma tan peculiar que tienes de pedir las cosas ¡Oh! qué tonta, pero si tú no pides, tú lo ordenas. — Cariño —recalca con sorna— la ironía no es tu fuerte, así que déjalo, quiero que conozcas a alguien. —¿A quién? —Un buen amigo, una de las pocas personas en las que confío y mi mano derecha. Carter te recogerá para llevarte al restaurante. Yo iré directamente allí. Me pregunta qué tal llevo mi día en el trabajo y le cuento con un entusiasmo desbordado mi buena noticia; me felicita y creo que se alegra por mí. En ese momento oigo que le interrumpen y Alec contesta muy duramente al que se ha atrevido a hacerlo; se me encoge levemente el estómago y siento un poco

de pena por el destinatario de la reprimenda. Sin embargo, cuando se dirige de nuevo a mí, su voz se dulcifica de inmediato, charlamos unos minutos más y se despide. Me encanta que Alec tenga buenos amigos, gente que haya estado a su lado arropándolo. Y vuelven a mi mente las palabras de Jesse sobre si será un problema mi amistad con él; solo espero que Alec lo entienda. De todos modos él tiene que aceptar mis decisiones y los amigos que yo quiera tener. *****

El vehículo se detiene delante del edificio Metropolitan Life donde se encuentra uno de los restaurantes más renombrados de Nueva York en los últimos años: el *Eleven Madison Park*. Entro y me atiende una chica muy simpática y muy elegante con un traje de chaqueta en color burdeos. En el momento que pronuncio el nombre de Seytton aparece de la nada un señor bajito con un singular bigote que me pide con una amable sonrisa que le acompañe. Observo el lugar: es un ambiente muy distinguido, con clase pero sin ostentación; los techos son altos y unos amplios ventanales inundan de luz natural toda la estancia; me llaman la atención los arreglos florales que decoran las mesas: todos ellos son de orquídeas. Me conduce hacia el bar y enseguida localizo a Alec: está de pie junto a la barra acompañado de un hombre. Como si intuyera mi presencia vuelve la cabeza hacia mí y me dedica esa espectacular sonrisa, con esos hoyuelos que tanto me gustan; su acompañante enseguida lo advierte y se gira para ver quién ha provocado esa reacción en él. Nada más acercarme Alec me presenta, su recibimiento exceptuando su sonrisa, es bastante frío con lo cual yo no reacciono. ¿Qué le ocurre? —Aquí la tienes, Warren, la señorita Chloe Eleanore Breyll. —dice sin dejar de mirarme—. Él es Warren Miller —me giro para saludarlo. —Ahora que la veo, eres un cabrón con mucha suerte —le asesta una palmada en el hombro— eres preciosa, querida —me da un beso en la mejilla—. Estaba ansioso por conocer a la mujer que ha conseguido a uno de los hombres más codiciados del país —añade con una sonrisa que no llega a sus ojos; eso no me gusta, como tampoco me gusta su forma de mirarme. Chloe, empiezas mal si sigues pensando de esta forma, me riño mentalmente. Es corpulento o, como los suele definir Aby, amante de la buena mesa; de no ser porque es alto —no tanto como Alec, pero debe rondar el uno ochenta y cinco— su aspecto sería achaparrado; su cabello, entrecano con unas pronunciadas entradas, enmarca un rostro ligeramente bronceado que, si no fuera porque su mirada es un poco vacía, podría tener aspecto de bonachón. —Tanto es así que, nada más enterarse de la noticia, se ha subido al avión y se ha presentado aquí. —Tengo que reprocharte que tuve que enterarme por la prensa. —¿No vives aquí? —pregunto fingiendo interés. —No, vivo en Las Vegas. —Es propietario de uno de los mejores casinos y, como ya te dije, mi mano derecha; él se ocupa de todos mis negocios en la costa oeste. —Espero que pronto vengáis a visitar a este viejo solitario. —Te diré que contigo ha hecho una excepción, no le gusta nada abandonar su adorado casino. —Me siento muy halagada. El camarero nos informa de que nuestro comedor privado ya está preparado y nos acompaña. La mesa está elegantemente arreglada y preparada para tres. Se acerca el sumiller, muestra a Alec el vino que ha elegido previamente y nos lo sirve; a continuación el maître nos informa de las recomendaciones del chef. —Tenemos información de Rollesters; dentro de poco todo será tuyo —comenta Warren mientras se coloca la servilleta sobre su regazo. —No me interesa, todo eso se acabo —contesta Alec con frialdad. —¿Qué coño dices! —Exclama; Alec le mira duramente— perdón por la expresión —se disculpa con una cínica sonrisa— bueno, creo que este no es el momento de hablar de negocios, sino de dedicarle tiempo a esta preciosidad. ¡Dios, ahora entiendo de quién ha aprendido lo de preciosa! —Completamente de acuerdo; y

brindo por ella, para que Dios le dé fuerzas para soportarme. Alec levanta su copa al tiempo que me mira y la choca contra la mía. —Alec ¿pensaste en lo que te comenté sobre aquel tipo que estaba interesado en tu fórmula uno? —No me interesa —contesta con apatía. —Pagará tres veces más de su valor real. La expresión de Warren me indica de forma inequívoca que es una persona muy avariciosa —No voy a venderlo —ataja Alec rotundo. —¿Tienes coches de carreras? ¿Los coleccionas? —disparo sorprendida. —Los conduce él —me aclara— y tengo que decir que es muy bueno; si se hubiera dedicado a ello sería todo un campeón. —Me alegro de que no lo haya hecho, es muy peligroso —declaro sobrecogida dirigiéndome a Warren; sus ojos expresan algo que no logro identificar pero que me provoca un difuso escalofrío. —Por lo que veo no compartes una de las pasiones de tu novio —censura. Esto último me ha sentado como una patada en el trasero, pero antes de que me dé tiempo a contestar es Alec el que lo hace. —No tiene por qué compartirla; de hecho te equivocas, Warren, en realidad nunca ha sido una de mis pasiones y te voy a decir cuál es: es esta señorita que está a mi lado, ella es mi verdadera y autentica pasión —dice dedicándome su preciosa sonrisa. No puedo contener la felicidad que me provoca oír esas palabras y mi reacción no se hace esperar; beso con ternura a este hombre del que estoy locamente enamorada. Me disculpo para ir al baño; este tío no me gusta nada y lo peor es la relación tan fuerte que tiene con Alec, me da muy mala espina. Cuando vuelvo me detengo delante de la puerta al oír cómo Warren ha levantado la voz. —¿Qué cojones te pasa, muchacho? ¿Te enamoras y te vuelves un blandengue? sigue así y acabarás mal —le suelta indignado. —No tiene nada que ver con ella, es simplemente que ya basta; ya estoy cansado de todo eso ¿me entiendes? —responde Alec en un tono tan gélido que no le hace falta alzar la voz para intimidar a su interlocutor. ¿De qué está cansado? Este tío cada vez me cae peor. —Por lo que estoy viendo, creo que has olvidado lo que te he repetido tantas veces. El odio engrandece y el amor destruye. Solo espero que ella merezca realmente la pena y este amor no acabe contigo. ¡Será hijo de puta! ¿Cuánta mierda le han metido en la cabeza? Primero una maldición y ahora esto. Mi intuición no se ha equivocado respecto a Warren. —¡Cállate! Por supuesto que la merece, ella merece todo ¿lo entiendes? Es lo único bueno que tengo en mi puta vida —su voz grave y autoritaria se eleva sobre la de Warren. —Vi unas fotografías de ella junto a ese depravado de Nox. ¡Menudo cabrón! Su insinuación está llena de maldad. —Todo fue un montaje, Chloe no tiene nada que ver con él; aparte de que ya se lo deje bien claro: si se atreve a tocarle un pelo, le mataré —amenaza fríamente. Me quedo petrificada. Alec también sabía que todo lo preparó Jesse. Se acerca un camarero por mi lado y me obligo a entrar, con lo cual Warren se queda en silencio. Seguimos comiendo, aunque a mí ya no me apetece este fantástico cordero a la menta que nos han sugerido. Continuamos charlando sobre cosas banales y terminamos esta odiosa comida. Nos despedimos de Warren y subimos al coche. Su semblante ha cambiado por completo, ha adquirido esa máscara impenetrable que tanto odio. No ha vuelto a abrir la boca, su actitud abstraída me dice que está cavilando sobre lo que Warren le ha dicho. El Alec encantador se esfumó para dar paso a este ser inescrutable. —Tengo una reunión y no sé cuánto tiempo me mantendrá ocupado. Carter pasará a recogerte —me anuncia al tiempo que le echa una ojeada rápida a su móvil. —No necesito un chófer —respondo con hastío. —No voy a permitir que vayas por ahí sola, eso tenlo muy claro —sentencia cortante y autoritario, dos de las facetas de su compleja personalidad. Esto tiene pinta de derivar en una discusión. —No me apetece discutir, Alec, pero tienes que... No me deja acabar; me coge por la nuca y estampa su boca contra la mía, en un beso posesivo y lleno de rabia. —Me

encantaría poder llevarte yo mismo —ahora su voz es suave como la seda y vuelve la dulzura a sus labios mientras besa la comisura de mi boca— pero no puedo, como tampoco puedo evitar preocuparme por ti; y ¿sabes por qué? —clava sus ojos en los míos que le devuelven una mirada turbada ante su repentino arranque— porque tú eres lo más valioso que tengo. Ya volvió a conseguirlo. Reconozco que es muy listo, se ha dado cuenta de que no me gusta que me manden, así que cambia su táctica y ataca con su lado tierno, con el que me desarma por completo y vuelve a salirse con la suya. Está demasiado acostumbrado a que todo lo que él decide hay que acatarlo. Tengo que marcarle ciertos límites cuanto antes. De no ser así tendremos problemas.

CAPÍTULO 17

LA tarde se ha pasado volando entre informes y algún que otro momento de cotilleo con Marydol, que me ha hecho lo que se dice toda una entrevista sobre mi relación sentimental. Esta mujer tendría un brillante futuro como periodista. Por mi cabeza siguen las imágenes de ese almuerzo; aunque me voy acostumbrando a sus cambios de humor, lo he notado bastante raro; exceptuando su despedida, sus demostraciones de afecto hacia mí han sido realmente escasas. Algo me dice que es por ese cabrón de Warren, o quizá es que es así en realidad. A pesar del profundo entendimiento que nos une, aún hay demasiadas cosas de él que no me muestra. Conmigo intenta enseñar su lado alegre y hedonista, sin embargo sé que esconde celosamente algo extraño y oscuro. Recojo mis cosas y me marcho. Cuando salgo a la calle veo a Carter apoyado en el coche esperándome. Lo saludo y le indico otra dirección, quiero ir a recoger a Tawny al trabajo. La he echado de menos estos días. Llego a la escuela de baile y me encamino decidida a recepción; me extraña no encontrarme con la adorable Catherine, en su lugar está una chica de rasgos asiáticos; me informa que Tawny está en la primera planta, en el aula de coreografía. Como no me da más datos imagino que debe estar indicado en algún sitio. No es la primera vez que vengo, pero su clase habitual está en la séptima planta. Solo es un piso, así que decido subir por las escaleras; sigo por un largo pasillo y de pronto me detengo al oír el repiqueteo de unos tacones, unidos a los acordes de una guitarra española, que proviene de una de las salas; me acerco y me quedo maravillada al ver a una hermosa mujer bailando. Va vestida de negro, con un maillot y una falda hasta los tobillos rematada por graciosos volantes en color rojo brillante que mueve con increíble maestría al compás de su baile. Su larga melena oscura y unos chispeantes ojos marrones delatan su origen hispano. —Es buena ¡eh! —Tawny aparece como por arte de magia detrás de mí. —¿Quién es? —La teniente Sylvia Agea. —¿Es poli? —pregunto sorprendida. —Sí. Y, por lo visto, todo un carácter; pero cuando baila expresa a la perfección sus sentimientos; es lo que me fascinó de ella, porque descubre su belleza, su sensibilidad y su bondad. La teniente acaba de bailar y no puedo evitar dedicarle un aplauso, lo hace realmente bien. Agradecida, se inclina levemente y se marcha. Tawny se despide con la mano y me saca de allí. —¿A qué se debe esta agradable sorpresa? —Bueno, he pensado que llevo demasiado tiempo sin disfrutar de tu maravillosa compañía y ya que tengo chófer... —la miro levantándole las cejas esperando su reacción. —¿Chófer? —repite en un grito y me echo a reír al verla dar pequeños saltitos entusiasmada. —Bueno, es el chófer de Alec —le aclaro. —¡Joder, vámonos! —me empuja hacia la salida entre risas y gritos, no sé como no hemos salido rodando por las escaleras. Salimos fuera y se detiene

en seco provocando que choque contra ella. —Chloe ¿quién es esa montaña negra? —pregunta con su sorna habitual. —Se llama Carter —la cojo de la mano y sigo caminando. —¡Vaya con Carter, no está nada mal! —suelta por lo bajo y veo en su cara su típica expresión de descaro. Carter nos abre la puerta y nos acomodamos en el interior. Tawny comienza a tocarlo todo, sube y baja los cristales muerta de risa. Parece una niña pequeña en un parque de atracciones. Hemos pasado por el local donde ensayan unos amigos suyos y, después de recoger la ropa que teníamos en la tintorería, Tawny ha tenido el capricho de comprar palomitas, así que hemos hecho lo que se dice todo un recorrido. —Oye, Carter ¿podrías poner un poco de música? —le pide bajando por tercera vez el cristal de separación. Bendita paciencia de este hombre, me digo para mis adentros. —¿Puedes quedarte quietecita y dejar de tocarlo todo? —le riño quitándole de la mano algo parecido a un mando a distancia que, sinceramente, no sé lo que es. —¡Aguafiestas! dame una copa de champagne. —Lo que te voy a dar es un tortazo como no dejes ya de tocar tanto. Aquí no hay. —¿Ah, no? ¿y eso de ahí qué coño es? ¿una estufa? —dice señalando con el dedo una puertecita perfectamente mimetizada con la tapicería. —¡Joder, qué vista tienes! ¡No tenía ni idea! Tawny la abre y empieza a curiosear. —Me decepciona tu novio, solo hay agua, bebidas isotónicas y zumos de pomelo ¡qué asco! —hace una mueca como si fuera a vomitar— Eso sí, el agua es de las caras —abre la botella y da un largo trago. Menudo viajecito me ha dado, la próxima vez la llevo atada y amordazada. Entramos en casa. Dejo en nuestras habitaciones la ropa mientras Tawny va a la cocina a buscar dos cervezas; volvemos al salón y nos tiramos en el sofá. —Tengo dos noticias —le informo— bueno son tres, dos buenas y una mala ¿por dónde empiezo? —Si eres tan amable, la mala te la puedes guardar o... ¿es necesario que la oiga? —hace un amago de irse. —Por supuesto —le hago un mohín y tiro de ella para que no se levante. —Ya que no me queda otra, empieza por las buenas —suspira resignada dispuesta a prestarme toda su atención. —A que no sabes quién es Alec —le suelto de un tirón. Tawny me mira como si me hubiera teñido el pelo de verde. —Oye, Chloe, te han cambiado la medicación ¿verdad? —Sí —confirmo y apenas puedo contener la risa; sé que me va a soltar cualquier lindeza de las suyas. —Pues díles que esta no te sienta bien ¿de qué coño hablas? He tenido un día agotador, hoy me ha tocado la clase de los niños y he llegado a suplicar que apareciera Herodes, así que déjate de tonterías y acertijos y ve al grano. —Desde luego, Tawny, cuando quieres ser bruta no hay quien te gane —aseguro riéndome a carcajadas— lo que quiero decirte es que Alec es... ¡mi chico del orfanato! —¡No jodas! —exclama abriendo los ojos como platos. —Eso lo haré más tarde —declaro un tanto irónica. —¡Es alucinante! ¡Qué digo, es jodidamente increíble que os hayáis encontrado después de tantos años! ¡Es algo mágico que ese amor que descubristeis de niños os haya vuelto a unir sin saber quiénes erais en realidad! —Y lo más alucinante es que a la que ha estado buscando todos estos años era yo. —Pero... ¿no era a una muerta? —pregunta desconcertada. —El vio cómo me atropellaron y vio mi cuerpo inmóvil en un charco de sangre, pensó que había muerto. En realidad no se equivocó mucho, estaba más muerta que viva. —No sabes la alegría que me llevé cuando en la hora del descanso vi la noticia por televisión, en ese programa de cotilleos de sociedad, casi me caigo muerta, yo sabía que ese tío estaba enamorado de ti, te lo dije. Le cuento todo lo que ocurrió con Alec y, como es habitual en ella, en varios momentos ha puesto su típica cara de asco ante cualquier indicio de romanticismo, aunque sé que está encantada. Y prosigo con lo de mi ansiada y esperada oportunidad en el trabajo. —Y... ¿la mala? —Con esta te vas a quedar blanca —intento bromear, pero un ligero malestar sube por mi garganta. —Eres una cabrona pero te

quiero; ¡desembucha! —me da un empujoncillo en el hombro animándome, acaba de percibir algo extraño en mí. Respiro hondo y comienzo a contarle todo lo que ha sucedido con Bianca; bueno, blanca es imposible que se quede, pero su bonito rostro expresa una extraña mezcla entre la conmoción y el desconcierto; algo difícil de explicar, yo sabía que esta noticia la iba a dejar totalmente fuera de juego. El timbre de la puerta nos interrumpe y me voy a abrir. Yo sí que palidezco de golpe al ver a Bianca delante de mí. —Chloe, tenemos que hablar y no pienso marcharme hasta que oigas lo que tengo que decirte —dice con bastante aplomo; sin embargo en sus ojos veo una súplica silenciosa. —Eres muy persistente, Bianca. —Cuando se trata de alguno de mis hijos, jamás me rindo. Lo pienso un instante y decido que lo mejor será que oiga lo que tiene que decirme y acabe con todo esto de una vez. La hago pasar y Tawny se queda atónita al verla. —¿Qué tal, Bianca? —consigue decir levantándose del sofá. —Me alegro de verte, Tawny —la saluda cordialmente. —Os dejo, tengo que arreglar mi habitación. Creo que es lo primero que se le ha ocurrido, para que ella se ponga a semejante tarea debe de estar enferma. Me siento en uno de los sillones, evitando el sofá para no sentarme a su lado, y le hago un gesto para que se acomode. Veo que respira hondo y traga saliva; está igual de nerviosa que yo. —Chloe, solo quiero... —Sé lo que quieres —la interrumpo— ocupar el lugar de mi madre, un lugar que no te corresponde —le suelto a bocajarro. Bianca cierra los ojos unos instantes, como si acabaran de asestarle un golpe. —Siento mucho mi comportamiento —prosigue; pero su voz ya no delata seguridad sino un cierto temor— volví más tarde a pedirles disculpas y quiero pedírtelas a ti también. Chloe, no quiero que pienses que soy una persona mezquina e ingrata; todo lo contrario, agradezco con todo mi corazón que ellos te encontraran e hicieran por ti todo lo que han hecho. —Entonces tienes una forma muy extraña de expresar tu agradecimiento, estás haciéndolos sufrir y ellos no lo merecen —sigo arremetiendo con dureza; a mi cabeza vienen las imágenes de mi madre, las lágrimas que la vi derramar por su culpa. —No quiero hacerle daño a nadie y menos a ti. Perdí los nervios. No te imaginas por todo lo que he tenido que pasar, han sido muy duros todos estos años de sufrimiento. ¿Cómo puede decirme eso? ¿Qué sabrá ella lo que es sufrir? Mi rabia se trasluce en la frialdad con que la miro, tengo la mandíbula tan apretada que creo que se me va a romper. —¡Dios! —Estallo en un grito y me levanto de golpe del sillón —tú no tienes ni puñetera idea lo que es el verdadero sufrimiento. ¿Quieres que te diga lo que es sufrir, Bianca? Es sentir el dolor que produce el hambre, pasar frío hasta que te duelen todos los huesos del cuerpo, que te golpeen una y otra vez cuando ni tan siquiera levantas un palmo del suelo, llorar hasta quedarte afónica sin que nadie venga a consolarte, no saber lo que es que te den un beso ni un abrazo. Eso es sufrir, así que no te atrevas a decirme que yo no sé lo que es el sufrimiento. Bianca se pone en pie. Sus ojos están llenos de lágrimas y hace un intento por acercarse a mí, pero me aparto y le doy la espalda; no quiero seguir oyendo sus lamentaciones. —¡Dios de mi vida, Chloe! ¿Piensas que no me causa dolor y me atormenta todo lo que hayas podido pasar? Pero no es mi culpa. Yo no te abandoné —se defiende y noto su mano temblorosa en mi hombro. —Sí lo hiciste —la acuso volviéndome hacia ella—; si me hubieras tenido entre tus brazos, si hubieras querido darle tu último adiós a tu bebé, hubieras sabido que no estaba muerta ¿Por qué coño no lo hiciste? —vuelvo a gritarle presa de los nervios. En este instante creo que le he asestado el golpe mortal; Bianca se derrumba y rompe a llorar. Al ver su llanto algo se rompe dentro de mí y me asalta una enorme tristeza; no sé qué hacer, una parte de mí me censura que esté siendo demasiado cruel con ella a pesar de saber toda la historia y que en realidad no me abandonó, pero no puedo evitar

sentir que no luchó por mí. Aún tengo grabadas en mi mente las imágenes de aquella mujer aferrada a su bebé en el hospital. Le entrego una caja de pañuelos de papel que hay sobre la mesa del comedor. —Por favor, siéntate a mi lado —me ruega sollozando mientras se limpia las lágrimas; hago lo que me pide y me abrazo a mi cuerpo esperando que se tranquilice; mi resentimiento hacia ella me impide mover un solo músculo para consolarla. —Solo tenía diecisiete años, fue un parto largo y muy duro, llegué a pensar que no conseguiría afrontarlo, que moriría y no podría verte; eso me ayudaba a sacar fuerzas de donde no las tenía para seguir luchando por traerte al mundo. Cuando oí tu llanto y te pusieron sobre mi pecho te callaste en el acto; yo no podía creer que esa cosita, lo más bonito que había visto en el mundo era mi bebé —sus lágrimas siguen rodando por su bella cara y yo tengo un nudo enorme en la garganta—. En ese instante —continúa— todo mi dolor y sufrimiento desapareció, supe que por ti me enfrentaría a cualquier cosa en esta vida. Y sí, Chloe, te abracé, besé cada milímetro de tu preciosa carita y tú me hiciste el mejor regalo: abriste tus ojitos y me miraste. No quería soltarte, pero el médico me dijo que algo no iba bien contigo. Esa fue la última vez que te vi. —Exhala un suspiro trémulo—. No sé cuánto tiempo pasó hasta que me dieron la peor noticia de mi vida: esa maldita mujer me dijo que mi bebé había muerto. Me quedé en estado de shock y me desmayé; cuando volví en mí, grité con todas mis fuerzas para que me dejaran verte, pero me lo negaron, me dijeron que sería peor para mí quedarme con la imagen de tu cuerpecito muerto. No pude hacer nada, de hecho me comunicaron que ya se habían llevado tu cuerpo. Estaba en una situación horrorosa, me quedé sin fuerzas de tanto gritar suplicando que alguien me devolviera a mi bebé; mi vida se desmoronó por completo en ese instante. Te arrancaron de mi lado y contigo se llevaron una parte de mí. Ya no consigo contener las lágrimas, me tiro a sus brazos y rompo a llorar amargamente. Bianca me abraza muy, muy fuerte, como si quisiera que con ese abrazo quedaran impresas las huellas de una en la otra. Todo mi resentimiento ha dado paso a una culpabilidad que me ahoga, la he responsabilizado de algo que no pudo evitar, las dos hemos sido víctimas de esa despiadada y perversa mujer. Vuelvo a comprobar una vez más que el dolor te puede alcanzar bajo cualquier forma y en cualquier momento. —Lo siento de verdad; siento mucho haberte hablado con tanta dureza y haberte echado de casa sin el menor escrúpulo —me disculpo sinceramente arrepentida. —Cielo —sus manos delicadas cogen las mías y las besa, su gesto de cariño me llega directo al corazón—, cuando vemos que alguien a quien amamos tanto está sufriendo y tenemos frente a nosotros a la persona que le está causando ese dolor, cualquier cosa que hagamos o que digamos es admisible; hiciste lo que tenías que hacer, llegué en un mal momento. Coge un pañuelo y limpia mis lágrimas con ternura. —Necesito que sepas que por nada del mundo quiero causar dolor a la persona que me ha devuelto una parte de mí —enmarca mi cara con sus manos—, así que no voy a decir que eres mi hija; me encantaría gritarlo al mundo entero, pero también sé que eso haría daño a Dayana, la prensa no te dejaría en paz; ni a ti ni a ellos. ¡Mierda, la prensa! Es cierto, Bianca siempre es portada de revistas y todo lo relacionado con ella es motivo de noticia, eso destrozaría a mi madre. —¿No saben que tuviste una hija? —pregunto con curiosidad. —La prensa jamás se enteró, de hecho solo lo supieron unos cuantos allegados; esa maldita bruja se aseguró bien de que nadie lo averiguara; cuando mi embarazo ya era evidente me convenció para que dejara de salir; lo consiguió permitiendo que tu padre viviera conmigo. Solo lo saben mis más íntimos amigos. También te diré que no descansaré hasta que esa hija de puta pague por todo lo que nos ha hecho. —¿Charlotte y Dylan ya saben...? Me refiero a que yo... Bianca no me deja acabar la frase. —No,

no he dicho nada; quería ver cómo reaccionabas tú cuando te enteraras; ellos son tus hermanos y tú decidirás cuándo quieres que lo sepan. —Aún no estoy preparada —confieso. Ahora es el momento de preguntarle quién es mi padre. De pronto me acuerdo de la escena que presencié en la galería ¡Oh, Dios mío, creo que es Dante Farrow y yo voy a trabajar para él! —¿Mi padre biológico sabe que estoy viva? ¿Se lo has dicho? —No, aún no he hablado con él, lo nuestro acabo muy mal. Cuando conocí a tu padre tenía quince años y me enamoré tan intensamente, tan locamente como jamás en mi vida he vuelto a enamorarme de nadie. Con esto no digo que no lo haya estado de mis maridos, pero dicen que el amor solo es irreplicable con una persona y ese fue el que viví con tu padre. Fuiste muy deseada y fruto de un inmenso amor. —¿Es Dante Farrow? —la pregunta se escapa de mis labios sin poder evitarlo. La cara de Bianca refleja una expresión indescifrable. —No, tu... padre... —titubea nerviosa— es... —No —la interrumpo—; ahora no quiero saberlo, primero necesito empezar a asimilar todo esto. Así que no se lo digas ¿de acuerdo? Me mira sorprendida y muestra una enorme sonrisa, creo que le acabo de ahorrar un mal trago. Antes dijo que las cosas entre ellos no acabaron bien. —Por supuesto, no sabes lo feliz que estoy, lo bien que me siento. Tenemos que salir, irnos a comer, de compras —dispara entusiasmada— ¡Dios! tenemos tantas cosas que hacer juntas ¿Quieres Chloe? Afirmo con la cabeza pese a que no estoy del todo segura, ya que vuelve a pasar por mi mente la imagen de la amargura de mi madre. —Yo lo único que quiero es que nadie sufra con todo esto —confieso sinceramente. —Nadie va a sufrir, tu madre es una mujer muy fuerte —su comentario me confirma que es plenamente consciente del estado de inquietud de mi madre—. No viviré lo suficiente para poder agradecerles lo que han hecho por ti y por mí. Mi mayor felicidad es que estás viva. Te quiero, Chloe, más de lo que te puedas imaginar. Sus palabras han calado muy hondamente en mí. Bianca vuelve a abrazarme derramando toda su ternura y me besa repetidamente en las mejillas, sacándome una sonrisa; me gusta su demostración de afecto, la acompaño a la puerta y se marcha. Me voy hacia la habitación de Tawny que, como imaginaba, de arreglar su habitación, nada de nada; está tumbada en la cama leyendo. —¿Cómo ha ido? —pregunta dejando el libro sobre la mesita de noche. —Me siento bien, como si una parte de mi estuviera en paz —contesto y me tumbo a su lado en la cama. Como era de esperar me mira pidiendo información en silencio y le hago un resumen de lo que he hablado con ella. Aunque me ahorro alguna parte ya que mis gritos la tenían en alerta. —Hay algo más que quiero contarte —la miro por el rabillo del ojo, esperando su reacción; creo que hoy la he saturado bastante. —¿Joder, Chloe! ¿quieres matarme? —Me empuja intentando tirarme de la cama—. Aún me estoy recuperando de lo de Bianca. —Eres una mala amiga —le devuelvo el empujón. —Sí, claro, ten amigas y te sacarán los ojos. —¿Este es nuevo? ¿no era “cría cuervos y te sacaran los ojos”? Nos miramos y empezamos a reír a carcajadas. —Solo me faltaba tener que criarte a ti, venga suéltalo ya —Jesse Nox vino a verme. —¿Ese capullo? ¿Qué tripa se le ha roto? —Quiere que seamos amigos, me felicitó por mi relación con Alec y me contó que él también está con una chica y, por lo visto, muy enamorado. —Para empezar no me creo sus buenas intenciones, no te conoce de nada y quiere que seáis buenos amigos, me huele mal; ese tío esconde algo, no te fíes; además creo que a Seytton no le va hacer ni pizca de gracia. —Lo sé; algo me dice que entre Jesse y Alec ha ocurrido algo raro y es lo que quiero averiguar. Por ese motivo quiero ser su amiga. —Bien, ahora me toca contarte algo a ti. Tengo una cita —anuncia. —¿Quién es el afortunado que va a disfrutar de tu encantadora compañía? —le pregunto con evidente interés, ya que hace varios meses dejó de dar ese nombre a

sus encuentros. Debe de ser importante para ella. —Cariño, tengo un millar de admiradores deseando que les dedique un poco de mi atención —presume con picardía— pero el elegido esta noche es... —se queda en silencio haciéndose la interesante y resoplo alzando los ojos al cielo—. El negro más loco y peligroso de toda la costa oeste y poseedor de un cuerpo de infarto. —¿¡Lebron Jackson, el amigo de Alec!? —grito despavorida. Ya intuí que algo iba a ocurrir entre estos dos, bastaba ver la cara que se le quedo a Tawny cuando le vio. —¿Te lo has follado? —pregunto aunque no me extrañaría que lo hubiera hecho, cuando Alec y yo decidimos irnos ya había demasiada complicidad entre ellos. —¡Esos modales! —Me riñe— ¿por quién me tomas? —Finge estar ofendida—. Eso lo haré hoy —concluye partiéndose de risa. Tawny se marcha a la ducha y oigo la melodía de mi móvil, salgo disparada a cogerlo. Es mi madre, no voy a contarle la visita de Bianca por teléfono, prefiero decírselo cuando este con ella; charlamos durante un buen rato. Cuelgo y reviso las llamadas, no tengo ninguna de Alec y ningún mensaje. Me voy a la cocina, cojo otra cerveza y un paquete de palomitas. Me repantigo en el sofá y pongo la televisión. Paso de un canal a otro y al final me decido por una película que ya he visto: *Ocean's Eleven*. —¿Qué comes? —aparece Tawny toda emperifollada, está preciosa con ese minivestido plateado. —¡Quieta ahí! si no quieres que te muerda la mano, estoy famélica no he comido nada en ese odioso almuerzo. —Pues yo pienso comer hasta reventar —se lleva la mano a la boca haciendo un gesto bastante obsceno. —Diviértete y déjalo seco —le digo soltando una risotada franca, no tengo la menor duda de que lo va a destrozar. Tawny me da un beso no sin antes robarme un buen puñado de palomitas y se marcha. Prosigo con mi sesión de cine después de hacerme con otro paquete de palomitas. Llaman a la puerta, abro y al otro lado me encuentro a Alec. Está impresionante con unos vaqueros que le sientan de lo mas sexy, una camiseta blanca y una cazadora de cuero negra; ha debido darse bastante prisa, todavía tiene húmedo el pelo, lo que aún le hace mas irresistible; pero por su expresión creo que está de mal humor. —¿Qué haces aquí? —me suelta con un gruñido. Pongo los ojos en blanco, me encanta sus saludo;, mi instinto no se ha equivocado, efectivamente viene cabreado. —Vivo aquí —respondo apartándome para que entre. —Ya no —dice secamente. ¿He oído bien? Por lo visto su enfado se debe a que esperaba que yo estuviera en su casa. Esto me parece totalmente absurdo. —¿Perdón? ¿Quién lo ha decidido? Otra de mis preguntas idiotas, pero cuando me pone tan nerviosa consigue bloquearme hasta el cerebro. —Me gustan recién hechas ¿tienes más? —Mete la mano tranquilamente en mi paquete de palomitas llevándose una a la boca. —¿Como tienes la cara tan dura? —le espeto cerrando la puerta tras él. —No te enfades, solo he cogido una —tuerce los labios para disimular una sonrisa; por lo visto mi irritación le divierte. —No me refiero a las palomitas y lo sabes muy bien. Así que no te hagas el tonto —le recrimino; su desfachatez me saca de quicio. Exhala un hondo suspiro y se acerca lentamente hacia mí. Un destello salvaje le atraviesa los ojos pero dura un instante; es increíble cómo con tan solo su proximidad consigue turbarme, su magnetismo me tiene completamente hechizada. —¿Mi gatita tiene ganas de pelea? —pregunta en tono meloso y mi respiración se acelera. Intenta acariciarme la cara pero consigo reaccionar a su embrujo y la retiro; sé lo que pretende. —Cuando alguien decide por mí, por supuesto —le desafío y apoyo las manos en mi cintura. Alec me observa traspasándome con la mirada. —¿No quieres vivir conmigo? —percibo un cierto desasosiego en su voz y su bello rostro se ensombrece. —No se trata de si quiero o no, se trata de por qué lo decides tú solo. De pronto mi cerebro se convierte en un autentico caos ¿es lo que quiero realmente? Una parte de mí piensa que es demasiado

precipitado y en cambio la otra acepta con total sumisión. —Te dije que todo iba a cambiar y te recuerdo que ya hemos vivido juntos —dice con calma. Lo que acaba de decir no tiene ni pies ni cabeza y aún me enerva más que todo lo relacione con nuestro pasado. —¡Por el amor de Dios, Alec! Éramos unos niños —levanto la voz y sacudo la cabeza. —Bien ¿y qué cambia? —Mi actitud sigue sin alterarle. —Lo cambia todo; ahora somos dos adultos y necesitamos conocernos más. —Entonces más a mi favor; esta es la mejor manera, en casa conmigo —aparece su tono autoritario. —La mejor forma de conocerte es no encerrarte en ti mismo —añado y trato de relajar mi tono de voz— que confíes en mí, que contestes cuando te pregunte sin salirte por la tangente. Alec, tienes que aprender a pedir las cosas, a no decidir por mí, haciendo siempre tu santa voluntad, a hacer que participe en las decisiones que estén relacionadas conmigo —le reprocho— ¿tan difícil es para ti? —¿Has acabado? —suspiro y asiento con la cabeza, aún vacilante —Bien, pues andando, nos vamos. Con esto último me vuelve a hervir la sangre, me ha prestado la misma atención que el que oye llover. Es decir, ninguna. —Pero... ¿no has oído lo que te he dicho? —le grito; obviamente en vano, sigue firme en su decisión. —Alto y claro —dice con su típica arrogancia. —¿Es lo único que tienes que decir? En ningún momento te he dicho que esté de acuerdo. Sigo en mis trece de hacerle entender que no cuenta solo lo que él decida. —Te recordaré lo que te dije: eres lo más valioso que tengo en la vida y lo que más necesito ¿no es suficiente para ti? Mi rabia disminuye al ver la expresión de desamparo en sus ojos, es la primera vez que la veo. Al saber lo que significa para él y lo que él significa para mí, abandono de inmediato mi resistencia. Nos miramos el uno al otro en silencio; de golpe me agarra por las caderas y me arrastra hacia su cuerpo, posee mi boca igual que lo hace con mi cuerpo; nuestras lenguas se enredan codiciosas, anhelantes por ese contacto y me incendio por dentro; es un beso salvajemente posesivo. —Esta noche me gustaría que la pasáramos aquí ¿quieres? —le digo recuperando el aliento. Le implico en mi decisión, no pienso abandonar la idea de que tiene que aprender a pedir lo que quiere y dejar de decidir por mí. —De acuerdo —consiente encogiéndose de hombros— tengo hambre ¿has cenado? —Tres paquetes de palomitas —admito tan contenta. —¿Tres? ¿Quieres ponerte enferma? —pregunta escandalizado con el ceño fruncido. —Vaya, cogeré un empacho ¡Qué horror! —contesto burlándome. —Eso no es comida —me reprende muy serio —, llamaré para que nos la traigan. —Puedo prepararte algo si quieres; aunque te aviso, no soy buena cocinera pero hago unos sándwiches espectaculares —Alec me mira sorprendido ante mi ofrecimiento. —Me encanta correr riesgos, no creo que se te ocurra envenenarme. Le pego un codazo y se deja caer en el sofá arrastrándome con él. Me muerde por el cuello ahogando su risa y provocando la mía con las cosquillas que me hace. Me remuevo y consigo levantarme, tiro de su mano y me lo llevo a la cocina. Abro el frigorífico, le doy una cerveza y se sienta en uno de los taburetes; me mira sonriente mientras preparo los sándwiches. Su expresión complacida se debe a que acaba de salirse con la suya, ha conseguido lo que quería, aunque en este caso tengo que admitir que yo también lo deseo. Le quiero y quiero estar con él en su casa, en su vida y, sobre todo, en su corazón. Pongo el pan en la tostadora y saco de todo lo que veo por la nevera para ponerle al sándwich; vuelvo a pedir su opinión para que elija lo que quiere que le ponga, creo que poco a poco lo conseguiré. —¿Cuándo piensas contármelo? —inquire pausado y a mí se me corta la respiración al escucharlo. ¡Ay Dios! Espero que su alusión no tenga nada que ver con Jesse. Aunque si así fuera solo significaría que ha sido el propio Jesse quién se lo ha contado. El ambiente se ha tornado repentinamente gélido. —¿A qué te refieres? —pregunto como si tal cosa

en un intento de ocultar mis nervios; evito mirarlo a los ojos. Me levanta la barbilla para que le mire, debe de haberse percatado de algo, ya que me observa atentamente y su sonrisa ha desaparecido. De todos modos en algún momento se lo tendré que decir; o mejor no ¡Mierda! No sé qué hacer. —Lo que te preocupaba en Boston —responde con determinación y le da un largo trago a su cerveza. Me recorre una sensación de alivio, mi pobre corazón creo que vuelve a la normalidad; este hombre cualquier día me provoca un infarto. —Supe quién es mi madre biológica —le observo para ver su reacción y no parece sorprenderle. —Bianca Wellintong —pronuncia sin la menor vacilación. —¿¡Cómo lo sabes!?! —levanto la voz perpleja; he sido yo la que me he llevado la sorpresa ante su descubrimiento. —Vuestro parecido es asombroso, sois dos gotas de agua y ya te he repetido en más de una ocasión que soy muy observador. Ahora entiendo su reacción; cuando coincidimos con ella en Boston, no dejaba de mirarnos, primero a una y después a la otra. —El simple parecido con otra persona no es motivo para que se deduzca algún tipo de parentesco —replico. —Lo que dices tiene su lógica pero si tenemos en cuenta que sé la historia de Bianca, la unimos a vuestro parecido y a la huida de tu madre del restaurante cuando la vio, creo que estoy en lo cierto. Le doy la razón y vuelvo a hacer otro breve resumen de mi conversación con Bianca. De pronto caigo... creo adivinar cómo sabe él la historia, debió de contárselo Jake ya que Charlotte lo tuvo que poner al corriente de todo. —¿Sabes de qué me alegró? —Añado con entusiasmo— Fui fruto de un gran amor. Alec se inclina hacia delante y me llena la boca con un beso. —¿Quién es tu padre? —me interroga al tiempo que se mete en la boca un trozo de queso; me ha quedado claro que tiene hambre, no ha parado de picotear mientras termino de prepararle el sándwich. —Todo a su tiempo, primero necesito asimilar que acabo de conocer a mi madre biológica —contesto tratando de no pensar en ello. Por lo que veo mi respuesta lo deja satisfecho y termina su interrogatorio; yo acabo de preparar lo que se podría definir como una aberración de sándwich, jamás he visto tantos ingredientes juntos. —Nena, esto es... —se echa a reír con esa risa contagiosa que tiene— Noticias de última hora: El señor Alec Gerald Seytton presidente de Seytton Enterprises Corporation, muerto a manos de su bella y dulce novia con un sándwich bomba. —¿Qué idiota eres! tú has elegido todo lo que has querido que pusiera —reniego luchando por contener la risa; le saco otra cerveza, con la bebida no le he dado a elegir, ya que es lo único que nos queda. —¿Puedo elegir como quiero que me mates? —arqueo una ceja, me espero cualquier barbaridad que se le ocurra— follando, nena, márame de ese modo y me iré muy contento al infierno. —Tu humor macabro no tiene gracia —le repruebo frunciéndole el ceño. Me inquieta que se burle de la muerte. —Ven aquí, tonta —dice dando una palmadita sobre sus rodillas. Obedezco; intenta darme de comer pero lo rechazo, no tengo hambre; al final va a ser cierto que estoy empachada de tantas palomitas; lo que sí hago es beber un trago de su cerveza e intentar levantarme pero deja claro con un gruñido que no quiere que lo haga, así que resoplo y me quedo acoplada entre sus piernas hasta que el señor acabe de comer. —¿Quieres algo más? —giro la cabeza cuando veo que ha terminado. —Otra vez preguntas lo que ya sabes —dice esparciendo pequeños besitos por mi cuello hasta llegar al lóbulo de mi oreja, que lo mordisquea y lo chupa a su antojo; un delicioso placer cargado de voluptuosidad se difunde por todo mi cuerpo. Me pone en pie con él y su mirada se encuentra con la mía; trago saliva ante la apasionada promesa que veo en sus impactantes ojos azules, toma mi boca con ternura pero su beso se transforma en puro fuego en unos instantes, desatando una tormenta dentro de mí. Apenas me he dado cuenta de que me ha bajado la cremallera de la falda y la tengo echa un revoltijo en

mis pies, me levanta un poco y salgo de ella; a continuación mis braguitas corren la misma suerte. Estoy desnuda de cintura para abajo a excepción de las medias. —Muy sexy —dice con la voz ronca; su cálido aliento roza provocador el lóbulo de mi oreja y me eriza toda la piel del cuerpo —; escandalosamente irresistible —me recorre con una mirada lasciva—. Te hicieron adrede para que me volvieras loco —pasea su índice por el borde de encaje de la liga. Me pega a su cuerpo y noto cómo empuja su impresionante erección a través del pantalón. Me coge en brazos y me lleva hacia mi habitación. —Me llevaré esta puerta —comenta mientras la abre, sé que lo dice por la fotografía mía que hay en ella y me río contra su cuello. Me deja de pie en el suelo y besa mi boca con deleite mientras va desabrochando mi blusa; la desliza por mis hombros sin dejar de besarme y continúa con el sujetador. De pronto se arrodilla, coge mis nalgas entre sus manos y empuja mi sexo hacia su ávida boca. Hundo mis dedos en su pelo mientras su experta lengua acaricia cada milímetro, gimo con cada roce y mis caderas se acompañan a su ritmo. Echo la cabeza atrás y cierro los ojos perdiéndome en esta bruma de placer. Mi sexo se estremece. Busco un punto de apoyo, mis piernas flaquean y me agarro al tocador que tengo detrás de mí. Me restriego sin pudor contra esa boca presa del éxtasis y se me escapa un grito cuando siento sumergirse sus hábiles dedos dentro de mí una y otra vez, al mismo tiempo que hace vibrar su lengua sobre mi clítoris. Jadeo y gimo con la misma intensidad que mis músculos se aferran a sus dedos y culmino entre impetuosos temblores. Respiro profundamente; su boca aún sigue acariciándome con suavidad; bajo la cabeza y nuestros ojos se encuentran, le sonrío complacida y comienza a besar cada centímetro de mi piel mientras asciende. —Ahora voy a follarte —dice y roza mis labios con su dedo. —No esperaba menos de ti —le desafío con una sonrisa. Alec entorna los ojos y mete su dedo en mi boca; noto mi propio sabor y cierro mis labios a su alrededor chupando ávidamente; sus labios se entreabren y su respiración se acelera. Llevo mis manos a la cintura de sus vaqueros y comienzo a desabrocharlos, mis dedos se demoran dibujando su erección por encima de la tela de sus bóxers. —Eres una provocadora —murmura; retira el dedo de mi boca y se quita la camiseta. —Tengo un excelente maestro —aprovecho y deslizo mi mano dentro de sus calzoncillos; la muevo por su miembro erecto, duro y caliente acariciándolo, apretándolo; noto cómo palpita y se humedece. Alec cierra los ojos y empuja hacia mi mano disfrutando de mi caricia; sigo subiendo y bajando por toda su longitud, gime cuando le rozo y bordeo con mi pulgar su hinchado glande. Está tan excitado que lubrica sin parar. Apoya su mano sobre la mía acompañando mis movimientos durante unos instantes, vuelve a besarme con ternura y aparta su mano llevándose la mía. Me levanta del suelo y me deja sobre la cama; aún me sorprende su fuerza, me maneja como si fuera ligera como una pluma. Se desprende de sus pantalones junto con sus bóxers y avanza hacia mí con el sigilo de un felino, con esa mirada que hace que me derrita. La anticipación crece en mi interior, atrapa mis muñecas y las sube por encima de mi cabeza, inmovilizándome con su cuerpo. Tiene esa mirada feroz y sus músculos en tensión desprenden una energía arrolladora. Exhalo un suspiro cuando siento la delicadeza con que comienza a entrar en mí y levanto mis caderas gozando de la exquisita sensación de sentirlo dentro. La cálida dulzura de su lengua recorre mi cuello, convirtiendo mi sangre en lava. Suelta mis manos y apoya sus antebrazos a ambos lados de mi cara oprimiendo mi cuerpo con el suyo. Entra y sale a un ritmo lento, pausado, haciéndome disfrutar de cada centímetro de él y provocando que todos mis sentidos entren en ignición. Entierro mis dedos en su pelo y me entrego en cuerpo y alma a mi propio dios del sexo, que me transporta directa al paraíso. Gimo, necesito que aumente el ritmo y

lo expreso retorciéndome debajo de él. —No... no... disfrútalo cielo —dice entre gemidos siguiendo con su destructora lentitud. Atrapa mi pezón entre sus labios y chupa despacio, mi cuerpo se arquea hacia su boca y cierro los ojos deleitándome en esta deliciosa sensación; cambia el ritmo empujando y rozándome justo en el punto exacto, provocando que todo mi cuerpo se estremezca; me va a llevar directa a esa vorágine de placer. Mis entrañas se aceleran al sentir que sus movimientos suaves y calmados dan paso a embestidas fuertes y agresivas. —¡Dios, Alec, no aguanto más! —jadeo enloquecida, mi pecho sube y baja convulsamente y clavo mis uñas en los tensos músculos de su espalda; Alec masculla algo en mi boca y sucumbo en un orgasmo devastador, un placer indómito e irrefrenable se difunde por todo mi cuerpo. Sale de mí y vuelve a entrar con fuerza, noto que está a punto, todo su cuerpo se tensa y de su garganta sale un gruñido casi animal mientras se pierde en su clímax. Sale de mí con la misma dulzura que entró y se tumba a mi lado arrastrándome hacia su cuerpo. Apoyo la mejilla en su pecho y le beso. —Te quiero —susurro. Sus labios buscan los míos impregnados de adoración, de amor; es su forma de decirme lo que siente por mí; lo expresa con todo su cuerpo, con todo su ser; sin embargo no pronuncia esas palabras que tanto me gustaría oír, lo cual me hace pensar con temor que realmente sus miedos no se han alejado, siguen ahí; simplemente los está ignorando, pero... ¿Por cuánto tiempo?

CAPÍTULO 18

AÚN no me lo creo, el tiempo ha volado literalmente, aquí estoy admirando las maravillosas vistas panorámicas de la siempre excitante Nueva York, que me ofrece esta torre de marfil y lujo donde vivo ahora mientras disfruto de mi delicioso café. Alec se ha tenido que marchar, por lo visto tenía una reunión muy importante; en este asunto seguimos igual, nunca me cuenta qué hace o deja de hacer, se limita a decirme que no quiere aburrirme. Han pasado tres semanas; la dos primeras han sido mágicas, verdaderamente he estado en el paraíso con Alec. En cambio la tercera ha resultado un autentico caos; estoy habituada a sus cambios de humor, pero está bastante raro y por supuesto no hemos adelantado mucho en lo que se refiere a abrirse conmigo, sé que algo le preocupa pero su mutismo es impenetrable. No hemos parado de discutir; si tuviera que clasificar los motivos, el principal es el temor que tiene a que algo me ocurra, algo que hasta cierto punto podría entender, sin embargo en él es obsesivo. Otro motivo de discusión fueron sus celos cuando me fui a comer con Hermes, su intransigencia me llegó a sacar de quicio; esto me recuerda que aún no le he comentado mi reciente amistad con Jesse Nox, no me atrevo, sé que su reacción va a ser terrible y no veo el momento de contárselo. La parte positiva de esta incipiente relación de amistad es que después de su visita sorpresa tan solo me llamó una vez, la típica llamada de cortesía para ver cómo me encontraba; otro día nos encontramos por pura casualidad en una cafetería y tan solo hablamos unos pocos minutos ya que iba acompañado por su agente y varias personas más; me comentó que estaba dando clases de tenis a los niños de una casa de acogida; por supuesto me conmovió que dedique algo de su preciado tiempo a los más desfavorecidos. Acabo de enfundarme en un precioso vestido blanco y negro de *Dior*, regalo de Bianca, que provocó otra discusión con Alec pues yo no había querido que me llevara de compras y él tenía la brillante idea de renovar todo mi vestuario. Entiendo que quiera darme de todo pero ya es excesivo; aunque aparentemente se calmó comprándome todo un cargamento de ropa interior, tanto que podría montar mi propia boutique; me quedó bastante claro que tiene algún tipo de fetichismo con ello, estaba pletórico con sus compras. Me calzo unos zapatos de salón de *Christian Louboutin* en color negro y recuerdo con una sonrisa el detalle de Bianca; se ha propuesto celebrar, cada vez que quedemos, uno de los cumpleaños que no pudo estar conmigo, así que este fue mi regalo por mi quinto cumpleaños; por la misma regla de tres decidió que todos los veinticinco de cada mes celebraremos la Navidad. Alec me sorprendió con una escapada de fin de semana a Boston. Sabía perfectamente que estaba inquieta y preocupada por mi madre. Me llevé una enorme alegría al comprobar que todo su miedo a perderme había desaparecido, de

hecho hasta bromeamos; mi padre cuando vio cómo nos reíamos nos recordó que él ya había vaticinado que esto ocurriría. Y fue ella misma la que me animó a que diera la noticia a Charlotte y Dylan, lo que hice a mi regreso; tanto uno como el otro me dejaron boquiabierto con sus demostraciones de cariño y de alegría, de Charly me lo esperaba, pero la reacción de Dylan fue toda una maravillosa sorpresa para mí. Salgo de la habitación y me dirijo a la cocina a despedirme de Corina; es una mujer encantadora a la que cada día tengo más cariño, seguro que tendrá mi desayuno preparado pero apenas tengo hambre; acabé mi tratamiento de choque hace una semana para continuar con otro menos agresivo y creo que mi estómago se está empezando a resentir. De pronto me quedo paralizada al ver lo que está sucediendo en la cocina. Hay un hombre negro de espaldas abrazando a Corina. —¿Quieres quitarme las manos de encima? —dice ella intentando zafarse de él, pero la tiene bien sujeta mientras la besa por el cuello. Aunque por su tono de voz compruebo que no la está molestando. ¿Será su pareja? ¿Quizás su novio? Ella me dijo que era viuda. —Eres muy arisca Corina —contesta él, sin dejar de dedicarle sus cariñosas atenciones. No sé qué hacer, debería marcharme y no interrumpir este momento. Pero de repente ese hombre se da la vuelta y el corazón casi se me sale por la boca al ver quién es. —Hola, Chloe, ¿qué tal estas? Hace tiempo que no te veía —me saluda con absoluta tranquilidad apartando una de las sillas altas y se sienta. —¿Lebrón? —consigo pronunciar su nombre; me he quedado de piedra. Corina me sonrío y planta delante de mí un estupendo desayuno. ¿Qué ocurre aquí? ¡Dios, está liado con ella! Enseguida viene a mi mente la imagen de Tawny. —Alec no está —le informo con sequedad. —Ya —contesta encogiéndose de hombros. ¿Será caradura? —¿Querías hablar con él? —interrogo dejando clara mi incomodidad con su presencia. —No —responde sin levantar la cabeza del plato, aunque por el leve movimiento de sus hombros creo adivinar que... ¿se está riendo? Eso aún me enfurece más. No sé qué edad tiene Corina y reconozco que es una mujer bastante guapa pero... ¿le gustan las mujeres mayores? ¿O quizás se está aprovechando de la situación? Esto no me gusta nada. —Entonces ¿a qué has venido? ¿a desayunar? —Le espeto con cinismo y me cruzo de brazos esperando una explicación por su parte. —Sí —afirma; en ese momento Corina se gira y le asesta un sonoro manotazo en la nuca. Ahora mi perplejidad se ha transformado en asombro. —Chloe, este sinvergüenza es mi hijo —me informa Corina dirigiéndole una mirada reprobatoria a Lebrón. —Serás ca... —me trago la palabrota por respeto hacia Corina— no te costaba nada haberlo dicho. —Tu cara era divertida y creo que tu cabecita estaba pensando mal. ¿A que es preciosa? Menudo capullo, por supuesto que he pensado mal; era lo que él buscaba. —Lo es; eres toda una belleza, Corina. —¡Oh, por favor! ¿Queréis dejarlo ya? Nos echamos los tres a reír y, ya recuperada del susto, me siento a su lado. Le echo un vistazo por el rabillo del ojo; lleva unos vaqueros desteñidos y un jersey blanco que destaca inmaculado sobre su piel oscura; es un hombre muy guapo y bastante divertido, no ha dejado de hacerme reír contándome anécdotas de cuando era pequeño, no me extraña que tenga a Tawny loquita; desde su cita no han dejado de verse y por lo visto consiguió a la que según decía se iba a cortar las cuerdas vocales antes que cantar en su local. Ahora, eso sí: este está cortado por el mismo patrón que Alec, igual de posesivo; Tawny canto solo para él. La curiosidad me asalta de repente al darme cuenta de esta coincidencia. —¿Hace mucho que conoces a Alec? —pregunto a Lebrón mientras, como dice Alec, ahogo mi tortita en chocolate. —A ese ángel le debemos todo, todo —se adelanta a responder Corina. Su comentario acapara toda mi atención; de todas las apelativos que pudieran dedicar a Alec, jamás hubiera imaginado —y menos viniendo

de alguien que trabaja para él— que utilizaran el de “ángel”. —Es cierto, le salvo la vida — confirma muy serio Lebrón e intercambia una mirada afectuosa con su madre. Me invade un inmenso orgullo al descubrir esta hermosa actitud de Alec. —¿Cómo fue? —pregunto intrigada. — La iban a matar —suelta Lebrón dejando los platos del desayuno en el fregadero. Abro la boca sin conseguir emitir ningún sonido. —Si, Chloe, —prosigue Corina cogiendo mis manos entre las suyas ante mi consternación— por lo visto elegí mal el hombre de quien me enamoré; casi acaba con mi vida y la de mi hija de diez años. El apareció de la nada y lo impidió. —Lo que quiere decir exactamente es que se cargó a ese hijo de puta. —¿Iba armado? —pregunto con recelo. —Si; de no haber sido así, mi madre no estaría ahora aquí; aquel cabrón la tenía encañonada —percibo la tensión en sus palabras. Su confesión me acaba de helar la sangre ¿qué hacia Alec en pleno corazón del Bronx y armado? Por supuesto que me alegro, ya que fue lo que le salvo la vida a dos personas, sin embargo no puedo evitar que una sensación inexplicable remueva mis entrañas. — Chloe, quiero pedirte que no le digas nada, por favor; a él no le gusta. No puedes ni imaginar todo lo que ha hecho por nosotros, nos devolvió la vida dándonos una nueva, sacó a Lebrón de la cárcel y le ofreció un trabajo. Y mira ahora a mi chico, es todo un hombre de negocios —le dedica una mirada con orgullo— y dejó toda esa basura atrás. Y a mí me paga más de lo que realmente debería, es un buen hombre —su voz está cargada de agradecimiento y sinceridad. Lebrón abraza a su madre y la besa con cariño. —Tengo que largarme. Chloe, cuida mucho a ese cabrón; se lo merece —me da un beso en la mejilla y se marcha. Pienso de nuevo en lo que Corina me ha pedido; que Alec no quiera que nadie sepa lo que hizo por ellos le honra. Llamen a la puerta y Corina se marcha a abrir. Me pongo el abrigo y cojo mi bolso con las manos aún trémulas por todo lo que he oído. Tengo que irme si no quiero llegar tarde al trabajo. —Hola, preciosa —la voz de Warren me sobresalta— ¿Dónde está mi muchacho? —Tenía una reunión, se marchó temprano —le informo con una sonrisa forzada. —Bien, ya le llamaré ¿puedo llevarte a algún sitio? —se ofrece recorriéndome con la mirada; no me gusta en absoluto este hombre. —No hace falta que te molestes —me excuso; no quiero irme con él. —Preciosa, para mí es un placer llevarte a dónde quieras. Acepto con desgana disimulada y me marchó con él. Subimos a su coche y en ese instante le llaman por teléfono; Warren se enfrasca en su llamada mientras yo miro por la ventanilla soltando un suspiro de alivio; al menos me libero de estar manteniendo una conversación con él. Intento no prestar atención a lo que habla pero su voz es tan enérgica que me resulta imposible; de pronto consigue toda mi atención al oír que le dice a su interlocutor el nombre completo de Alec y su fecha de nacimiento: veinticinco de noviembre. —¿¡Mañana es el cumpleaños de Alec!?! —Me giro hacia él sorprendida. —Sí ¿no lo sabías? —me mira extrañado. El vehículo se detiene y el chófer me abre la puerta. —No y me alegro de haberme enterado a tiempo —contesto entusiasmada—. Le prepare una gran fiesta, gracias por traerme. Warren asiente con la cabeza y me despide con una sonrisa; en el fondo le tengo que agradecer haberme enterado. ¿Por qué Alec no me ha dicho nada? Habrá pensado prepararla él mismo y sorprenderme a mí; viniendo de él me espero cualquier cosa, pero si es así se va a encontrar con dos fiestas, me río para mis adentros. Llego a la agencia plétórica de alegría, quiero darle una enorme sorpresa a Alec: nuestro primer cumpleaños juntos. La pobre Marydol me comunica que tengo un almuerzo con Farrow y que un coche pasará a recogerme pero no le hago mucho caso. Me pongo rápidamente a buscar el número de teléfono de una de las mejores pastelerías que conozco para encargar la tarta. Me atiende una chica muy amable y le pido que me preparen una tarta de merengue que le encanta a Alec; ese dato

lo descubrí el fin de semana que estuvimos en Boston, mi abuela preparó una y casi se la termino él entera; y, cómo no, rellena de arándanos. Y lo más importante: veintinueve velitas. Llamo a Tawny y le explico la idea que tengo para la fiesta sorpresa de Alec. Quiero un dragón; sé que no es fácil pero ella seguro que lo encuentra. Le pido el teléfono de Lebrón, hablo con él comentándole mi idea sobre la fiesta y enseguida se ofrece para que lo hagamos en su local; me parece perfecto, pero parece increíble que no tuviera la menor idea de cuándo era su cumpleaños y me sorprendió mucho diciéndome que Alec nunca había asistido a ninguno suyo. He hablado también con Jake y su actitud apática me ha dejado un poco desilusionada. Me ha pedido que pase a verle antes de ir a casa. Me apoyo en el respaldo de mi silla y respiro hondo; estoy sobrecargada de expectativas; es todo muy precipitado pero lo conseguiré; quiero darle lo que se dice su mejor fiesta de cumpleaños, pienso sonriendo como una idiota, estoy eufórica. Recojo unos documentos y me voy a la reunión de mi nuevo equipo. Entro en la sala de reuniones y me siento al lado de Henry, una mente privilegiada en lo que se refiere a informática; intento acomodarme en la silla, para diez minutos se puede aguantar pero cuando tienes que estar una hora es una autentica tortura, la misma que estoy comprobando que comienzan a sufrir mis pies con estos zapatos. Mi jefe le cede la palabra a Stevens, el asesor de asuntos internacionales. Ha transcurrido más de media hora y este hombre continúa su verborrea, alzo los ojos al cielo en una muda plegaria. Al cabo de quince minutos más durante los que no he parado de mirar disimuladamente la hora, finaliza la reunión. Regreso de nuevo a mi mesa y tengo a Marydol allí plantada esperándome. —El coche que viene a recogerte ya está esperando —me comunica—. Por cierto, tu donativo para el día de Acción de Gracias. —¡Mierda! ¿Cómo se me ha podido olvidar? —Lo estoy recogiendo hoy —me tranquiliza. Abro el monedero y le doy unos billetes, la recaudación va destinada a uno de los comedores sociales. —Me refiero a que aún no le he dicho a Alec que nos iremos a Boston y es este jueves —le comento mientras me pongo el abrigo y recojo mis cosas. Al pasar por delante del despacho de mi jefe, me detiene. —Chloe, ¿te marchas? —Tengo el almuerzo con Farrow. Por cierto ¿me necesitas esta tarde? Se rasca la barbilla pensativo. —Creo que no —suelta al fin. —Me harías un enorme favor si me la pudiera tomar libre —junto mis manos a modo de ruego. —De acuerdo, pero... no te acostumbres, señorita. —No lo haré, un millón de gracias —le agradezco con una enorme sonrisa. Me encamino hacia los ascensores y mis pies vuelven a recordarme que ha sido una mala idea estrenar hoy estos zapatos. Salgo a la calle y entro en el vehículo que me espera. Tras cuarenta minutos de un tráfico terrible, llego al restaurante. Me dirijo al bar; la chica que me ha atendido al llegar me ha informado de que el señor Farrow se encuentra allí. —Hola. —Pensé que mi almuerzo era con Dante. —¿Decepcionada? —No, claro que no —respondo con soltura; con Derek me siento mas cómoda, no tiene la mirada escrutadora de su hermano que parece que me estuviera evaluando en todo momento. —¿Una copa de vino? —me ofrece y acepto con una sonrisa—. Como no pude asistir a la reunión que se hizo para la presentación de vuestro equipo, quería que algún componente me pusiera al tanto de todo y pensé de inmediato que tu serías la persona más idónea; tengo muy buenos informes de ti. —Claro, estaré encantada de contestar a todo lo que quieras saber —sonríó sin disimular el orgullo que siento porque haya pensado en mí; no quiero pecar de presuntuosa pero he luchado y trabajado mucho para conseguir mi oportunidad. —¿Chloe? —me giro al oír mi nombre; es Bianca. Lo primero que hago es mirar sus zapatos y me alegro al ver que lleva unos botines con pinta de ser muy cómodos. —¡Que sorpresa! —La beso en la mejilla y me

giro hacia Derek— señor Farrow, ella es Bianca Wellintong —les presento, no tengo claro si conoce a Derek. De pronto se instala una extraña tensión en el aire; clavan sus miradas el uno en el otro y me estremezco al ver que sus ojos rezuman cierta indignación ¿Qué ocurre aquí? —Somos viejos amigos —aclara Derek— ¿Qué tal te va la vida, Bianca? —extiende su mano. —No podía irme mejor —Bianca responde con aparente serenidad y se la estrecha. Sin embargo percibo cierta frialdad entre ambos, pese a ser, como dicen, viejos amigos; creo que tanto uno como el otro no se han alegrado mucho de volver a verse. Cada vez estoy más segura de que aquí ocurre algo raro. —Derek ¿me disculpas un momento? Tengo que ir al baño —intento disolver este momento de tensión y sacar del apuro a Bianca —¿Me acompañas, por favor? —Me dirijo a ella cogiéndole la mano; la tiene helada y temblorosa. —Por supuesto. Bianca, ha sido un placer volver a verte —apostilla Derek y noto cierto cinismo en su voz. Bianca sin embargo no contesta y me lleva hacia el cuarto de baño con paso firme. —¿De qué le conoces, Chloe? —me pregunta nada más entrar. —Es nuestro mejor cliente —explico. Se aclara la garganta con sutileza, abre su bolso y me dice: —Sí, cariño, conozco a los dos —comenta mientras se retoca el maquillaje; es algo innecesario, está perfecta; más bien diría que intenta disimular su turbación y mantener una postura relajada delante de mí. —Ellos vivían en Rusia ¿Cuándo les conociste? Nuestros ojos se encuentran en el espejo; percibo la incomodidad de Bianca y pienso para mis adentros que estoy preguntando demasiado. —Antes de que se marcharan. —¿Qué número usas? —le digo señalando sus zapatos con el dedo. Bianca me mira desconcertada ante mi repentino cambio de conversación. —Treinta y nueve —responde alzando sus perfectas cejas. —¡Genial! ¿Me los cambias, por favor? Estos zapatos me están matando. Se echa a reír y se sienta en uno de los silloncitos que hay en un lateral de este inmenso cuarto de baño. Me siento a su lado y nos intercambiamos los zapatos. —¿Qué gusto! es como si anduviera sobre algodones. —Me alegro de haberte sido de ayuda. Salimos y Bianca se reúne con sus amigos; yo vuelvo con Derek. Me informa que nuestra mesa ya está preparada; apoya sutilmente su mano en mi espalda y me conduce hacia el comedor. Derek me retira la silla y toma asiento frente a mí; un camarero se acerca a entregarnos la carta. —La próxima semana llegan unos inversores rusos muy importantes, —comenta mientras ojea la carta— están muy interesados en la compra de unos hoteles en Niágara; tú serás la intérprete que me acompañará en ese viaje. —¿Yo? —pregunto y mi rostro no puedo disimular la alegría, este sería mi primer viaje de trabajo. Me lanza una mirada complacido por mi reacción y prosigue; seguimos charlando sobre todo lo que se habló en la reunión; pese a que su aspecto es más desenfadado que el de Dante, me impresiona su enfoque tan profesional y su faceta como hombre de negocios; es muy diferente a su hermano, con él me siento mucho más relajada y participativa. Mi móvil comienza a vibrar y es un mensaje de Alec. Lo abro y leo. *Eres una agradable sorpresa, gira tu preciosa cara hacia la izquierda.* Hago lo que me dice y ahí está; me aparece una sonrisa pero enseguida se desvanece al ver que está acompañado de una rubia muy guapa. Le mando un mensaje. *Sígueme.* La historia se repite, pero ahora soy yo la que ordeno; me excuso por segunda vez con Derek que me dirige una mirada sorprendida, solo hace un momento que he ido al baño; ya me inventaré una excusa. Camino decidida hacia el pasillo del baño pero no noto que nadie venga detrás de mí y ralentizo el paso. ¿Será capaz de no hacerme caso? Me giro y efectivamente no viene; la rabia se va instalando en mi estómago. Se acercan dos señoras y, claro, no puedo quedarme aquí plantada como una seta; vuelvo a mirar y nada. Qué estupidez por mi parte, él sí da órdenes y yo obedezco como una idiota; pero este capullo no

recibe órdenes de nadie, en más de una ocasión me lo ha dejado bien claro. Entro en el baño y disimulo lavándome las manos. ¿Pero qué estoy haciendo? Acabo de dejar a mi mejor cliente en la mesa y este descarado sinvergüenza ha pasado de mí. Salgo del baño y me doy de bruces con un torso duro como el acero, unos brazos fuertes que me envuelven y unos labios familiares pegados a los míos que de pronto se convierten en un beso intenso y prolongado; la adrenalina comienza a circular a raudales por mis venas y me hace olvidar todo lo que me rodea. Separo mi boca de la suya y le miro rabiosa; me enfado conmigo misma al ser tan vulnerable con él, la influencia que tiene sobre mí; como era de esperar en su cara está instalada esa sonrisita arrogante y me dan ganas de borrarla de una bofetada. —¡Caramba, que humor! pensé que te alegrarías de verme —suelta escrutándome con la mirada. La tensión de su mandíbula me indica que está molesto por algo. —¿Tienes reuma en las piernas? —le amonesto pegándole un toque con mi rodilla— ¿Por qué has tardado tanto? ¡Oh, claro! El señor estaba demasiado ocupado charlando con la rubia —le espeto alzando levemente la barbilla y enseguida me arrepiento de dejar tan evidente cómo me siento. —¡Mi gatita está celosa! —responde burlón. Lo que me temía; ahora su expresión es divertida, lo que aún consigue exaspérame más. —Tengo que volver —le digo revolviéndome para que me suelte. —Por lo que veo te llevas muy bien con tu acompañante. ¿Qué coño haces, Chloe? —pregunta con brusquedad. Ya empezamos, mi intuición no se equivoca; de su atractivo rostro acaba de desaparecer cualquier rastro de broma. —Es Derek Farrow, un cliente muy importante. —Sé quién es, y también que fue el mismo que un día te acompañó a casa. ¿Tengo que volver a preguntarte qué haces con él? —¿Qué insinúas? —replico bastante cabreada. —Que para ser un cliente se te ve demasiado relajada y con demasiada confianza —dice arrastrando las palabras. —¿Cómo te atreves? ¿Y tú? ¿quién es esa? —contraataco intentando soltarme de sus brazos, pero es inútil. —Trabaja para Warren, ha llegado esta mañana. Y la conozco de hace muchos años, así que yo sí me puedo permitir cierto grado de confianza —dispara a toda velocidad. —Alec, este no es el lugar ni el momento, así que, si eres tan amable de soltarme, tengo que volver con mi cliente. —¿Por qué no me lo dijiste esta mañana? —Porque no lo sabía. Me exiges explicaciones de todo, sin embargo tú no me las das ¡Ah, claro! el señor todo poderoso hace lo que le sale de las pelotas, pero yo no. Trago saliva con dificultad, su mirada impenetrable me atraviesa; no hace falta decir que basta con que me mire de ese modo para que se me detenga hasta el corazón. —No hables de ese modo, Chloe —me increpa con los dientes apretados. —Si te comportas como un déspota posesivo, no me queda otra. Soy una mujer independiente, tengo veinticuatro años, no soy una niña; y no voy a consentir que dirijas mi vida ¿lo has entendido? Prosigo desafiándole y lo que detecto ahora es una total reprobación en sus ojos, pero opto por ignorar su advertencia. —Y tú te estás comportando como una niña con una pataleta. Así que no me queda otra que tratarte como tal. ¿Pataleta? Una patada era lo que te daba yo ahora mismo. —Tú me pones en este estado; pero tengo que volver, llevo demasiado tiempo ausente y no quiero problemas. Alec me suelta no sin antes dirigirme una mirada letal. Vuelvo a la mesa. Derek me mira extrañado y no me sorprende. Lo que sí me deja atónita es que gire la cabeza en dirección hacia donde se encuentra Alec ¡Mierda! —¿Va todo bien, Chloe? —pregunta observándome muy atento. Asiento con la cabeza y rezo mentalmente para que no me pregunte nada sobre mi retraso; ahora mismo tengo el cerebro bloqueado. Solo tengo en mi mente esta estúpida discusión, otra que añadir a la lista. —Siento haber tardado —me disculpo y tomo un sorbo de vino, tengo la garganta seca. —Espero no haber sido motivo de ninguna rencilla entre Seytton y tú. Casi me atraganto al

oír lo que me acaba de soltar. —Por supuesto que no —contesto con rapidez, su alusión hacia él mismo me incomoda y me hace pensar que es otro arrogante presumido. —Leí lo vuestro en la prensa; aunque no le culpo, si yo tuviera una novia como tú tendría celos de cualquier hombre que estuviera a tu lado. Le sonrío con timidez, no se me ocurre qué contestarle a su inesperado cumplido y dirijo mis ojos con disimulo hacia donde está Alec; casi se me salen de las órbitas cuando veo que está de pie abrazando efusivamente a otra rubia espectacular; ella gira la cara y la identifico de inmediato: es la *top model* Cintia Miber. El camarero aparece con nuestro pedido, ocultando tras él la visión que me está revolviendo por dentro. Sé que lo hace para provocarme y a la vez recordarme que todo lo que yo haga él me lo devolverá, el muy rencoroso. Me obligo mentalmente a tranquilizarme. —¿Tienes pareja, Derek? —enseguida me arrepiento, preguntarle sobre su vida personal es ir un poco lejos; sin embargo pienso que ya que él no ha tenido el menor reparo en hacerlo sobre la mía, no está de más que le pregunte por la suya. —No, estuve casado pero no funcionó y me divorcié —suspira aliviado—. He tenido varias relaciones y tampoco funcionaron; por lo visto aún no ha llegado esa persona especial. —¿Tienes hijos? —esta pregunta sale disparada de mi garganta antes de que pueda retenerla ¡Bien, Chloe! Creo que me estoy excediendo en abusar de su confianza, este tío acabara dándome una patada en el trasero. Acaricia pensativo el borde de la copa con el dedo. —Tuve dos hijos y murieron. —¡Dios! yo... yo lo siento —titubeo avergonzada; mi actitud indiscreta ha ido demasiado lejos. Un impulso repentino me obliga a apretar su mano en un gesto de consuelo; siento de corazón su pérdida, tuvo que ser horrible para él. Derek me lo agradece con una afectuosa sonrisa. —Por cierto, esto lo ha dejado tu madre para ti —retiro mi mano con un leve temblor ante lo que acabo de oír. Desliza por encima de la mesa un sobre hacia mí. —¿¡Mi madre! —suelto entre sorprendida y alarmada. —Bianca Wellintong. A este paso creo que hoy, a la edad de veinticuatro años, voy a sufrir mi primer infarto. —¿Cómo lo sabes? —le increpo con poca educación. —Solo basta con miraros, eres idéntica a ella. ¿No es tu madre? —pregunta un poco desconcertado. Y no me extraña, mi actitud no es muy apropiada. Tengo un nudo enorme en la garganta que amenaza con asfixiarme; inspiro y espiro lentamente intentando tranquilizarme. —Sí —confirmo y no estoy muy segura de haber hecho lo correcto— aunque te agradecería que no lo difundieras; es un tema muy delicado y personal. —Por supuesto, puedes confiar en mí. Me mira con curiosidad; por lo que veo, acabo de complicar más las cosas, estará intentando encontrar algún sentido a lo que le he dicho; o mejor, se estará preguntando el motivo por el que no quiero que nadie lo sepa. Por suerte su discreción es mucho mayor que la mía y no me hace más preguntas, lo que agradezco en el alma. Este almuerzo se está convirtiendo en una pesadilla. —¿Empezamos? Estoy hambriento —dice Derek rompiendo este incómodo silencio. Asiento con la cabeza y cojo mis cubiertos poniéndome a ello; sin embargo mi apetito se ha esfumado por completo, pero mi educación se antepone a mi desgana y hago un esfuerzo. No mediamos palabra, cada uno estamos absorbidos en nuestro propios pensamientos; el mío está solo unas cuantas mesas más allá, en cuanto al suyo prefiero ni pensarlo, ya que creo que le he dado una impresión muy poco profesional. Lanzo una mirada fugaz hacia donde se encuentra Alec y la mesa está vacía. Se ha ido sin despedirse de mí y el corazón se me encoge. Respiro profundamente y dejo mis cubiertos sobre el plato. Derek me observa con interés, creo que se ha percatado de lo mismo que yo. —Por cierto, se me había olvidado decirte que Bianca tuvo que marcharse con urgencia, por ese motivo no pudo esperar a que regresaras del baño. Bendita paciencia la de este hombre; desde luego me merezco que me echara ahora mismo

de su equipo, no he parado de hacer lo que me venía en gana sin tener en cuenta lo que me estaba jugando. —Derek, siento mucho mi comportamiento, mi falta de... —Tu comportamiento es intachable —me interrumpe y me quedo con la boca abierta ante sus palabras—. No tienes que disculparte por nada. Me dan ganas de darle un enorme abrazo de agradecimiento a este buen hombre, no me puedo creer que pase por alto mi bochornosa conducta; obviamente no voy a hacerlo, pero sí le dedico mi mejor sonrisa. El camarero aparece, retira mi plato y vuelve a poner otro delante de mí. Me quedo un poco sorprendida ya que no he pedido postre y miro a Derek buscando una respuesta; niega con la cabeza con una sonrisa divertida en sus labios. Bajo la vista al plato y se me corta la respiración cuando veo lo que hay. Es un corazón de chocolate bañado en sirope de arándanos y una frase escrita con finos trazos dorados que pone “Solo existes tú” —El señor Seytton lo ha encargado para usted, señorita —me informa el camarero y se retira. —Bonito detalle, disfruta tu postre; enseguida vuelvo. Miro el corazón embobada y una sonrisita idiota se instala en mi cara; ha querido arreglar las cosas entre nosotros y dejarme claro que solo existo yo para él. Derek vuelve y sonrío al ver como ya ha desaparecido el corazón de mi plato. Se ofrece a acercarme a donde tenga que ir pero rehúso amablemente su ofrecimiento, ya he abusado demasiado de este hombre que, por supuesto, me ha dejado encantada. De pronto me pregunto qué habría sucedido si en lugar de él hubiera sido Dante ¿Se habría portado de forma tan condescendiente? Camino unas cuantas manzanas, los zapatos de Bianca son muy cómodos pero aún estoy bastante lejos de mi destino; quiero ir a la tienda de John a buscar un regalo para... Alec, aunque ahora mismo no se merezca nada. Será mejor que coja un taxi. El coche se detiene en la puerta de una de mis tiendas favoritas; entrar aquí es como penetrar en un mundo de historias encantadas, duendes, hechiceros, dragones. Es un pequeño bazar propiedad de un adorable matrimonio irlandés, John y María Macbernal, donde se puede encontrar cualquier rareza de cualquier rincón del mundo. Entro y el sonido tintineante de las campanitas les avisa de mi visita. Inspiro profundamente dejándome invadir por ese delicioso olor a jazmín y lavanda. John está en su inseparable mecedora delante de la chimenea y junto a él María; los acompaña una chica menudita, de pelo castaño con un estiloso corte. Creo que he llegado a la hora que toman su delicioso té. —¡Oh, John! mira quién ha venido —anuncia María viniendo alegremente hacia mí. —La princesa de los dragones —dice John al verme; así es como me llama. —Tenía muchas ganas de veros, pero he estado muy liada —me disculpo; antes solía visitarles bastante a menudo. Son mayores, creo recordar que me dijeron que ya rozaban los sesenta y cinco años, me encantaba sentarme en la alfombra, a los pies de John junto a sus seis nietos, mientras él nos deleitaba contándonos fascinantes historias; es un excelente narrador. —Ven, siéntate junto al fuego y tómate una taza de té —María me da un ligero empujoncito. Me acerco y tomo asiento en un precioso silloncito tapizado en terciopelo rojo. Miro a la chica que está con ellos y creo haberla visto antes, su cara me es conocida. —Princesa, aquí tienes a la creadora de muchas de las hermosas historias que has leído, la señorita Gloria Figuerbrunt. —¡Dios, es alucinante! Ya decía que su cara me era familiar; estoy emocionada, he leído todos tus libros. —Me encanta que hayas disfrutado con mis historias —me agradece tímidamente. —Fui a la firma de uno de tus libros pero llegue tarde, ya te habías marchado. Sacude la cabeza y me mira con dulzura. —Eso lo arreglo yo ahora mismo —saca un ejemplar de un libro—. Esta en mi nueva novela y para mí será un placer regalártela; ya que no pude firmar el que llevabas, lo haré en este. —Muchas gracias, no sé cómo agradeceréte. —Ya lo has hecho. Solo deseo que mis historias sigan cautivándote. Las

campanitas vuelve a sonar y entra un hombre muy atractivo con el cabello rubio ceniza y unos impresionantes ojos verdes. —Tengo que marcharme, ha sido un placer conocerte —el rubio atractivo la contempla con amor, la coge de la mano y se marchan. Me doy la vuelta y me acerco a John. —Necesito que me ayudes, quiero hacerle un regalo a una persona muy especial para mí. —¿Como de especial? —Es para el hombre que me tiene locamente enamorada y a la vez muy enfadada. John me dedica su franca sonrisa. —Veamos que encontramos por aquí. Le cuento que me gustaría que fuese algo que llevara un dragón, es algo simbólico para los dos. Paseamos por la tienda y de pronto se detiene. —Creo que he encontrado lo que buscas —coge una caja nacarada y me la muestra entre sus manos; contengo la respiración al ver lo que hay grabado en la parte superior, dos dragones entrelazados formando un corazón. La abre con parsimonia como si dentro se encontrara el mayor de los tesoros. Y me quedo con la boca abierta: es un abrecartas con la empuñadura de un dragón. —¡Oh, John! Es realmente perfecto para un hombre... casi perfecto. —Por lo que veo, has encontrado a tu gran guerrero; solo deseo de todo corazón que sea merecedor de tan preciosa princesa. —Eres un adulator, viejo guerrero irlandés —le pellizco cariñosamente en la mejilla. Me despido de ellos y salgo entusiasmada con mi precioso regalo. Me dirijo hacia la galería de Jake, no queda muy lejos de aquí así que opto por ir caminando; seguro que llegaré más rápido que si cojo un taxi. Tras media hora de recorrido llego a la galería. A través de la doble puerta de cristal veo que una chica pelirroja, muy elegante con un vestido negro, se apresura a abrirme. Me saluda con una sonrisa y le informo que el señor Legere me está esperando. Enseguida me pide que la acompañe. Atravesamos la sala principal y giramos hacia un pasillo que se encuentra a la izquierda; camina deprisa lo que me impide admirar a mi paso las obras que hay expuestas. Se detiene delante de una puerta en la que se lee en letras doradas el nombre de Jake. Golpea rozando apenas los nudillos antes de abrir. Se aparta para dejarme entrar y cierra la puerta tras ella. Jake, que está sentado tras una mesa de cerezo impoluta, se levanta enseguida a saludarme. —Me alegro de verte —me recibe con un abrazo y me besa en la mejilla. —Tengo casi todo preparado para la fiesta de cumpleaños de Alec. —le digo alegremente. —Ven, vamos a sentarnos, sobre eso quería hablarte — me señala con la mano unos sillones de cuero marrón situados en el otro extremo de su amplio despacho. No veo en su rostro ni un ápice de emoción y eso me causa un gran desasosiego. —Jake, no iras a decirme que no puedes venir.-le digo consternada mientras me siento. —Créeme que, si él decidiera celebrar su cumpleaños, nada en el mundo me impediría ir. No se trata de eso, Chloe —me coge las manos entre las suyas y eso aún me inquieta más; es como si fuera a darme una mala noticia. —Pues dímelo de una vez, me tienes en ascuas. —Verás, por lo que parece él no te lo ha contado. —¿Qué es lo que tiene que contarme? —me apresuro a preguntar un poco desorientada, da la impresión de que le cuesta decir lo que tenga que decirme. —Alec jamás celebra su cumpleaños, fue el día que murió toda su familia. —¡Dios mío, en su cumpleaños! —repito conmocionada. Enseguida recuerdo que me había dicho que estaban celebrando un acontecimiento familiar, pero no me dijo cuál. —Así es, ese fue su último cumpleaños y me temo, Chloe, que si le organizas una fiesta sorpresa, no le va a gustar en absoluto. Nos miramos y los dos compartimos la misma comprensión hacia Alec. De repente me viene a la cabeza ese hijo de puta. —¿Warren lo sabe? —Sí ¿por qué? Jake me mira con curiosidad. —Porque yo le anuncié lo que iba a preparar y no me dijo nada. Se limitó a sonreír. —No lo entiendo — arquea las cejas y sacude la cabeza— él sabe que ese día es muy duro para Alec, al igual que yo. —Jake, y si lo sabía ¿qué pretendía? —Sinceramente, no lo sé —responde

mientras se pellizca el puente de la nariz en un gesto de cansancio. —Yo si lo sé; desencadenar, abrir una brecha entre nosotros ¿Qué pensarías de tu novia si te celebra el día que murió toda tu familia? —Él no podría acusarte de nada si tú no lo sabías, te lo tenía que haber contado. —Exacto, no podría culparme de algo si no conozco el motivo, pero el sufrimiento ya estaría hecho. Y tienes razón, me lo tenía que haber contado; el problema está en que no lo hace. Alec no me cuenta nada; entiendo que le haga daño hablar sobre ello y respeto su decisión; sin embargo, si no es por ti ese cabrón se hubiera salido con la suya. ¿Le conoces bien? —Alec me lo presentó hace tiempo y le he visto alguna que otra vez que le he acompañado a Las Vegas, pero lo cierto es que no tengo mucha relación con él. Pero si puedo decirte que es una de las personas en las que más confía. —No me gusta, Jake. Creo que tiene una influencia mala y peligrosa sobre él. —Chloe, eso concierne a Alec y únicamente es él el que debe contártelo, no yo. Si quieres mi consejo deja el tema Warren. Lo que acaba de decir me demuestra que tengo algo de razón. Jake sabe más de lo que me cuenta, sin embargo es inútil presionarlo para que me diga lo que no quiere o no puede contarme. Así que desisto en mi intento de obtener mas información. —Le había comprado un regalo pero se lo daré cualquier otro día. Ahora entiendo la semana que llevamos, está muy irascible y discutimos constantemente. —Alec no es una persona fácil, está muy perdido, Chloe, y tú eres la única que puede lograr lo que nadie ha conseguido ¿y sabes por qué? Porque eres lo que más quiere en este mundo. También voy advertirte de algo —suspira intranquilo— él suele marcharse en ese día, desaparece. —¿Cómo que desaparece? ¿A dónde va? —Nunca lo he sabido; se larga y cuando lo cree conveniente vuelve, pero nunca se queda aquí. Esto me acaba de fulminar. Jake se ofrece a acompañarme. Entro en casa y me voy directa a la ducha, necesito quitarme de encima esta amargura. No sé por qué, pero presiento algo malo. Me voy hacia el baño y conecto la música. Comienza a sonar nuestro adorado R. Kelly con una versión de *A Change Is Gonna Come*. La melodía me envuelve igual que esta cascada que cae sobre mí. Me deslizo por una de las paredes de la ducha hasta quedarme sentada en el suelo y me abrazo las rodillas; me va inundando un vacío por dentro, una impotencia absoluta al saber que no puedo quitarle a Alec ese dolor que lleva incrustado y que ni tan siquiera quiere compartir conmigo; una enorme tristeza se apodera de mí y rompo a llorar amargamente. Siento de pronto unos brazos que me rodean y me levantan del suelo; Alec me envuelve en una toalla y me lleva a la cama. Me abrazo a él sin poder parar de llorar, me sienta sobre sus rodillas y me acuna mientras besa mi pelo mojado. —No quiero que discutamos más —digo entre sollozos. —Yo tampoco y, por favor, deja de llorar, sabes que no lo soporto. Me he portado como un estúpido; lo siento, cielo. —Te quiero, Alec, no lo olvides nunca. —No quiero hacerte daño pero te lo hago, no te merezco. Yo soy el que provooco esas lágrimas y cada una que derramas es una puñalada que se me clava —percibo un sentimiento de culpabilidad en cada palabra que pronuncia. ¡Oh, no, no! ¿Qué quiere decirme con todo esto? —No digas eso ¿cómo puedes decirlo?— cojo su cara entre mis manos para que me mire— tú eres bueno, para mí eres lo que yo quiero y me dijiste que siempre me darías lo que yo quisiera —le digo con la voz temblorosa. Nos miramos en silencio, veo una inmensa tristeza en sus preciosos ojos. Alec apoya sus manos sobre las mías acariciándolas. —Ven, tenemos que vestirnos, nos vamos —me besa en los labios y me pone en pie. —¿A dónde? —le clavo los ojos sorprendida y aguanto la respiración temerosa de que dónde me quiera llevar sea mi casa. —Al lugar donde necesito estar el día de mi cumpleaños —su perfecto rostro se suaviza y el sonido de su voz se atenúa. La emoción me embarga hasta el extremo de que mi corazón se sacude en mi pecho como

un torbellino; no va a desaparecer sino que me lleva con él; me tiro a sus brazos y le beso; el gemido que escapa de su boca provoca que mi lengua le corresponda con ardiente avidez, uniéndose con la suya y devolviéndole caricia por caricia. Me lo acaba de confesar y va a compartir conmigo algo sumamente importante y a la vez muy doloroso para él. Es la mejor demostración de amor que podía hacerme. La vida ha vuelto a unir nuestros corazones. Le amé siendo una niña y he vuelto a amarlo ahora como mujer; y tan cierto como que amanece cada día, sé que jamás podré dejar de hacerlo. Sin embargo intuyo algo malo, un inesperado y doloroso escalofrío me recorre la columna. Un mal presentimiento se cierne sobre nosotros.

****** EN LA MENTE DE JESSE NOX******

Aún no dejo de darle vueltas a mi cabeza. ¡Maldito sea! Dijo que todo se había acabado. Paseo de un lado a otro como un león enjaulado por mi apartamento, temiendo que mi horrible pesadilla aún no ha terminado. —El señor Miller y la señorita Lane están aquí —me comunica mi asistente. ¿Qué coño hace Rachel aquí? Esto no me huele bien. Se ha traído a la puta más cara de Las Vegas, que por supuesto es su favorita y no me extraña. Es una preciosa rubia de ojos azules, pómulos altos y una boca de labios carnosos y sugerentes; vestida tan elegante y exclusiva como siempre, si no supiera lo que es podría pasar perfectamente por una chica de la alta sociedad; tengo que admitir que sus modales son exquisitos, si no la conociera diría que es toda ingenuidad, igual es uno de sus secretos para cautivar a los hombres; sin embargo es lista como nadie, el conjunto lo rematan unas piernas increíbles y unas curvas de infarto, lo que se dice una dulce y cautivadora tentación. Les hago pasar al salón; Rachel se sienta en el sofá y Warren y yo permanecemos de pie, quiero que se larguen cuanto antes. —¿Qué tripa se te ha roto, Warren? ¿Tus planes se han ido a la mierda? —pregunto irónicamente, sé que algo ha debido de salir mal cuando se ha molestado en personarse en mi casa. —Por poco tiempo —dice entre dientes— dejaré que los tortolitos disfruten un poco más. Su voz suena tan vacía y carente de emoción como él. —Todo un detalle por tu parte. No me puedo creer que una dulce e ingenua chica de veinticuatro años suponga un peligro para ti —le digo tranquilamente; sin embargo tengo una leve sospecha de hacia dónde me va a conducir todo esto. —Escúchame, estúpido. Te vas a encargar de esa zorra; pero a conciencia, no lo que has estado haciendo hasta ahora; .El plan era acercarte a ella sin que Seyton lo supiera —levanta la voz y la expresión de su rostro se tensa. —¡Joder! ¿De quién fue la brillante idea de que la prensa nos pillara juntos? Te recuerdo que fuiste tú. ¿Y qué me llevé yo? Ese cabrón casi me mata —gruño apretando los dientes. Warren me lanza una mirada distraída mientras acaricia la mejilla de Rachel; me repugna solo verlo. —¡Eres un quejica! —se echa a reír—. Y no conoces a mi muchacho, si hubiera querido matarte ya serías carroña para las hienas. Solo te dio un pequeño aviso, lo cual me hizo saber que esa maldita puta le interesaba de verdad. —Me la he vuelto a jugar a pesar de la amenaza de Seyton y tú al igual que yo sabemos que nunca lo hace en vano. Eso sería cavar mi propia tumba. —De él me ocupó yo. Tú quita a esa puta de en medio. Me importa una mierda cómo lo hagas, pero lo vas hacer cuando llegue el momento. —Yo no le intereso, está enamorada muy enamorada de él; esa chica nunca se vendrá conmigo. —Hay otros métodos —sugiere. Sé a qué se refiere y se me revuelven las tripas. —¿Cuáles son tus putos métodos? ¿Drogarla? Y después quieres que la viole, sabes que nunca he hecho nada de eso, jamás he violado a una mujer —me defiendo; siento cómo la bilis sube por mi

garganta. —¡No, claro! Nunca has violado a una mujer pero sí la has matado. —Maldito hijo de puta, tu sabes mejor que nadie que fue un accidente —escupo con rabia. Le miro fijamente con todo el odio que he ido acumulando a lo largo de estos años. —Te recuerdo que si no fuera por mí, tu vida se habría acabado; habrías perdido todo por lo que tanto lucharon tus padres y te habrías hundido en la mierda arrastrándolos a ellos contigo, así que calla tu puta boca de una vez y haz lo que te ordeno —dice sin inmutarse. Me detesto a mí mismo, hice un pacto con el mismísimo diablo y se encarga constantemente de recordármelo. —Me dijiste que después de lo del senador, mi deuda contigo quedaría saldada. Solo me pediste que la vigilara y te informara, nada más —le recuerdo exasperado. —Y lo has hecho de puta pena. Así que este será tu último trabajo para mí. Te facilitaré las cosas, después de que mis hombres se encarguen de ella, Seytton la dejará y tú tendrás el camino libre. Quiero esas imágenes, Nox, quiero que él vea cómo su adorable y dulce novia folla con todos. —¿Qué le van hacer tus muchachos a esa chica? —No es asunto tuyo —declara tajante. —¿Por qué es tan peligrosa para ti? No lo entiendo. —El debe seguir creyendo lo que llevo alimentando desde que le encontré. Su maldición, todo lo que el ame será destruido, él no merece ser querido ni querer a nadie y debe seguir así. Ella es un obstáculo y ya sabes lo que hago con quién se interpone en mi camino. —Eres la misma reencarnación del mal; a él le odias igual que a todo el mundo y sigues fomentando su odio para manipularlo. —Así es, su odio es lo que a mí me engrandece y no lo voy a perder por esa zorra —asegura con malicia. —Ahora va a resultar que Seytton no es tan hijo de puta como yo creía, tú lo has convertido en lo que es. —Y he hecho un buen trabajo —comenta con orgullo, creo que voy a vomitar. —¿Y ella qué hace aquí? —señalo con la mirada a Rachel. —Es otro punto a mi favor —responde con una mueca irónica. —Sabes perfectamente que no le interesa —declaro con total seguridad ya que Rachel me confesó que Seytton jamás tuvo sexo con ella. —Lo sé, pero quién no lo sabe es su novia, así que dejaremos que lo crea —dice mientras acaricia el cabello de Rachel—. Tengo que irme; y tú, preciosa, hazle pasar un buen rato. El muy cabrón da media vuelta y se marcha. Me dejo caer en el sofá, me inclino hacia delante y me paso las manos por el pelo una y otra vez intentando calmarme. Noto la mano temblorosa de Rachel en mi hombro. —Márchate —mascullo bruscamente. —Quiero hablar contigo. Voy a dejarle, Jesse, me largo; tarde o temprano me matará pero te juro que antes de que lo haga lo voy a desenmascarar con Seytton. Ya no lo soporto más. Su declaración me ha dejado pasmado y un extraño silencio inunda la estancia. —¿Qué me estás contando? —respondo con un hondo suspiro y me giro hacia ella— ¿te has vuelto loca? —nos miramos el uno al otro, mi escrutinio es tan intenso que quisiera entrar dentro de ella para confirmar que lo que dice es verdad. —Necesito tu ayuda —me ruega; compruebo su inseguridad al percibir el leve temblor de sus labios. —¿Mi ayuda? —Repito incrédulo, esto era lo último que me esperaba de ella— yo estoy pillado por las pelotas, ese hijo de puta tiene mi vida en sus manos. —¿Tu vida, Jesse? —Grita poniéndose en pie— ¿Qué vida? Eres su esclavo, te obliga a seducir mujeres, a mantener sexo con ellas en su propio beneficio, no eres diferente a mí. ¿Esta es la vida que quieres, destruir a la gente como hago yo? Se acabó, yo no puedo más; y, por supuesto, a Seytton no voy a hacerle daño. Camina nerviosa de un lado a otro del salón. Su inseguridad se debe a que todo lo que me está diciendo es obra de su preciosa cabecita, lo cual me tranquiliza. —A mí Seytton me importa una mierda, es igual que Warren, el discípulo perfecto de Satán —me recuesto en el sofá mientras contemplo su bonito cuerpo de aquí para allá—. Quizás es... que estás enamorada de él ¿me equivoco? —Estuve enamorada de él hace mucho

tiempo pero acepté que nunca podría acceder a su corazón. No me he equivocado, ese es el motivo por el que quiere ayudarlo pero esto no me concierne a mí; no movería un músculo por ese tío, lo detesto casi tanto como a Warren. Sin embargo mi sucia conciencia se remueve: a Chloe no deseo que le ocurra nada malo. Ahora estoy demasiado confuso pero tengo que encontrar una puta salida a todo esto. —¿De qué te quejas ahora? Tú elegiste este tipo de vida, Rachel —le recrimino— tienes una voz preciosa ¿Por qué no te dedicaste solo a cantar? ¿no era suficiente para ti? Me quedo mirándola y no entiendo por qué le estoy soltando todo esto, no es asunto mío y no debería importarme, sin embargo, por alguna extraña razón, me importa. Estoy hecho un lío. Hemos trabajado juntos pero nunca hemos tenido sexo y no es porque no me sienta atraído por ella; y estoy completamente seguro que la atracción es mutua, sin embargo siempre hemos mantenido las distancias entre nosotros. —No tienes ni idea, Jesse. Siempre te has creído mejor que los demás ¿verdad? Sin embargo eres el menos indicado para juzgarme, por culpa de tu mierda te ves metido en todo esto. —Tú tampoco tienes ni puta idea, Rachel —le increpo con dureza. Nos retamos con la mirada, me identifico con ella mucho más de lo que pudiera imaginar y creo que este no es el momento de lanzarnos todas nuestras miserias. Su pecho sube y baja alterado, lo que provoca que aún se marquen más bajo su blusa sus exuberantes tetas. Mis ojos centran toda su atención en su boca, en sus aterciopelados labios y... ¡Joder! me estoy empalmando con solo mirarla, esto es increíble, estoy de mierda hasta el cuello y mi polla haciendo de las suyas. —Seytton desconoce todo el juego sucio que realizamos para Warren —comenta mientras dirige su mirada a mi evidente erección, lo que no me extraña, con el fino pantalón de chándal que llevo se aprecia claramente. —No me lo creo —carraspeo al tiempo que sigo negando con la cabeza; respiro hondo y hago acopio de toda mi fuerza de voluntad para no saltar encima de ella y follármela ahora mismo, solo espero que esto se baje pronto y creo que lo va a conseguir; me está empezando a exasperar con su obstinación en hacerme creer que Seytton es todo un angelito, nada más lejos de la realidad. —Entonces ¿por qué Warren tiene ese interés en que no debe saber tu relación con él? Seytton ha estado en tus fiestas, sin embargo no tenía ni idea de lo que realmente significaban y lo que tenías que llevar a cabo y menos aún quién te dirigía. Yo no quiero hacerle daño, a él no —vuelve a repetir al tiempo que niega con la cabeza y sus preciosos rizos le acarician la cara— siempre se ha portado bien conmigo, en más de una ocasión evitó que Warren me diera una paliza; incluso llegó a decirle que si él se enteraba de que me ponía una mano encima, a mí o a alguna de las otras chicas, se las iba a tener que ver con él. Odia que peguen a las mujeres. Un día que abofeteó a una de las camareras por el simple hecho de derramar accidentalmente una copa sobre un cliente... Se detiene en seco, tiene los puños cerrados y detecto su tensión y la amargura que le provocan esos recuerdos. —Seytton lo saco a rastras —continúa— y lo avergonzó delante de todo el mundo; eso no se lo perdona, es uno de los motivos por los que él quiere hacerle eso a esa chica; quiere que ella sufra lo que él tanto odia. —¿Qué estás diciendo? —pregunto visiblemente sorprendido. Esto no me lo esperaba. —Mandaré a Rokett y sus hombres —me aclara— les dijo que quería que le dieran una paliza, sin llegar a matarla; pero tú y yo sabemos cómo las gasta ese asesino, si no la mata será un milagro. Quiere hacerle creer que su maldición le persigue, que todo es por su culpa; tú ya sabes su historia: él perdió todo lo que amaba y la perderá a ella, esas son las intenciones de Warren. Y después llegara tu turno, tú serás el que le dé el tiro de gracia —confiesa con desconsuelo. —Rachel, no soy tan estúpido; sé que si lo hago Seytton me matará y es lo que pretende Warren ¿verdad? —Sabes que sí, él no se

enfrentará a su muchacho por ti, no moverá un dedo por tu vida. Has dejado de serle útil y este será tu último trabajo. Él mismo te lo ha dicho y, créeme, no podrás esconderte, no habrá lugar donde Seytton no pueda encontrarte. —Estás muy equivocada si piensas que iba a salir corriendo a esconderme como un cobarde porque no lo soy. Siento asco de mí mismo pero no soy un puto cobarde, Rachel. —Entonces serás un valiente muerto —dice con la voz temblorosa bajando la vista; creo percibir preocupación en ella. ¿Se preocupa por mí? Levanto su barbilla para que me mire y sus ojos me lo confirman; me estremezco de pies a cabeza de pura satisfacción ¿Qué diablos significa esto? —No me subestimes, nunca lo hagas ¿de acuerdo? —le digo con suavidad —. No sabes hasta qué punto puede ser peligroso un animal cuando lo acorralan. Me mira fijamente y asiente —Y ahora dime ¿qué información tienes? —interrogo; llegados a este punto quiero saberlo todo y hasta creo que haría cualquier cosa que ella me pidiera. Sus ojos se suavizan y veo cómo la tensión se borra de su rostro. —Tengo en mi poder documentos muy importantes que involucran a Warren en asuntos muy sucios; en mis manos no servirían de nada, en cambio en las de Seytton serían una bomba —su sonrisa se dibuja ampliamente en su cara— él tiene que saber quién es este hijo de puta. Todos los chanchullos que hace con *Seytton Enterprises*, todo el dinero que le roba lo manda a un paraíso fiscal, lo que aún no se es a cuál. Aunque intuyo que Seytton ya lo ha advertido, es demasiado listo, sin embargo lo está dejando pasar. Un comportamiento muy extraño. —Está tan podrido de dinero que debe de darle igual. Y bien, Rachel, toda tu información está muy bien, pero ¿crees sinceramente que Seytton te va a creer? —Desgraciadamente no, pero a quien sí va a creer es a... Chloe, se llama así ¿no? —¿Quieres que hable con ella? ¿Y qué se supone que debo decirle? ¡Eh, cariño, que van a por ti! Y en menos de un segundo es Seytton el que vendrá por mí —suelto una carcajada, puede parecer patético pero a mí me hace mucha gracia. —No seas gilipollas, Jesse— dice riéndose— de quien le vas a hablar es de Warren y del daño que quiere hacerlos a los dos. Ella ha aceptado tu amistad; aprovéchala, Jesse, haz que confíe en ti. Si conseguimos que ella nos escuche y hable con él... —Seytton mataría a Warren —la interrumpo— ¡Joder, joder, joder! Rachel, eso sería... una puta suerte, podríamos por fin vivir en paz. Sin poder evitarlo levanto en el aire a Rachel y giro con ella sin parar de reír. Tengo que conseguir como sea que Chloe me crea, es una buena chica lo único que tengo que ver es cómo hacerlo. Por fin un leve resquicio de esperanza en mi jodido infierno. Me detengo y la abrazo con tanta fuerza que puedo sentir cómo su corazón late desbocado, igual que el mío. —Esa chica es nuestra salvación —grita con entusiasmo—. Y deseo con toda mi alma que Seytton le dé a Warren la peor muerte que pueda existir. Yo lo único que quiero es empezar a vivir con un poco de dignidad. Tengo veintiséis años y no he sido feliz ni un solo día de mi vida. —Soy un hombre sentenciado a muerte pero luchare hasta el final. Cuenta conmigo. —Jesse Nox, voy a prometerte algo: si salimos vivos de esto te haré pasar la noche más increíble e inolvidable de tu vida —dice acercando sus labios a mi oído. —Podrías darme un adelanto ¿no? —le insinúo acercando mi boca a la suya. Rachel niega con la cabeza. —Lo más esperado es lo más ansiado —dice y sus labios se curvan en una sonrisita pícar—. Tú ocúpate de la chica, Seytton es asunto mío. —Me besa sutilmente en los labios y se marcha, dejando tras ella su embriagador perfume flotando en el ambiente.

*This file was created
with BookDesigner program
bookdesigner@the-ebook.org
19/12/2014*